

ALEJANDRO FERNÁNDEZ

**TÚNELES
BLANCOS**



Lectulandia

Cuando Samantha Polson se muda a la casa de la esquina de Corin y Theroy en la ciudad de Pearce's Valley, sabe que su carrera de escritora ha despuntado muy bien. Sin embargo, sus problemas comienzan con una acción de lo más pueril: al ubicar en el comedor una vieja mesa que anteriormente había pertenecido al restaurante que había funcionado en ese mismo edificio, provoca la apertura de un portal en el tejido espacio-temporal a una época pasada. Pero esto solo sería el menor de sus problemas. Pronto se descubriría que en el interior del portal acecha una criatura que se introduce en las mentes de quienes atraviesan el túnel interdimensional. ¿Qué es ese misterioso ser y cuáles son sus intenciones? Cada vez que el umbral entre los tiempos aparece, la línea temporal se multiplica y el mundo físico convierte a la realidad en una pesadilla para muchos. Mente y materia comenzarán a desencadenar un desorden que se hará sentir en cada aspecto de la vida en todo el mundo. Mientras tanto, el ser del portal continúa tejiendo sus túneles blancos.

Lectulandia

Alejandro Fernández

Túneles blancos

ePub r1.0

Titivillus 13.05.2019

Título original: *Túneles Blancos*

Alejandro Fernández, 2018

Diseño/Retoque de cubierta: kellepics y Alejandro fernandez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Samantha había adquirido el departamento de la esquina de Corin y Theroy en el que había estado pensando durante los dos últimos años, cuando había comenzado a escribir *Oda a mi soledad*, una especie de autobiografía, con manual de recetas para vivir solo sin necesidad de atender a esa picazón de buscar en la compañía del otro un estímulo para seguir existiendo. Los primeros meses fueron difíciles. Tuvo que subvencionar casi todos los gastos de publicación ella sola, con su trabajo de cocinera en una casa de comida rápida. Comió como un monje y tuvo que resignar su servicio de cable, pero Samantha había puesto todas las esperanzas en su obra para dejar el aceite hirviendo, las cebollas picadas y el carácter de los clientes del otro lado de un puente quemado. Seis meses intentando sacar a flote un producto que el mercado ya tenía reservado a sus favoritos como William Prescott, Dona Trebelli, y Amita Ashmalia. Publicidades en radios, impresión de tarjetas de invitación para la presentación de su libro en librerías antes de medianoche y entrevistas en canales de aire donde la escenografía no era nada más que dos sillones sacados de un viejo bazar delante de una cortina de un color rosado y crema cuya transparencia mostraba las sombras de los atrezos del otro lado. Seis meses durmiendo un promedio de cuatro horas como mucho. Los cigarrillos no disminuyeron a causa de la merma de dinero. Estos fueron más que nunca necesarios. A duras penas llegaba con el dinero del alquiler, y había debido cuidar su ropa con esmero sino quería endeudarse aún más. Pero a mitad del séptimo mes, Samantha recibió un llamado del canal 9. Tom Poriani quería entrevistarla. El Tom Poriani de *Tiempos de Escritores*, el programa más visto y mejor financiado de intelectuales contemporáneos. Su libro había llegado a la esposa de Tom y gracias a esa anónima mujer, Tom decidió que *Oda a mi soledad*, merecía obtener el impulso que a toda costa necesitaba. Luego de la entrevista, las redes sociales se encargaron de viralizar por todos los grupos afines la obra de la primeriza autora Samantha Polson. Se imprimieron cinco mil ejemplares más a manos de la editorial Capiteles y un contrato jugoso por dos años, le permitió a Samantha dejar su

odioso empleo y su apartamento de mala muerte por la vieja casa de Corin y Theroy. Antes de ser abandonada por sus anteriores dueños, la casa había sido un restaurante que había cerrado sus puertas en la década de los ochenta. De aquel tiempo conservaba, las iniciales Y/Z correspondiente a los apellidos Yuma y Zerín que había sido el nombre del establecimiento. Las letras estaban talladas en mármol, por lo que su conservación era excelente. Le había extrañado que nadie se hubiera encargado de sacar las letras y venderlas como materia prima. Tal vez ella lo haría, después de todo era la flamante nueva dueña. A los dos años de la publicación de su libro, Samantha tenía todo el dinero que necesitaba para vivir cómodamente sin hacer otra cosa más que escribir nuevas hamburguesas literarias para su público en todas partes del mundo. Así es, les llamaba hamburguesas porque el segundo libro por el que ya le habían hecho un nuevo contrato, no era más que una recopilación de frases repensadas y modificadas de su primer libro. Nada más que cursilerías, pensamientos ciegamente positivos y exhortaciones a actuar de maneras que ni ella se atrevería. En definitiva, un libro dedicado a encender la vana esperanza en aquellos que esperaban que alguien los empujara con suavidad para no sentirse tan desdichados. Habían pasado tres semanas de la publicación de *Puerta a la superación individual* cuando Samantha había puesto en condiciones una mesa redonda de madera que había estado tumbada y astillada en el rincón del sótano de la casa y la había convertido en su mesa principal. Era de esas en las que pueden comer cómodamente dos personas sin que sus cubiertos y platos choquen unos con otros. A la mañana siguiente, al despertar casi a la hora del almuerzo, Samantha encontró algo en esa mesa que la dejó pensando por varios minutos. En medio de la mesa desnuda de madera pulida, dos billetes de veinte dólares yacían doblados. La confusión que la asaltó tenía que ver con que ella no había dejado ningún dinero allí arriba y durante todo el día anterior, había estado sola.

Se sentó en una silla, con los brazos sueltos a los costados, mirando fijamente los billetes. Trataba de recordar, de forzar su mente para que buscara entre los momentos mecánicos cómo había ido a parar ese dinero allí, pero nada. Allí estaba el rostro de Andrew Jackson, doblado a lo largo de su nariz. Extendió una mano para tomarlos. Su palma se posó sobre ellos y los arrastró hacia el borde de la mesa. Sintió que sus dedos temblaban al entrar en contacto con el papel. Levantó los billetes a la altura de sus ojos y los giró, tal vez esperando encontrar algún indicio como una mancha de alcohol o un trozo de comida que le arrojara algún dato sobre su procedencia. Pero, no. Estaban bien cuidados. Los volvió a dejar en la mesa, se encogió de hombros

y sacó una botella de cerveza de la heladera junto con una porción grande de *pizza* a la calabresa que antes de comerla, la calentó en el microondas. Buscó su billetera y la examinó, para ver si los billetes del día anterior seguían allí. Pero nada había cambiado. Cada tarjeta y carnet en su lugar. Comió sin pensar en lo que ingería. Cuando la botella estuvo vacía, la primera en decírselo fue su lengua que no recibió más que unos restos de espuma. Un ruido en la cerradura le hizo darse la vuelta hacia la puerta. Precediendo a la entrada, un silbido le reveló que se trataba de Dixie, su pareja. Samantha se levantó, antes de que Dixie entrara a la casa, quizás antes de que la viera, pero no hubo dado ni dos pasos cuando la voz de ella la detuvo.

—Hey, Sam, ¿a que no sabes qué nos sucedió hoy?

—Puedo imaginármelo, Dixie. Uno de los cerdos se comió a uno de los patos.

Dixie la miró con rostro de piedra por un momento y luego arrojó una bolsa que equivalía a la mitad de su cuerpo al sofá cama de Samantha. Después, una sonrisa que no admitía que la hicieran esperar, barrió la seriedad anterior hasta terminar en un gesto sarcástico.

—Tenemos otro ternero, justo después de que Idos muriera. Y ¿no sabes qué? Aprende tan rápido como cualquiera de sus colegas.

—Qué suerte tienen ustedes, Dix. Mira, hoy me pasó algo extra...

—Los pollos terminaron de ensayar por fin el último acto. Es el más difícil de todos. Deben pasar por la tabla que atraviesa el lago artificial, luego subir por una escalera que termina en una malla metálica y finalmente descender por un tubo que los dejará caer directamente en un cuadrado de arena y de allí pasarán por una pasarela a cuyos costados el público podrá verlos volver a su corral detrás del telón.

—Fantástico, Dixie. Será un buen acto —dijo Samantha casi apurada por terminar—. Hoy cuando me levanté vi...

—Abre las ventanas, Sam. Sabes muy bien cómo huele esta casa si no la ventilas un poco.

Dixie abrió la ventana que daba al *living* y otra que estaba en la cocina. Hizo esto con la misma premura de alguien que ve el interior cargado de humo. Sam la siguió con la mirada y la boca entreabierta como un signo de que sus palabras eran salvadas para los oídos de esa mujer.

—He venido para hacer el almuerzo. Pasé por la tienda a comprar lo que necesito para hacerte unas ricas tortillas de espinaca y cebolla con unas papas rellenas de queso.

—¿Queso, Dix?

—El queso lo hice yo, por supuesto. Sin explotar a ninguna de mis vacas como lo hacen otras granjas. Es un dar y recibir entre los animales y yo, sin maltratar a ninguno. Lo sabes bien, Sammy.

—Encontré cuarenta dólares que no son míos en la nueva mesa que instalé en el comedor.

—¿La redonda? —dijo Dixie, contemplando el mueble por vez primera—. Es hermosa, Sam. Sí que has hecho un buen trabajo con ella. Además tiene esa apariencia *vintage* que la vuelve única.

—Sí, sí —expresó Samantha, un tanto enfadada—. El hecho es que hallé esos billetes que puse sobre la barra de la cocina. Y no son míos. Aparecieron allí, como por arte de magia.

Dixie tomó los billetes y los volvió a dejar sin apenas observarlos.

—Es algo con suerte, ¿no? Tal vez te visitó algún hada de los escritores bloqueados.

—No estoy bloqueada, Dixie. ¡Mierda! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No es un bloqueo. Quiero escribir sobre otra cosa que no sean las mismas mierdas adormecedoras de siempre. Todavía no sé qué. ¡No es un puto bloqueo!

Dixie se quedó rígida y dejó de sacar las especias y utensillos de cocina. Miró a Samantha con una expresión entre sorprendida y triste. Tragó saliva y estiró los brazos hacia adelante, poniendo las palmas a modo de barrera.

—Calma, calma, muchacha. Perdóname. Ya lo sabía, solo estaba jodiendo contigo.

—Pues vete a joder con tus chanchos y gansos. Lo único que quería señalarte es que me había parecido muy extraño que esos billetes estuvieran en mi mesa nueva. Si yo no los dejé y tú tampoco, entonces alguien quiere hacerme una broma. En ese caso, tú eres la principal sospechosa.

Dixie se acercó a Samantha con lentitud. La tomó de los dos brazos, se subió el vestido que llevaba por encima de las rodillas y se puso de cuclillas. Samantha tenía solos sus bragas que Dixie bajó mientras le sonreía desde abajo.

—No te preocupes por eso, Sam. Todo tiene una explicación. Sabes que nunca te jugaría alguna broma. Soy mala para eso. Y más si se trata de ti.

Samantha llevó la cabeza hacia atrás y dejó que Dixie la embargara de placer. En medio del cunnilingus Sam alternaba la vista entre Dixie y los billetes, haciendo que la incógnita diera vueltas en su cabeza, como el coro silencioso de sus suspiros húmedos.

A la tarde, luego de que Dixie se marchara a preparar algunas cosas para la función de su circo granja del día siguiente, con la promesa de que volvería para dormir con ella, Samantha disfrutó de un baño de media hora. Cuando terminó, eran las siete y media. Desnuda y secándose el rostro con la toalla, quedó de piedra cuando vio sobre la mesa un billete doblado hasta ser un cuadrado no más grande que una tapa de refresco. Caminó con cautela hasta el borde de la mesa y tomó el billete. Era de diez dólares. Miró hacia atrás, en busca de los otros dos que todavía estaban en la barra donde los había dejado. Antes de volver a extrañarse se cercioró de que la puerta estuviese cerrada, también el garaje. Las ventanas estaban enrejadas, así que el bromista no podría haber entrado por ahí. Otro billete, otra pieza de un misterio que estaba sucediendo en su casa. Se preparó un té y trató de no pensar en eso. Pero era inútil. ¿Cómo habían llegado esos billetes ahí? Era la pregunta que atiborraba cada rincón de su mente.

Salió a la calle, llevando los billetes de veinte y de diez dólares en el bolsillo. Cruzó a la ora acera, vestida con un pantalón de *jogging*, unas sandalias y una bata vieja con la que andaba la mayor parte de tiempo dentro de su casa. Debajo de la bata llevaba una remera con una estampa de *Aerosmith* que se había comprado hacía tres años, en los tiempos que a duras penas le alcanzaba el dinero para vestirse. Se ató el cabello en una cola de caballo que bailoteaba mientras corría para llegar a la otra acera entre bocinas y aceleraciones de los vehículos. Entró al bar de Jerry. A esa hora, la gente empezaba a poblar las mesas para humedecer la garganta luego de una jornada agotadora. Samantha se dirigió a la barra y saludó a Jerry con el dedo pulgar antes de sentarse en uno de los taburetes blancos que formaban una hilera paralela al borde de la barra de madera negra y gris.

—¿Cómo va la vida en la vieja casa Y/Z? —preguntó Jerry mientras saludaba con un ademán a una pareja que acababa de entrar al bar.

Samantha se demoró unos segundos en contestar. Tenía una mano metida en el bolsillo del *jogging*. Estaba dando vueltas los billetes dentro de su puño, sin apretarlos demasiado.

—No me quejo —dijo mientras trataba de apartar sus pensamientos de los billetes—. Al parecer está infestada por duendes o hadas o algo de así. Dejan billetes en mi mesa a cambio de algo que todavía no sé qué es.

Jerry la miró con unos ojos que intentaban inferir el significado de sus palabras. Una sonrisa rígida ocultaba el esfuerzo que hacía para no confesar que no sabía de qué estaba hablando.

—Ustedes los escritores sí que vuelven engorrosa la conversación más simple.

—No entiendes, Jerry — Samantha sacó los billetes y los puso sobre la superficie de la barra, aplastándolos con fuerza. El ruido hizo que la camarera de Jerry girara la cabeza para ver lo que pasaba—. Estos billetes... alguien los dejó en mi mesa. Aparecieron de un momento para otro. Yo no los dejé y estoy segura de que Dix tampoco. Resuélveme ese acertijo, vaquero.

—Yo no sé muchos de libros ni del arte de la escritura, Sam —dijo Jerry poniendo los billetes uno encima del otro a un ritmo monótono—, pero creo que muchos de ustedes han quedado orates por diferentes razones. Tal vez, tengas la dicha de que te esté pasando a ti.

—Por favor, Jerry. Escribo libros de autoayuda. Cualquiera podría hacerlo. Hasta tú si un día te levantas de un humor más que bueno.

—En ese caso, toma el bar un par de meses. Si se me ocurre algo bueno y hago suficiente dinero, puedo deshacerme de él y vivir rascándome las bolas.

Samantha miró los billetes que Jerry dejó barajados en la barra. El ruido de los cristales de las copas al entrecrocarse y el perfume de la cerveza le llenó la boca de saliva. Pagaría con ese dinero e iría al museo de bellas artes a entretener la vista. Jerry estaba ocupado, atendiendo a la pareja que hablaba animosamente a unos cuatro bancos a la derecha. Samantha sintió que alguien le tironeaba la bata por detrás. Volteó y tuvo que mirar hacia abajo primero, pues quien tenía en su mano, el cinturón polar que entonces llevaba suelto, era un niño que le sonreía con timidez. Detrás del niño había una mujer de caderas anchas y un peinado con rodete con dos gomas para atarse el cabello enlulado. Con deferencia algo nerviosa, la mujer que tenía los ojos abiertos como platos, se excusó antes por su hijo.

—Perdone a mi hijo si la ha molestado —dijo, y cada palabra parecía crecer en tono—. Mi nombre es Beatrice y la conozco. No puedo creerlo, pero la vi entrar al bar y debía acercarme para pedirle... —se interrumpió para buscar algo en su bolso. Mientras hacía esto, apartó al niño hacia un lado como si la función del mismo hubiese terminado y ya no tuviera nada que hacer allí. Sacó un libro de la cartera. Samantha reconoció *Oda a mi soledad* antes de verlo por completo. En la foto de su rostro en la contratapa su cabello tenía un color castaño oscuro y estaba alisado con esmerada simetría. Ahora, se lo había teñido de un negro total y caía en ondas despeinadas por dentro y por fuera de su bata.

—Por favor, ¿puede firmarme este libro? —Beatrice le extendió el ejemplar con los ojos brillando de ilusión—. No quiero importunarla, pero su

libro me ha ayudado mucho desde que me quedé sola con Aaron.

Samantha aceptó el libro, mirándolo con el ceño fruncido. Tenía muchos como ese en varios cajones que estaban apolillando en su sótano, pero aquel en particular le parecía tan ajeno y lejano como una tierra de maravilla dibujada en libros de narrativa fantástica. Beatrice seguía hablando mientras le pasaba una pluma. Samantha abrió el libro en la primera página en blanco y echando una rápida mirada al que debía de ser Aaron y a su madre, escribió rápidamente la dedicatoria. Luego se puso de pie, se mordió el labio inferior y cerró el libro con energía. El ruido sordo se perdió enseguida en el parloteo de la gente a su alrededor. Tomó la cartera de Beatrice y guardó el libro adentro. Incluso cerró la cremallera. Luego se inclinó hacia el oído de Beatrice, tapándose la parte de la boca que quedaba expuesta a Aaron.

—Lo único que hice, Betty —dijo Samantha—, es perfumar la mierda por la que nadamos todos los días. Es un buen perfume. Pero si te olvidas de él por un segundo, cosa que yo no creo que tú hagas, estarás tan inundada de mierda como siempre.

Cuando terminó de hablar, una congoja muda le invadió el pecho. Samantha se dio media vuelta y volvió a su taburete. Llamó a Jerry y le pidió una pinta. Enseguida se arrepintió y pidió dos. No vio irse a la mujer, y tampoco la expresión de su rostro. Lo único que alcanzó a oír fue que Aaron se quejó con un chillido de que su madre le apretaba muy fuerte el brazo.

Capítulo 2

Cuando abrió la puerta de su casa, todo estaba a oscuras. El sol ya se había ocultado detrás de los picos de cemento de la ciudad. Samantha se quitó la bata y la dejó caer delante de la puerta. Miró en dirección donde creía que estaba la mesa redonda, sin embargo no pudo ver nada más que algunos reflejos y contornos indefinidos de los objetos que poblaban la noche interior de su casa. No se decidía a encender la luz. Temía encontrar otros sobre la mesa. Más billetes anónimos. Entonces tendría que volver a considerar la presencia de alguien que le estuviese jugando una pesada broma a escondidas. Sopesó la idea de que alguno de los antiguos trabajadores del viejo restaurante conservara una copia de la llave, pero eso hubiese sido inútil, ya que ella había cambiado las cerraduras de la puerta principal y la del garaje. La única sospechosa era Dixie. Pero de nuevo, su novia no era de esas personas que llevaran por demasiado tiempo una broma y menos de aquella naturaleza. Entonces no quedaban más factores en la ecuación que ella misma. Encendió la luz. No había más billetes. Se vistió con un *jean* y un jersey gris y salió aspirando profundamente un aire frío que le sirvió para tranquilizarse y despejar un poco su cabeza del misterio del dinero. Caminó las cinco cuerdas que la separaban del Museo Thoth de Bellas Artes. El edificio parecía como si alguien hubiese dejado caer al azar algunas piezas del *Tetris*. La amplia puerta de vidrio estaba enmarcada por una enorme L pintada de un celeste profundo. Sobre la punta del lado más largo, se erguía una S pero construida en ángulos. En cada lado había una ventana que disminuían en tamaño hasta que la última solo era un pequeño resquicio de cristal por el que difícilmente entraría una cabeza. A lado de la S, apoyada también sobre la L que sostenía el resto las formas, había un cuadrado del que emergían otros cuadrados de forma concéntrica, uno dentro de otro. El último de todos era una ventana que en esos momentos estaba abierta. Samantha ingresó en el museo, pisando antes un porro que había encontrado en el bolsillo de su pantalón. Recorrió las galerías del edificio, caminando a un ritmo regular y lento, y dejando que su vista se detuviera cuando le apeteciera. Recorrió los

tres pisos de cuadros y esculturas sin que nada le llamara la atención. La perspectiva de que podría estar perdiendo la memoria merodeaba junto a ella y no le quitaba los ojos de encima. Volvió sobre sus pasos, esta vez con mayor lentitud. Los rostros de los retratos parecían atravesarla como si ella no fuese más que una sombra sin asidero arrastrada por el aire. No se sentía como un público idóneo para contemplar esas obras de arte, ni siquiera como un espectador bisoño que se viera por primera vez cara a cara con un paisaje impresionista, o intentara que su mente configurara las ideas que le sugerían los maestros del abstracto. A mitad del segundo piso se detuvo sin darse cuenta. Había una pintura en medio de dos fotografías en blanco y negro de diferentes zonas de la ciudad. La pintura en cuestión, mostraba la esquina de un edificio cuyos trazos rosados y negros se fundían y volvían a separarse para dar forma a las distintas partes del inmueble. Los vidrios de las ventanas estaban rellenos de una oscuridad salpicada de resplandores rosas y rojos. La puerta de entrada estaba abierta, y un hombre con delantal blanco y rostro sin facciones sostenía un anotador entre sus manos y miraba hacia donde estaban las mesas con los comensales, en actitud vigilante. Cuando Samantha miró una de las mesas sin clientes con los vasos a medio llenar y el contorno de billetes debajo de uno de esos vasos, se dio cuenta de que el artista había recreado el viejo restaurante Y/Z como la gente lo conocía en la década de los ochenta, por supuesto diseñado bajo una óptica plástica, pero inconfundible para quien lo recordaba como un baluarte más de la ciudad. Pero a Samantha no le interesó otro elemento más que el dinero debajo del vaso. La propina del camarero que en cualquier momento dejaría su posición de espera para ir a retirar los vasos y quedarse con su premio.

Salió del edificio y prácticamente corrió hasta su casa. No le importó que sus pulmones hicieran enormes esfuerzos por dispensarle el oxígeno que necesitaba para no desplomarse en el suelo. Una camioneta le dirigió frenéticos bocinazos mientras ella cruzaba la última calle que la separaba de su hogar. El vehículo había estado a punto de arrastrarla por el pavimento y el conductor así se lo hizo saber entre insultos que Samantha respondió con ademanes de disculpas sin disminuir su carrera. Ya dentro de su casa, Samantha no dejó de asentir con la cabeza mientras miraba cómo sobre la mesa redonda del comedor, aparecía un billete doblado con una moneda encima.

Sacó el dinero de la mesa y lo dejó sobre una mesita ratona del *living*. Luego, tomó un florero con flores de plástico que tenía en un rincón oscuro de la biblioteca y lo ubicó en el centro de la mesita. Se sentó a esperar. Se fumó

un cigarrillo y dejó la cámara de su celular enmarcando toda la escena, incluida ella misma. Después de una hora corrió al baño a orinar y volvió en cuestión de segundos, temiendo llegar tarde para el show. Volvió a ocupar su lugar. Todo seguía igual. Su celular emitió los primeros acordes de *It's a wonderful life. Era Dixie. Dejó que se cortara. No quería apartar el teléfono de su sitio. Una hora más y finalmente sucedió. Sus ojos estaban amenazando con cerrarse. La salvó su silla que chirrió cuando su cuerpo se inclinó hacia la derecha. Primero creyó que su vista se había distorsionado a causa del sueño, pero se trataba de que un trozo de la mesa se combó, se estiró y tiritó en pequeñas tiras que se separaban entre sí dejando entrever un vacío entre ellas que hizo retorcer el estómago de Samantha. Esos espacios cuyo color no admitía ninguno de la gama perceptible por el ojo humano, producían un malestar general en todo su cuerpo. Los laterales de su cabeza comenzaron a palpar, abultando la piel en la zona de su sien. Un estridente chirrido como de metal raspando el pavimento atravesó sus oídos y la garganta se contrajo tanto que pensó que había adquirido la circunferencia de una canica. Ni siquiera podía apartarse de la silla o dejar de contemplar ese fenómeno. Se puso de pie. Estaba tiritando como si la temperatura hubiese descendido hacia el cero. Sacudió la cabeza repetidas veces. Fue al baño y se inclinó para vomitar pero nada salió. Se quedó arrodillada, pegada al inodoro, mirando como la tapa del mismo se contoneaba frente a ella. El timbre sonó pero no se sentía con ánimos de atender a nadie. Sus pensamientos poco a poco recobraban consistencia. Volvía a razonar con cierta coherencia. Le dolían las piernas, el pecho y los hombros como si hubiese estado ejercitándose sin parar en el gimnasio hacía algunas horas. Pero esas molestias era lo de menos. No recordaba haber experimentado tal estado de miedo, no, de terror, en toda su vida. Era como si naciera por primera vez a la magnitud de lo que significaba estar embebido por el miedo, pero no por su vida sino por haber probado el néctar, la quintaesencia del pánico. Al ver cómo el espacio era víctima de una deformación, Samantha se veía a sí misma como un muñeco arrojado en un mundo de ilusiones. El timbre taladró su cabeza. Se apretó los párpados mientras se ponía de pie y caminaba dando tumbos hacia el comedor. No tuvo el valor de mirar hacia la mesa. Giró el picaporte pero la puerta no cedió. Se dio cuenta de que la había trabado con el pasador. Cuando lo descorrió, quien abrió fue Dixie. Samantha se dejó caer en el sillón, muda, víctima de un repentino cansancio que la inhabilitaba para expresar el más superfluo monosílabo, mientras su novia emitía palabras que no le sonaban a nada conocido. Intentó relajarse aspirando*

hondo. Dixie estaba dejando su cartera en el perchero y luego se sentó en la misma silla en la que había estado ella. Posó una mano sobre los billetes y estiró sus piernas para distender los músculos.

—Pero que florero más espantoso, Sam.

No fue una explosión, cuando momentos después, en el hospital, intentó recrear lo sucedido. Se oyó un ruido como el que hace el sumidero del lavabo al absorber el último reguero de líquido y suciedad, pero amplificado hasta sobrepasar cualquier límite concebido. También creía haber oído un cúmulo de burbujas estallar muy cerca de ella, aunque esto último no lo creía probable. Sintió la calidez de un aire pero sin el aire, que la envolvía por completo, como si estuviera dormida debajo de aguas termales. Después la oscuridad de su cabeza se llenó de colores, y al volver a la normalidad, Dixie estaba parada en medio del comedor con las manos a escasos centímetros de su rostro. Desde su frente a su barbilla, trozos de vidrio emergían de su piel. Uno de ellos, mantenía su párpado izquierdo semiabierto. Entre este y el globo ocular fluía un hilo de sangre que goteaba sobre su pantalón blanco holgado.

—Sammy, por favor, creo que me he lastimado —dijo Dixie antes de que Samantha llamara al 911.

Capítulo 3

No estuvo mucho tiempo en la sala de espera del hospital. Si Dixie se había desmayado en el segundo siguiente a la llegada de la ambulancia, ella no había sufrido el mínimo daño. Los oídos todavía le zumbaban. El ruido de fondo le llegaba amortiguado, como si se produjera del otro lado de un grueso muro. El médico le había informado que estaba estable, aunque no se había podido hacer nada por el ojo. Dijo que había sido afortunada. El pedazo de vidrio podría haber llegado más lejos. Ella dijo exactamente lo que había ocurrido, igual que a los dos oficiales que la miraron con la misma expresión que uno tendría hacia alguien que estuviera deliberadamente escondiendo las verdaderas causas de lo sucedido. Aunque ella misma no tuviera idea de por qué había ocurrido aquello. Por supuesto tenía que ver con el florero y los billetes. Ambos habían quedado hecho añicos y diseminados por toda su casa. Y esa fue la razón por la que se marchó luego de despedirse mentalmente de Dixie. En su casa, empezó a juntar los pedazos de vidrio que no habían quedado reducidos a arena. Con los billetes no tuvo tanta suerte en cuanto a cantidad de partes encontradas. El papel picado apenas servía para formar una sola pieza de rompecabezas. Buscó debajo de cada mueble, en cada rincón, en cada resquicio donde pudiese esconderse un solo alfiler. Pero no halló nada más. En cuanto a las flores del jarrón, no pudo hallar ninguna. No solo se limitó a los lugares cercanos al comedor, sino que bajó al sótano y realizó un trabajo exhaustivo de detective creyendo que un hecho tan insólito, necesitaba de búsquedas igual de absurdas. Cuando subía las escaleras, aspirando el polvo y la humedad que se le habían pegado en su remera, el timbre de su casa sonó. Era Tate, su agente, que entró dando grandes zancadas y dio tres vueltas por el comedor y el *living* antes de encararse con Samantha y empezar a hablar.

—Primero, no tienes por qué preocuparte. Solo es una loca que quiere desacreditarte vaya a saber por qué estúpida razón. Lo tengo todo controlado. Y hablé con tu abogado y presentaremos una demanda por injurias y difamación.

Samantha parpadeó mientras le buscaba sentido a lo que decía Tate. Estaba enfadada, por eso antes de comenzar desde el principio, Tate exponía las soluciones a un problema del que Samantha no tenía ni idea.

—Me imagino que no te habrás dignado a contestar. Conociéndote, no creo que te hayas mordido la lengua el suficiente tiempo para que tus dedos no hicieran algún mínimo descargo.

—No sé de qué mierda me hablas, Tate.

Algo que sobresalía del zapato de taco alto de Tate, llamó su atención. Se acercó y se agachó rápidamente. Tate frunció el ceño y dio un paso atrás mirando su vestido como si temiera encontrar alguna mancha.

—Levanta el pie —dijo Samantha asiendo su canilla.

Debajo había otro trozo de billete. Samantha se levantó y sopló el papel. Luego lo limpió contra su remera.

—Primero, ¿qué fue eso? Y segundo. ¿Has estado revolcándote en la suciedad o estás experimentando cómo sería evitar la higiene por algún proyecto que tienes en mente?

—Es otra parte de los billetes. Debió haber estado afuera o debajo de la puerta de entrada.

—Que yo recuerde, no estabas tan mal financieramente como para estar armando billetes tirados en el suelo.

Samantha dejó ese trozo sobre el pequeño montón que había puesto dentro de un cuenco. Al lado, había otro, con los pedazos de vidrio que había podido encontrar.

—Sam —llamó Tate, cuando vio que Samantha permanecía demasiado tiempo contemplando los cuencos y frotándose sin parar la mejilla con su mano.

—Tate, ¿podrías decirme si conoces a uno de esos sujetos que se especializan en fenómenos paranormales o cosas así? Tiene que ser muy discreto. De preferencia alguien que sea tomado por un lunático pero que posea muchos conocimientos. Experiencia pero que sea ignorado por la prensa o la ciencia. ¿Me entiendes?

Tate meditó un instante. Luego buscó un lugar para sentarse y repasó lo que Samantha había dicho.

—No me digas que por escribir autoayuda te has vuelto loca. Samantha, ¿por qué no me explicas de qué se trata...

—¿Conoces a alguien así o no? —Samantha fue imperativa, como si la respuesta a esa pregunta fuese lo único que le interesara de Tate en ese momento.

—Si quieres puedo averiguar. Tengo algunos colegas, cuyos escritores...

—No des ninguna otra información. Si alguien te pregunta, dile que es personal. No lo relaciones conmigo. No digas nada más de lo que pasó.

—Querida, todavía no sé qué es lo que pasó.

—Si te lo digo, de poco valdría. Tendrías que verlo, Tate.

—Por supuesto... —dijo Tate, mirando fijamente cómo Samantha trataba de divisar algo en algún punto incierto de la casa—. Volviendo a esta tal Betty Hayes de Bridge Town, creo que tú podrías escribir algo indirectamente, sin caer en la baja de seguir su juego de ataques personales.

El timbre sonó y Tate echó un vistazo a los cuencos que contenían los trozos de dinero y cristal. Su cliente le había dado la espalda y ahora caminaba muy lentamente hacia la puerta con las manos juntas delante de ella, como un acólito que se aproxima con solemnidad al altar.

—¿Estás en un nuevo proyecto, Sam? —preguntó Tate, pero Samantha continuó su andar pausado.

El timbre volvió a sonar antes de que ella llegara a la puerta.

—Sam —alzó la voz Tate—, ¿te ocurre algo querida?

Sam abrió la puerta para encontrarse con un hombre entrado en años, de frente lisa y cabello cano que cada vez estaba perdiendo más terreno. En medio de la frente se veía una cicatriz que bien podría pasar por el trazo de un labio del rostro de alguna caricatura. Unas gafas con un aumento considerable mostraban unos ojos grises de párpados algo caídos. Llevaba una camisa a cuadros y unos pantalones de tela mostaza. No era más alto que Samantha, aunque se veía que se encorvaba, una cualidad que con seguridad mantendría en su caminar.

Como veía que el hombre no decía nada y se había puesto en puntas de pie para examinar el interior por encima del hombro de ella, sonrió antes de abrir la puerta de par en par. La curiosidad de Tate la acercó hasta quedar a unos pasos detrás de Samantha. Desde allí pudo ver parte de la cabeza del visitante.

—¿Y bien? ¿Quién carajo eres tú?

El hombre se sobresaltó y se enderezó al oír la rápida voz de Samantha.

—Disculpe, señorita, mi nombre es John Feraud —dijo él y después su boca permaneció abierta en la última sílaba. Sus ojos daban vueltas como si rebuscaran algo más que decir.

—Bueno John Feraud —contestó Samantha—, ¿qué se te perdió aquí?

John metió la mano en el bolsillo y lo puso frente a los ojos de Samantha.

—Creo que a ti se te perdió algo —dijo John.

Samantha contempló detenidamente el pedazo de cristal y no pudo evitar reconocerlo como parte integrante de su jarrón de flores falsas.

John estaba dominado por una mezcla de asombro y espanto que lo hacía avanzar y retroceder hacia la mesa redonda de madera. Se tapaba los ojos, se ponía de cuclillas, apoyaba las dos manos sobre la superficie mientras su rostro se contorsionaba con mil dudas y precauciones, echaba una ojeada a la puerta como calculando la distancia que lo separaba de la zona segura del exterior. Samantha no quiso interrumpirlo. Tate no era de la misma opinión. Todavía estaba John interactuando de esa forma extraña con una mesa de madera, cuando la agente dejó su posición de mera espectadora de una obra de teatro experimental a medio empezar y haciendo caso omiso de los gestos con los que Samantha le decía que se quedara en su lugar se ubicó frente a John, del otro lado de la mesa.

—Oígame, ¿qué está haciendo? Samantha, ¿conoces a este tipo?

—Tanto como tú —suspiró con resignación, Samantha.

—Señor... —llamó Tate a John.

Pero John estaba ocupado escudriñando el borde de la mesa, apretándola con sus dedos, mirándola tanto de cerca, como si buscara microorganismos moviéndose en la profundidad de la madera.

—Señor... —volvió a pronuncia la palabra con un matiz más grave.

John ahora se había sentado en el suelo y estaba estudiando las patas de la mesa. Samantha encendió un cigarrillo y empezó a mover el pie izquierdo sin cesar. El ruido repetitivo aceleró hasta que Tate se enfadó y sacudió la mesa haciendo que John lanzara un grito y diera una voltereta hacia atrás y luego se arrastrara hasta chocarse con la pared.

—¡Oh Dios Mío! —jadeó con ojos expandidos por el espanto—. Lo está haciendo otra vez.

—¿De qué está hablando este tipo? —preguntó Tate.

Samantha se acercó a John. Sus pies casi tocaban los suyos. Él estaba con las rodillas dobladas contra el pecho.

—¿Qué? ¿Qué está haciendo de nuevo? —preguntó Samantha con una mano por delante, como si esperara atrapar algo al vuelo cuando pasara por allí.

—No quería pensar que todavía estuviera acá, sin embargo...

—Hey, John. Explícate mejor. Y cálmate de una puta vez.

—La mesa, la maldita mesa. ¿Cómo mierda es que tú la tienes? ¿Y para qué estoy aquí? No debí haber venido, pero tenía que saberlo, tenía que verla.

—Es acerca de los billetes, ¿no? —preguntó Samantha.

—¿Billetes? ¿Mesa? —Tate ahora creía que Samantha estaba dentro de la misma categoría de John.

—Tate, cierra el pico. Luego te explico —a John—. Tiene que ver con los billetes que aparecen, ¿verdad?

—Mejor dicho, que desaparecen —respondió John con el puño apoyado en la nariz. Detrás de esos lentes, sus ojos se agigantaban en dirección a la mesa de la que Tate apartó sus manos en actitud escéptica.

Capítulo 4

—¿Alguien puede decirme que hacemos en el auto? —preguntó Tate mientras se aferraba a una barra que estaba encima de la ventanilla. Tenía puesto el cinturón de seguridad y por su expresión, no le gustaba demasiado la velocidad a la que se movía el vehículo. Iba en el asiento de atrás. Samantha estaba sentada en el del acompañante, lanzando el humo por la ventana y dejando que su cabello flameara a capricho del viento.

—No entienden, necesito que estemos en marcha, siempre en movimiento, de lo contrario, las cosas pueden distorsionarse de nuevo y podría ser capaz de ver a esa cosa de nuevo.

—¿Qué cosa? —preguntó Samantha, revisando la guantera del auto.

—¡Hey! —gritó John—, eso es privado.

Cerró con fuerza la tapa, pero un frasco de píldoras con una etiqueta roja cayó a los pies de Samantha, quien la recogió enseguida y leyó lo que decía.

—¿Adderall? ¿Qué es eso? —preguntó Samantha antes de que John le quitara el frasco y lo guardara en el bolsillo de su pantalón.

—Oh, perfecto —comentó Tate— un drogadicto al volante.

—¿Tú sabes lo que es? —preguntó Samantha.

—Muchos estudiantes y personas ocupadas todo el tiempo lo toman para mantenerse despierto, aunque con frecuencia se hace abuso de eso y algunos quedan como nuestro amigo, aquí.

—No soy un drogadicto —vociferó John con tal indignación que Tate se ruborizó—. Yo más que nadie lo necesito. Desde los ochenta que mi vida se ha mantenido a un ritmo frenético. No puedo mantener la mirada fija en un punto por más de algunos segundos.

—¿Por qué? —preguntó Samantha—. Sé un poco más claro, John.

—¿No escuchaste lo que acabo de decir? —recalcó las palabras con un énfasis producto de la ira—. De lo contrario todo empieza a cambiar y es posible que pueda volver a ver a esa cosa del otro lado.

Ni Tate ni Samantha dijeron nada. Dejaron que el silencio fuera la única voz que interrogara a John como si aquella fuera un profesional idóneo para

hacer las preguntas justas.

Luego de un rato, poblado del ruido de los bocinazos dirigidos a John, de los insultos de los viandantes que evitaban cruzar o se apresuraban a hacerlo cuando John pasaba a ochenta y cinco kilómetros por hora, deteniéndose solo en los semáforos para no llamar tanto la atención de algún patrullero, John respiró hondo mientras dejaba que sus ojos descansaran en una posición viendo como la calle desaparecía rápidamente y las casas se sucedían escurridas por las ventanillas.

—Ese día estaba el señor Collins en la mesa. Como todas las mañanas, él desayunaba lo mismo. Tostadas con un café con leche, un poco de mantequilla y un vaso de soda que se bebía de una sola vez al final. Luego me llamaba por mi sobrenombre que usaban mis compañeros en el trabajo. Era al único cliente que se lo permitía porque me dejaba buena propina.

—¿Cuál es tu sobrenombre? —preguntó Samantha.

—¿Es eso importante? —inquirió John, sacudiendo la cabeza.

—Ya que lo mencionaste, ¿por qué no?

—No voy a decírtelo. Ni a ti ni a esa bruja de atrás.

—¡Hey! Yo estoy acompañando a mi cliente que en cualquier momento puede salir despedida de ese parabrisas por subirse al auto de un demente.

—¡No soy demente! —gritó John mientras hacía una maniobra brusca para doblar en una esquina en donde casi arrastró a un hombre que cruzaba en bicicleta, quien tuvo que clavar los frenos haciendo que la rueda trasera se elevara hasta dibujar un ángulo de noventa grados con la calle.

—Antes de que nos vengán a arrestar, termina la historia, John.

—El señor Collins había dejado los billetes en la mesa, justo en el centro y se había retirado, saludando a los clientes a su paso, como siempre hacía. Pero cuando me acerqué a recoger la propina, una forma de embudo pareció absorber el contorno del espacio, estirarlo hasta anudarlo en un punto que enseguida se ensanchó e hizo vibrar el vacío. Todo lo que estaba cerca era atraído por esa deformación, pero no de la manera en que una roca cae a través de un agujero, sino que una zona de la realidad era ese mismo agujero. Es difícil de explicar. He ensayado mentalmente aproximarme a decir lo que vi y creo que no se me ocurre nada mejor.

—Creo que puedo entenderte, en parte. Algo similar me ocurrió la primera vez que vi aparecer los billetes.

—No me contaste nada de eso —intervino Tate, apoyando una mano en el respaldo del asiento de Samantha.

—Fue como si el sitio donde aparecieron los billetes se abriera o se separara... no lo sé.

—Entonces ya somos dos —dijo John—, pero espera... dijiste la primera vez. ¿Eso quiere decir que sucedió otra vez?

—Y una tercera. Cuando el jarrón estalló e hirió a Dixie.

John se dio cuenta de que había estado mirando demasiado tiempo a Samantha cuando al costado de la cabeza de esta se produjo una burbuja o un bulto como el efecto producido por una cámara. John cerró los ojos y volvió a mirar la calle.

—¡Oh Dios! ¡Cuidado! —gritó Tate mientras hundía su cabeza entre sus brazos.

La frenada se oyó como el chillido de dolor de un animal desconocido y se propagó como el viento raudo que precede a la tormenta.

A la distancia de un dedo, la parte trasera de una van tenía abierta sus puertas y a la derecha, sobre la acera, un hombre que cargaba dos cajas de cartón, miraba atónito a John que se estaba rascando la cabeza y miraba por todas las ventanillas mientras intentaba encender de nuevo el vehículo. A la tercera encendió. El hombre con las cajas había dejado estas en el piso y estaba golpeando con los nudillos la ventanilla de Samantha.

—Piérdete, idiota —le dijo Samantha mientras le mostraba el dedo medio.

—Casi morimos estrelladas, idiota —soltó Tate mientras golpeaba con la palma de una mano la cabecera del asiento del conductor.

—No golpees que está flojo —se quejó John al tiempo que daba marcha atrás y volvía a la calle.

La cabecera se torció con el último golpe de Tate. John hizo un esfuerzo para volverla a colocar en su sitio pero no lo consiguió.

—Maldita sea —se quejó—. Otra vez tendré que arreglarlo y no soy muy bueno en eso, maldita bruja.

—Volvamos a mi casa, John —sugirió Samantha—. En cualquier momento nos van a perseguir las sirenas de la policía. Me sorprende que no te hayan quitado la licencia.

—He tenido suerte en eso —John torció la boca como si estuviera reprimiendo un juramento y giró en U en la esquina. En pocos minutos volvieron a la vieja casa de Corin y Theroy.

—Ese pedazo de vidrio casi me deja como un vegetal. Aunque hubiese preferido que me matara —confesó John mirando el té en su tasa que revolvía constantemente con la cucharilla.

—Todavía no entiendo cómo es que ese trozo de mi jarrón, llegó a incrustarse en tu cabeza —dijo Samantha.

Tate, que había recibido las últimas noticias sobre Dixie y los billetes aparecidos en la mesa, estaba mirando los cuencos de vidrio con la concentración de alguien que está resolviendo una ecuación matemática. Tiras de billetes y pedazos de vidrio. Aquel sujeto con la cicatriz y su trastorno, Dixie en el hospital y Samantha, su cliente número uno, imbuida en la historia de John. Si no fuese una mujer práctica, Tate hubiese tomado todo eso como un mal sueño muy vívido. Sin embargo, si inclinaba más a la posibilidad de que esos dos, y tal vez Dixie, hubiesen tenido un encuentro muy tóxico con un final que ni ellos mismos podían entender.

—Cuando los billetes volaron en mil pedazos —contó John—, también hubo una lluvia de cristales. Al principio creí que se trataba del vaso del señor Collins, pero el mismo había quedado intacto. Uno de esos cristales fue ese trozo que te mostré. Me perforó el cráneo y faltó mucho para que entrara en el cerebro de lo contrario tal vez ni siquiera estuviese hablando contigo.

—Disculpa —dijo Tate desde atrás. Estaba sentada en una silla con un almohadón muy mullido, y un respaldar no menos cómodo—. ¿Puedes repetir la fecha en la que ocurrió esto?

—Imposible olvidarla. Ocho de setiembre de mil novecientos ochenta y cinco.

—Ahí lo tienes. Estás hablando con un maldito orate, Sam. ¿Por qué no volvemos a nuestro asunto con la perra que te ha criticado por las redes sociales?

—Tate, estaría de acuerdo contigo si no hubiese visto las cosas que he visto. Lo de Dixie fue lo que terminó de convencerme que en esta casa ocurre algo extraño. Por eso te he pedido que busques entre tus cosas a alguien discreto que venga a echar un vistazo.

—Pensé que volviendo a entrar a este lugar, —dijo John— no encontraría nada importante. Si lo veía como una casa común y corriente, como un ambiente nada fuera de lo común, serviría de algo. Pero al ver la mesa fue como transportarme de inmediato hasta ese día. Mi último día en Y/Z. Esa cosa de algún modo sigue aquí y allí también.

—Pero ¿qué es? —preguntó Samantha poniéndose de pie y adoptando una actitud imperativa que obligaba a John a obtener de él algún dato más—. ¿Una especie de portal hacia otra época, hacia otro año?

—Ahora que lo pienso puede tratarse de un agujero de gusano. Después de todo conecta dos tiempos distintos.

—Pero hay algo que no entiendo. ¿Cómo es que no ocurrió antes?

—¿Qué quieres decir? —preguntó John dando un sorbo a su té.

—Cuando me mudé, pasaron varios meses antes de que colocara la mesa en ese sitio. ¿Por qué los billetes no se manifestaron antes? Digo, tendría que haber visto billetes en el piso en el sitio que luego estaría la mesa.

John meditó unos instantes en esto sin dejar de revolver el contenido de su taza. Samantha se había dirigido a la mesa de madera, la tomó de los costados y la levantó. La sacudió y la volvió a dejar en el mismo lugar.

—No seas ridícula, Sam. Esto que están diciendo no tiene ningún sentido. Mira, si quieres podemos hablar más tarde de lo que te ocurrió con ese vuelto del pasado. Pero acuérdate que hoy tenemos que resolver ese problema y además traigo una buena noticia. Londling quiere firmar contigo. No quería decirlo con ese tono sino algo más bien así ¡Londling quiere firmar contigo, YEIIIIII! —Tate levantó los brazos y su tono sonó entusiasta al pronunciar las últimas palabras.

—Ahora no, Tate —dijo Samantha haciendo un ademán rechazo que Tate recibió con los ojos abiertos como platos—. Esto no puede esperar.

El timbre sonó y Samantha se llevó una mano al rostro y se lo refregó con fuerza.

—¿Es que hoy es el día de visita para todo el mundo o qué? —exclamó Samantha estirando su rostro hacia la puerta—. ¡Abra la puerta, maldita sea!

Era Paul, el asistente de Dixie que también trabajaba como payaso en el circo granjero. No se había quitado por completo el disfraz de su personaje. Aún conservaba una cuellera blanca que cubría sus hombros, unos botones gigantes en una camisa común y en sus mejillas todavía se apreciaba un halo de blancura de un maquillaje reciente.

—Hola Samantha, lamento lo de Dixie —dijo Paul caminando con los brazos hacia delante y una mirada de tristeza incalculable en su rostro.

Samantha no hizo nada cuando Paul la rodeó. Un aroma a perfume sobre pelo de caballo hizo fruncir su nariz. Cuando oyó como Paul se disponía a sollozar, lo apartó y con una sonrisa que pretendió ser beatífica acompañó la congoja de Paul.

—Realmente quisiera hablar contigo, Paul pero ahora estoy muy ocupada. ¿Qué necesitas?

Paul tartamudeó antes de responder. La prisa de Samantha lo había tomado desprevenido. Se veía en sus ojos que se había esperado otra clase de recibimiento.

—Es la función, Sam... también lo del ternero nuevo. No sé cómo va a seguir ensayando si no está Dixie cerca. Se siente más seguro con ella. Pero lo más importante es la función. Ella hace la introducción del acto y presenta cada escena. No sabemos si aplazar la función porque ya tenemos todas las entradas vendidas o continuar.

—No sé por qué me preguntas eso a mí, Paul. Estoy menos al tanto que tú de lo que se debe hacer. ¿No tienen un plan B para situaciones como estas?

—Eso..., verás, la que podría haber reemplazado a Dixie fue despedida hace dos semanas.

Samantha recordó una tal Gloria. Según lo que le había dicho Dixie, la había encontrado robando comida de los animales y vendiéndola en el mercado negro. Pero hablando con sinceridad aquello la traía sin cuidado. Quería desentrañar la incógnita del agujero de gusano, como lo había llamado John o lo que fuera que sucediese en su casa.

—Claro, Gloria. Bueno, ¿qué me dices de ti? Tú eres la mano derecha de Dixie. Seguro puedes hacerlo bien.

Paul enarcó las cejas y miró a Samantha como si le hubiesen salido monos en el rostro.

—No, no podría, no yo no. Me llevó bien con la comedia muda y con utilería, pero presentar cada acto requiere mucho más, otro porte, otra dicción, algo más elegante...

—No digas más —dijo Samantha, sonriendo y dándose media vuelta—. Tate, tú cubrirás a Dixie. Paul te dirá qué debes hacer. Vamos, no hay tiempo que perder. Ve a ensayar ahora mismo.

—¿Estás hablándome en serio? —rio Tate con un dejo de incredulidad en sus facciones.

—Nunca más en serio. Eso nos dará tiempo a John y a mí de avanzar en el misterio del túnel del tiempo y cuando todos hayamos terminado nos pondremos al día con el tema de la perra de Betty y de Londling.

—Samantha, déjate de bromas. Yo no sé nada sobre administración de circos y menos de presentadora. De ninguna manera...

—¿Quieres seguir trabajando para mí?

La pregunta fue un bofetazo, más aún, fue como si una avalancha de toneladas de nieve y roca cayeran sobre ella sin remedio.

—Samantha, ¿por qué...

—Respóndeme, Tate. ¿Quieres seguir siendo mi agente?

—Sin duda —fue la lacónica respuesta de Tate, mientras un torrente de palabras se estrellaba contra sus labios. No era frecuente que a Tate la

pusieran en una situación como esa. Pero era un cliente que valía millones. Su orgullo batallaba contra su codicia y Samantha lo sabía.

—Entonces ve con Paul y trata de que el *show* se realice hoy. Hazlo lo mejor que puedas.

Tate miró a Paul que en ese momento se había quedado mudo. Solo atinaba a pensar cómo era que Tate ocuparía el lugar de Dixie. Era una locura. John saltaba con sus ojos entre esas tres personas que había conocido hacía menos de dos horas. Miró su reloj y luego hacia la mesa.

Tate desenganchó su bolso del perchero y pasó sus manos por la cintura de su vestido. Caminó hasta ponerse al lado de Paul y le asintió con la cabeza, luego salió de la casa con paso firme, dejando una estela de rencor a su paso.

—Solucioné tu problema, Paul. Ve rápido antes de que Tate cambie de opinión.

Paul salió de la casa sin decir nada, aún más preocupado que cuando había entrado. Ni bien cerró la puerta, John habló.

—Esta era la hora cuando el señor Collins terminaba su desayuno. Era el primer cliente en entrar en el bar y siempre elegía la misma mesa, justo donde has ubicado la tuya. La misma distancia entre ella y la ventana, entre ella y la puerta y entre ella y donde aproximadamente había estado la barra con la cocina detrás.

Samantha se adelantó hacia la mesa. John se acercó luego con paso indeciso por detrás. Ambos permanecieron rígidos y su respiración se hizo más profunda y lenta.

—Tal vez cerraron el restaurante luego del incidente que tuviste —dijo Samantha sentada con las manos apretando los bordes de la silla—. Ahora que lo recuerdo, creo que mis padres me contaron algo al respecto. Es increíble que lo recuerde en este momento. Sin embargo, ahora que lo pienso lo recuerdo de toda la vida.

—Por supuesto, salió en una noticia. El titular había sido «El clásico Y/Z amaneció con un accidente explosivo. —Y más abajo—, Empleado lucha por su vida».

—Por supuesto —balbució Samantha frunciendo el ceño. Sus ojos se movían de un extremo a otro—. Tú eras ese tipo que casi entra en coma y por el cual el restaurante se convirtió en el escenario de especulaciones extrañas. ¡Por Dios! No puedo entender como esos recuerdos no vinieron antes.

—Creo que tiene que ver con el jarrón, y con la mesa que se te ocurrió ubicar justo en este lugar.

—¿Cómo es eso? —preguntó Samantha al tiempo que un ruido proveniente de la ventana llamó su atención. Entre los postigos y el cristal se podía ver afuera, un gato blanco con un antifaz de pelo amarillo en el rostro. Estaba parado en sus cuatro patas y miraba hacia donde estaban ellos. Su cola se erguía y solo la punta se movía como una pluma atada al extremo de un palillo.

—¿De quién es ese gato? —preguntó John.

—No lo sé, pero mira como nos observa.

—Tal vez quiere entrar. O busca comida.

—No me gustan los gatos —confesó Samantha—. Me ponen nerviosa. Siempre están viendo otras cosas que no puedo percibir.

—A mi no me molestan, pero no tendría uno. Apenas si puedo cuidar de mí mismo después de aquel día.

—Ah, ¿y qué haces para comer?

—Me gradué de Profesor de Literatura en la Universidad de filosofía y letras de Pearce's Ville. No es mucho, pero otra cosa no hubiese podido hacer. He tratado de escribir una y otra vez sobre mi experiencia, pero el recordarla me parece peligroso. Así que me conformo con enseñar lo que han creado otros.

Samantha contempló unos segundos a aquel hombre que no podía dejar la mirada quieta. Era probable que llevara una vida solitaria. Se notaba en sus ademanes y modales. Un tipo cuya vida había quedado irremediabilmente marcada luego de que casi lo mandara al otro lado un trozo de vidrio. El vidrio que pertenecía a un jarrón ordinario. Dixie podría tener el mismo destino que aquel sujeto cuando despertara. Si es que lo hacía. Tendría que haber llamado al hospital para ponerse al tanto pero allí estaba, con un desconocido, esperando que los billetes de un hombre del año ochenta y cinco, se materializaran en su mesa. El gato arañó el vidrio y emitió un largo maullido seguido de un bufido que puso de puntas los pelos de Samantha.

—¡Lárgate de aquí! —ordenó Samantha haciendo una señal con los brazos para secundar sus palabras.

Pero el gato siguió maullando y chillando mientras sus uñas hacían chirriar el cristal. Arriba de la ventana, una ventanilla rectangular estaba abierta, dejando dos aberturas entre la misma. El gato alzó la cabeza y de un salto seguido de un ágil impulso contra la ventana, se encaramó en el vidrio de la ventanilla y permaneció agazapado, mirando hacia la mesa en el mismo instante en que una especie de difuminación en la zona de la superficie más cercana a John torció el espacio como si se tratara de un cuadro en donde los

colores se diluían por acción del pincel del artista. Un espiral o algo que se le asemejaba lo suficiente empezó a girar dándole a la realidad el aspecto de una mera apariencia que empezaba a cambiar desde un punto arbitrario por efecto de alguna herramienta de diseñador digital. Samantha y John se alejaron hasta el otro extremo de la habitación. El espiral ahora era un óvalo, cuyas líneas concéntricas se habían convertido en una sola otorgándole dicha forma. Dentro del óvalo, un vacío al que la mente no podía penetrar con ningún artilugio de la razón y menos de la lógica, había crecido hasta tener el tamaño de un espejo de tocador de viaje, de la altura de un antebrazo. Ni Samantha ni John vieron cuándo el gato saltó desde la ventanilla y cayó en el vacío, en cuyo interior ni siquiera se podía decir que hubiese nada. El estallido fue mayor esta vez. Y el desastre en el recinto alcanzó otras zonas de la casa. Samantha y John quedaron empapados en sangre. Y la mesa que había empezado todo eso, se partió en pequeñas porciones aptas para leña.

Afuera se oyó el grito de una mujer. Samantha tenía los oídos tapados por la estridencia de la explosión que ella percibió primero como un delgado zumbido y luego como si alguien derrumbara un muro de ladrillos dentro de su cabeza. A su lado estaba John con los brazos separados formando una V invertida. No podía ver sus ojos por la sangre que lo empapaba totalmente. Entre ambos, había un trozo de algo peludo, también cubierto de sangre, pero los pequeños colmillos estaban blancos. Era una cabeza de gato. Dentro de todo el baño de sangre que había en su comedor, en su cocina y en su *living*, Samantha distinguió algo que colgaba de la araña que iluminaba el interior de la sala por encima de sus cabezas. Era un billete de veinte dólares. El rostro de Andrew Jackson estaba enmarcado en el centro de una estrella de sangre que goteaba sobre la alfombra líquida a sus pies.

—El maldito gato... —susurró John antes de que las sirenas de la policía se arrimaran desde la distancia.

John y Samantha no las escucharon hasta que los patrulleros estuvieron junto a la calzada del célebre edificio de Corin y Theroy.

Capítulo 5

Desde el fondo del restaurante, llegaba planeando con suavidad *Kayleigh* de Marillion. Gillian estaba en su puesto con un resfriado que trataba de disimular ante su jefe y la clientela. A esa hora el Y/Z no tenía demasiados clientes y todos estaban separados por varias mesas, por lo que se podía delimitar sin confusiones las zonas en las que actuarían los tres meseros de ese turno. Un turno que no le correspondía si fuéramos al caso. Era el turno de John que en ese mismo instante estaba en el hospital y según lo que se enteró por parte de Dona, su compañera, no era muy bueno su estado pero no creía que fuese a morir. Por esa ausencia, ella había tenido que conseguir en tiempo récord una niñera de confianza para Charlie y enojarse con su jefe a quien no le hubiese temblado el brazo a la hora de contratar otra Gillian que cumpliera con los cambios de último momento. Y ahí estaba, atendiendo a un hombre con un mono de plomero y por supuesto al señor Collins que estaba leyendo una revista de teatro mientras sorbía su café con leche con una parsimonia que era la metáfora misma de que todos los problemas de los que hablan los demás son inexistentes. Bostezó sin ocultarse, de algún modo quería demostrar que no estaba a gusto con la decisión del señor Yuma, aunque a nadie le importara. Cuando Collins terminó su última tostada, cerró la revista, bebió su pequeño vaso de soda, se limpió los labios como si fuese una parte importante de una ceremonia antigua y pidió la cuenta. Gillian le llevó su *ticket* mostrando una sonrisa tan seca que hubiese sido mejor no actuar en esa ocasión.

—Querida —le dijo tomándola de la mano con la que ella le extendía la boleta—. Llévale mis saludos a John y dile que se lo echa de menos aquí. Mis esperanzas están con él, díselo así. ¿Podrías hacerme el favor?

—Claro, señor Collins —dijo Gillian sabiendo que jamás pisaría ese hospital para visitar a John—. Usted no se preocupe, que puede ser dañino a su edad.

—Por favor, hija. Creo que estoy solo en mi tercera adolescencia.

El señor Collins pagó el precio justo. Ni un centavo más o menos. Gillian lo saludó y se dio media vuelta, dejando al hombre acomodarse antes de retirarse. «Espero que me dejes tan buena propina como a John», pensó Gillian mientras Marillion hacía sonar ahora *Dry Land*.

Gillian regresó al cabo de unos segundos por su propina. Se había dicho que en esa mesa desaparecía el dinero antes de que el mesero llegara. No era imposible que alguno de ese turno decidiera que era buena idea quedarse con el premio de un compañero, así que Gillian no le quitó el ojo de encima a su mesa durante todo su recorrido hasta la caja, donde entregó el importe. Si el ladrón era uno de sus colegas, estaba segura de poder atraparlo con las manos en la masa. Pero la propina se mantuvo allí hasta su regreso. Sin embargo nunca terminó en sus manos. Algo apareció alrededor de los billetes. No pudo encontrar palabras para describirlo, ni tampoco sus dos compañeros que se preguntaron sin mirarse si estaban viendo lo mismo. El hombre con el mono del fontanero al igual que los otros cuatros clientes en el Y/Z se pusieron de pie. La atmósfera de estupefacción que se apoderó de todos hizo añicos el curso imparable del tiempo que en ese momento parecía haber huido despavorido. «Algo que se removía debajo de la realidad visible», fue la respuesta de alguien al ser entrevistado unas horas después. Y al comienzo, esa definición no estaba lejos de lo que Gillian veía. Luego, ese revoltijo de colores y líneas que se entrecruzaban, protuberancias y convexidades que chocaban y fluctuaban, formó un triángulo en cuyo centro Gillian vio objetos en un espacio que no eran los que estaban detrás de la mesa. Pero lo más extraño es que había otras dos personas cuyas figuras eran como el reflejo trémulo de alguien sobre la superficie alterada de un lago. No podía apreciar sus facciones, ni saber de qué sexo eran, pero su humanidad no se cuestionaba. No hacían más que estar allí mirando el mismo fenómeno que ella. El triángulo se convirtió en un óvalo y unas finas líneas azules parpadearon en todo su interior. Eran como pequeños relámpagos que cuando se encendían, borraban esa imagen de los sujetos y aquella habitación que no era del Y/Z. No obstante, el corazón de Gillian estalló, cuando una sombra se interpuso entre las dos realidades separadas por el fenómeno. Al principio era algo informe pero pronto adoptó el contorno de la cabeza de algún animal con las orejas puntiagudas. Primero miró de frente y luego movió la cabeza hasta quedar de perfil. Alrededor del óvalo aparecieron unos filamentos como patas de insecto que se asomaban y se movían sin llegar a tocar a la cabeza del animal del centro. Gillian estuvo a punto de gritar pero lo que casi fue un

grito se transformó en lágrimas. Un llanto que no hacía sino acompañar un estado de alegría que no tenía parangón con ningún momento de toda su vida.

Tres semanas se sucedieron tan rápidamente que parecieron encajar entre un sol y una noche. Se hospedaron en la casa de John hasta que la limpieza terminara en el hogar de Samantha. Un tiempo excesivamente largo se comprimió en la mente de John y la escritora. Nuevos recuerdos afloraron y un sinnúmero de experiencias engrosaron las historias de ambos. Samantha sabía que en algún lugar del tiempo ella había escrito *Oda a mi soledad*. Incluso había páginas web y libros impresos que no desmentían esa certeza. También había escrito un segundo libro, *Puerta a la superación individual*. Aún así, con todas esas pruebas, ese material que le había dado parte de su fortuna, no se podía hallar más lejos de la obra con que Samantha había entrado en el salón de la fama de los escritores de Pearce Valley.

Una vida en la casa de Corin y Theroy, era en verdad el título del que Samantha se sentía verdadera hacedora. Los otros dos, los vivía como apócrifos de una vida paralela en la que había estado viviendo durante algún tiempo. Era extraño pero se sentía como si hubiera despertado de un sueño para caer en otro, uno de esos sueños de cajas chinas de los que al final uno despierta a tiempo para ver por un instante cómo la fragilidad de la realidad iguala a las fantasías esculpidas por una mente que desborda a su dueño. Esa mañana había despertado con la sensación de haber estado durmiendo por años. Le costó trabajo recordar en qué día se encontraba y hasta cuál era su apellido. Lo tuvo que repetir un par de veces para recuperar esa pertenencia familiar. Se miró al espejo y las líneas de la almohada le bajaban por el costado izquierdo de su rostro. Tenía los ojos hinchados y los labios secos. Bebió casi un litro de agua de una sola vez. Llevaba puesta una musculosa y unas bragas azules que le había regalado Dixie las navidades pasadas. ¡Oh, Dixie!, miró la fecha en el calendario de su celular. Tres semanas desde el incidente en su hogar y tres semanas desde que Dixie había ingresado en el hospital y no sabía nada nuevo de ella. ¿Qué he estado haciend...

Por supuesto. Dos días después del baño de sangre en su casa, Dixie se había recuperado bastante. A pesar de haber perdido la visión de un ojo, no parecía desalentarse en cuanto a sus proyectos con el circo de granja. Había pasado una semana con ella y después se había hospedado en casa de John para planear cuáles serían los siguientes pasos con el portal a mil novecientos ochenta y cinco. Un portal que tenía un guardián muy particular. John además de ser profesor de filosofía y letras era físico y desde aquel famoso incidente de sangre en el restaurante que terminó con los días del Y/Z en la esquina de

Corin y Theroy, John se había especializado en mecánica cuántica y tenía un master en astrofísica. Toda una eminencia en la Universidad de Pearce's Valley. John había publicado decenas de artículos con la editorial de la universidad y había sacado el libro aclamado por la crítica *El universo entre los universos*, donde desarrollaba la teoría de que entre un plano de la realidad y otra existe un mundo cargado de seres que provocan cambios en ambos universos y a veces pueden ingresar al nuestro por motivos que escapan a nuestro entendimiento moldeado por un número limitado de dimensiones y aún más por el modo en que hemos adquirido el conocimiento. El guardián del portal era una de esos seres y su alimento preferido era cualquier cosa que proviniera de las dos realidades. Había llegado allí siguiendo el aroma que los billetes dejaban entrar en el universo del medio donde él existía. Y luego, el accidente con el jarrón y el gato le había otorgado una panorámica más amplia de las criaturas que habitaban los dos tiempos que se habían cruzado para luego moverse en un curso paralelo sin más inconveniente que el de volver más compleja la mente para aceptar los cambios en las dos realidades.

—Hay una simultaneidad en las causas y efectos de los dos tiempos —explicó John mientras Samantha oteaba el jardín del hogar del hogar del físico filósofo, deteniéndose en la fuente de agua que dominaba el centro de una vegetación de escasa estatura—, sin que necesariamente lo que ocurre antes excluya los sucesos actuales que se produjeron gracias a una diferente cadena de eventos del pasado.

—¿Es decir? —preguntó Samantha.

—Se forman dos realidades con sus causas y efectos percibidas en el plano mental individual y colectivo sin que una anule a la otra. Esto nos brinda nuevos datos sobre la naturaleza de la consciencia y sus zonas inexploradas.

Después de un silencio largo, mientras John mantenía un monótono ruido presionando las teclas de su laptop, Samantha suspiró y se rascó la barbilla.

—Dixie está melancólica —dijo en voz baja, como si pretendiera hablar consigo misma—. Dijo que extraña lo que éramos en el otro tiempo.

—No hay otro tiempo —dijo John—. El tiempo al que se refiere Dixie está ocurriendo ahora mismo. El problema radica en el plano físico. Digamos que este es de una versión más vieja, cuyo procesador no puede soportar la simultaneidad bidimensional que la mente no tiene problema en aceptar.

Capítulo 6

El cartel con la palabra CLAUSURADO se extendía a todo lo largo de las vidrieras que daban a calle Corin. Del lado de Theroy, las ventanas habían sido tapiadas con tablones de madera pintados de manera burda de un rojo que se descascaró a los pocos días. En la puerta de hoja doble de la entrada se había puesto un candado de enormes proporciones que unía los extremos de una cadena enrollada con varias vueltas en los picaportes. Ninguna luz se traslucía al exterior. El restaurante Y/Z había cerrado sus puertas aunque se decía que sus dueños pronto abrirían en otra zona de Pearce's Valley. Eso poco le importaba a los cinco autoconvocados que esa noche tenían decidido entrar a la fuerza al establecimiento. No para robar lo que quedara de valor en el interior. Sus propósitos eran presenciar el fenómeno que había motivado el cierre del local y que la policía junto con otros peritos de diferentes especialidades había ido a investigar sin que los resultados oficiales salieran a la luz. Eso no impidió que una ola de rumores acerca de lo que había ocurrido allí dentro una mañana como cualquier otra, atizara la imaginación de aquellos para los que la superstición no era un modo de pensamiento en desuso, sino desplazado a las sombras por una nueva convención mental subordinada a las limitaciones de los sentidos y de los inventos que actuaban como extensiones de los mismos. Tres de esos cinco habían estado esa mañana cuando una explosión de sangre y dinero tiñó casi todo el restaurante, incluyendo la comida que había servida en algunas mesas, los clientes que estaban allí y los empleados que no pudieron llevar a cabo ningún protocolo de evacuación, ya que un baño de sangre y la apertura de un portal que contenía un ser en su interior no estaban incluidos en el manual de contingencias que todos habían leído. Una de esas empleadas formaba el quinteto de ese momento. Gillian, que no había tenido problemas en soltar al pequeño Charlie en casa de sus padres dos horas antes de reunirse con sus compañeros invasores, había presenciado el espectáculo desde la primera fila y les había asegurado a todos que el ser en el portal era lo de menos. Allí también había gente y otro lugar al que se podía tener acceso si uno

atravesaba ese óvalo abierto en el vacío. Por supuesto se había guardado la información que más valor tenía para ella. Antes de la explosión, Gillian había atisbado una escena que la hubiese hecho llorar si enseguida no se hubiera sucedido la explosión. Era algo personal, un episodio que la incumbía a ella sola. Era su casa, pero no el apartamento en el que vivía ahora, donde la humedad ocupaba un porcentaje de espacio mayor que el oxígeno, sino una casa con cortinas azules que ondeaban por la brisa que entraba de forma alternada por las ventanas. Todo el *living* ocupaba el total de metros cuadrado que tenía su actual departamento. Había una biblioteca repleta de libros que cubría una pared entera y cada objeto del interior parecía recién sacado de sus empaques. Una casa próspera, con una cocina amplia como las que salen en esos programas de televisión. Su guardarropa tenía una gran variedad de prendas para diferentes ocasiones y nada estaba fuera de lugar. Pero en ese instante que duró la visión también notó la ausencia de Oscar, el padre de Charlie. Allí no había ningún hombre, ni tampoco un hijo. La luz que iluminaba la casa no provenía de ningún aparato eléctrico. Era la del sol que se filtraba por otras ventanas donde las cortinas estaban recogidas con un listón también azul. Todo estaba limpio, todo estaba en orden, incluso su vida estaba muy lejos de ese restaurante y del oficio de mesera. Más tarde, Gillian había pensado que si la explosión de sangre no se hubiese producido, nada le hubiera impedido zambullirse en ese óvalo a pesar de que su cuerpo hubiese quedado atascado en el intento.

Un coche patrulla pasó por Corin y los cinco se escondieron detrás de una hilera de autos estacionados. Uno de ellos, el más grande que Gillian había visto por primera vez vestido con un mono de fontanero, había traído las pinzas para cortar la cadena. No fue un trabajo fácil dado el grosor del metal, pero era la manera menos ruidosa para llamar la atención del vecindario. Una vez adentro, trabaron las puertas y con las linternas encendidas, Gillian los llevó hasta donde había estado la mesa que luego de tener al señor Collins como último cliente terminó partida a la mitad. Era el único lugar donde la avalancha de sangre no había llegado y por consiguiente la sangre había dejado un círculo sinuoso que marcaba el sitio donde había estado la mesa. La sangre había sido limpiada pero no en profundidad. Era seguro que, ante la clausura del local, los dueños hubiesen decidido dejar el trabajo por la mitad. A Gillian le resultó oportuno ese círculo porque lo usaría como delimitación entre el portal y los presentes.

—Fue aquí donde ocurrió —dijo Norman, el fontanero todavía tenía las pinzas asidas con las dos manos como si se dispusiera a cortar otra vez—.

Gillian, ¿qué dijiste que debíamos hacer? ¿Colocar dinero en este lugar?

—Si esa cosa es peligrosa, debemos asegurarnos que no llegue a nosotros —dijo Sal, otro de los clientes que había visto formarse el óvalo de la nada misma—. Si es una puerta a otro mundo, deseo poder llegar al otro lado y no quedar varado en el medio.

—Con ese peso, dudo mucho de que puedas meter algo más que tu cabeza —dijo Fred, el más joven de todos, que había decidido unirse a los aventureros en vez de informarles a sus padres que otra vez había abandonado la universidad.

—¿Qué tal si empiezas tu vida en otro mundo con un ojo morado, idiota? —amenazó Sal, adelantando el pecho para parecer más rudo, pero el único efecto que produjo fue una risa a punto de desbordarse por los labios de Fred.

—Si nos tratamos mal, seguro que no nos espera nada bueno allí —dijo Matilde, una mujer con extrañas creencias religiosas, amiga de Gillian que se había unido al grupo con la esperanza de dejar este valle de lágrimas y aparecer en alguna versión del paraíso.

—Mat, habíamos acordado en no lanzarnos con preconcepciones hacia ese agujero —dijo Gillian—. No sabemos hacia dónde va ni qué es. Todos los que estamos aquí, estamos arriesgando nuestras vidas.

—Como quien dice, estamos apostando todas nuestras fichas a un solo número.

—¿Quién dice eso, Norman? —preguntó Fred con un tono que anticipaba un sarcasmo.

Norman no respondió, pero miró a Fred como si el muchacho fuera una plaga y el tuviese en ese momento, los instrumentos para erradicarla.

—Ahora colocaré estos billetes en el centro de ese círculo y esperaremos —anunció Gillian ante la mirada de aprobación de todos—. No sabemos qué otra cosa hacer más que repetir las mismas acciones que provocaron su aparición.

Tres billetes de veinte dólares fueron depositados con cuidado en el sitio que había ocupado la mesa. Los cinco se dispusieron alrededor de la zona sin sangre y aguardaron con las manos cruzadas y los ojos tan atentos al dinero que los haces de luz que provenían de las linternas no iluminaban más que ese lugar. Detrás, las sombras se volvieron más espesas, como si una espuma negra fuese ganando cada vez más tamaño dentro del Y/Z.

La sangre se heló en las venas de todos cuando oyeron, proveniente del sector de la cocina, un pausado taconeo que se detuvo a pocos metros de ellos. El único que se animó a mover la linterna en esa dirección fue Norman

y casi enseguida lo imitaron los otros. Una figura cubierta con lo que parecía un piloto se erguía con una mano extendida hacia delante. El rostro perforado por cinco haces de luz se ocultó detrás de la otra mano. Tenía el cabello peinado hacia atrás y sobre los hombros, unas correas que bien podrían ser de una mochila.

—¿Quién eres? —preguntó Norman con una voz grave para darle autoridad a sus palabras.

—Dejen de encandilarme, maldita sea —se quejó el hombre.

—No hasta que nos digas quien eres y qué haces aquí —respondió Gillian haciendo un gesto a todos para que no apartaran las linternas.

—John, soy John. Saquen esas endemoniadas luces de mi rostro.

Gillian fue la única en reconocerlo. Asintió para que todos bajaran las linternas, con excepción de la de ella que permaneció apuntando el rostro del hombre para asegurarse de que era quién decía ser.

—¿John Feraud? —preguntó entrecerrando los ojos y caminando hacia él —. ¿Eres tú?

—Ya basta Gillian. Soy yo, entré antes que ustedes. Pensé que eran los dueños o la policía. Por eso me oculté.

John llevaba puesto un piloto gris y detrás de la cabeza, colgaba una capucha en la que fácilmente podrían entrar tres cabezas.

—¿Qué carajos haces aquí?

—¿Qué carajos hacen ustedes aquí? —contraatacó John, mirando con detenimiento a los otros pero la oscuridad y la poca luz en su contra no le revelaron nada.

—¿Puedes decirnos quién es tu amigo, Gillian? —preguntó Sal con una urgencia en su tono de voz.

—Es John Feraud. El tipo al que reemplace ese día. El que sufrió el accidente cuando el vidrio casi penetró en su cerebro.

—¿Eres el maldito que casi queda estúpido? —preguntó Fred, atravesando los ojos de John con su linterna.

—Hijo de puta —se quejó John y caminó hasta Fred, para arrebatarse la linterna.

—Devuélveme eso —ordenó Fred—. ¿Estás loco o qué?

John se dio media vuelta y lanzó la linterna de Fred hacia las profundidades del restaurante. Se escuchó cómo rebotaba dos veces antes de rodar y detenerse.

—¡Hey! —exclamó Fred, empujando a John, quien dio dos pasos tambaleándose hacia atrás y luego se impulsó para dar un puñetazo a Fred. El

muchacho perdió el equilibrio y cayó de costado sobre el suelo.

—¡Basta ya! —se enfadó Gillian. Sal y Norman sonreían al ver a Fred con la mano en la mandíbula, mirando con ojos inyectados de furia a John.

Matilde le tendió sus manos al muchacho, pero este las apartó antes de ponerse de pie.

—John, es mejor que te vayas a tu casa —dijo Gillian—. Mira, no sé cómo es que entraste aquí pero lo que vamos a hacer no te involucra. Vete y por favor no digas nada acerca de nosotros, pase lo que pase.

—Primero, entré por el techo. Hay un agujero cubierto por una chapa por el que puede caber un hombre. Levanté la chapa y caí dentro de la buhardilla. Segundo, esto me compete tanto como a ustedes y si vamos al caso, yo lo vi antes.

Todos se miraron sin decirse nada. Gillian sopesó algunos pensamientos en su mente y luego se ubicó alrededor del círculo, en el mismo lugar que había ocupado antes de la interrupción de John.

—O sea que dejamos que este imbécil se quede —afirmó Fred.

Ante el silencio de todos, observando cómo cada uno volvía a su puesto, Fred escupió sangre sobre el zapato de John y luego siguió a los otros.

—No estaría aquí —confesó John, haciéndose un lugar entre Gillian y Sal—, si no hubiese sido por la segunda aparición de esa ...puerta. Lo que leí en las noticias, me armó de valor para volver a este sitio y tratar de verlo de nuevo. No sé qué planes tendrán ustedes. Pero yo vi algo más además de esa cosa que está allí dentro. Algo así como una posibilidad que me aguardaba. Un lugar que mejoraría mi vida. Tal vez estoy loco, pero necesito que esa brecha del vacío se produzca de nuevo.

—Estamos aquí para saltar, amigo —dijo Norman, mirando con seriedad a John para asegurarse de que sus palabras no se tomaran a la ligera—. Tres de nosotros vimos también algo que fue suficiente para que estemos aquí arriesgando nuestras vidas.

—¿Qué cosa vieron? —preguntó John.

—Pongámoslo de esta manera —intervino Sal—. Si por casualidad se abre una puerta que no creías que estaba ahí y del otro lado hay un salón lleno de oro y artefactos de un valor incalculable. Pero sabes que hay un dragón merodeando, ¿qué haces?

John no respondió. Pensó en la pregunta mientras encontraba la misma respuesta en el rostro de todos, aún en el de Fred, teñido de rencor hacia él.

—¿Hacia dónde saltaremos? —pensó John, pero involuntariamente la pregunta se había pronunciado perfectamente para los otros.

Capítulo 7

—Luego del baño de sangre de mil novecientos ochenta y cinco, el tiempo sufrió un cambio pero nuestro presente no cambió de manera radical del modo en que un viejo lector de ciencia ficción lo hubiese pensado. Los acontecimientos presentes continuaron corriendo como siempre, excepto que el tiempo mental que transcurre en cada individuo se desdobló, transcurriendo ambas líneas simultáneamente.

—Eso es lo que no entiendo —dijo Samantha dejando que el humo del cigarrillo se colara entre las palabras—. Si el baño de sangre no produjo un futuro diferente en el que ambos estemos viviendo, ¿cómo podemos aceptar que lo que ocurrió luego tenga otra historia distinta si en apariencia es la misma?

—Tú misma lo dijiste —rio John, meciéndose en una silla reclinable que Samantha le había comprado para que no se viviera cayendo mientras pensaba o discurría sobre algún asunto—. En apariencia. De algún modo, los acontecimientos en el futuro se dispusieron de tal manera para que nuestro presente no cambiara, aunque sí la historia de este. La oficial, claro, porque la anterior continúa corriendo en paralelo a esta en nuestra mente.

Los dos habían vuelto a la casa de Corin y Theroy hacía dos horas. Los de limpieza habían hecho un excelente trabajo. La higiene del lugar era perfecta. Por más que Samantha se esforzó por encontrar algún tramo con vestigios de la explosión, no pudo hallar la más insignificante mácula de sangre. Las tres semanas y media habían sido necesarias y aunque habían ocultado muy bien el sector donde el portal se abría, la posibilidad de que los limpiadores curiosearan con los controles de la recámara vidriada que contenían el sector del portal era algo que había estado pesando demasiado dentro de las preocupaciones de John durante la estadía de ambos en su casa. A pesar de que los controles se hallaran en una habitación bajo llave de cuatro cerraduras, John especulaba con algún limpiador espía experto en ganzúas que entraría en el cuarto y manipularía el mando del sistema de seguridad sujeto a una serie de contraseñas con una maestría sin precedentes.

Pero el cuarto de controles no había sido forzado ni abierto. John lo aseguró sin dudarlo luego de inspeccionarlo de arriba a abajo. No abrieron las cortinas metálicas que cubrían la caja rectangular vidriada que ocultaba el sitio donde ocurría la magia. Antes decidieron relajarse y hablar sobre lo ocurrido. Aunque desde el presente sabían que todo había sucedido con la normalidad que cualquiera pudiese ver en el desarrollo de determinada historia en una cadena de eventos, sus mentes no podían evitar encontrarse con recuerdos nuevos, que aunque estaban tan calados en sus historias personales, no por eso dejaban de interrogarlos a la luz de los tiempos paralelos que mantenían funcionando dos posibilidades simultáneamente.

—Mi padre recibiendo como herencia el edificio de Corin y Theroy —dijo Samantha sentada en un amplio sillón con las piernas dobladas encima del asiento. Llevaba puesta una larga camisa de lana que la cubría por debajo de las rodillas—. Eso no ocurre en el otro tiempo. Un pariente lejano del que nunca tuvimos noticias lo había agregado como sucesor en su testamento.

—De eso hablo en mi último artículo. El modo en que opera el universo dentro del portal de algún modo altera o crea los eventos en el nuestro.

—Pero si es un portal, lo que hay dentro siempre ha existido, cómo es que antes no ha ocurrido este desdoblamiento. Deberíamos en ese caso tener varios universos que coexistan y uno solo que predomine en el mundo físico. Pero solo tenemos otra realidad que parece haberse detenido en el momento de la explosión de sangre.

—Samantha —dijo John doblando la cabeza hacia atrás con los brazos extendidos a lo largo del borde del sofá—. Esa realidad que se detuvo, lo hizo en el plano físico, pero su existencia funciona como un recuerdo. Un recuerdo que en ciertos individuos ha causado severos daños mentales.

—Tate —dijo Samantha como si hablara para sí misma—, tal vez Dixie. Me pregunto si lo que hay dentro del portal no ha sido el causante de su abertura. Después de todo, apareció en el momento en que puse la mesa en ese lugar que casualmente era el mismo en el que había estado cuando tú eras mesero.

—Creo que hablar de casualidad es un modo de halagar nuestra existencia. La casualidad es sinónimo del libre albedrío. Hay casualidad cuando lo que hacemos está sujeto a nuestra responsabilidad y detrás de ella no hay nada más. El portal pudo haber aparecido por dos razones a las que he llegado luego de un largo estudio. O tú colocaste la mesa en las coordenadas perfectas en las que estuvo en el ochenta y cinco produciendo que el espacio activara un mecanismo secreto con la dimensión temporal, algo así como

haber encajado la pieza faltante de una maquinaria para que esta se pusiera en movimiento. Tal vez la repetición de la materia en un mismo sector espacial tenga un efecto alterador en la intersección espacio-temporal, creando un desgarramiento en el tejido de la realidad o en este caso un puente entre dos tiempos. La segunda razón es que todo haya sido orquestado por la criatura que habita en ese túnel, al menos después de su aparición. Pienso que una vez abierto el portal, la criatura es capaz de manipular la realidad de ambos extremos para cumplir sus designios, cualesquiera que estos fuesen.

—Espera —dijo Samantha—, eso último nos convertiría en...

—Vamos, dilo. En meras marionetas nada distintas a las que podemos crear con unos trapos e hilos.

Un silencio discurrió entre ellos. Los ruidos del exterior apenas eran signos de una vida lejana que ocurriese en algún punto del universo. Para Samantha los años de su niñez con su padre y su obsesión por vivir junto a los extraños fenómenos de la casa de Corin y Theroyy una madre que había muerto cuando ella era muy pequeña como para guardar algún retrato mental, no habían sido tan interesantes si John no hubiera entrado en sus vidas. Después de todo, su padre y John habían despertado en ella el deseo de convertirse en una escritora de lo paranormal, aunque sabía que también había sacado esas pastillas para adormecer la conciencia que habían sido sus dos obras en el tiempo paralelo.

—De cualquier forma —continuó John—. Ninguna de las dos alternativas nos deja en una posición envidiable. En una somos meros instrumentos de un tablero que mueve a voluntad un ser desconocido con propósitos que ya vimos, involucran sangre y explosiones. En la otra, vivimos en un mundo de apariencias en donde cada cosa es una muy distinta y nuestro lugar en ese escenario es absurdo o también somos una pieza que está esperando ser desechada para que otra parte de la maquinaria secreta mueva sus engranajes. En ambas somos objetos que cumplen funciones de las que no tenemos la mínima idea. La desgracia de esto es que somos objetos con conciencia de no serlo.

—Pero la conciencia nos permite estar hablando de este fenómeno, intentando entenderlo. ¿Qué papel si no juega en todo esto la conciencia?

—Antes creíamos saber cuáles eran las utilidades atribuidas a una mesa, hasta que la vimos servir de base para la apertura de un agujero de gusano. Quién sabe qué lugar ocupa la conciencia en todo esto.

Capítulo 8

—Solo quiero irme lejos de mis padres —dijo Fred sentado en el círculo con las piernas cruzadas—. Unos malditos *snoobs* que no soportan que uno de sus hijos no ande por la vida sin un papel firmado por otros que le den valor a lo que tiene para decir.

—¿Sabes que una de las posibilidades es que termines convertido en un charco de sangre? —preguntó Norman mirando el centro del espacio libre.

—Estoy al tanto —dijo Fred sin dejar de sentir un escalofrío interno—. De cualquier manera, vale la pena el riesgo.

—Vale la pena el riesgo —repitió Sal con ironía—. Escúchenlo. El pendejo no debe saber ni lavarse los calzoncillos y ya habla de arriesgar su vida como si se tratara de elegir entre la marca de dos pares de zapatillas. ¿Qué sabes tú de riesgo? ¿Sabes lo que significa riesgo? Confiar el proyecto de toda tu vida a un amigo del que jamás esperarías que ni siquiera te mostrase el dedo cuando te dieras vuelta. Y que con solo una llamada de teléfono, el trabajo de veinticinco años se lo lleva el sobrino del jefe y a ti solo te dan un cheque de lástima y un gracias al final de una carta formal estandarizada. Después de eso, saltar dentro de un agujero a lo desconocido es una recompensa que bien podría acabar con el callejón sin salida en el que me encuentro desde entonces.

Una de las linternas parpadeó dos veces y su luz disminuyó. Era la de Matilda, quien le dio dos golpes en la parte inferior para resolverlo aunque su mirada de resignación fue prueba suficiente de que el problema eran las pilas moribundas que había olvidado cambiar.

—¿Sabes qué, Sal? Perdóname —dijo Fred, bajando la cabeza, en una actitud de arrepentimiento que hizo sonreír a Matilde—. Puedo ser muy infantil, lo sé, muy impulsivo también y me olvido de que hay alguien que lo pasa peor que yo. En nombre de todos los pendejos que no sabemos lo que hacemos, te otorgamos el título del gordo más estúpido de Pearce's Valley.

Antes de que Sal se pusiera de pie, Norman y Gillian lo aferraron de los brazos y lo mantuvieron en el suelo. Fred se desternillaba de risa y John no

hacía más que dar vueltas con la mirada en la oscuridad de detrás. Matilde golpeó a Fred en la cabeza y se cruzó de brazos.

—Basta —dijo Gillian— Fred, si para ti esto es una broma, vete, nadie te retendrá. Dejé que nos acompañes porque eres el único joven acomodado que conozco que desee dejar una vida de comodidad por lo que sea que nos depare nuestro viaje. No es solo por tus padres, creo que haces esto por ti mismo. Como todos ustedes, como yo.

—Yo quiero que paren estas horribles distorsiones y apariciones —dijo John mirando por encima del hombro de los que estaban delante de él—. El ser que habita el otro lado no deja de seguirme, lo siento. No puedo dejar la vista fija demasiado tiempo porque la realidad comienza a ser transparente y puedo ver...

Cerró los ojos repentinamente y los abrió en dirección al cielo raso. Después de un momento, respiró hondo pero sus pupilas no descansaban en su trabajo cinético.

—Tal vez lo único que puede ayudarme es ver lo que está del otro lado, de nuevo. O lo que sea que esté allí dentro me ayude a dejar mi visión como estaba antes. ¿Diablos, qué otra opción tengo? ¿Años de terapia y pastillas? Nadie me creería. Si no termino con esto ya no podré pertenecer a este mundo... no así.

—Aunque todos tengan tan presentes la posibilidad de la muerte, no hay que olvidar lo importante —dijo Gillian—. Lo que ustedes también vieron, Norman y Sal. Un lugar en donde de algún modo nuestra situación mejoraría. Del otro lado vi otra vida, mi vida pero tal como siempre la había planeado desde cuando era más joven que Fred. Viajes una vez por semana, una casa con vista a un amplio jardín cubierto de árboles. Un pequeño bosque donde acostarme y que el agua de la lluvia ni siquiera penetre el tejado de ramas y hojas. Allí no existen los errores que hoy me hacen vivir una mentira. Estoy aquí para ir a ese lugar. Y si tengo que escapar a un ser extraterrestre o del más allá para llegar, haré lo imposible para desembarcar allí.

—Mi propio negocio. Cinco sucursales de las ferreterías más prósperas del país. Una mujer hermosa y de formas generosas —rio Norman y se balanceó sobre sus posaderas.

—Mi proyecto tiene tanto éxito, que soy socio mayoritario en la empresa de mi antiguo jefe, y mi ladrón amigo es degradado hasta el más bajo escalafón —comentó Sal, con los ojos entrecerrados por la intensidad de su recuerdo.

—¿Y tú por qué estás aquí? —preguntó Fred a Matilde que oía todo con una actitud solemne, como alguien que estuviese diciendo una plegaria en silencio.

—Para mí, lo que ha sucedido va más allá de unos sueños mundanos de éxito en esta vida. Llegará el momento en que el viaje empezará y su inicio no será nada parecido a lo que te hubieses imaginado.

El silencio que siguió dejó a todos esperando que la historia continuara, pero Matilde volvió a su mutismo piadoso con un brillo en los ojos que resplandecía detrás del resplandor de las luces.

Capítulo 9

—¡Abre la puerta, maldita arpía! —gritó una mujer mientras aporreaba la puerta de entrada.

—Gertrudis —dijo John, levantándose y acomodándose la camisa dentro del pantalón—. Voy a orinar —y se dirigió al baño con paso perezoso.

—Maldita arpía —sonrió Samantha—. Gertrudis tiene tacto a la hora de insultar. Te digo, John, hay que conseguirle otro gato. Uno de esos que parecen una momia y tan delicado que si uno lo toca podría morirse en el acto de alguna infección.

Gertrudis estaba ensayando nuevos golpes contra la puerta reforzada que había instalado Samantha a pedido de John hacía un par de años. Los ruidos reverberaban como los saltos de alguien en el piso superior de un departamento.

Samantha encendió otro cigarrillo y abrió la puerta. Gertrudis tenía los ojos inyectados en furia y el rastro de unas lágrimas recientes habían corrido un poco su maquillaje.

—¿Crees que por tener abogados importantes puedes zafarte de quitar la vida de un animal indefenso? ¡No me interesa el dinero! Quiero que pagues por matar a mi Flint.

—¿No te interesan los quinientos mil dólares que pides por un gato que se suicidó para no escucharte más? Hubieses puesto un precio más razonable si esperabas que te creyese, Ger.

—Gertrudis. Mi nombre es Gertrudis y tú eres una asesina. Un animal no se suicida, estúpida.

Gertrudis movía sus manos alrededor de su cuerpo con los puños cerrados. Samantha sabía que no se atrevería a golpearla por temor a esos abogados a los que ella detestaba. Pero siempre había un margen para que la gente perdiera los estribos. Una palabra de más y Gertrudis podía dirigir uno de esos puños hacia su boca.

—Es un placer que vengas a visitarme Gertrudis. Es bonito oír tu voz. Vuelve cuando quieras.

Samantha intento cerrar la puerta pero el pie de Gertrudis se lo impidió.

—Me lo vas a pagar, escritora de cuarta —dijo Gertrudis arañando las palabras—. No quedarás impune por la muerte de un inocente animal. Tu dinero no te protegerá de todo.

Un maullido largo y sostenido las sorprendió a ambas. Sobre el tejado, por encima de sus cabezas, la cabeza de un gato marrón las observaba con las orejas levantadas.

—¿Flint? —preguntó Gertrudis.

Pero enseguida un segundo y un tercer maullido precedieron a dos gatos que dieron un salto desde un árbol que había en la acera. Cuatro gatos llegaron contoneándose desde el otro lado de la calle y tres más se acercaban deslizándose entre los autos estacionados en el cordón. En pocos segundos, la esquina de Corin y Theroy servía de congregación a todos los felinos del vecindario.

Una línea vertical empezó a dibujarse en el centro del círculo donde los seis reunidos aguardaban sin tratar de pensar mucho en lo que iban a hacer. Como una cremallera que se abriera con cuidado para que no se saliera de su carril, de la línea se derramaba una luz que no esparcía su claridad más allá de su fuente. Cuando la línea tocó el suelo, se formó un estrecho rectángulo donde la pantalla azul se ondulaba como una masa acuosa a punto de desbordarse. Los seis se pusieron de pie. Solo John parpadeaba con obsesión, centrado en el portal como si por fin se abriera la puerta del médico luego de una larga espera dolorosa en la sala. El rectángulo se hizo más ancho hasta tener las dimensiones de una puerta común, excepto que nada común llenaba lo que había del otro lado.

—Está ocurriendo de nuevo —dijo John, después de salir del baño, apresurándose hacia el cuarto de control mientras se subía la cremallera del pantalón.

Dentro de la recámara de vidrio, un círculo estirado en sus puntas como una moneda deformada con un editor de imágenes, emergió y en su centro otro pequeño círculo no más grande que la falange de un dedo expulsaba ondas de luces blancas que desaparecían al llegar a los contornos del portal como si se escurrieran por un canal invisible.

Samantha caminó hacia atrás con la cabeza girada hacia la recámara. Gertrudis, que no salía de su asombro a causa de los cientos de gatos que no dejaban de llegar de todas partes, tuvo que meterse dentro de la casa y cerrar la puerta antes de que tres de los animales saltaran contra ella con el ávido salvajismo de leonas que tienen arrinconada a su presa.

—¿Tienes cerradas las ventanas esta vez? —preguntó John desde el cuarto de control.

—Sssí —susurró Samantha mientras Gertrudis pasaba del fenómeno de los gatos al de aquel círculo de energía atrapado en una caja de vidrio.

—¿Qué es eso? —preguntó Gertrudis alejándose lo más que podía del sitio del portal.

—Lo que se llevó a Flint —dijo Samantha mientras encendía las cámaras de video instaladas en diversos puntos de la casa. En un instante una decena de luces rojas se encendieron. Todos los lentes apuntaban al mismo sitio. Cada ángulo de la recámara del portal estaba cubierto.

John dio dos pasos antes de perder a los otros de vista. No sabía si él había sido el primero en entrar o Matilde a quien vio adelantar un brazo antes de decidirse a ingresar al rectángulo azul sin dejar de contemplarlo. Atravesó la membrana azul antes de encontrarse en el interior de un invernadero de jardín tan extenso que las plantas formaban un minúsculo punto verde en el horizonte donde llegaba la vista. En ambas direcciones la salida parecía estar tan lejana que era imposible hacer un cálculo aproximado de nada. Había planas y plantines de todas las especies y colores. John reconoció algunas de ellas por los recuerdos que conservaba de cuando su tía lo llevaba a recorrer el vivero del que era propietaria hacía muchos años. Romero, lavanda, manzanillas, jengibre, ajo, albahaca. Las nombraba mentalmente con la voz de su tía Annette. Tenía puesto un peto verde de jardinero, con botas del mismo color manchadas por el barro y el abono. El invernadero estaba cubierto por el policarbonato que bien podía ser levantado para salir al exterior, del mismo modo que John lo hacía cuando era pequeño y se escondía de la tía Annette en los laberintos de vegetales caminando a gatas para hacerle el juego más difícil a ella. John se agachó cerca de unas azaleas y antes de que pudiera tomar los bordes del cobertor, algo se apoyó en su espalda y emitió un fino gemido. Enseguida se dio vuelta para recibir los lengüetazos de Blur, el perro del vivero que había visto crecer desde que era un cachorro. Después de acariciarlo notó algo extraño en el animal. Sus patas eran planas y redondas, sin dedos ni uñas, como las patas que tendría un muñeco de mala calidad. Pero por lo demás se trataba del mismo perro que al oír su nombre se alejó y se acercó corriendo y dio tres vueltas antes de saltar de nuevo con las patas buscando las manos de John.

—Te ha extrañado, John —dijo Annette, sacudiéndose la tierra de su delantal. Había aparecido entre las hojas de una palmera y sonreía a John con

los mismos ojos grises enmarcados por los paréntesis de arrugas que John nunca había olvidado.

—Tía Annette. ¿Qué haces aquí? O estoy soñando o ustedes han atravesado de alguna forma el portal. Pero este vivero, es muy extenso. ¿Qué es este lugar?

—Adonde tú deseabas ir. Aquí eras feliz, ¿no recuerdas? De todas las posibles realidades en donde te hubiese gustado estar, el recuerdo de tu infancia en este vivero era el más intenso. De ahí que el portal te trajera aquí.

—¿Qué? Claro, no recuerdo haberlo pasado mal de niño pero hay un millón de lugares en lo que preferiría caer antes que aquí. Por ejemplo, me gustaría ser un cantante de fama internacional y tener mis propios discos de platino y oro. Eso es cien veces mejor que este lugar.

—No entiendo. Hubo muchas noches en que te encontraba pensando en el vivero, diciéndole a Blur que lo extrañabas, corriendo por este pasillo sin cansarte nunca. Lo de ser cantante apenas llenaba tus pensamientos como lo hacía el regreso al vivero.

—No sé qué decirte sobre eso. Sí, ahora que lo dices he tenido muchos sueños al respecto pero eso no lo puedo controlar. Además, esperaba a alguien que me ayudara a dejar mi vista como antes y no tener que estar moviendo constantemente mis ojos para evitar ver la transparencia y la sombra de esa cosa.

—Espera, espera —dijo Annette con el semblante marcado por el desconcierto—. ¿Soñar? ¿Qué es eso de soñar?

—Soñar, eso. Cuando vas a dormir y sueñas, tía. Que soñara muy seguido con el vivero no quería decir que deseara volver aquí.

—Eso es nuevo —dijo Annette ensimismada—. No lo tuve en cuenta. Tienen sueños. Tendré que hacer unos cambios.

—Tía, ¿qué te ocurre? ¿Y qué le pasó a Blur? Parece que tiene unas patas de plástico derretidas por el microondas.

El perro lo miró dubitativo inclinando la cabeza hacia un costado. Su tía le sonrió cortando tan drásticamente el anterior rostro ensombrecido que John empezó a dudar de si se encontraba en sus cabales.

—No te preocupes por eso. Si el vivero no es de tu agrado espera la llegada de tu tío. Él sabrá ayudarte en tu problema de la vista.

John miró hacia los extremos del vivero como esperando ver acercarse a su tío Eduard que había muerto cuando él tenía apenas dos años.

—¿Estás hablando del tío Eduard?

Annette vaciló por un instante. Su sonrisa se encogió hasta formar una sola línea parca en sus labios. Blur ladró dos veces en dirección a John y el pelo de su lomo se erizó. Pero en tan solo un instante volvió a mover la cola y sacar la lengua como señal de que estaba preparado para jugar a las carreras.

—Tu tío se pondrá muy contento de verte, Johnny.

—Está bien tía, pero lo esperaré afuera.

Y se puso de cuclillas para levantar el cobertor, sin embargo, Blur se interpuso entre él y la tela y con sus dos patas planas le dio un empujón que hizo caer de espaldas a John. El animal se lanzó sobre él y le lamió repetidamente el rostro.

—No abras el invernadero John. Afuera no hay un buen tiempo —dijo la tía Annette comprimiendo el cuello entre los hombros y cruzando los brazos a la altura de su pecho como si un frío invisible la encogiera.

Sal Whitman entró en las oficinas de la agencia de publicidad Sforda atravesando las grandes hojas de cristal oscuro que sellaban toda la vista al exterior desde la planta baja. Tenía puesto un traje gris oscuro y unos zapatos nuevos con cordones gruesos y de costura con notables relieves. Se había perfumado con su fragancia de negocios. Un aroma agradable que no resultaba empalagoso en ningún momento. De acuerdo a lo que le decía un espejo en una de las columnas del edificio, estaba peinado y su rostro bien lavado y afeitado. Se pasó la mano por las mejillas para confirmar que no se trataba de un espejismo.

—Buenos días, señor Whitman —dijo la recepcionista desde el mostrador. Una rubia alta con el cabello recogido en una cola que le caía por detrás—. Lo están esperando en la sala de conferencia para la reunión.

Sal sabía que había atravesado el portal en la casa de Corin y Theroy sin ver qué había detrás de la membrana azul. Había resultado que las puertas del edificio era la forma en que el portal se veía del otro lado. Todo en el lugar estaba como lo recordaba. La gente que trabajaba en ese lugar pasaba a su lado sin prestarle atención, cada uno dirigiéndose a sus propios asuntos, a sus propias oficinas, a sus propias reuniones. Hombres y mujeres en trajes con el sello del trabajo duro y bien remunerado que podían sacarse los ojos entre sí, si eso engrosaba sus billeteras y les permitía subir un peldaño más en la montaña del éxito. La jungla burocratizada que Sal conocía muy bien. En la que había jugado durante varios años con cierta destreza hasta que se había bajado porque un jugador que había tomado por un aliado, se había quedado con el premio de su esfuerzo. Ahora estaba de nuevo allí, tal vez un nuevo comienzo, una nueva oportunidad para continuar donde se había quedado

antes de ser atropellado por un exceso de confianza. Pensó en Phil, el sobrino de su jefe que había disfrutado de la prosperidad brindada por la puesta en marcha de su proyecto y calculó mentalmente qué posibilidades habría de dejarle en el rostro, la marca de las manos que habían escrito las palabras en ciento cincuenta páginas y habían hecho la mayor parte de los diseños para una nueva campaña de publicidad. Sin embargo...

Miró hacia atrás. Las puertas de casi tres metros de altura se mantenían cerradas. La lógica dictaba que detrás de ellas estaría la ciudad, las calles por donde transitarían las máquinas y los hombres hacia distintos destinos. Pero había algo que no calzaba completamente en la imagen. Por supuesto que se daba cuenta de que había llegado allí de un modo un tanto inusual. Tal vez se trataba de que era el primer ser humano que había hecho un viaje interdimensional a través un umbral desconocido generado en el interior de un edificio abandonado. La cosa que lo habitaba no lo había atrapado y eso quería decir que lo había logrado. El milagro había ocurrido y por la expresión de la recepcionista allí era bien recibido. Por el traje que llevaba puesto y el maletín que sostenía en su mano izquierda, su futuro en esa realidad no se había desvanecido como en la otra. Pero entonces ¿qué era lo que no le dejaba tranquilizarse y subir el ascensor que lo llevaría al décimo piso donde estaba la sala de conferencias? Miró a quienes caminaban atareados por la sala. A algunos los recordaba al pasar. Con casi nadie había cruzado más de dos palabras. Los veía subir las escaleras o los ascensores, salir a un patio interno donde se sentaban a fumar sin apartar su vista de los celulares. Algunos conversaban entre sí y reían sin mostrarse demasiado desatados de su porte de seres de negocios. Nada extraño, nada...

—Señor Whitman —dijo la recepcionista. Sus ojos marrones emitían un brillo en la parte superior izquierda—. ¿Hay algún problema? Ya he avisado al señor Sforda de su llegada.

—Gracias...

—Kelly —asintió la rubia.

—Sí, Kelly. Enseguida subo. Es que ...

Sal se acercó más al mostrador. Kelly no mudó su sonrisa ni siquiera cuando Sal se inclinó hacia delante hasta quedar a unos escasos centímetros de ella. La pintura de sus labios tenía el mismo brillo que sus ojos.

—Kelly, ¿no te has enterado de nada raro últimamente?

—¿Raro? Hay muchas cosas raras que ocurren diariamente, señor Whitman.

Sal rio, era la primera risa auténtica desde que había abandonado aquel edificio por última vez. El sonido de su risa le resultó agradable, como un viejo y querido amigo que había estado ausente por mucho tiempo.

—Claro, entiendo eso, linda. Me refiero a esta ciudad... ¿No has oído nada extraño ocurrido en esta ciudad... estas últimas horas o minutos, quizás?

Kelly parpadeó como una muñeca robotizada. Sal se daba cuenta de que ella estaba recordando pero su sonrisa sempiterna no dejaba su lugar. Detrás de él, el sonido pareció amortiguarse, como si de pronto el vestíbulo se hubiera convertido en la sala de espera de un hospital. No obstante, la marcha constante de humanos continuaba igual.

—Tal vez sí —dijo Kelly mientras seguía rebuscando en su memoria. Sus ojos eran pelotas de ping pong dibujando arcos entre los extremos. Finalmente se centraron en Sal con aquel brillo que reflejaba la luz proveniente de algún punto en las alturas—. Tiene que ver con que el señor Sforda, está por nombrar a un nuevo socio. Tal vez esta reunión a la que usted se demora en llegar tenga que ver con eso.

Sal miró a Kelly por unos instantes antes de enderezarse. Era una rubia muy apuesta y sus labios humedecidos por el maquillaje, vistos de tan cerca incitaban a Sal a invitarla a una cita. Quizás lo hiciera más tarde. Ahora ella tenía razón. Había arriesgado su vida al atravesar aquel portal y ahora se preocupaba por nada.

—Deséame suerte, Kelly.

—Seguro no la necesitará, señor Whitman.

Caminó hasta el ascensor y pulsó el botón para llamarlo. Mientras la cabina descendía desde el sexto piso, Sal miró de nuevo la puerta de entrada. Cuando entró en la cabina continuó contemplando las hojas de vidrio oscuro. Después de que las puertas del ascensor se unieran Sal comprendió qué era aquello que lo inquietaba en el vestíbulo. Nadie salía del edificio, ni entraba en este.

Norman no había oído que alguien lo llamaba desde algún lugar de atrás. Estaba contemplando los árboles que se recortaban alrededor de un extenso campo de césped cortado simétricamente, cuyas pequeñas hebras se movían bajo la brisa suave de un mediodía despejado. Vestía una túnica negra y sobre la cabeza llevaba un birrete de graduado. Detrás de él, en contra de otros árboles cuya fila formaba otro lado del cuadrado que circundaba el espacio libre, lo esperaban un nutrido grupo de personas. Algunas ocupaban un lugar entre las sillas dispuestas frente a un escenario de madera, en cuyo fondo habían colgado un telón violeta abierto en el medio donde se podía leer

«Promoción 1999». El año en que se hubiese recibido de ingeniero electromecánico si hubiese tenido el dinero para pagarse los estudios. Uno de los graduados lo llamaba, señalándole una de las sillas que estaban en la primera fila. Lo conocía. Era George Zamero. Un amigo que había dejado de ver cuando una beca se lo había llevado a estudiar a la Universidad de South Sherley. George había podido labrar el futuro que él se había planteado. Pero ¿cómo había ido a parar allí? Claro, había atravesado ese túnel azul y de repente se había encontrado mirando esos árboles que dibujaban un amplio cuadrado. No podría decir qué sitio era aquel, si estaba cerca de Pearce's Valley o quedaba a las afuera o quizás en otra ciudad. Tampoco podía ver qué había más allá de los árboles para tener alguna referencia. Cuando estuvo tentado a hacerlo, George lo había llamado con más ahínco, haciendo que algunos del público se volvieran hacia él y hacia aquel amigo que le habría entrado alguna necesidad de meditar, alejado de todos. Norman caminó hacia él preguntándose qué había ocurrido con los otros cinco. Si él había sido el único que había cruzado, entonces ellos seguirían en la casa de Corin y Theroy, de lo contrario, la puerta los había llevado a otro lugar que no era aquel, de lo contrario ya los habría visto por ahí, deambulando con las mismas dudas que él. George le tendió un brazo alrededor de los hombros. Tenía casi el mismo aspecto que él recordaba. Los años parecían no haber pasado para Zamero. ¿Cómo era posible que alguien que había dejado de ver a los dieciocho años no se viera como un hombre de casi cincuenta? Se sintió avergonzado por estar rodeados de compañeros de clase que podrían ser sus hijos.

—Relájate, amigo —dijo George, mientras hacía que Norman se dirigiera a su lugar en las sillas—, después de que todo este teatro termine, nos iremos a tomar un buen trago. Closky invita, ¿no es verdad, linda?

Closky era una morocha de grandes ojos y cabello corto que le caía sobre los hombros. El tamaño de su busto hizo que Norman se olvidara por un instante del destino de los otros. Closky le mostró el dedo del medio a George y le tendió a Norman un pequeño espejo de mujer cuando este se sentó.

—Estás incubando un grano allí en tu nariz, Norman —dijo Closky, haciendo un gesto despectivo con su boca—. No querrás que el birrete se confunda de cabeza cuando estés arriba del escenario.

Norman casi dejó caer el espejo después de ver su reflejo. Sus entradas habían desaparecido y en su boca había un inmaduro bigote que con pereza iba rellenando el espacio entre su nariz y sus labios. Había rejuvenecido veinte años. De nuevo tenía la imagen de aquel joven que tuvo que dejar de

lado el trayecto universitario para dedicarse a la plomería y costear su propia vida. El portal le había hecho eso. Le había quitado años y lo había puesto en el día de su graduación. No había otra manera de explicarlo. La dicha que lo invadió lo hizo sonreír primero y luego hamacarse de carcajadas en su silla. George observó a Clusky con sorpresa y ella le sacó el espejo a Norman mientras negaba con la cabeza como si él fuese un caso perdido.

—Soy joven —decía Norman sin dejar de reír— feo, pero joven. Esto es genial.

—No te olvides de que además de feo eres ingeniero, Norman —dijo George y con una mano levantó el birrete de Norman y lo dejó caer hacia atrás—. Lo que sea que hayas fumado, que no se note antes de pasar a recibir tu diploma.

—Atención —sonó la voz de una mujer a través de los altavoces a los pies del escenario. Se trataba de una señora con el cabello rubio formando una pirámide circular y unos lentes con marco rojo que parpadeaban bajo la luz—. Pronto empezaremos a llamar a los flamantes graduados para que reciban su diploma. Solo estamos esperando al director de la Universidad. Está un poco demorado a causa de unas diligencias de último momento. Pero es solo un pequeño contratiempo. Gracias por ser tan pacientes.

La mujer dejó el micrófono en la tarima, hizo una breve reverencia y luego bajó del escenario.

—Este viejo idiota —dijo Clusky—. Siempre se creyó una puta estrella. Tiene que entrar como una diva para llevarse todas las palmas a pesar de que este día no tenga que ver con él.

A Norman no le importaba esperar un rato más. Por él, tenía todo el tiempo del mundo de nuevo para esperar. Un tiempo que no desaprovecharía. El portal había sido algo bueno a pesar de los temores y la fortuna había hecho que no se encontrara con esa cosa que habían visto como una silueta la primera vez. Sentía como si se hubiera sacado un enorme peso de encima. Eran sus años futuros de plomero que se sacudía como un perro que se secara la carga molesta del agua en el pelo. Todo eso estaba en el futuro, o en el futuro pasado, como le gustara más a la gramática. Se arrellanó en la silla y miró a Clusky. Algo le llamó la atención de ella y sintió el deseo de decírselo a George que estaba a su lado. Sin embargo no pudo hacerlo porque en su amigo encontró exactamente la misma particularidad. Frunció su ceño sin querer deshacerse de una sonrisa de diversión que le había sobrado de su carcajada. ¿Porqué las orejas de sus amigos carecían de agujeros por el que el sonido llegara a sus tímpanos? En cambio, en el centro, no había más que piel

lisa, como si alguien se hubiese olvidado de terminar el trabajo. Sin embargo escuchaban, pensó Norman, aunque esas orejas funcionaran tanto como las de un muñeco de plástico.

Luego de atravesar la membrana azul, Matilde tuvo una sensación muy extraña. Si hubiese alguna manera de explicarlo con una imagen que no provocara un retorcijo cerebral, sería la de que todo su cuerpo se plegara con la velocidad de una persiana al darle un fuerte tirón a la correa. De lo único que tenía conciencia era de ser un espectador anónimo que flotaba entre un entramado gigantesco de ramificaciones blancas de lo que parecían túneles escarpados que chorreaban una sustancia espesa del mismo color que los túneles. En ninguna dirección podía atisbar algún fondo, altura u horizonte al que pudiese llamar espacio. Los túneles blancos, que a veces adoptaban la forma de venas o arterias de un cuerpo, u otras eran raíces verticales que ascendían o descendían abruptamente dejando en su recorrido protuberancias de todas las formas, se cruzaban o se extendían en paralelo hacia el infinito. Matilde no podía decir que necesitara expresar algún sentimiento en sintonía con ese espectáculo porque esa parte de ella a la que uno podría otorgarle el nombre de Matilde, estaba totalmente ausente. Hasta que en algún lugar de uno de esos túneles blancos algo se removió, como un hueso dislocado debajo de la piel. Y después algo se abrió y Matilde, nada más que ojos, fue impulsada hasta esa abertura. Y lo siguiente fue que su cuerpo volvió a desplegarse hasta que la dureza del suelo le avisó que su yo había vuelto a la escena. Primero una nubosidad ante sus ojos le impidió distinguir dónde se había trasladado. Se los frotó repetidas veces con las manos hasta que la geometría de los objetos fue nítida. Estaba en un enorme salón estilo romano. Columnas del grosor de tres hombres se elevaban hasta una bóveda donde había pintados toda clase de motivos bucólicos. Desde pastores de rizos rubios con sus cayadas y gorros de paja dirigiendo a sus ovejas sin ninguna dificultad, hasta arroyos que serpenteaban entre árboles frutales y campos donde la primavera parecía ser eterna. En ciertos ángulos, unos frontones apoyados sobre columnas de menor envergadura que las otras, servían de marcos a unos cuadros y bustos de personajes desconocidos que a Matilde le eran familiares, aunque no pudiera pronunciar sus nombres. Pero lo que estaba en el centro, era lo que a ella le hizo exhalar un grito de sorpresa. Una sorpresa que jugaba una pulseada con el pánico que flotaba como un hálito lánguido como recuerdo de su anterior estado de consciencia suspendida. En el centro, el suelo del salón se escalonaba hasta terminar en una piscina llena de un agua cristalina. Los escalones formaban cuatro cuadrados concéntricos

antes de que el fondo marmóreo de la piscina reflejara las sombras de las ondas mansas de la superficie líquida. A lo largo de los escalones, un grupo de personas vestidas con túnicas de diversos colores estaban sentadas en actitud relajada conversando animadamente o leyendo libros mientras sus pies se hundían en la piscina. Matilde también llevaba puesta una túnica de color lavanda, su favorito. Su pecho era un recipiente que estaba pronto a estallar de emoción. Había llegado. El nuevo mundo prometido por su grupo místico «Persépolis». Recordaba las palabras: «Estamos destinados a encontrarnos en el palacio donde la sabiduría, la templanza y el amor puro nos permitan desarrollarnos como los seres que siempre debimos ser pero nunca se nos permitió. Persépolis es nuestra meta. Allí, las ánimas de los sabios nos darán cobijo y protección». Era el estribillo que su grupo se repetía en cada reunión, rodeados de las estanterías repletas de volúmenes de la casa del mayor profeta de «Los últimos sabios». Esas palabras eran el corazón y la esperanza que mantenía las creencias unidas. Y allí estaba ella. Había llegado sin ninguno de sus amigos porque solo ella confiaba en que era posible tomar un atajo a esa tierra prometida si la fe no cejaba.

Un hombre de anchos hombros, calvo pero con el rostro anguloso que prefiguraba un carácter recio, se levantó de su lugar con un libro de tapas verdes y se dirigió hacia ella. Sus ojos manifestaban serenidad y su andar era tan seguro que Matilde creyó que era alguien importante del grupo. A esa altura, apenas tenía noción de dónde había estado entre su entrada al portal y su llegada a Persépolis.

—Matilde, después de todo este tiempo has llegado —dijo el hombre calvo—. Soy Evan. Acompáñame, por favor. Hay alguien que quiere verte.

Evan le extendió la mano y Matilde la asió. De pronto, tomar la mano de un extraño era un gesto tan natural que no sintió ningún temor. Al mirar los ojos de Evan, sabía que no tenía nada de lo que preocuparse. Ese hombre no la lastimaría. En Persépolis solo eran admitidos los puros, aquellos para los que el saber y la templanza eran partes íntegras de su existencia.

Se sentó en el escalón superior del cuadrado que rodeaba la piscina. Dos mujeres se acomodaron cerca de ella a su izquierda. Sonreían y también sostenían libros. Uno de Aristóteles y el otro de Espinoza. A su derecha se ubicaron un hombre y una mujer. Él con un libro abierto. Leyó rápido el título de *Los viajes de Gulliver* en la parte superior de la página. Ella había puesto un dedo en la página en que había quedado. En la portada leyó *Cumbresborrascosas*. No pudo evitar cerrar los ojos mientras una risa la invadía. Estaba contenta, no recordaba cuál había sido la última vez que había

estado agradecida por estar en un lugar junto a otras personas con las que valía la pena surcar la eternidad. Todo el tiempo del mundo para leer y compartir las ideas sin preocuparse por nada más. Eso era Persépolis. Oyó el ruido del agua y se sobresaltó. En la piscina, irguiéndose desde su profundidad, una mujer de largo y grueso cabello castaño dejó que el agua se escurriera por su cuerpo sin usar sus manos para apartarla de su rostro. Tenía los ojos más negros que Matilde hubiese visto. Los otros la contemplaban como si no se arriesgaran a perder el más ínfimo movimiento de ella. Se acercó hacia donde estaban, puso sus manos sobre los hombros de Matilde y le dio un beso en los labios. Ella sintió frío y tiritó. Se tocó los labios. Secos. A pesar de que el agua descendía por todo el cuerpo de aquella mujer y de que su rostro estaba empapado, ni una gota quedó en los hombros o el rostro de Matilde. Sin embargo no pensó más sobre eso. La mujer tomó entre sus manos las de ella.

—Me alegra que hayas llegado, Matilde —dijo con una voz desprovista de toda expresión y tan suave que Matilda tuvo que hacer un esfuerzo para oírla—. Ya no tienes que preocuparte por nada más. Este es tu destino y el final del sufrimiento de la vida.

—¿Quién eres? —preguntó Matilde y echó un vistazo a los dedos de la mujer. Finos y largos. Más de lo normal. Tanto que necesitaban cuatro articulaciones para doblar sus falanges.

—No cargo con nombres, Matilde. No necesito nombrar las cosas para entenderlas o recordarlas.

De pronto Matilde tenía ganas de retirar las manos, de soltarse de ella. Sentía como si hubiese metido las manos debajo de una tierra húmeda donde el sol no llegaba y sintiera insectos desconocidos moverse arriba y debajo de ellas, dando vueltas entre sus dedos, produciéndole un cosquilleo cuya repugnancia iba en aumento.

—Como muestra de bienvenida, beberás el vino de Persépolis —dijo la mujer, recibiendo de uno de los habitantes de la ciudad una copa llena hasta la mitad.

Haciendo equilibrio natural sobre la palma de su mano, el vino ni siquiera había vibrado dentro del recipiente. Su mano era una bandeja sin pulso. Matilde tomó la copa y acercó el borde a su boca. Antes de empujarla olió su contenido. Era vino, por supuesto, tinto. No parecía que estuviese diluido en agua o soda. Su aroma llenó sus fosas nasales con recuerdos de tardes encerrada en su casa junto a su biblioteca y el sabor de ciruela del malbec.

Ahora que las manos de la mujer ya no la tocaban, el alivio regresó su sensación de dicha anterior.

—Bebe, Matilde. A tu salud y a la salud de todos.

—¡Vamos Matilde! —la alentó Evan y a él se unió un coro de voces que daban vítores y exclamaciones de elogio.

Matilde dio un sorbo pequeño mientras sonreía y antes de que pudiera apartar la copa, la mujer la volvió a empujar en su boca, asintiendo con una sonrisa. Matilde continuó bebiendo mientras escuchaba los aplausos. Antes de vaciar la copa, sintió que en su lengua se removía algo. Se alarmó pero no pudo desasirse del recipiente. La presión que ejercía la mujer era mayor que cualquier intento de ella por apartar la copa de sus labios. Entonces oyó un grito en algún lugar, lejos de esa estancia. Era un grito cargado de espanto que llegaba a ella después de atravesar kilómetros de vacío. Por un instante el rostro de la mujer se deformó. Su mandíbula se encogió y se volvió más puntiaguda y sus ojos se estiraron hasta ser dos franjas verticales que atravesaban todo su rostro. Y el vino ya no sabía a vino. Las últimas gotas que entraban en Matilde, eran la parte trasera del cuerpo de un insecto negro con diminutas patas que se movían frenéticamente para entrar en su boca y empezar a escarbar un túnel hacia arriba, donde su mente sonaba con la estridencia de todas las alarmas encendidas.

Gillian despertó sobre un revoltijo de frazadas, sábanas y almohadas de diversos tamaños. Solo llevaba una musculosa y unas bragas grises. Al lugar ya lo había visto una vez. Dentro de la fractura de la realidad que se formó en el Y/Z cuando era mesera. Las cortinas azules en la ventana le daban la bienvenida junto al viento que se colaba entre ellas. En un ángulo de *living*, la misma biblioteca exhibía colecciones de obras cuyas páginas todavía no tenían las marcas de sus huellas digitales. Caminó siguiendo la dirección de las paredes, contemplando cada objeto. Se detuvo junto a una repisa atornillada al revestimiento de madera de la pared. Había una fotografía en su portarretrato que la enmarcaba a ella de pequeña, y luego otra de su fiesta de graduación en la escuela secundaria. Había una en la que estrechaba la mano de un hombre asiático vestido de traje y corbata. En esa foto, ella lucía un vestido rojo y zapatos negros con tacones. Se había arreglado para un evento importante. Contra la pared, enmarcado en dorado, había un diploma con su nombre. La habían premiado por su dedicación y compromiso con la empresa de ventas online *Shop-E*. Por supuesto, esa voluminosa casa no había sido producto de sus honorarios como camarera o empleada a medio tiempo en alguna despensa suburbana. Aunque no tenía los recuerdos que la conectaran

con aquel éxito cosechado, Gillian sabía que tenía tiempo para descubrirlo. Ni Charlie ni el padre del niño que no le había dado más que su semilla. Se acostó sobre la enorme mesada cuadrada que se levantaba en el medio de la cocina y movió sus piernas y brazos como si dibujara ángeles sobre la nieve. En eso, alguien se paró en el umbral de la cocina y la observó. Primero vio unas piernas marcadas por cuádriceps bien definidos. Un bóxer negro cubría un miembro que prometía ser para nada decepcionante y un abdomen sobre el que quebrar un buen número de ladrillos. Era un hombre de cabello moreno con bucles peinados hacia atrás. Uno de sus hombros apoyado sobre el marco del umbral, tenía un tatuaje que ella no pudo distinguir. Se puso de pie y en un acto reflejo se llevó sus manos a sus bragas pero desistió casi en el mismo momento. Estaba segura de que se había acostado con ese hombre, se notaba en la expresión de su rostro. Esa naturalidad post intimidad que aparece reflejada en los gestos de sus amantes en las primeras veces.

—No entiendo cómo acabé durmiendo aquí y tú en mi habitación —dijo Gillian y se sentó de un salto en el borde de la mesada.

—Dijiste que esta noche querías dormir sola para despertarte y ver tus cortinas azules. No te entendí, pero tenía mucho sueño así que no me importó.

El hombre caminó hasta la heladera. Sacó una botella de agua y bebió hasta la mitad.

—¿Quién eres, hombre sediento?

El hombre se limpió la boca con el dorso de la mano y sonrió.

—Eso dolió, Gil. O tal vez fuese una pregunta filosófica. En ese caso, es mejor para ti que la pregunta esté referida solo a un nombre aleatorio.

Gillian frunció el ceño. No era una respuesta que podía esperar de los tipos promedio con los que se acostaba. Y teniendo en cuenta de que hace unos minutos su vida era la de una camarera desempleada, despedida de un restaurante clausurado y que había llegado allí atravesando una anómala abertura de la realidad, no podía dar a esa contestación el peso de una licencia cómica absurda.

—¿Y por qué lo dices? ¿Crees que no podré soportarlo?

—Deja que lo ponga de este modo. Si te pregunto ¿quién eres tú? ¿Qué me responderías?

Gillian lo meditó. Quería sonar lista frente a aquel apuesto desconocido. Quería también ganarse el derecho de pertenecer a esa realidad que le habían regalado vaya a saber gracias a qué portento del universo.

—Creo que hay varias versiones de respuestas para esa pregunta. Una es que soy Gillian y ya sabes, la socia de una empresa exitosa que vive en la casa

de sus sueños. Otra es que soy una madre renegada que ha abandonado a su hijo en otro mundo para escapar de una historia que no tenía un botón de reinicio. Otra versión, al menos tú la conoces. Soy la mujer con la que te diviertes y que te dijo la noche anterior que no quería acostarse contigo.

—Me refiero a quién eres tú. Me has dicho algo que bien podría ser la confesión de un actor hablando de las representaciones de su vida. No son más que categorías inventadas por ustedes. Cada una de esas versiones, como tú les dices ya estaban ahí cuando naciste. Lo único que tú hiciste fue disfrazarte con la que escogías. Todo es prestado. Como esta casa, es también prestada. Como tu amiga Matilde, quien cree haber llegado a la utopía de sus creencias. Es fascinante lo que llevan con ustedes, sin embargo, es más fascinante aún como han hecho todo lo posible para mantenerse alejado de todas las vías de acceso que se abren dentro de ustedes.

—¿Vías de acceso? —preguntó Gillian. La frase no le sonaba a nada más que a ...

—Eso, carreteras, caminos, túneles, como tú prefieras —él había completado su pensamiento.

Gillian sintió que todo el ingenio del que pensaba valerse ante ese hombre se desmoronaba y se preguntó rápidamente, temerosa de que él también leyera esa pregunta, si realmente había llegado a dónde ella había creído.

—Tienen una vida muy corta y sin embargo cargan con una puerta de acceso de la que no tienen la más mínima idea y que no saben usar —continuó el hombre—. Pero yo sí. Me he encontrado con una buena herramienta aquí, en este mundo del que no esperaba la gran cosa.

—No entiendo una palabra de lo que estás diciendo —confesó Gillian—. Si estás en alguna secta, mejor me lo dices y me dejas sola para disfrutar de mi nueva vida.

—La naturaleza no es la fuerza tan simétrica que ustedes creen. Es tan falible como un pequeño cachorro que tropieza cientos de veces antes de caminar en dirección recta. Los ciclos que ustedes tanto se afanan de predecir no son tales. Su antropocentrismo es tal que establecen patrones teniendo en cuenta las edades que ustedes han vivido, presumiendo sobre épocas en que no eran más que partículas a la deriva de las profundidades.

—Sí —asintió Gillian—. Mira, antes de salir por favor, no olvides nada. Sería una pena aparecerte de nuevo por aquí.

Gillian rodeó la mesada por el otro extremo al del hombre. Abrió la heladera pero la idea de hallar una botella de cerveza fue arrancada de un tirón cuando lo que vio fue el video de un lugar en el que una maraña de

túneles blancos de un material que era incapaz de identificar se sucedían interminablemente como serpientes suspendidas en un sueño inquieto. No parecían estar sujetos a ninguna superficie sólida y alrededor no había más que vacío. No hubiese sido correcto pensar que aquel extraño mundo estaba iluminado por alguna luz ni tampoco que la ausencia de esta implicaba que fuese de noche el momento en el que ocurría aquella película. La mente de Gillian no podía aceptar ninguna de las dos opciones. Si podía ver los túneles tenía que haber luz, sin embargo no estaba segura de estarviéndolos con los ojos. De pronto, la cámara hizo un acercamiento a través de unos relámpagos de *zoom* sobre uno de los túneles. Se detuvo en un sitio donde el mismo se abultaba y palpitaba. Era como el clitelo de las lombrices, la parte que guarda el alimento para los embriones. Gillian vio cómo se abría un agujero en ese lugar y la cámara pasó a través de una membrana verde, idéntica a la del portal que ella había traspasado. Del otro lado pudo ver su casa desde el punto de vista de una lámpara de techo. Allí estaba ella, en la cocina y a su lado donde debía estar el hombre había algo que afectó directamente aquella parte de sí misma que decidía si lo que percibía era o no posible, ese tamiz por el que se registra desde el evento más fútil hasta las elucubraciones más inverosímiles planteadas por la imaginación humana. Entendía ahora que sus sentidos eran inservibles para detectar lo que había allí. Todo lo que “veía” ocurría en la dimensión de su mente, en las tierras del pensamiento, en la antesala caótica de la palabra. Pero la razón no podía aceptar aquel producto del sinsentido y lo rechazaba. Esa criatura, por elegir una palabra que sirviera aunque fuese para comunicarse a ella misma lo que veía, hacía trizas cualquier lógica que uno buscara para asirla. En cualquier otra circunstancia la mente la hubiese ignorado, incapaz de contenerla, pero Gillian se dio cuenta de que se había expandido como un humo siniestro, deslizándose en la tierra del orden razonable dentro de su mente, desde la cual saltaban como en una explosión nuclear toda clase de pesadillas que hicieron a Gillian aullar del pánico hasta que su voz desapareció, enmudecida por las cadenas de la desesperación. Las luces se apagaron en un cortocircuito que la dejó flotando en el silencio de su ser interno agonizante. Al final, cualquier gobierno que pudiera tener sobre su consciencia fue devorado por ese enjambre del horror que emanaba de la monstruosidad sin nombre.

Fred vio primero a Gillian atravesar la membrana azul, luego a Matilda, seguida de Norman. John dio el siguiente paso aunque su expresión fuera de aversión hacia lo que su cuerpo se atrevía a hacer. Antes de que Sal los siguiera, se giró hacia Fred y en sus ojos, este pudo leer la violencia antes de

que esta se produjera con un dolor que estalló en su cabeza y le hizo doblarse sobre su estómago, donde la hoja de un puñal se le había hundido más de la mitad.

—La próxima vez, ten cuidado con quien te haces el listo, muchacho — dijo Sal y luego Fred vio desde una altura inferior cómo giraba sobre sus talones y se adentraba en el portal.

Lo único que podía hacer en ese momento era gemir y presionar la herida con sus manos. Pensaba en sus tripas y en cómo estas podían empezar a derramarse al exterior si no presionaba con fuerza. La vista se le nubló y temió perder la consciencia. Hizo el mayor esfuerzo de toda su joven vida. Apretaba los dientes y chillaba al menos para oír su voz y no dormirse. Intentó ponerse de pie pero era una tarea que le parecía colosal en ese momento.

—Hijo de puta —dijo a la membrana azul detrás de la que todos habían desaparecido—, me estoy muriendo. Espero que la criatura te destroce, hijo de puta.

Dando tres inhalaciones bruscas se puso de rodillas, lanzando un grito estrangulado por las lágrimas y la rabia. «Tengo que salir de aquí», se dijo, «si alguien me ve afuera podrá llevarme al hospital». Pero las piernas parecían tener sus músculos licuados y la sangre de su estómago brotaba entre los dedos de sus manos o tal vez era por los costados de sus palmas. En todo caso, no estaba ejerciendo suficiente presión. Su rostro estaba empapado de lágrimas y miedo. Delante de él, el portal continuaba intacto. Pensó en arrastrarse hacia él. Era la única manera de avanzar que se le ocurría que podía servir. Apoyó por tercera vez el pie derecho para impulsarse pero era un trabajo hercúleo. Se tumbó de costado y un alivio fugaz lo recorrió y fue suficiente para que sintiera que esa era la posición más favorable. Con la cabeza en el suelo del restaurante, observaba cómo la membrana azul ondulaba de modo uniforme como el líquido de una pecera. Sintió cómo el calor lo abandonaba de a poco y cómo el frío le atenazaba los brazos y las piernas. Vio que sus manos seguían apretando la herida pero no entendía cómo era posible. Nada de eso le parecía real. «Me estoy muriendo, —pensó—, la hemorragia habrá contaminado mi interior. Ya es tarde, ya es tarde. Maldito gordo». Y luego, retorciéndose entre espasmos de dolor que llegaban como ecos rezagados, contempló el portal y extendió un brazo. La mano manchada de sangre que goteaba a centímetros de su rostro. «Llévame, criatura. Sácame de aquí, sálvame. No quiero morir en la suciedad de este

lugar abandonado». No sabía si dijo o pensó las últimas palabras. Luego, sus párpados cayeron como cortinas de acero.

Gertrudis estaba hecha un guiñapo de nervios y sus gritos de terror se disparaban en todas las direcciones. Llamaba a la policía, a los vecinos, a Dios y contemplaba el espectáculo del portal con la aprensión de un claustrofóbico que se encuentra atrapado en un ascensor sin luz. Los gatos de afuera arañaban las ventanas y bufaban como bestias furiosas. Estaban dispuestas a perder sus garras en su intento implacable por entrar. Pero John había previsto esa posibilidad luego del incidente de la explosión de sangre y cuando el portal había dado indicios de aparecer, le pidió a Samantha algo de lo que ella ya se había ocupado. Allí adentro no estaban más que ellos y por algún motivo de la fortuna, también Gertrudis, la mujer que insistía en que Samantha debía pagar por haber asesinado brutalmente a su gato. El círculo que se había formado dentro de la caja de vidrio contenía una turbulencia de masas nebulosas que formaron un embudo, cuyo cuello se adentraba en la profundidad del portal. No emitía ningún sonido, sin embargo, su tamaño sorprendió a John. Era el doble o tal vez aún más grande con respecto a su anterior aparición. De su interior no fue expulsado ningún billete. Pero el portal crecía y eso quería decir que las dimensiones de la cámara contenedora serían insuficientes si esa tendencia continuaba.

—Es mucho más grande, John —dijo Samantha desde su lugar de observadora.

Inspeccionaba si todas las cámaras instaladas estuvieran grabando el prodigio y colocó la de uso personal en un nuevo ángulo. Si algún desastre similar al anterior ocurriera, quería asegurarse de contar con material de sobra. De todas formas, John había cubierto las cámaras con vidrios blindados. Tenía que estallar el equivalente a una buena carga de dinamita para que esa defensa se quebrara.

—Ni que lo digas. Solo espero que no sobrepase las dimensiones de la cámara o estaremos en problemas.

—Dios mío, ¿qué es eso? ¿Moriremos? —preguntó Gertrudis aferrando con ambas manos el brazo de Samantha.

Samantha sacudió su brazo y lanzó una mirada que exiliaba a Gertrudis al lugar más lejano y solitario del reino, pero la mujer continuó cerca de ella mirando al portal con los ojos entrecerrados, temiendo que algo saltara desde allí y la convirtiera en alguna especie de gelatina o mancha en la pared.

—Aún no se ve nada —dijo Samantha—. El Y/Z ya debe de estar abandonado. Ninguna propina saldrá por ese lugar. ¿Puedes detectar alguna

otra señal desde allí? Ya sabes de qué hablo.

—¿De qué hablas? ¿De qué hablas? —siseó Gertrudis entre dientes—. Ustedes están locos por crear esa cosa aquí. Hay familias viviendo cerca y animales ...

—Vete a la mierda, Gertrudis. Déjame escuchar lo que dice John. Ve a tomarte un té o... mejor aún. Hay pastillas en el baño. Disfruta las que quieras.

Los vidrios de la caja temblaron y el ruido de algo pesado chocando contra ellos hizo que Gertrudis diera un salto hacia atrás pero desafortunadamente sus piernas perdieron coordinación y terminó con la mujer en el suelo y una de sus manos fisuradas. No gritó de dolor, sino de pavor al ver el cuerpo de un hombre doblado, con el rostro pegado al vidrio de la cámara, la piel de un color ceniciento y arrugada, la boca semiabierta en un rictus de muerte y los ojos cerrados. Su mente nublada por el pánico no vio que estaba vestido con unos vaqueros y una camisa a cuadros. El tórax del sujeto emitía un movimiento de contracción. Estaba respirando con la torpeza de un cuerpo que lo hiciera por primera vez.

—¿Qué está pasando, John? —preguntó Samantha y enseguida otro cuerpo emergió del embudo del portal, desde los pies a la cabeza.

Esta vez era una mujer, que llevaba puesto un largo vestido floreado y unos zapatos *Mary Jane* de color gris sobre medias blancas que ascendían por debajo del vestido. Como el otro, su piel tenía ese color de ceniza o de fruta podrida. Había caído sobre el cuerpo del hombre de espaldas. Arqueada sobre el trasero levantado del otro y la cabeza colgando de manera invertida, Samantha se dio cuenta de que también respiraba por el movimiento de sus pechos.

—No tengo idea, Sam, pero al menos el portal no ha aumentado de tamaño —dijo la voz de John que salía de unos altavoces dispuestos en el *living*.

—Esas personas, John, o lo que sean... están vivas. ¡Respiran!

—Lo estoy viendo también. Sin embargo no podemos hacer nada hasta que el portal se cierre. Si intervenimos...

El tercer cuerpo se desplomó como un muñeco de trapo hacia la derecha. Su mejilla quedó aplastada contra el cristal. Vestía un mono de trabajo. Era un hombre y presentaba el mismo estado de deterioro de los otros dos. La única diferencia estribaba en su respiración.

—Oh, mierda, John. ¿Puedes ver si este está bien? No estoy segura de que esté en este mundo.

Pasaron treinta segundos hasta que la voz de John volvió en un tono parco y serio.

—No hay signos vitales. Tenemos un cadáver.

—Ya está aquí, John —dijo la tía Annette con una maseta de geranios en una mano y una regadera en la otra—, tu tío Eduard ha llegado. ¿No oyes su camioneta?

De hecho la oía. El viejo motor balbuceante de la camioneta roja. Se detuvo tan cerca que John creía que podía oler la gasolina quemada. Antes de detenerse, el armazón del vehículo traqueteó y el temblor se sintió debajo de los pies. Era como si aquel tiempo de su niñez nunca hubiera pasado. Blur salió corriendo y pasó como un rayo contra la pierna de su tía.

—Esta bestia... cualquier día me arrastrará sin darse cuenta de que me lleva —dijo su tía y siguió con la mirada al perro que se había perdido entre los senderos de vegetación aunque sus ladridos indicaban que no estaba lejos.

Abriéndose paso entre unos arbustos desde alguna entrada a la izquierda del invernadero, su abuelo Eduard se acercaba con Blur en brazos. El animal tenía la cabeza apoyada en su hombro. Toda la energía diseminada anteriormente se había trocado en una mansedumbre hipnótica que mantenía al animal con los ojos cerrados y una respiración tranquila, casi imperceptible. Allí estaba su tío, con la boina cayéndole sobre la oreja derecha, sus pantalones holgados del color de la grava y su rostro blanco remarcado con manchas solares debajo de sus pómulos. Las mejillas que parecían colgar un poco más debajo de la línea de su mandíbula. Estaba sonriendo. John no sabía si al perro o a él. No parecía estar enfocado en nada. Cuando estuvo junto a su tía, no dejaba de sonreír. Recién entonces miró a John. Fue como cruzarse de repente con los ojos de algo extraño en la oscuridad. El cuerpo de John fue una tensa cuerda que una pluma hizo vibrar.

—Johnny boy —dijo su tío Eduard. Así le daba la bienvenida siempre. Con esas dos palabras que a él siempre le habían sonado ajenas—. ¿Te he hecho esperar demasiado?

—Tío Eduard. Increíble.

¿Qué era increíble? ¿Verlo después de que él había asistido a su funeral hacía muchos años? ¿O que ninguno de los dos fuera a dar un abrazo al otro? John no quería acercarse a su tío. Era él, al menos como él lo recordaba de su infancia y de las fotografías que guardaba su madre en una caja. Sin embargo, era como esa vez que vio a Santa Claus comiendo un hot dog en la calle cuando todavía no había cumplido siete años. No había hecho falta preguntarle a su madre porque sabía que aquel hombre mágico no le llevaría

ningún regalo en Navidad ni leería las cartas con sus pedidos. Aquel tipo con el disfraz de su tío con un Blur de patas planas de juguete no era más que un impostor. Su tía Annette no era su tía Annette y entonces el cobertor del invernadero se le antojó la trampa de una pesadilla.

—Casi te sales del invernadero, pequeño rufián. ¿Quieres que un rayo te cocine los huesos?

—¿Cómo sabías que quería salir, tío? —preguntó John y Blur levantó las orejas como si hubiera escuchado los pasos de una rata.

Su tío no respondió. La sonrisa sempiterna pintada en su rostro por la mano de un artista imbuido de pura demencia. Su tía regando las flores en cuclillas al lado de su marido. Blur con las orejas erguidas, olisqueando el aire, girando lentamente la cabeza hasta observar de perfil a John. La respuesta no llegó, o mejor dicho llegó en un lenguaje que él no podía comprender más que como un miedo que hacía volar su pulso cardíaco.

—Hazle caso a tu tío, John —dijo su tía Annette sin mirarlo, concentrada en rociar las hojas de las plantas—, tuvo un ligero contratiempo para llegar aquí. No puede estar en más de dos lugares a la vez y el túnel es muy corto.

—No fue ningún contratiempo —respondió su tío, lanzando una mirada de reojo a su tía. Su mano aferró el pelo a la altura del cuello de Blur—. No estuve más tiempo del necesario. Se puede decir que llegué aquí muy puntual.

—No entiendo de qué hablan —dijo John viendo el cobertor del invernadero a su derecha. No le llevaría más de dos segundos levantarlo y deslizarse hacia afuera. Un segundo y medio como mucho—. ¿Dos lugares a la vez? ¿Túnel?

—¿Ya ves lo que haces, Annette? —se quejó su tío—. El muchacho tiene preguntas ahora. Y no es muy listo para comprender dónde está.

Después de decir esto, Eduard se mordió los labios e infló las mejillas que contuvieron un acceso de risa. Blur ladró y Annette dejó caer la maseta que tenía en sus manos. La planta con la tierra se derramó en el suelo donde ella apoyaba sus manos mientras se estremecía de risa.

—Perdón, soy nuevo en esto de la comunicación humana. Pensar y decir lo que se piensa son conceptos extraños para mí. Dominarlo es más difícil de lo que hubiera pensado. Para ser unos seres tan torpes, dementes y breves como ustedes, les resultó relativamente bien el filtrado de los elementos del universo mental con el fin de expresar aproximadamente lo que quieren. Para ustedes no debe ser un logro menor algo así. Unas formas de vida tan frágiles y aburridas con el acceso a una autopista mental que no pueden ni ver es realmente una ironía muy pesada si lo piensas un poco.

John buscaba la manera de procesar ese cúmulo de lo que para él eran metáforas o un lenguaje simbólico para el que no tenía ninguna referencia y menos si se tomaba en cuenta que se encontraba en un sitio que no formaba parte de ningún mundo conocido por la humanidad.

—No entiendo tí... Eduard —no podía seguir creyendo que delante de él estaban esos parientes que había dejado de ver cuando todavía era muy joven para abandonar la escuela y conseguir empleo—. Nada de lo que dices tiene un sentido claro para mí.

—Ni claro ni confuso. Pero lo expondré de manera ordenada para que el poco espectro mental que usas pueda racionalizarlo de la manera que a ustedes les es más sencillo. Esto es tu mundo.

De pronto ya no estaban en el invernadero, sino en el borde de un precipicio desde el que se podía contemplar un paisaje de montañas, picos nevados, laderas rocosas, valles donde la luz del sol se alternaba con las sombras de los gigantes escarpados que los rodeaban.

—Bueno, el modo en que los tuyos se han acostumbrado a verlo. Acostumbrar es otra palabra de lo más curiosa para mí. Es interesante cómo su propia incapacidad para abarcar las variedades dimensionales de las realidades configura un tipo de estas y con el tiempo ustedes lo consideran el más fiel para comprenderlas. Si no cayeran en su propia trampa, el acceso a las autopistas mentales o universos mentales podrían mostrarle que este mundo que ves ahora, también es algo así.

Las montañas cambiaron algo de su apariencia. Ahora se removían en su sitio como las jorobas de un animal en movimiento, excepto que estas no cambiaban de lugar. John dio unos pasos más cerca del borde y su boca se llenó de un sabor amargo que nacía del temor que le inspiraba lo que pudiese encontrar. Tragó su saliva como si fuese un caramelo que no pudiese seguir masticando al ver qué había en la base de esa montaña viva. Era una criatura con un cuello extenso y una cabeza similar al de un cangrejo al final de ella. Tenía centenares de ojos que giraban al extremo de delgados filamentos como si fueran insectos revoloteando sobre la inmundicia. John dio un respingo cuando vio que debajo de la cabeza salían unos brazos huesudos que podrían pertenecer a unos simios gigantes o humanos con extremidades defectuosas. En el extremo de estos brazos unas manos con garras retráctiles se estiraron hasta caer sobre unos seres que a esa distancia, John no podía identificar. Desde donde estaba, bien podía estar viendo ciervos u hormigas, lo que le daba una idea más clara del tamaño descomunal de ese monstruo. Las diminutas criaturas fueron conducidas a la boca de la cabeza de cangrejo.

Sobre este, su joroba de montaña se abultó en sus laderas y la cima se sacudió hacia los costados como si fuera la cola de un perro. Pero eso no fue todo lo que vio acerca de ese nuevo ángulo de una realidad que creía tan ordinaria y tradicional como para estar en un libro de geología o en el lienzo de un artista. Hacia el este, a kilómetros de distancia de esa cosa, lo que en circunstancias normales hubiese sido un río, ahora John lo percibía como un flujo gris que se movía como una correa transportadora sobre la que saltaban siluetas de diversos tamaños y formas para ser llevadas a lugares ignotos hacia los que se movía esa corriente sólida. Algunas de esas criaturas no saltaban enseguida, sino que aguardaba a la orilla de ese flujo hasta que decidían saltar dentro, sin que John viera ningún motivo por el que saltar en ese momento hubiera significado alguna diferencia con respecto a otro.

John sintió que su mente se escurría por algún agujero en su cabeza. Una grieta reciente producida por el choque que acababa de significar el conocer otra parte de la geometría oculta de algo que él pensaba acabado en términos de categorías naturales. Ni cerrando los ojos, ni buscando refugio en recuerdos de sus experiencias podía escapar a la revelación que no creía que estuviese destinada a alguien o mejor dicho a algo como él.

—No te fustigues, John —lo animó Eduard—. Como te dije, no es tu culpa, la estructura ya estaba cuando tú fuiste empujado a ser lo que eres. Tu cuerpo no hizo más que ajustarse a lo que significaba un entorno propicio para su desarrollo a través de un vallado que tu mente se encargó de trazar. La autopista del universo mental tenía que ocultarse para ustedes en orden a su supervivencia. Su locura debía restringirse a una locura que no significara su desaparición forzosa. En otras palabras, si tu mente no hubiese levantado las murallas para su ignorancia, jamás hubieran durado más de lo que dura una de sus vidas. Lo que no puedo entender es quién protege a quien, si su naturaleza orgánica o la escasa voluntad que ejercen sobre la parcela de la autopista mental que cargan con ustedes. Me inclino a pensar que es un poco de ambas. El miedo a desaparecer es el que gobierna a todo lo que puede llamarse existente. Incluso a mí, John. Por eso estoy aquí contigo.

El invernadero volvió antes de que John pudiera atajar con gran esfuerzo las palabras de Eduard, o lo que fuera aquel ser. Podía ser todo una mentira. ¿Por qué tomar las palabras de ese individuo como si fuera una certeza incuestionable? Podía ser producto de un efecto alucinógeno causado por el contacto con el portal o por su entrada en él. John supo que Eduard no estaba embaucándolo porque en su rostro se transparentaba un curso de pensamiento que se adentraba en zonas a las que para una persona común le era muy difícil

descender sin perder la claridad de la razón. Como si lo oyera, los ojos de Eduard se clavaron penetrantes en John.

—Aquí no tienen nada que hacer esa dualidad de la verdad y mentira con la que su enajenación se divierte en el mundo de ustedes. Creo que eso no debe preocuparte, John. A diferencia de lo que hice con Gillian, te diré que necesito hacer uso de ese acceso a la autopista del universo mental que tienes. Tengo pensado sacarle todo el provecho posible y expandir mi influencia.

—¿Qué? —fue la pregunta diminuta de John ante la osadía de la intención de unos actos para los que él no podía emitir la más vacilante opinión.

—Existo John. En eso mi naturaleza no difiere mucho de la de ustedes o las criaturas de su mundo. También quiero expandirme. Abarcar otras dimensiones mentales nunca se me había presentado de forma tan fácil y rápida como ahora gracias a eso que tienen ustedes. Que cargan como un absurdo que se desperdicia en una forma de vida tan débil y mortal. Te convertirás como los otros en mi nave de exploración.

Si se quedaba meditando sobre lo que Eduard había dicho sobre las autopistas del universo mental o las dimensiones mentales o sus intenciones de expandir su influencia usándolo como nave de exploración, John calculaba que tendría pocas chances de escapar después. Pensó que tendría tiempo de sobra para masticar toda esa información si salía con vida de allí. Como si hubiese accionado el interruptor de una máquina que había estado preparando para ese momento, John saltó hacia la izquierda pasando por sobre algunas masetas de plástico, se agachó mientras levantaba el cobertor del invernadero y se impulsó con todas sus fuerzas al exterior sin mirar lo que se encontraría allí. Desgraciadamente el suelo había desaparecido y John movió los brazos con frenesí en un acto mecánico para asirse de algo, sin embargo, siguió cayendo o planeando hacia abajo, entre una red de túneles blancos que parecían órganos en funcionamiento de algún cuerpo monstruoso.

Quiso volver al ascensor, pero Sal se encontró con que la puerta se había cerrado y no había forma de volverla a abrir. Presionaba el botón que mostraba una aureola naranja a su alrededor pero la puerta no reaccionaba. Intentó con las manos pero hubiera sido más fácil levantar un elefante dormido. Cuando el ascensor empezó a bajar, Sal pateó la puerta. Detrás de él una mujer lo llamó. Sal se dio vuelta. Sabía que la reunión era importante, la razón por la que se había aventurado al portal, pero pensaba en la gente que no salía del edificio y eso le inquietaba tanto que necesitaba probarse que esa idea no provenía más que de un miedo infundado. O tal vez era otra cosa.

¿Escapar? ¿Por qué mierda querría escapar? Allí estaba todo lo que él quería. La oportunidad para recuperar el éxito.

—¿Señor Whitman? —lo volvió a llamar la mujer.

—Sí, sí. Vengo a la reunión... es solo que...

—Lo están esperando, señor. No diga que lo dije pero creo hoy lo agasajarán con honores.

La sonrisa de la mujer y el modo en que tapó su boca con una mano al decir esto último fortaleció la idea de que todo marchaba muy bien y que no había un hilo suelto que iba deshilachando el resto del tejido. Sal asintió y caminó hacia la sala de conferencias. Las palabras socio, millonario y prestigio lo acompañaron como un coro hasta que la mujer le abrió las dos puertas que daban a la sala donde los peces gordos de Sforda Company, lo esperaban con sus trajes de miles de dólares no alquilados y sus copas de *champagne*.

Lo aplaudieron, lo vitorearon, le dedicaron cánticos como «Porque es un buen compañero», le estrecharon las manos y los más animados le dieron palmadas en la espalda y en el trasero. El señor Sforda, le dio un abrazo. Las luces de la sala encendían el *champagne* de las copas como si estas contuvieran velas encendidas. Sal Whitman ocupó su lugar al lado del jefe y recibió su copa para el brindis.

—Por Sal —anunció el señor Sforda—, gracias a su ingenio, a su visión, esta compañía entrará en una nueva era. Que esta copa sea el inicio de nuevas conquistas mundiales.

Todos se rieron de esto último. Sal veía que sus rostros estaban aderezados con expresiones de una intencionalidad subterránea, como si compartieran una verdad en la que todavía él no había sido admitido. Pero lo sería. Después de ese brindis.

Todos levantaron las copas al unísono y la sostuvieron encima de ellos formando una cadena de cristal dorado. Sal observó a cada uno. Con ninguno no había cruzado nunca más de dos palabras en todos sus años trabajando allí y ahora era el centro de atención de aquellos para los que él no era más que un tornillo reemplazable más dentro de la maquinaria de la agencia. «Pero ya no más un tornillo», se dijo así mismo mientras él también se unía a la mascarada de risas sobre rostros uncidos de envidia, oportunismo y egos colosales.

Cerró los ojos y bebió la copa. Al abrirlos allí estaba la criatura cuya forma sería imposible recordar después. Solo quedaría una impresión entre araña, felino y raíces de un lívido espectral que crecían como excrecencias líquidas que se solidificaban al momento de expandirse. Luego se vio a sí

mismo cayendo o era solo una sensación similar a la caída aunque sin sentir el peso de la gravedad. Contempló los interminables túneles blancos que en lontananza formaban una sola pantalla en donde era imposible apreciar las separaciones entre ellos. Y más abajo, si es que esa era la dirección que tomaba, estaba él. Bueno algo similar a él. De pie, con las rodillas algo dobladas y la piel envejecida y oscura. Mientras más se acercaba, la conciencia se desvanecía hasta que se sumió en la nada.

Se había anunciado la llegada del director antes de que este apareciera entre unos árboles a la derecha del escenario. Un hombre con restos de cabello rojo que contorneaban los laterales de su cabeza dejando una amplia abertura que abarcaba desde su frente hasta su nuca. Era de baja estatura y caminaba como si sus cortas piernas se esforzaran en recorrer la mayor distancia posible en cada paso. Subió las escalinatas, saludó a la mujer que lo había anunciado y miró a la audiencia. Norman se había metido un dedo en ambas orejas para comprobar que a él no le faltaba el agujero por donde los sonidos entran y hacen vibrar los tímpanos. No solo Clusky y George padecían de esa malformación o lo que fuese, cada alumno y familiar de estos que se encontraban en aquella gala tenían sellado sus orificios auriculares. Menos él. Entonces fue cuando el director tomó el micrófono y dio dos pequeños golpes en el mismo antes de hablar.

—Lamento haberlos hecho esperar. Tuve un contratiempo con unos invitados de último momento que tengo en mi casa. Como bien saben casi todos aquí, solo puedo estar en dos lugares a la vez pero estamos trabajando en mejorar esto. Si todo sale bien, dentro de muy poco estaré leyendo a Shakespeare, buceando en el pacífico, escalando el Aconcagua, siendo extra en una película y pastoreando ovejas todo al mismo tiempo.

Las risas se elevaron hasta convertirse en un chaparrón de ruido que a Norman no le hizo ninguna gracia. Después de todo, ¿cuál era el punto de ese chiste? Además, las orejas tapadas era un asunto más importante que el numerito de humor del director.

—Verán, aquí puede haber algunos que estén pensando ahora mismo: «Se podrían haber esforzado un poco más en dejar terminado este escenario con un excelente trabajado en los detalles». Sí, sabemos que hay elementos que no se ven como hubiésemos querido. Darse cuenta de nuestros errores es un golpe duro para la ilusión de realismo y les aseguro que cada vez nos esforzamos más en que todo quede como el espíritu más exigente entre ustedes desea.

—¿De qué carajos está hablando? —preguntó Norman a George.

—¿Y tú lo dices? Vaya bastardo estás hecho, ¿eh? —rio George mientras pellizcaba una mejilla a Norman.

Norman no contestó pero su gesto bastaba para volver a arrojar la pregunta a su amigo que no hizo más que volver el rostro al director. Clusky fue menos receptiva. Mostrándole el dedo del medio y torciendo despectivamente la boca le mandó a los mil demonios.

—Sí, Norman, te diste cuenta de las orejas. En la próxima celebración se remediará. Ahora, por favor escucha. Tengo un problemita con tu amigo John mientras estoy aquí. Si fueras tan amable de pasar por alto la cuestión de las malditas orejas solo por esta vez intentaré no entrometerme tanto en tu vida cuando me adueñe de las autopistas mentales que llevas contigo. Sé el primero en recibir tu diploma, hijo. Ven aquí y trae esa cabecita obsesionada con los detalles.

Todos aplaudían y silbaban. George lo empujó hacia adelante y Norman se acercó a los escalones mientras contemplaba cómo lo alentaban compañeros de los que no sabía siquiera el nombre. Casi tropezó con el primer escalón por caminar hacia atrás y George le gritó: «Levanta esas pezuñas, bestia». Los demás festejaron esta ocurrencia con un redoble de gritos, silbidos y más aplausos.

Antes de subir el último escalón, Norman lanzó un vistazo a los árboles que componían el muro de la izquierda, por donde había venido el director. Tal vez si mirara detrás de ellos, podría tener una idea de dónde se encontraba y así dotar de un mayor sentido a lo que ocurría.

—Ven aquí, muchacho —dijo el director y Norman percibió un tono más seco, desprovisto de la vivacidad con la que lo había invitado anteriormente.

Los tablones de madera del escenario resonaron con el ruido de sus zapatos de suela dura cuando Norman inició una carrera que lo hizo saltar del escenario hacia el césped y continuar avanzando hasta la línea de árboles.

—Maldita sea, otro más —vociferó el director—. ¡Vayan tras él, ahora!

No hubo ninguno solo de los asistentes de la entrega de diplomas que no saliera como perro entrenado en persecución de la liebre Norman.

Aunque les llevaba ventaja, Norman no bajó el ritmo. Los árboles no parecían estar demasiado lejos, al menos eso le pareció en un principio, pero mientras corría, la línea se acercaba demasiado lento. Al director le llevó solo unos momentos caminar desde allí al escenario, y él, corriendo con todas sus energías no ganaba más terreno que si lo hubiese hecho a gatas. Detrás de él, todos estaban alcanzándolo, hasta que tiró unos cálculos mentales y supo que no llegaría y que la horda estaría encima de él mucho antes inclusive. Hizo

algo que no hubiera esperado. Frenó, y al hacerlo no sintió ninguno de los cambios físicos que venían luego de una carrera rápida repentina. No había aceleración del corazón, ni enrojecimiento de la piel por la sangre fluyendo a mil por hora, ni respiración agitada. Era como si hubiese estado en reposo todo el tiempo. Pero la distancia que había hasta el escenario desmentía esta posibilidad. ¿Por qué...?, ¿había corrido, verdad?

Los otros también dejaron de correr. George salió del montón levantando los brazos. Le dio la espalda y mostró los dos pulgares a todos los que pudieran verlo. No había uno que no lo mirara con resentimiento, como si Norman hubiese intentado escapar luego de cometer un crimen contra el orden público.

—Muy bien, chicos —dijo George—. Nor ya dejó de jugar. Aplaudamos su audacia. Gracias a los cielos recapacitó y aceptará su diploma después de todo.

Norman —continuó, fijándose en él—. No entiendo qué bicho te picó para hacer eso pero terminemos con esto así después nos vamos todos a festejar. La casa paga, ¿qué me dicen todos?

Dio una vuelta de trescientos sesenta grados mientras subía y bajaba los brazos para encender las ovaciones. Cuando lo volvió a mirar, tenía esa sonrisa de «todos son idiotas menos yo», que eran de los pocos recuerdos que le habían quedado a Norman de él.

—Lárgate de aquí, George —dijo Norman decidido a no dar el brazo a torcer— y llévate a todos contigo.

—Está bien, ¿esto es por las orejas? ¿No escuchaste al director? Es algo que después se resolverá. Verás, esos detalles son algo que para ¿él?, ¿ella? No sé cuál pronombre podría servirle mejor. No importa. Esos detalles son algo tan anodinos para el director que intentar no olvidar ninguno en el diseño es algo de lo más irritante, y hay muchos que lo pasa por alto porque está con prisa. La naturaleza del portal, Norman. No sabríamos decir durante cuánto tiempo actuará como lo viene haciendo. Es cierto que el tiempo no es ningún problema en el “plano” de donde el director viene. No es más que una dimensión que se puede enrollar a voluntad y casi no ocasiona inconvenientes, pero de tu lado del portal, el tiempo actúa de una forma única en el plano físico y por lo visto ustedes no tienen ningún control sobre él. Todo lo contrario, parece que el tiempo los tiene, como quien dicen, bien agarrado de las pelotas.

Las carcajadas no tardaron en oscilar como una ola de una punta a la otra de la multitud. Norman miró la línea de árboles. No había más que unos

nueve metros hasta allí. Una vez cruzada, creía que podría estar a salvo de ellos. Si no lo hacía, si no apostaba la última carta a correr, tal vez no tendría otra oportunidad. George dio tres pasos en dirección a él.

—Quédate ahí, George, maldita sea. No des un paso más o te reviento la cabeza.

—¿Y cómo lo vas a hacer, Norman?, ¿con tu birrete?

Los otros festejaron detrás, como si fueran los encargados de marcar cuándo la situación se tornaba humorística. Risas de estudio, como en un programa de comedia. Sin embargo, George tenía razón. ¿Qué tenía él para amenazar a una multitud más que palabras de dudoso coraje? Si tuviera una pistola, o una metralleta, podría escapar mientras lanzaba un reguero de balas por detrás.

—¿Una metralleta? —preguntó George, frunciendo el ceño.

Había leído su deseo, otra vez. Maldito hijo de puta. Se suponía que no había dicho nada en voz alta.

—Sí, George —confesó Norman—, una metralleta. Quisiera tener una metralleta para dejar frito a cualquiera que intente detenerme.

Entonces en sus manos sintió un peso extra. Nunca había tenido una de esas en su poder. Solo las había visto de lejos en desfiles militares o en los videojuegos. Ni siquiera sabía qué nombre tenía esa arma en particular. Pero Norman sabía que esa metralleta estaba cargada y lista para usarse.

—Ah, mira eso —dijo George—. Parece que el director no anuló el efecto de tu voluntad en este plano. No importa, Norman. Trabajaremos en eso también.

—Trabajarán solos, porque yo me iré detrás de esos árboles, y ustedes se quedarán donde están, George.

—Cobarde de mierda —dijo Clusky, con un cigarrillo entre los dedos a la altura de su rostro—. ¿Qué crees que hay allí? Nada para ti.

—Clusky tiene razón, Norman. Lo que ves aquí, es lo único que está hecho a tu medida. Por favor, termina de recibir el diploma y luego podrás irte donde quieras. Rápido, Norman.

—Al carajo con esto —dijo Norman y se dio media vuelta para reanudar su huída, cargando la metralleta con el cañón apuntando hacia arriba.

—Oh, me cago en ti, Nor. Vamos, hay que traerlo, después de todo.

Norman sintió retumbar el suelo detrás de él y giró su columna, junto con su arma, como se imaginaba que se vería correcto y no le costó nada fijar en el centro de la mira a George.

—Lárguense de aquí, engendros sin orificios auriculares —gritó Norman sin dejar de correr.

—Eso fue ofensivo, Norman —rio George—. Deberían multarte por decir algo así.

Era imposible, no llegaría. Ellos lo atraparían antes. El espacio era extraño en ese lugar. Pero no quería abrir fuego y matar a esos desconocidos. Nunca había matado a nadie. Era un tipo que estaba en contra de la violencia, pero aquello era demencial. Aquella gente vivía en el mundo dentro del portal. Un mundo que no había resultado ser lo que su anhelo había pintado y que lo había llevado a cruzar la abertura. Si no abría fuego, lo llevarían con el director y esa opción por algún motivo no auspiciaba nada bueno para él. Antes de que George estirara el brazo para alcanzarlo, Norman presionó el gatillo y la metralleta aulló, furiosa, sedienta de sangre.

No siguió corriendo porque lo que sucedió lo decepcionó desde el punto de vista de la adrenalina que bullía al disparar. Las personas alcanzadas por las balas caían sin otro signo de muerte que el o los agujeros abiertos en sus cuerpos. Nadie había derramado una gota de sangre. George había recibido impactos en el pecho y en el rostro, y no era más que un muñeco relleno de nada, con la costura abierta en aquellos lugares donde habían entrado los proyectiles. Clusky yacía de bruces con cinco cuerpos tumbados sobre ella. Norman se sentía como el acomodador de utilería en la representación de una obra a la que todavía no habían llegado los actores y el director.

—¿Y qué esperabas? —preguntó el director apareciendo por un ángulo al que Norman no estaba prestando atención—. No tenía esperado que tu voluntad incidiera sobre mi escenario y te hicieras con una metralleta. Sí, son más falsos que ...¿cómo dicen ustedes? ¿Billete de treinta dólares?

—¿Quién eres? ¿Qué es todo esto? —preguntó Norman apuntando con su arma al director.

—Eso de las palabras y de las preguntas y respuestas es tan divertido aunque ahora empiezo a entender cómo es que han resistido tanto en ese cuerpo subyugado por las dimensiones de su mundo, llevando una salida a cuestas que no pueden aprovechar. Se me hizo difícil configurar todo esto de acuerdo a los extraños parámetros de tu realidad.

—Eres extraterrestre. El portal fue un acceso a tu nave, ¿no es cierto?

—La ciencia ficción es un modo muy útil de darle entidad a lo que todavía no comprenden. Vaya si son lentos al hacer uso del acceso a la autopista mental. Incluso me llama la atención cómo se han saboteado miles de veces desde que ese acceso se formó en su frágil existencia. Si tenemos en

cuenta que no existo en su realidad de la forma en que ustedes entienden una vida y que mi edad es inconmensurable con respecto a la aparición de sus dimensiones físicas, entonces sí, Norman, puedes llamarme extraterrestre.

—¿Por qué has creado todo esto? Esta falsa promoción de estudiantes universitarios. ¿Por qué me hiciste joven? ¿Qué querías lograr con todo esto?

—No es tan difícil de entender esa parte, Norman. Tú querías esto. Bueno, lo que alcancé a saber de ti antes de que entres en el portal. Este fue uno de tus deseos de siempre. Lo que yo hice fue diseñar la realidad para que puedas vivirlo.

—¿Qué, eres una especie de genio de los deseos o algo así?

—Otra vez con esa tendencia de asimilar información a través de signos arbitrarios. Sí, Norman, podemos decir que sí también. Ya tenemos un extraterrestre que cumple deseos.

—Pero ¿cuál es la razón de eso? ¿Qué obtienes tú a cambio? ¿Por qué molestarse?

Norman estaba a punto de disparar. La salida estaba muy cerca y ya no tenía otro perseguidor que el director. Pero quería seguir escuchando. Después de todo había llegado allí y todavía seguía con vida, contra todas las probabilidades que decían que una persona no puede atravesar una puerta a otra dimensión sin que se produzcan cambios significativos y fatales en su constitución. Él estaba entero, con buena salud e incluso varios años más joven. El cómo de todo eso era inescrutable, pero sabía que se debía a aquel ser con la apariencia de director de universidad. Era un acto de cortesía el tratar de entender. Postergar la urgencia de su temor a desaparecer era lo menos que estaba en sus manos hacer.

—Necesito acceder a sus mentes, Norman. Es como si sus conquistadores encontraran oro debajo de cada raíz de los árboles en las selvas y bosques. Es como hallar la cura a todas las enfermedades en las botellas de agua mineral. Desde allí, puedo extender mis influencias a otras dimensiones. Eso es lo que me motiva. Es la parábola de mi vida.

—¿Y nosotros qué? No podemos vivir sin nuestras mentes.

—Si supieras lo que una forma de vida tan simple como la suya se ahorraría si dejaran de lado los túneles de sus mentes... Pero no te preocupes, pueden seguir haciendo uso de ellas. Incluso pueden experimentar las ventajas de las autopistas si dejan que yo me haga cargo. Si yo administro sus accesos, te aseguro que por primera vez en tu vida ser un humano no será más un padecimiento. Tu corta existencia será experimentada como un paraíso hasta el final, cuando tu voluntad ya no esté atada a tu cuerpo.

Norman no tenía una respuesta para lo que acababa de escuchar porque una parte de él clamaba por dejar eso y atravesar la línea de árboles. Todo era una farsa. Todo había sido armado por aquella criatura. Hasta su juventud debía ser un disfraz demasiado bueno como para perder más tiempo buscando la cremallera escondida en algún pliegue. Miró su arma, como si en aquel objeto creado por su mente se encontrara una respuesta que le diera luz verde para disparar contra el director. Pero no había nada. Como siempre, uno se encontraba totalmente solo para comprender lo que era y por qué era así. Miró al director y dejó caer el arma al tiempo que daba media vuelta y ganaba la última distancia que lo separaba de la línea de árboles. Antes de cruzar entre dos troncos, miró de perfil al director y negó con la cabeza, mientras una oleada de tristeza nacida del temor a lo desconocido lo comprimía como si estuviese hecho de trapo. Al pisar del otro lado vio el laberinto de túneles blancos y mientras flotaba hacia abajo, atisbó a John que descendía en su misma dirección. Quiso hablarle, quiso advertirle de su presencia pero su mente no funcionaba como lo hacía normalmente. Se sentía como si se hundiera lentamente entre el tráfico de sus pensamientos.

No se había marchado, ni le había pedido a él o eso que se fuera. El ser indefinible volvía a tener la apariencia del hombre que había dormido en su casa. Gillian había sentido náuseas, pero no estomacales, era como si toda su vida luchara por liberarse muy lejos de ella, a pesar de que su vida y ella fueran ideas indivisibles. Los barrotes del lenguaje. Gillian podía ver los grilletes muy abajo, en el suelo frío de su mente. Al ver la verdadera imagen de esa criatura, las cadenas habían pegado un brusco tirón y había sentido donde el último eslabón se unía a la base de su ¿prisión? Luego de la náusea se extendió a lo largo en el sofá cama en el *living* de aquella casa en la que había aparecido, que era de ella pero en un sentido muy diferente a como una propiedad pertenece a alguien. Había dejado la botella de cerveza, transpirando sobre el suelo.

—Entonces, ya no hay vuelta atrás —dijo Gillian contemplando el cielo raso tan blanco que parecía que uno nunca dejaría de ascender por esa blancura si lo intentaba.

—Me temo que no, has permitido que ingrese en la autopista, al igual que tus amigos Sal y Matilde. Con John tuve un problema, al igual que Norman. Pero no te preocupes, no es algo malo para ti.

—¿Qué va a pasar conmigo ahora? —preguntó Gillian, imaginándose enferma con algún tipo de virus mortal. Se veía a sí misma desintegrarse en alguna sala de hospital aislada de las otras vidas.

—Lo que va a pasar depende de ti. Puedes seguir con tu vida en este lugar hasta que tu cuerpo físico deje de funcionar, viviendo en el plano real y en este universo con acceso a otras dimensiones o puedes vivir solo una existencia subyugada a las limitaciones impuestas por tu rudimentario mundo mientras yo expando mi influencia sin causarte demasiadas molestias.

—Dime una cosa —dijo Gillian mirándose las manos. Sus dedos se entrelazaban y formaban figuras que se deshacían constantemente—. Cuando ingresé en el portal. ¿Tú estabas esperándome?

—A todos ustedes. No me preguntes por qué se abrió esa brecha por primera vez. Yo tuve suerte de percatarme de su origen y empecé a rondarla, esperando que un humano ingresara.

—¿Con billetes? —preguntó Gillian con una sonrisa.

—Eso fue una coincidencia, aunque por alguna razón, el dinero parecía el elemento que más resonaba en las mentes atadas a los cuerpos de aquí. Ayudó también que la brecha se formara en un restaurante, y encima en una de las mesas de los clientes. Yo solo veía los billetes entrar y salir por el otro lado del agujero en una sola dirección. A decir verdad, el resto lo hizo la curiosidad de ustedes. Solo tenía que aguardar que uno se lanzara dentro y atraerlos antes de que sus cuerpos llegaran a destino.

—¿Cuerpos? ¿No es este mi cuerpo?

—El cuerpo astral sí, una representación mental o una imagen relativamente fiel si lo prefieres. El cuerpo físico ha estado atravesando el portal todo este tiempo.

—Pero si he estado aquí más tiempo del que requeriría atravesarlo —señaló Gillian mirando al hombre semidesnudo.

—Al no estar atado al plano temporal, la sensación del cuerpo aquí es puramente artificial, como una réplica barata sin ninguna función.

Gillian se levantó y se sacudió la cabeza emitiendo una queja con la garganta con la que manifestaba cómo le fastidiaba pensar en aquella situación como si fuese un problema de índole metafísica. Bebió un trago rápido de cerveza de la botella. Ya no era el miedo de quedar atrapada en un mundo desconocido lo que sentía, sino más bien bronca por haber caído en otra complicación cuando ella había esperado todo lo contrario una vez atravesado el portal.

—Tengo que salir un momento de aquí —dijo y se lanzó hacia la puerta con paso apresurado.

Capítulo 10

Afuera, un viento suave le suavizó los músculos, o la representación de ellos, y las piernas le temblaron bajo el efecto de un placer relajante. Era de día, el sol se veía lejano como en una mañana de invierno pero la temperatura se mantenía como en esos días templados que hacían de oasis entre las jornadas de estaciones extremas. Era un día para que la piel se renovase, para que los pulmones no consumieran otra cosa que un aire nacido en las corrientes de un manantial de níveas montañas. El cielo era un escenario para que masas de nubes blancas se movieran realizando formas de fantasía que uno podría pasarse todo el día descubriendo. Gillian no se dio cuenta de que había caminado hasta el cordón de la calle hasta que una bicicleta conducida por un niño pedaleando sin apoyarse en el asiento pasó a pocos centímetros de ella con el zumbido de la velocidad. Lo vio perderse en la curvatura de la carretera, y oyó al silencio volver a apoderarse con lentitud de la estela invisible que él dejaba. Había pocas casas en el vecindario. Los terrenos baldíos dominaban la zona. Pero todos se hallaban limpios, con un cartel de SE VENDE o VENDIDO en el solar vacío. Las casas eran tan grandes y prósperas como la de ella, con un amplio jardín delantero que las familias o los individuos que vivieran allí habían convertido en un lugar de entretenimiento constante bajo las frondosas y descomunales copas de árboles gigantes en cuyas ramas no faltaba alguna hamaca que se balanceaba a merced del viento sobre las hojas secas que formaban una alfombra rústica, con las cuales Gillian sabía que creaban una colchoneta para los que se animaban a lanzarse desde el asiento de la hamaca a una altura desafiante. Juegos para niños, sillas playeras para recostarse luego de una comida al aire libre, toda clase de artilugios de entretenimiento para hacer frente a unos merecidos días de vacaciones. Se dio cuenta, después de un rato, que además del niño en bicicleta no había visto a otro ser humano. Gillian pensó que estarían dentro de casa o en algún otro lugar, donde las obligaciones de la vida les hicieran suspender su estadía en aquel sitio diseñado para que uno se tomara todo el tiempo del mundo consigo mismo. Se acordó de cuando era niña, fue algo

inevitable. Cuando su padre la llevaba a pasar las vacaciones con sus abuelos mientras a él le asignaban una tarea de supervisión en una sucursal de la empresa de otra ciudad. Cuando tuvo la edad suficiente para hacer amigas por su cuenta, salía a andar en bicicleta y correr carreras pedaleando con todas sus fuerzas en las bajadas formadas por las colinas de aquel pueblo. Un aroma a tarta de arándanos le hizo abrir la boca por la que se escapó el ruido del hambre. Caminó por la acera sin importarle mucho el lento ritmo que llevaba. Pasó por una casa con el rociador de jardín encendido y vio los chorros de agua girando y regando el césped y algunas plantas. El olor a tierra mojada le hizo recordar también esos días en los que volvía al atardecer a la casa de su abuela con las piernas y las rodillas teñidas de grava y arañazos. Tenía en sus manos ese olor a tierra húmeda. El portal la había dejado en un sitio deseable después de todo.

—¿Lo ves, Gillian? —preguntó una mujer con malla enteriza y lentes de sol, recostada en una silla blanca. A su lado había una mesa ratona de plástico y sobre esta un pastel de arándanos que despedía hilos de humo blanco, delatando su reciente salida del horno—. No está nada mal pasarse el tiempo en un lugar así. Claro, el sitio seguirá creciendo mientras más tiempo pases en él. Es un punto en el universo de tu mente cuya extensión no tiene límites. Mi trabajo solo será uno.

La mujer se levantó llevando la tarta consigo. Caminó hasta Gillian y cuando estuvo a su lado, señaló hacia el horizonte donde se veía cómo la carretera dejaba al pueblo y continuaba por una tierra que ondulaba desierta hasta donde alcanzaba la vista.

—Construir carreteras para alcanzar nuevas dimensiones. A través de los puntos de accesos que hay en tu autopista mental, mi trabajo se ha simplificado como tú jamás te podrías imaginar.

—¿Esto es real? —fue la pregunta que a Gillian le pareció más urgente.

—Mi querida —dijo la mujer tiritando como una señora que quiere aparentar una falsa discreción—. En este lugar, con el tiempo, pondrás a prueba el obsoleto concepto de real que se perfila en el mundo físico de donde provienes.

Rodaban sobre la ruta dentro de un oldsmobile convertible de mil novecientos cuarenta, la clase de auto que su padre siempre había deseado coleccionar y nunca llegó a empezar. Tuvo que sujetar su cabello con una cinta elástica que la mujer le dio. Había puesto un CD de Alphaville en un auto para el que no se había inventado tal tecnología pero Gillian no hizo un comentario al respecto. Estaba más interesada en ver cómo el paisaje variaba

en tonos de luz como si el sol pasara por todas las etapas de las jornadas en cuestión de unos pocos minutos. Pero se dio cuenta de que solo sucedía esto cuando ella estaba inmersa en la contemplación de la tierra que dejaba de ser tan yerma como lo había sido al dejar atrás el pueblo y que empezaba a poblarse por una vegetación cada vez más variada. El suelo seco del desierto había dado lugar a unas praderas y colinas donde el verdor no se perdía de vista. Más allá de todo estaban las cadenas montañosas cuya extensión se perdía en el horizonte. Gillian nunca había visto una distancia como aquella. Recortadas contra un cielo que mientras más lejos estaba más gris se volvía, las montañas parecían interminables. Era casi como estar viendo el contorno del mundo, si tal cosa existía.

—Esta calle por la que avanzamos es cosa mía, muchacha —dijo la mujer—. No me lo agradezcas, había que hacerlo, pero todavía falta mucho. Gracias a este trabajo, podrás tener acceso a zonas de tu universo que de lo contrario estarían a oscuras.

—¿Adónde esperas llegar? —preguntó Gillian, viendo cómo una manada de caballos pastaba y corría sin apartarse de una zona marcada con simples varas de madera.

—Eso es difícil de explicar, Gillian. Es mejor que no lo intente. La parte física de tu mente, o sea tu cerebro, podría sobrecalentarse al intentar abarcar un razonamiento que requiere una mente que funcione en múltiples dimensiones.

—Siempre se puede simplificar la explicación —sonrió Gillian haciendo un gesto de resignada modestia—. Es decir, has podido explicarme otras cosas antes, ¿no?

—En este caso, si lo simplificara te estaría deformando la verdad y según la lógica de los humanos sería una mentira.

En ese momento, del otro lado de la carretera, Gillian vio por encima del hombro de la mujer, una escena que automáticamente le hizo pedirle que detuviera el vehículo. Al frenar, Gillian apoyó las manos sobre el tablero del auto para amortiguar el envión. Sin justificarse de algún modo, bajó del auto dando un salto por encima de la puerta. Alphaville seguía sonando mientras cruzaba la autopista desierta. Bajó corriendo la banquina con pendiente pronunciada y continuó a ese ritmo hasta que el terreno se convirtió en un revoltijo de hierba que le llegaba hasta las rodillas. A unos metros de ella, había un hombre con sombrero de ala ancha, ataviado como un vaquero que buscaba algo junto a un perro labrador que no dejaba de olfatear todo a su camino. Algo que Gillian había visto como un minúsculo insecto parpadeando

entre el desorden de la vegetación a una distancia de cientos de metros. Se agachó y cortó tallos y raíces, movió rocas y se clavó la espina de alguna planta al tratar de sacarla de un tirón. Pero consiguió lo que quería. Un cachorro sucio hasta las orejas de tierra, barro, pasto y abrojos miraba con los ojos abiertos de miedo a Gillian. No movía siquiera la cola cuando ella lo alzó entre sus manos y se puso de pie.

El hombre y el perro continuaban buscando, alejándose hacia el sur, donde había un par de edificios de granja que Gillian pudo identificar como un molino y una pequeña casa de piedras blancas de la que solo veía el tejado y una pequeña porción de pared. Besó al cachorro en la cabeza. Claro, en uno de los viajes con su padre, había visto lo mismo desde el asiento trasero del auto, pero cuando le comentó a su papá que el hombre y el labrador no iban a encontrar al cachorro porque cada vez caminaban más lejos de él, su padre la intentó tranquilizar diciéndole que pronto darían con el animal. En pocos segundos, el horizonte se había llevado al hombre, al labrador y al cachorro y Gillian no había podido evitar sentir tristeza e ira hacia su padre. Sin embargo, más de veinte años después allí estaba, salvando al cachorro del hambre o de algún depredador. Sin esperar más, corrió tras el hombre y el labrador y los alcanzó cuando estos estaban vadeando un estrecho arroyo que cruzaba aquellas tierras desde el este.

El labrador la sintió antes de que Gillian gritara para que se detuvieran. El animal emitió unos gemidos y miró al vaquero que le mostró la palma de la mano como un ademán para tranquilizarlo y le asintió con la cabeza. El labrador dio tres vueltas en su sitio y ladró. Esperó a que el hombre caminara en dirección a Gillian para moverse. Ella llevaba al cachorro en brazos y estaba tan calmo, pestañeando, mientras veía acercarse a quien ella imaginó que era su madre.

—Estaba enredado debajo de unos matorrales —dijo Gillian, acariciando al cachorro—. Por suerte no le veo ninguna lastimadura.

—Es el único que nació con vida —dijo el hombre con ese acento rural donde las consonantes y vocales se pronuncian casi al mismo tiempo para formar exóticos sonidos—. Su madre tuvo muchas complicaciones y luego tuvimos que castrarle para evitar que otro posible embarazo acabase con su vida.

Gillian dejó el cachorro en el suelo y la perra empezó a lamerlo y a olfatearlo, lanzando vistazos de alarma a Gillian hacia la que todavía no sabía qué actitud tomar.

—Agradece a esta jovencita, Efi. Gracias a ella, tu retoño no terminó como cena de algún coyote o un águila.

—¿Las águilas se llevan perros? —preguntó Gillian que ahora recibía las patas delanteras de la madre en su abdomen como agradecimiento.

—Si pueden cargarlas, las llevan directo al nido, sin hacer ninguna distinción.

—¿Este lugar pertenece al pueblo? —quiso saber Gillian mientras buscaba localizar otras edificaciones cerca de las que podía atisbar desde allí.

—¿El pueblo del norte? —el hombre se quedó un rato mirando hacia la dirección que Gillian había tomado con la mujer.

—Claro, ¿cuál sino?

—Pues bien, tal vez sí después de todo.

—¿Entonces no lo sabe?

—A decir verdad, ahora mismo me estoy dando cuenta de ello.

Gillian no dijo nada. Detrás, en la carretera podía ver el oldsmobile del cuarenta y dentro, la mujer, que la observaba con las manos todavía al volante. Gillian la saludó y ella le devolvió el saludo.

—Mi nombre es Boris, por cierto —dijo el vaquero y levanto la punta de su sombrero.

—Yo soy Gillian. ¿Usted vive allí? —señaló hacia el molino y la casa de piedras blancas para no desviarse del tema anterior.

—Podría decirse que sí. Ahora que lo dices, también hay otras viviendas en esa dirección. Nos dedicamos a la cría de animales de granja. ¿Has venido al evento de los barriletes?

—¿Barriletes? ¿Qué evento es ese?

—Si nunca has visto la aldea desde la altura de un barrilete, no conoces este lugar. Vamos, te mostraré.

—No puedo, tengo que volver con mi amiga —dijo Gillian, apuntando con su índice hacia el auto.

—Lo siento muchacha —avisó la mujer del oldsmobile—. Pero tengo que ocuparme de un problema que surgió en la traza de la autopista más adelante. Quédate aquí y estarás bien, sino pide a ese tipo que te aviente de vuelta al pueblo cuando quieras.

—Oye, espera —dijo Gillian—. No puedes dejarme aquí. ¿Qué hay de mi ...

Antes de continuar, lanzó una mirada a Boris que sonreía con el ceño fruncido.

—¿Qué hay de mi cuerpo? —continuó—. El portal, ¿recuerdas?

—Cierto —dijo la mujer con el tono de alguien que acabara de recordar algo importante—. No te preocupes, cuando pase al otro lado tú estarás bien. Después de todo ya somos socias. Diviértete, Gillian.

Y el vehículo se alejó a alta velocidad. Gillian lo siguió con los ojos hasta que ya no pudo distinguirlo y se volvió hacia Boris.

—Creo que ahora puedes ver el evento de barriletes.

Efi le ladró y se puso en marcha detrás de Boris. Gillian los siguió, alzando al cachorro que intentaba torpemente seguir los pasos de su madre.

La casa y el molino no eran las únicas estructuras que fueron levantadas en esa zona. Desde donde estaba, Gillian podía ver también otras tantas de esas parejas edilicias salpicadas en un radio de cincuenta metros una de otra. Ninguna tenía demarcados los límites de sus tierras ni tampoco había caminos o carreteras que las unieran. Cada casa de piedras blancas tenía su molino cuyas aspas giraban con la parsimonia de una brisa suave. Pero esa disposición de lo que podría llamarse una aldea eran meros detalles para Gillian. Lo que la asombró fue que no menos de cien personas estaban diseminadas por una pradera donde crecían algunas flores amarillas y lilas, enfrascadas en lo que hacían algunos de esa concurrencia: remontar barriletes de diversas formas y tamaños. Barriletes con colas tan largas que ondulaban en el vacío como dragones chinos y otros que formaban amplias pantallas que bien hubiesen podido servir de techo a una vivienda improvisada pero resistente. Sujetos a esos barriletes, había personas. Sí, verlos desde el suelo le daban aspectos de muñecos que se movían mediante algún mecanismo interno alimentado con baterías. Algunos saludaban con una mano mientras con la otra sostenían la sogá que los mantenían unidos al cometa, otros giraban como artistas de circo dibujando figuras geométricas para recibir ovaciones y aullidos del público. Había un par que estaban sentados dentro de un aro metálico muy fino y se entretenían girando dentro y fuera del mismo sin otra medida de seguridad que su destreza y la fuerza de sus extremidades. Gillian se quedó sin aliento al ver esto. Debían estar a más de cien metros del suelo y el extremo de la cometa era manejado en su mayoría por niños o adolescentes que no dejaban de reír mientras mantenían a los otros en el aire. Pero mientras más observaba a los que participaban de ese festival, Gillian no veía en sus rostros nada cercano a la alarma de una posible catástrofe. Todo lo contrario. Estaban pasándola de maravillas, alentando a los equilibristas del aire a que desafiaran a sus contrincantes o aplaudiendo cada vez que los otros hacían un movimiento, que, al conllevar más riesgos, era tenido como una muestra más del virtuosismo del competidor.

—Si se caen —dijo Gillian dejando que las palabras salieran por sí mismas—... ¡Oh, Dios mío! ¿Están locos o qué?

—Son buenos artistas de cometas —contestó Boris—. Esos chicos hacen eso desde que empezaron a usar sus piernas para caminar por su cuenta.

El cachorro se removi6 en los brazos de Gillian, ansioso por saltar al suelo con su madre o entusiasmado por el bullicio y las correrías de los niños. Gillian lo soltó para que corriera entre la gente y se preguntó cómo es que no había visto los barriletes desde la autopista o a alguna de esas personas. Era como si hubiese caminado kilómetros desde que había bajado del automóvil de la mujer. Sin embargo, haciendo la vista atrás, podía ver la línea oscura del pavimento esconderse y aparecer entre las colinas y las matas de hierba.

—Es extraño —Gillian tenía el semblante congestionado por preguntas que para ella no tenía sentido el pronunciarlas en aquel lugar— ...cómo se dan las cosas aquí. Este evento, jamás había oído hablar de él, sin embargo, tengo la sensación de que es muy conocido, tan viejo como la Navidad o Halloween.

—Lo más fácil de encontrar aquí son los recuerdos. Estos casi te salen al encuentro como mosquitos en un atardecer caluroso luego de una lluvia. Creo que los deseos son los que se ocupan de las creaciones y la voluntad los atrapa al vuelo. Después te encuentras con lugares como estos —Boris señaló el escenario que les rodeaba—. Creo que esto es la verdadera manifestación de la naturaleza en este mundo. La parte que es difícil controlar, incluso para alguien como tú.

—¿Yo? —Gillian no creía que Boris estuviese divagando como alguien que estuviera acostumbrado a hablar consigo mismo—. ¿Qué pasa conmigo, Boris? ¿En qué puedo diferenciarme de ti o de cualquiera de estas personas?

Pero dos hombres altos y fornidos como deportistas la levantaron por las axilas como si no pesara más que un almohadón de plumas y Gillian vio cómo Boris se alejaba con las manos metidas en los bolsillos y esa expresión de sabiduría tácita que suelen manifestarse en gentes que a lo largo de su vida no han necesitado expresarse sus ideas más que a ellos mismos. Gillian intentó liberarse pero los hombres la tenían bien sujeta. Les gritó que se detuvieran y la dejaran en paz pero enseguida vio que le ataban la cintura a una red de varas de madera que eran el esqueleto de un barrilete cuya tela formaba un triángulo gris de varios metros de extensión. Ella estaba en medio de ese triángulo y a pesar de que tenía los brazos y las piernas libres no podía alcanzar ningún nudo que pudiera desatar o clavija que pudiera quitar para liberarse. Algunas personas se reunían para observar cómo se preparaba a la

próxima competidora de aquel *ballet* aéreo y aunque Gillian les suplicaba que alguien la soltara, que ella no estaba participando, que era una visitante o una turista de esa aldea, lo único que recibía a cambio eran puños levantados para encenderle la moral, palmas rítmicas que entonaban su preámbulo al ascenso y las risas de los niños para los que los gritos de desesperación en los que se habían convertido la llamada de auxilio de Gillian, no eran más que un acto histriónico de una equilibrista nueva que quería ganar su lugar entre los más osados.

Sin enterarse, la pusieron en vertical y luego la elevaron junto con el triángulo de la tela por encima de la cabeza de los mismos hombres fornidos que la habían apresado junto a Boris. Gillian dejó de pedir auxilio luego de unos minutos mientras los hombres corrían a lo largo del terreno y ella intentaba hallar entre las cabezas de la muchedumbre la de Boris pero los hombres corrían muy veloz y en su restringida posición no podía abarcar demasiado con su visión.

—¡Vamos, ahora! —gritaron al unísono los hombres.

De inmediato, Gillian oyó cómo las voces de la multitud repetían estas palabras cada vez con más fuerza hasta que sus oídos se inundaron con la estridencia de esa orden que iba dirigida al encargado de remontar el barrilete.

No pasaron ni cinco segundos después de que Gillian se hubiera resignado a no moverse de su lugar como si el carrito de la montaña rusa ya hubiera atravesado el sector en el que hubieran podido detenerlo para que ella se bajara, cuando el suelo con las cabezas estiradas hacia atrás se fue separando de ella, hundiéndose en un círculo cada vez más estrecho. Gillian pudo ver la verdadera extensión de aquel campo y la autopista que atravesaba todo eso como un hilo discordante entre un tejido soberbio. El viento comenzó a soplar con más fuerza y a viajar a más velocidad. El barrilete seguía remontando y el vértigo estuvo a punto de llenar la garganta de Gillian de vómito. Si antes se había intentado zafar de las amarras recurriendo a todas sus fuerzas, ahora suplicaba para que ninguna se aflojara y para que el viento no fuera demasiado brusco con el barrilete y las varas delgadas de madera a la que estaba pobremente amarrada. Entonces se centró en las cordilleras de más allá. Ahora podía contemplar los picos y las laderas con una mayor definición. La roca marrón de la base se iba tiñendo de negro a medida que se acercaba al pico. Algunos estaban nevados, otros eran como dedos huesudos o garfios recortados sobre un cielo gris con manchones de nubarrones negros. Abajo, las personas se habían apiñado en un sector de la superficie verde del campo por acción de la altura. Era ver un guisante solitario en un plato para

cinco comensales. Todo era inconmensurable, el aire era más frío. Y las cordilleras no estaban tan lejos después de todo. Entrevió entre los puntos de allí abajo uno que estaba más apartado de los demás. Permaneció un instante forzando la vista para identificar de quién se trataba y entonces pudo ver el rostro de Charlie que la miraba con la boca abierta de asombro. Sus ojos estaban enrojecidos de un llanto reciente. Inmediatamente, volvió a ser un punto más al lado del guisante humano. Gillian lanzó un grito que nunca acabó de entender si era de miedo o de un triunfo demente. Los otros barriletes se mezclaron como gotas de pintura ante su visión que se difuminó tanto que ya no pudo distinguir nada en el paisaje.

Cuando las imágenes recuperaron su forma, Gillian entendió que ya no se encontraba en las alturas, sino sobre una cama donde las sábanas estaban revueltas debajo de su cuerpo. Estaba vestida con una remera azul y unos pantalones de *jogging* que no usaba desde hacía dos años. Alguien se había tomado la molestia de cambiarla porque ella seguro no lo había hecho. Pero al pensar por un momento en esta idea, y tomando en cuenta que nunca había perdido la conciencia, le pareció que aquella muda de vestimenta se había producido por la extraña naturaleza de las cosas de aquel lugar dentro del portal donde había ido a parar. Se acordó de su cuerpo y se preguntó qué había pasado con él. La mujer le había dicho que el tiempo no funcionaba de la misma manera de este lado pero por más que intentara imaginárselo, no concebía que todavía estuviese atravesando en interior del portal.

—Vaya cómo roncas —dijo un hombre de cabello enrulado y un bigote a lo Tom Selleck que acababa de entrar la habitación por una puerta que ahora advertía que estaba abierta—. Mejor vístete pronto. La película está a punto de empezar y sabes que no podemos confiar mucho en la vieja Sally.

La vieja Sally era un buick que su exnovio había restaurado gastando cada centavo de su trabajo de repositor en un supermercado y que por alguna maldición nunca acababa de encontrarle un nuevo achaque. Chris Parks había sido ese tipo que salía a correr los domingos a la mañana y que cuando podía visitaba el museo de bellas artes donde según él buscaba inspiración para las pinturas que creaba en un rincón de su apartamento donde sólo entraba el atril, un pequeño banco de madera y él. Solo con eso, las dimensiones totales del apartamento se carecían considerablemente. Lo había conocido en el autocinema mientras ella y su amiga Sara veían el estreno de *Terminator*. En un momento de la película, ella se había bajado del auto para ir al baño y sentado sobre el capot de su buick estaba Chris, a pocos metros de los cuartos de baño. Fumaba un cigarrillo mientras un amigo estaba dentro del auto,

comiendo unas palomitas y con la atención clavada en la pantalla. La saludó con un ademán cuando ella entró al baño y cuando salió la abordó cortándole el camino y le dijo: «Gracias a ti, ahora sé cuál será el motivo de mi próxima pintura». Por supuesto, Gillian quiso saber más acerca de esa pintura y al terminar la película, ella se acercó al buick en contra de las advertencias de Sara y de sus lecciones de vida sobre extraños y le preguntó a Chris dónde podría ir a ver alguna de sus pinturas. Al día siguiente visitó su apartamento y no para hablar de arte precisamente.

—No pienses que voy a vestirme si eso es lo que esperas —Chris se agachó junto a la cama y buscó algo debajo. Era una zapatilla. Se sentó en el borde y se la calzó. Luego apoyó la espalda a su lado y le dio un beso en la mejilla antes de ponerse de pie.

—¿Chris? —Gillian todavía no había depurado el evento del barrilete y el rostro de Charlie parecía estar observándola desde cualquier punto en el dormitorio—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué pasó con la competencia de barriletes?

—Eso ya terminó, boba —dijo Chris mostrando los dientes inferiores mientras que los superiores estaban detrás de la cortina de su bigote—. Ponte rápido tu ropa o nos perderemos a Arnold robot dispararle a los buenos.

—¿Terminator? —preguntó Gillian—. Ya vimos esa película.

—¿De qué hablas? —Chris se puso de pie y le lanzó un abrigo de lana que había recogido del suelo—. Mejor te pones esto antes de que el frío te afecte más los sesos.

—Chris —tenía que decírselo ella, ni la mujer ni el hombre que había dejado en el pueblo del norte estaban allí para explicárselo—, tengo que irme. Estoy aquí de paso, tal vez vuelva después. Si no lo hago mi cuerpo me dejará aquí y no sé qué pasaría conmigo. Hasta ahora entiendo muy poco lo que ocurre o lo que me ocurre y quizás ni eso.

Chris se le acercó. Olía a esa colonia que usaba después de bañarse. Cada vez que la olía, a Gillian se le antojaba ahogarse en la misma y que su vida terminara después. En esos momentos no se imaginaba que pudiera existir nada más bello y tan fuera de este mundo.

—Pequeña, tus pesadillas son algo fenomenal. Ojalá pudiéramos convertirla en una obra de arte sin cambiarles nada. Pero realmente quiero ver esta película. Dicen que será fascinante.

—Pero Chris —reanudó Gillian—, nosotros nos separamos hace un buen tiempo. No me preguntes cuánto, no lo recordaría. Además, ¿no has visto por aquí o por el campo un niño que andaba solo?

—¿Niño? —Chris arrugó su frente y miró algún punto en el suelo poniendo los brazos en jarra—. He estado oyendo el llanto de un niño poco antes de que te levantas. A veces muy cerca y otras tan lejos que me costaba diferenciarlo de los otros ruidos del exterior.

—Nunca estuve dormida Chris. Es este lugar. No tendría que estar aquí, sino atada a un barrilete o en esa aldea con Boris, esperando a que la mujer del oldsmobile me devuelva al pueblo.

—Gillian, parece que eres nueva en todo esto. El festival de los barriletes ya terminó, el ahora ya es otro. Aquí los lugares no nos esperan sino que se entrometen con nosotros cuando ellos quieren. Por Dios, mujer. ¿Dónde habías estado?

Pero esa última pregunta no había sido algo a la ligera. Gillian no podía encontrar manera de responderla. No por falta de palabras, sino porque al intentar encontrar una lógica para defender su situación, ninguna le parecía lo suficientemente verosímil. Cualquier cosa que pudiera decir le sonaría como al desvarío de un drogadicto.

Sin saber cómo, Gillian olió el perfume de pino y el cuero de los asientos del interior del buick. Por delante de ellos, la pantalla del autocine les informaba a los autoespectadores que los hotdogs y las hamburguesas tenían un precio especial si se venían acompañado por al menos tres personas. Chris estaba sorbiendo un refresco a su lado y ella se sentía un espectro cuya existencia parpadeara al capricho del azar. Tiró de la palanca de la puerta pero tenía puesto el seguro. Chris le preguntó qué estaba haciendo pero ella ya había levantado la traba y estaba saliendo del auto. Una hilera de automóviles y camionetas se sucedían formando un semicírculo en torno a la pantalla del autocine. Lo mismo del otro lado del auto. Todos los espectadores estaban con sus *snacks* atentos al comienzo de la película. Ella era la que en ese momento había abandonado su asiento.

—¿Qué haces, Gil? —preguntó Chris abriendo un poco la puerta—. ¿Tienes que ir al baño o algo?

Gillian no pudo responderle porque prefirió alejarse de la luz de la pantalla y de las hileras de autos hacia el sector de la cantina. Adentro, un muchacho más joven que ella estaba sentado con las piernas estiradas sobre un banco, leyendo una revista. No vio cuando ella pasó frente a la abertura de la cantina y siguió hasta la entrada del autocine, que ahora tenía la barrera baja de la entrada para impedir que otros vehículos se metieran ya tarde en la playa de espectadores. Un poco más allá estaba la calle y algunos edificios comerciales que a esas horas tenían sus puertas cerradas y las luces apagadas.

Respiró el aire fresco de la noche y levantó los ojos al firmamento. Había una luna que derramaba un halo plateado que teñía una enorme porción del vacío a su alrededor. Las estrellas que estaban dentro de su influencia eran absorbidas casi completamente. Había que jugar con la vista para entrever sus existencias. ¿Dónde estaba la mujer del oldsmobile? Tenía que regresar a su cuerpo. No podía concebir que todavía se hallara en el túnel del portal hacia un destino incierto. Después de todo, lo que sabía de ella misma se encontraba allí. En la entrada de un autocine con su exnovio, el hombre que vino antes que el padre de Charlie. Enseguida después de pensar esto último, alcanzó a ver una silueta que apenas pudo atribuirle a un ser humano. Estaba en la acera de enfrente y se movía junto a un contenedor de basura. Pasó por la abertura que había junto a la barrera y pudo apreciar con mayor claridad que era alguien que estaba revolviendo el interior del contenedor. Su rostro estaba detrás de la tapa, así que desde donde estaba, solo había la mitad de un hombro que se alzaba y bajaba con los movimientos de alguien que estaba hurgando entre objetos pesados enterrados en la tierra. Por alguna razón, guiada por un sentimiento profundo de desazón, caminó por la calle hacia el contenedor pero al llegar a la mitad se detuvo. No era un hombre o una mujer, sino un niño pequeño. Ahora veía su perfil y Gillian tuvo que apretar sus dientes para evitar soltar un gemido de angustia. Era Charlie. Tenía el rostro manchado de mugre y el cabello duro y revuelto. Tenía puesta una remera sucia y raída. Había en su boca un pedazo de rosquilla que no parecía abandonada hacía poco tiempo. Por un momento metió la mitad de su cuerpo en el contenedor y al salir se desprendió de su borde ayudándose con una mano mientras con la otra sostenía la mitad de una manzana todavía con su cáscara. Limpió y sopló la suciedad de la fruta. Luego de devorar la rosquilla, liquidó la manzana en rápidos y grandes bocados.

—¿Charlie? —la pregunta fue un sollozo, producto más del dolor de su alma que de su pensamiento—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar con tus abuelos. ¿Dónde están el abu y la abu?

Charlie se había asustado al advertir la presencia de Gillian y se echó para atrás contra el edificio como si creyera que ella le iría a hacer algún daño.

Gillian no hizo amago de seguir avanzando. El niño se fregó los ojos y se sorbió la nariz, atento a cualquier movimiento de ella.

—Charlie, respóndeme, soy mamá.

Pero el pequeño prefirió salir corriendo con sus cortas piernas que lo llevaron rápidamente a perderse en la vuelta de la esquina. Gillian se apresuró a ir tras él pero cuando llegó al cruce de calles no pudo verlo por ningún lado.

Las lágrimas le brotaron incontenibles y casi se ahoga intentando respirar. Se sentó en el cordón de la ochava y miró el autocinema. Tal vez Chris la estuviera buscando pero no importaba. No iba a volver allí ni por todo el oro del mundo. Quería ver salir a Charlie de algún callejón o puerta a lo largo de la acera que su hijo había tomado pero aquel pueblo parecía dormir bajo el fulgor plateado de la luna. De repente se levantó movida por la imagen de un teléfono público agazapado bajo la luz de una farola sobre la acera en diagonal adonde estaba ella. Se apresuró palpándose los bolsillos en busca de cualquier moneda que yaciera en el fondo de los mismos. Por suerte encontró una de veinticinco centavos. Asió el tubo y actuando con rapidez metió la moneda en la ranura. Marcó el número de sus padres pero después del primer tono oyó el mensaje de una mujer que le decía que ese número no correspondía a ningún cliente pero que enseguida le pasaría con la operadora. ¿Los nervios le habían hecho marcar mal? No terminó de preguntarse esto cuando ya la operadora le estaba brindando su ayuda.

—Hola operadora, quisiera que me comunique con los McKenzie de Halloran Street al tres, dos, dos en Pearce's Valley, por favor.

Unos ruidos como de interferencia radial precedieron a la respuesta de la operadora, que ahora se había convertido en el animado tono de un locutor de radio.

—No, no, no —manifestó con una decepción no exenta de entusiasmo—. Estás equivocada, Gillian. Eso no es el nombre de la canción. Lástima, las entradas para Terminator se las puede llevar el siguiente concursante. Vamos, por favor, si hasta mi abuelita se sabe esta.

—¿Operadora? —Gillian sabía que no había nada dañado en la línea ni en la comunicación pero quería recuperar a la operadora a pesar de lo inconsecuente que eran las cosas allí—. Por favor, comuníqueme con la operadora.

—Mejor será que oigas de nuevo la canción —objetó el locutor con esa cordialidad de plástico que sería incapaz de atraerle algún enemigo—. Hoy me siento misericordioso contigo Gillian. Ponla de nuevo, Jacko.

*All around me are familiar faces
Worn out places, worn out faces
Bright and early for their daily races
Going nowhere, going nowhere
Their tears are filling up their glasses
No expression, no expression
Hide my head I want to drown my sorrow
No tomorrow, no tomorrow.*

*And I find it kind of funny
I find it kind of sad
The dreams in which I'm dying
are the best I've ever had
I find it hard to tell you 'cause I find it hard to*

*take*When people run in circles it's a very, very*Mad worldMad worldMad worldMad world.*

...

—Mad World de Tears for Fears —susurró Gillian pero bastó para que del otro lado sonara un estertor de bocinas y pitidos y la risa grave del locutor que anunciaba un nuevo ganador.

—¿Ves? No era tan difícil. Ahora, Jacko, dile dónde puede retirar sus entradas para Terminator.

—No quiero ver esa maldita película —estalló Gillian que ya no aguantaba más el torbellino de experiencias que la asaltaban desde que la mujer la había dejado a la deriva en un lugar que cada vez le agradaba menos —. Quiero hablar con mis padres ¡Quiero hablar con mis putos padres!

Pero el que habló fue Jacko. Su voz era lánguida y pausada, como la de alguien que ha estado dándole un buen rato a la marihuana.

—Creo que no has hecho un buen negocio, primor. Este lugar no es para ti, te comerá vivo si no tienes el suficiente aplomo para mantener tus piezas juntas.

—Vete al diablo, idiota —lo increpó Gillian—. Pásame con la operadora, fracasado.

—¿Por qué no miras las montañas y me dices luego quién es el fracasado?

Gillian buscó en el horizonte la cadena de picos y laderas que se recortaban contra el cielo pero no halló ninguna. ¿Dónde estaban? Y lo más importante, ¿dónde estaba ella en ese caso?

La risa de Jacko y el locutor la hizo temblar. Detrás, el estribillo de Mad World actuaba como fondo de su asombro y terror que comenzó a subirle por las piernas como un insecto viscoso que reptara por su piel y que en cualquier momento pudiera hincarle unos pequeños pero filosos dientes.

—Eso es, Gil —afirmó Jacko—. Cada vez te estás perdiendo más en este *mad mad world*.

De pronto las farolas de las calles se apagaron al unísono y solo quedó la que estaba iluminando la cabina de teléfono donde ella estaba. Eso y el autocinema desde el que se emitía un débil resplandor de vela en el amplio océano de oscuridad que le rodeaba. Ningún sonido se oyó y la comunicación con la radio se fue extinguiendo hasta que Gillian no oyó más nada que el vacío del otro lado del tubo. Estaba paralizada, con los ojos clavados en la negrura y una alarma de su instinto que le avisaba que de un momento a otro algo emergería de allí.

«Las montañas, se dijo Gillian, estoy en las montañas. Estoy sola y perdida en las montañas». Y antes de que pensara otra cosa sintió que su corazón quería perforar su pecho para escapar.

Capítulo 11

El último cuerpo quedó con la mitad dentro del portal cuyos contornos empezaban a fluctuar provocando el encogimiento o ampliación del mismo. Antes de ese hombre que estaba con los brazos estirados y la cabeza doblada hacia atrás y la boca abierta como un ebrio colgando sobre el borde de una mesa, el portal había expulsado otra mujer, cuyo abultado peinado con rizos era un indicio claro de qué época provenía. Todos los cuerpos presentaban las mismas condiciones. Eran cadáveres exhumados que por alguna razón todavía recibían el oxígeno en sus pulmones. Bueno, excepto uno, que por lo menos la computadora lo daba por muerto.

—John, esto no pinta nada bien. Si con un jarrón de vidrio dos personas casi mueren y un gato estalló con una cantidad de sangre exponencial, ¿no crees que con cinco cuerpos tan cerca del portal no se desataría una mierda más grande?

John no respondió y eso asustó más a Samantha que cualquier otra cosa. Gertrudis se había resguardado en un rincón, en un hueco entre una biblioteca y un hogar, tirando al suelo el contenedor de los atizadores del fuego. Estaba sentada sosteniéndose la mano fracturada con la otra, las piernas flexionadas contra el pecho y una expresión de anonadamiento que podría ser el resultado de un pánico paralizante.

—¿John? ¿Qué estás haciendo? —preguntó Samantha mirando la puerta del cuarto de control.

—Dios mío, Samantha —expresó él con un tono de solemne pavor—. Ese tipo ahí en el portal. Soy yo, Sam. Ese tipo ahí soy yo.

Samantha examinó de nuevo a aquel sujeto. Su piel renegrida, como si todo ella fuese un solo moretón, cruzadas de manchas de un color mórbido, como el del agua estancada sobre la que han caído los residuos de unos químicos. No entendía cómo era que había signos de vida en aquella bolsa de carne en descomposición. Se acercó más a la cámara de vidrio y la rodeó para tener una imagen más definida del rostro. Estaba algo hinchado, con los labios rodeados de una línea bordó y los párpados con un rubor violáceo. Sin

embargo, debajo de aquel cabello despeinado, aparecían los bordes del cráneo, la forma de la nariz con uno de los orificios más cerrado que el otro y esa barbilla con un lunar en la parte inferior. Era el rostro de John, maquillado para una película de zombies, claro, pero Samantha podía verlo oculto detrás de las marcas dejada por su viaje en el portal. La reacción llegó, tan urgente, que Samantha golpeó con la palma el cristal de la cámara mientras su voz resonó en toda la casa de Corin y Theroy.

—Vamos, John, hay que sacarlo. Abre esta maldita cosa. Hay que sacarlo antes de que el portal se cierre o algo peor.

—No... nnn o —John balbuceó en los altavoces y Samantha se dirigió de prisa al cuarto de control y dio media vuelta la silla donde estaba sentado para encararse con él.

—Escucha, idiota, si ese eres tú, y todavía está vivo lo mejor que se me ocurre es que tenemos que sacarlo antes de que las bolas y el pito queden del otro lado y nosotros tengamos el torso y tu estúpida cabeza. ¿Me escuchas? Así que abre esa maldita cámara y si tú no quieres, yo te sacaré de allí.

Era evidente que John estaba ocupado en una disputa interna centrada en el problema de que su copia un tanto desmejorada estuviera tan cerca de él o quizás, su cerebro le mostrase la posibilidad de que el fuese la copia y de que aquel espantapájaros de otro plano fuese el John que se había lanzado al portal para investigarlo con el arrojo de un antropólogo moderno. Samantha lo sacudió y le apretó el rostro entre unas manos frenéticas cuyos dedos se hundían en la carne.

—Abre la maldita cámara, John —su rostro casi se pegó al de él cuando Gertrudis gimió del otro lado de la casa y en la pantalla se mostraba cómo la parte superior del portal crecía hasta casi tocar el vidrio—. ¡Ábrela maldita sea o volaremos todos en pedazos!

John se puso de pie y aunque en su semblante no hubiese dado muestras de cambiar de ánimo sus manos se movieron con rapidez sobre el teclado y en unos segundos se oyó una serie de chasquidos metálicos en la otra sala. Samantha se llegó hasta la cámara que se elevaba con lentitud pero sin balancearse, lo que hubiera significado que alguno de sus lados pudiera haber tocado el portal. Los cuerpos que se habían quedado pegados al cristal se desplomaron en el suelo del *living* y Samantha tuvo que acercarse hasta el portal pisando entre los huecos dejados por los miembros de dos de ellos. Todavía respiraban los que habían llegado con vida. El cuerpo del hombre con la camisa a cuadros no parecía haber cambiado de opinión y se mantenía en su rigidez de cadáver. Samantha no tenía más que estirar su brazo para que

su mano atravesara el portal. A esa distancia le resultaba muy difícil mantener apartada sus ojos del interior del túnel. Era como estar al lado de una maravilla que nadie había visto para contarlo y ser incapaz de contemplarla por temor a que una maldición cayera sobre ella. Por un momento no supo para qué había ido hasta allí. El cuerpo de John estaba delante de sus pies y era todo lo que veía, sin embargo, su voluntad estaba siendo jalada por otro elemento. Un clavo que estuviese siendo atraído por un imán de diez toneladas no sería una analogía tan alejada de cómo Samantha se sentía. Por suerte para ella, un clavo no contaba con una mente que se resistiera a dejarse llevar. «John —se dijo a sí misma— estás aquí por John. Saca a John antes de que todo termine».

Asió a John por las muñecas. La piel estaba reseca y acartonada. Debajo sentía que los huesos estaban cubiertos precariamente con la carne, como si tomara una bolsa que envolviera un tubo de metal. En ese momento los contornos del portal se estiraron un poco más. El cuerpo de John fue conquistado un par de centímetros por el portal y Samantha estaba a punto de soltarlo y pedir a John que abandonaran la casa pero el rostro de aquel hombre era el de su mejor amigo y el de su padre. Era como si estuviera soltándole la mano a este para dejarlo caer por un acantilado sabiendo que había algo que ella podía hacer para evitarlo.

—Sam —dijo John desde los altavoces—, el portal está creciendo. Es mejor salir cagando de aquí. Lo que puede pasar si la casa es tragada por ese fenómeno está más allá de la imaginación. Hay que irse.

—No voy a dejar aquí el cuerpo de tu clon, John. Si queremos respuestas, seguro algunas las obtendremos de esta gente. Si tú quieres, desaparece y llévate a Gertrudis que debe estar chupándose el pulgar debajo de la cama.

—¿Y dejar que seas la única que saques un *bestseller* como testigo directo de una explosión cósmica interdimensional? No te vas a llevar todo el crédito, maldita tramposa.

Dejando que la risa le debilitara el miedo que sentía de ser eliminada de la existencia de algún modo atroz, Samantha tiró del cuerpo hasta que las piernas de John del pasado quedaron extendidas sobre dos de los otros cuerpos. En ese momento, Samantha oyó una música que parecía provenir de otra habitación de la casa. Frunció el ceño y dejó que el cuerpo, al que todavía aferraba de las muñecas, descansara como los demás.

—¿Estás escuchando Tears for fears, John? —preguntó, creyendo que su amigo había encendido el reproductor para acompañar el momento.

—¿De qué estás hablando? —John no oía nada más que los latidos de su corazón en los oídos.

Entonces los ojos de Samantha no pudieron evitar caer dentro del túnel de esa brecha espacio-temporal y en ese embudo de nubarrones y agitación de gases entrevió la sombra de lo que merodeaba allí. No había nada a lo que se pareciera esa forma pero comprendió que la canción Mad World emanaba de allí. Fue en ese momento cuando el portal se convirtió en una línea horizontal que luego giró hasta formar un espiral en su sitio. Finalmente se cerró, o eso es lo que John y Samantha creían. La cámara de cristal volvió a su sitio, dejando los cuerpos afuera. Un suspiro trémulo de John se oyó en los altavoces.

—Oh, por favor John —dijo Samantha cayendo de rodillas—. ¿Es esa la cosa que tú ves? ¿De qué está hecha? ¿Qué forma tiene, John? Estuve a punto de ahogarme... en algún lugar. Era como si... mi propia mente conspirara contra mi existencia. La estructura de lo que soy... todo tan frágil, una presa... una presa a punto de morir. Mis pensamientos John, enmudecieron. No era nada y esa cosa... me rodeó como una serpiente antes de desaparecer. Pero no desapareció, ¿verdad, John? Esa palabra no se aplica a esa cosa...

El silencio de John a través de los parlantes se mantuvo flotando en el interior de la casa de Corin y Theroy hasta que los gatos abandonaron de uno en uno su punto de reunión.

Dispusieron los cuerpos sobre frazadas y colchas. Y los taparon hasta el cuello. Lo mismo con el cadáver, hasta que decidieran que deberían hacer con ellos. John y Samantha hicieron todo con un ánimo de desasosiego. No se habían cruzado palabras. Por supuesto, estaban experimentando de nuevo otro cambio en el curso del tiempo mental y físico. Algunos recuerdos se habían desarmado y otros habían permanecido pero pintados con el color de un contexto muy diferente. Las asociaciones de su memoria se habían combinado, cambiando la secuencia y las sensaciones que estaban vinculadas a ellas en las historias personales de cada uno. Era el equivalente a un huracán o a cientos de torbellinos que ahora estaban arrasando cada pulgada de sus universos mentales. A veces se lanzaban miradas inquisitivas preguntándose quién era esa persona que estaba a su lado y cómo era que habían llegado allí, pero enseguida la nueva realidad caía sobre ellos encajando cada pieza como si estas siempre hubieran estado allí. El recuerdo de los seis que entraron en la casa de Corin y Theroy ocupaba un lugar principal en la lista de su memoria. Cinco habían desaparecido sin dejar rastro y uno había sido encontrado muerto, desangrado en el interior de la casa. Lo habían apuñalado en el

estómago. Había muerto con los ojos abiertos mirando hacia el espacio donde el fenómeno calificado como «agujero de gusano» por muchos especialistas que estudiaron el caso con la mayor cercanía que pudieron obtener, se había manifestado previamente al cierre del restaurante ocasionando un baño descomunal de sangre de gato entre los trabajadores y clientes del establecimiento.

—Los cinco de Corin y Theroy —dijo al fin Samantha. Estaba sentada en el sofá con un vaso de agua que había usado para bajar dos píldoras de ibuprofeno con la que esperaba amainar la tormenta que seguía adquiriendo impulso en su cabeza—. Lo tenemos aquí, John.

—Un recuerdo nuevo, pero tan viejo como cualquier otro —respondió John y Samantha sintió cierto alivio al saber que su amigo no había perdido los sesos, considerando que su doble temporal se encontraba en la misma casa que él.

Luego de una pausa en el que ninguno hacía otra cosa que inspeccionar entre sus nuevos recuerdos qué había ocurrido con el mundo luego de la desaparición de los cinco, escucharon un sollozo que provenía de atrás de ellos. Ambos sabían que se trataba de Gertrudis. Habían olvidado que la chismosa del vecindario había tenido asientos de primera fila en el espectáculo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Samantha con las dos manos cubriendo su frente.

—En estos momentos podría escribir un libro con lo que sé de esa cosa que habita en el portal. ¿Sabías que he hablado con ella y que sus palabras se han grabado en mí como palabras en las hojas de un libro?

—¿Te refieres al libro del que tenemos un ejemplar en la biblioteca?

Ambos dirigieron la mirada hacia el tercer estante de la biblioteca. Entre *Progresos de la física en el siglo xx* y *Viajes astrales documentados por la ciencia*, estaba el renombrado trabajo del Dr. John Feraud *Encuentro cercano con el ser del portal del tiempo*.

—¿Cómo olvidarlo? —rió John y Samantha casi dejó caer el vaso de agua al doblarse hacia delante a causa de lo divertido que le parecía aquello.

—Entonces, creo que estamos en el ojo del ministerio de seguridad, los locos de las teorías conspiratorias, varias universidades del mundo, laboratorios, turistas de lo paranormal, etc., etc.

—Hay numerosas webs con club de fans que compiten por quien tiene la teoría más acertada acerca de la criatura en el portal. Sin olvidar los autores

de ficción que se enriquecieron a base de nuestro trabajo.

John esbozó una sonrisa irónica y sus ojos clavados en Samantha no pestañearon.

—Bueno, tienes que darme el mayor crédito. Yo fui la primera de los nerds que lanzó la primera historia de ciencia ficción con el material recogido.

—Sin embargo, Theodore Goshbaw se forró con más pasta que tú.

—Bueno, yo no controlo el mal gusto de la gente. ¿Qué quieres que te diga? Su público abarca un mayor espectro de edades. Ah, y otra cosa. Vete a la mierda.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó John contemplando los cuerpos ennegrecidos en donde, por alguna razón, la piel sana había empezado a asomar como manchas de diversos tamaños en sus rostros y manos. Claro, menos el que ya no tenía vuelta atrás.

—¿Acaso está en nuestras manos? —se resignó Samantha—. Si alguien estuvo filmando el aquelarre de gatos en nuestra puerta, varios *paparazzi* estarán luchando por obtener la mejor fotografía de lo que ha ocurrido, la policía ya habrá estado alertada y cada investigador relacionará ese extraño suceso con la desaparición de los cinco en los ochenta.

—Y no olvidemos a nuestra amiga que crees que le destrozaste su mascota.

Gertrudis se había puesto de pie y se negaba a mirar el descanso de los viajeros interdimensionales. Caminaba pegada a la biblioteca como si lo hiciera por el delgado borde de un precipicio en cuyo fondo la estuvieran esperando estacas de rocas puntiagudas. Cuando llegó a la puerta de entrada intentó girar el picaporte, pero estaba cerrado con llave. Vio un juego colgado de un gancho en la pared y lo tomó. Probó cada una de las seis llaves y ninguna servía. Sus manos temblaban volviendo cada uno de sus intentos un trabajo de gran complejidad. Volvió a empezar con la primera llave, pero ni siquiera podía meterla en el agujero de la cerradura.

—¡Me cago en estas llaves de mierda! —Gertrudis sacudió el juego de llaves y con toda la frustración que se acrecentaba mientras era blanco de la mirada de los otros dos, las arrojó hacia la ventana, donde rebotó con un ruido metálico que sirvió como énfasis de su conmoción.

—Vaya boquita tienes, Gertrudis. ¿Y a mí que me resultabas de lo más adorable?

—Dame las llaves, bruja, asesina. Quiero irme y acusarlos de lo que han hecho con esas personas. Ahora lo entiendo, y se los diré a todo el mundo.

Ustedes son los culpables de la desaparición de esas pobres cinco almas de mil novecientos ochenta y cinco.

—¿Y qué le dirás, Gertrudis? —quiso saber John y Samantha hizo una mueca de divertida sorpresa por la intervención de John, ya que nunca le habría interesado cruzar palabras con la que consideraba una idiota sin cura —. Realmente me interesa saberlo. ¿Cuáles serían tus palabras, exactamente?

Gertrudis movía los labios como si estuviera mascullando las palabras que no permitía sacar a la luz. No se esperaba que John le dirigiera la palabra. Aunque lo ubicaba en el mismo lugar de demente asesina que Samantha, sabía que era un doctor reconocido por los medios, por eso siempre se había abstenido de dirigirle insultos directos y prefería hacerlo mediante los rebotes que sus juramentos producían en Samantha. El rostro de la mujer se había puesto tan rojo que los lóbulos de sus orejas reventarían como globos si alguien los rozara con una punta filosa. Había furia en sus ojos, una furia que no tenía la menor idea de cómo salir. Samantha se puso de pie, sacó una llave de su bolsillo y caminó hasta Gertrudis que se apartó de la puerta y quedó con la espalda apoyada contra el muro perpendicular al otro por el que se había deslizado para llegar allí. Tenía los ojos fijos en Samantha como si esta estuviese a punto de atacarla. Abrió la puerta y esperó que Gertrudis se escurriera al exterior. Como lo suponía, la gente del vecindario con sus celulares apuntando a la casa de Corin y Theroy, además de camarógrafos y una camioneta de un canal de televisión aguardaban casi como en una ceremonia solemne, para enterarse de qué cosas habían ocurrido en el interior de la casa de Samantha Polson. Antes de cerrar la puerta, Gertrudis fue rodeada por varios reporteros. Parecía un ave asustada que se hubiera librado de un peligro para encontrarse con otro.

Capítulo 12

Entraron y se llevaron los cuerpos. Tres ambulancias y varias patrullas de policía bloquearon la esquina de Corin y Theroy y vallaron la casa de Samantha con una cinta amarilla. A John y a ella le pidieron amablemente que los acompañaran. Los oficiales a cargo le tenían que hacer algunas preguntas. No había casi ningún rumor en el ambiente de afuera. Samantha se dio cuenta de que, como ella, cada uno tenía en su cabeza una remodelación de la historia de aquella ciudad. Las causas habían cambiado y las consecuencias se ajustaban a un nuevo contexto. Los enfermeros llevaban a los viajeros del tiempo actuando como marionetas consternadas, moviéndose con lentitud mientras sus mentes daban nacimiento a otra línea temporal que conviviría con las anteriores. Claro, ahora el pasado tenía otra línea paralela. En una, la aparición de los primeros billetes y un camarero hospitalizado porque un pedazo de vidrio perforó su cráneo, no trajo más cambios que comentarios extravagantes en aquellos años ochenteros, aunque a John se le había despertado el deseo de saber y entró a estudiar física en la Universidad de Pearce's Valley. También se empezó a difundir un mito urbano sobre fantasmas que todavía tenían hambre de billetes en el más allá y que se aparecían en el restaurante. En la segunda línea, una explosión sangrienta, llevó al cierre del establecimiento y se disparó toda una misteriosa serie de acontecimientos en los que un tal Louie Polson compró el restaurante para convertirlo en su vivienda personal y años más tarde, el ya doctor John Feraud, que había entablado amistad con Polson, había creado una especie de laboratorio dentro de la casa para llevar a cabo experimentos que tenían que ver con el portal aunque sus trabajos publicados fueron de naturaleza teórica y los críticos no desaprovechaban la oportunidad para enviarlos al mismo lugar en el mundo de la ficción que ocupaba la obra de su amiga Samantha Polson, hija del dueño de la casa de Corin y Theroy. Hasta que en la mente de Samantha *Encuentro cercano con el ser del portal del tiempo*, el texto de investigación cambió radicalmente, formándose dos obras que a pesar de tener el mismo título se separaban como las fronteras discursivas de la

literatura y la ciencia, quedando uno relegado al campo de la especulación científica y el otro al de la experimentación que lo convertía en el primer trabajo de la física que brindaba información de primera mano sobre el funcionamiento del tiempo en un agujero de gusano y de una entidad que existe fuera del tejido dimensional que conocemos. En ese mundo, la segunda versión del libro de John era el que se había instalado como oficial, pero eso no quería decir que en la dimensión mental no coexistieran ambas como si una fuese una parodia anticipada de la otra o el primer volumen de una teoría que más tarde iba a hacer reescrita con los datos obtenidos en el campo empírico. Samantha estaba comparando en su mente algunos pasajes mientras esperaba sentada en una silla de madera que rechinaba al menor movimiento. A su lado estaba John. El agente Sawyer los iba a entrevistar ni bien terminara con un testigo. Eso fue lo que les habían dicho hacía una hora y media. John estaba cabeceando y los lapsos en que sostenía su cabeza con las manos eran cada vez más largos. Lo entendía, ella también quería lanzarse de cabeza en cualquier cama y dormir por una semana. A decir verdad, muchos de los que trabajaban en esa estación de policía tenían impresa una buena dosis de agotamiento en sus rostros. Movimientos lentos, casi como de sonámbulos se cruzaban en tareas nimias y los pasos producían sonidos que despertaban bostezos. La nueva línea temporal tenía a todos haciendo un esfuerzo por vincular de un modo natural el mundo exterior con el interior. Lo que antes solo provocaba razonables accesos de frustración, odio, amor, miedo e ira, ahora significaba un extenso abismo entre lo que debería ser y lo que era, entre las tres historias del mundo que fluían en las mentes y la que dominaba en el escenario espacio-temporal actual.

Escuchó una voz familiar recorrer el corto pasillo en donde estaba. Esa voz le preguntaba a alguien dónde se encontraba cierta persona. Cuando la vio aparecer, llevaba una bolsa blanca con manija a través de la que se vislumbraba la forma de algún alimento que con seguridad estaba hecho con pan.

—Mira dónde te encuentro, grandísima loca —dijo Dixie, caminando con sus cortos pasos, un vestido a cuadros y el cabello separado en tres franjas que semejabán tres aletas de pez. Un policía asomó la cabeza en el recodo del pasillo para observarla con aire de extrañeza.

—Mira quién está conmigo, Dix —Samantha se hizo para atrás para que John emergiera con un aspecto entre vivo y muerto.

—Ustedes dos van a terminar rajando al mundo por la mitad con las cosas que hacen allí dentro. Bueno, primero van a rajarnos a todos por la mitad

antes. ¿Sabes la migraña que tengo ahora mismo? Y mis muchachos en el circo, todos me han llamado para saber qué hicieron la loca de mi novia y el extravagante de su amigo. Sí, John, han usado esa palabra contigo. Extravagante.

—Necesito saber cómo está el otro John. Necesito hablar con él — contestó John como si hubiese solicitado un vaso de agua o que alguien le informara dónde estaba el baño.

—¿El otro John? —Dixie esbozó una sonrisa con la que manifestaba su ferviente deseo de enterarse de cuantos detalles pudiera obtener.

—Es una larga historia, Dixie. Desgraciadamente, no me siento con muchos ánimos de repasar los acontecimientos ahora. Estamos esperando a que Sawyer nos haga preguntas que él ya se estará respondiendo en el torbellino de su mente y luego quién sabe dónde iremos a parar.

—No soy doctor —saltó John, aferrando a Samantha de un brazo. Sus ojos grandes y sus cejas arqueadas eran evidencia de que se había despabilado.

—¿Qué dices, John?

—¿No lo ves? Si el John del pasado llegó aquí, quiere decir que nunca entró a estudiar en los ochenta, nunca se recibió y jamás entabló relación con tu padre.

—Eso nos hace desconocidos en esta nueva configuración mundial, entonces —dijo Samantha, meditando aquella idea—. Pero, John, tu libro. Ambos lo vimos en mi biblioteca. Es absurdo.

—Es porque ese libro sí lo escribí yo, Sam. Los conocimientos adquiridos en la línea temporal en el que soy doctor no los he perdido. No tendré título ni estaré en la nómina de los egresados de la universidad pero la experiencia de esa línea temporal no desaparece como los elementos de este mundo. Pero estoy seguro de que si abrimos el libro en la página con la biografía del autor, esta debe ser muy diferente.

—Un momento —comentó Dixie—. Eso quiere decir que si no eres doctor, eso te hace un aficionado sabelotodo.

Dixie no pudo evitar encontrarle la veta cómica al predicamento de John y rio hasta que las lágrimas le saltaron de los ojos.

El agente Sawyer al fin salió de la oficina precedido por Gertrudis, la testigo, que cuando vio quienes estaban allí, ladeó el rostro y se apresuró como un ratón asustado a doblar el recodo del pasillo.

De acuerdo a las cifras que tiraban los medios de comunicación y que derivaban de instituciones de salud y protección social, los suicidios se habían

incrementado desde la semana en que cuatro individuos provenientes del pasado llegaron al Pearce's Valley del dos mil dieciocho. Las autodeterminaciones de la ciudad y de otras partes del mundo rompieron un récord e inmediatamente ese año se convirtió en el que el suicidio alcanzó tasas que superaban a cualquier época de la historia de la humanidad. Y no se debió a guerras, enfermedades, depresión económica o a algunas de esas causas con las que comúnmente se ha asociado al suicidio. Nadie sabe a ciencia cierta quién acuñó el término con el que se pasó a denominar todas esas extrañas muertes a voluntad. Pero en poco tiempo, para referirse a un nuevo caso en que una persona se volaba los sesos, se tiraba al vacío o ingería una cantidad demencial de pastillas se utilizaba la frase «síndrome del efecto mariposa». Este novedoso fenómeno correspondía al drástico viraje que se producía en el plano físico y mental con respecto a la realidad vivida y percibida por el sujeto en mayor o menor medida. Las tres líneas temporales se mostraban de manera clara dentro del repertorio mental del individuo, sin embargo, esto no ocurría así en la realidad, que operaba solo en la dirección del último cambio en la dimensión espacio-temporal. Esos cambios acaecidos en torno al fenómeno del agujero de gusano en la casa de Corin y Theroy, habían modificado todos los eslabones de causas y consecuencias y sus efectos se habían sentido en la vida de todo ser viviente, racional o no. En algunos más que en otros. Y dentro de los primeros generalmente se encontraban los que no podían soportar seguir viviendo como si nada mientras la base del mundo en el que siempre habían vivido y del que habían naturalizado su funcionamiento, era algo tan maleable como el escenario de una realidad virtual que cambiaba a capricho del editor. De acuerdo a los de pensamiento más radical que disfrutaban especialmente de esa remodelación del tejido real, era una evidencia de que las leyes físicas eran algo tan provisorio como cualquier valoración artística en una época determinada de la historia. Variar un insignificante elemento en el pasado y que toda la arquitectura del presente pudiese adoptar una forma totalmente diferente no parecía antes un problema que se entrometiera en la vida común del ser humano. Pero cuando tres versiones de la realidad se yuxtaponían sin anularse en la estructura mental del animal con consciencia, mientras que la realidad material sufría cambios para acomodarse al nuevo orden del universo, el efecto mariposa se convertía en el engendrador del caos que bullía en cada sector de la vida natural.

Los peritos habían rastrillado la casa de Samantha buscando pruebas que por fin sirvieran para incriminarla y también al extraño sujeto que llevaba a

cabo experimentos que ninguna universidad ni estado del mundo tenía la posibilidad de llevar. Querían adueñarse de la casa de Corin y Theroy pero las regulaciones legales establecían que la misma, era propiedad absoluta de la escritora Samantha Polson. Entonces intentaban demostrar que lo que sucedía en esa casa era una amenaza para la seguridad pública. Samantha y John debían quedar como terroristas que estuvieran jugando con un poder que iba más allá de su control y que en cualquier momento podrían desatar un Ragnarok que no tendría vuelta atrás. Pero el fenómeno de los cuerpos había sido catalogado como un caso que no se encuadraba con ninguna figura penal ni con algo que tuviese una explicación desde el punto de vista científico que pudiera convencer a un juez o a un jurado ya que ellos mismos también eran víctimas de un sinsentido en el que la verdad ya no tenía un valor que se aplicara al espectro empírico. Sin embargo, otra vez, la casa de Corin y Theroy había sido puesta en el ojo de la tormenta y los estudios y análisis sobre su comportamiento se habían empezado a marchar inmediatamente mediante una orden que era tan novedosa como ambigua en su fundamentación. Después de todo, el juez que la expidió era una de las víctimas que estaba tambaleándose al borde del precipicio de la muerte. Seis meses habían transcurrido desde la llegada de los cuatro viajeros. El quinto había sido enterrado en el cementerio de la ciudad. Norman Waine casi no tuvo visitas. Un Waine entre los dolientes aseguraba ser un sobrino del fallecido. El único de los Waine vivos que se convenció de que ese cuerpo ennegrecido como las hojas muertas de un árbol era el Norman desaparecido en la década de los ochenta.

Mientras tanto, Samantha, desterrada de su hogar por segunda vez, se había ido con Dixie por más que no le gustara la idea de vivir junto a una granja donde el aroma de los desperdicios de los animales y las conversaciones entre estos no cuadraba dentro de su idea de un hogar tranquilo. Pero después de todo, era su novia, y si la primera vez le había dejado pasar que se quedara en casa de John, ahora tenía que enfrentar la prueba de que su amor iba más allá de un buen rendimiento en la cama y del hecho de que una y otra consideraran el trabajo de cada una como una aventura que se apreciaba mejor desde una distancia segura.

Capítulo 13

En la primera semana, Dixie había tenido que pedirles a uno de sus payasos y a su novia que se mudaran a la pequeña casita de madera que estaba cerca del gallinero. Si bien estaban usando la habitación de huéspedes, ella había considerado que Samantha no aguantaría vivir en un lugar en el que hubiese más de dos almas y no era que Dixie tuviese mayores privilegios ante una regla sobreentendida en lo referente a la vida social de su novia, pero ella misma se había incluido como tal apostando al lugar que le daba su categoría.

Fue la semana de las muertes de todas las convenciones que todavía se mantenían en pie en la civilización humana, no solo de los cuerpos. En cada hogar las familias fueron perdiendo sus miembros, en cada país, la emigración al más allá actuó al unísono como si de repente hubiese una oferta de pasajes para viajeros frecuentes. Esta fuga de personas se resintió en cada institución encargada de congelar el orden establecido. Nadie se salvaba de la crisis espacio-temporal que escindió las mentes y produjo disturbios en las leyes físicas más venerables. Así como muchos elegían la forma más atractiva para morir, otros habían encontrado terreno fértil para la creación de nuevos grupos encargados de dar vida a extravagantes ídolos del caos, la naturaleza de lo desconocido y criaturas invisibles que mantenían insidiosos vínculos con el universo. Y a pesar que los que conservaban el control de su razón y el sentido de sus actos corrientes intentaban que las riendas de sus vidas en comunidad no se cortaran del todo, si uno se detenía un momento a contemplarlos, se podía ver el agotamiento tanto físico como espiritual adelgazándolos, engordándolos e imprimiéndole en sus rostros una paranoia que los convertía en autómatas sacudidos por los nervios. Pearce's Valley, el punto de ignición desde el que el síndrome del efecto mariposa estalló en todas partes del globo, había entrado en la tabla de clasificación de los pueblos fantasmas más famosos del mundo. Hileras de casas con el cartel de SE VENDE y otras tantas en el que las puertas y las ventanas no se volvieron a abrir. De pronto había en la ciudad, una explosión de demandas para cubrir toda clase de puestos. Negocios que caían en manos de otros dueños que

toleraban el tiempo tripartito y funcionarios que hacían el juramento correspondiente para tomar la gestión de la ciudad en reemplazo de anteriores colegas recientemente difuntos. Y tampoco había que olvidar a gente como Gertrudis, pero aún más radicales, que veían en Samantha y John, los responsables directos del infierno desatado, por eso se habían tomado la libertad de llegar al punto de hacer circular carteles de recompensa para borrarlos del mapa antes de que produjeran un nuevo cataclismo.

El cielo estaba nublado, cinco días después de que Samantha había desempacado sus pertenencias más indispensables en la casa de su novia. Ese mismo día estaba Tate con ellas, ahora con un mayor tiempo libre que lo usaba para afianzar lazos con sus escasos y antiguos clientes y para esquivar la llamada que le pondría punto final a una vida en la que de un momento a otro todo a su alrededor se había ido irremediabilmente al carajo y por lo que se veía se seguiría yendo.

—A veces quiero hacer lo que ya es una práctica habitual en el mundo —dijo Tate, terminando su tercer cigarrillo en la hora en que Samantha, Dixie y ella llevaban hablando sentadas al borde del techo de la casa de dos plantas de Dixie—. Después de todo, mis ingresos disminuyeron luego de que varios de mis artistas tiraran la toalla y de que las obras de arte ya no tienen el impulso que tenían cuando el mundo marchaba por un solo carril.

—Mi problema —dijo Dixie—, no es tanto vivir en tres versiones posibles de la realidad, como saber si lo que hago tiene la misma intensidad en cualquiera de las tres o si por el contrario estoy forzando algo que solo tenía lugar en una sola de esas versiones. Claro, disfruto de lo que hago, pero al notar el cambio drástico que afectó al tiempo, me pregunto si mi actual situación es mía y no el producto de una reestructuración de la realidad en el que yo no soy más que uno de sus tantos elementos manipulables.

—En ese caso, Dix —comentó Samantha—, si somos una conjunción del espacio-tiempo y al ver que este puede multiplicarse en nuestras mentes pero no en el plano material, hay que preguntarse cuál de todas esas variaciones somos nosotras. ¿Alguna de las que existen en nuestras mentes o la que persiste en el plano material a pesar de que esta solo puede ser percibida por nuestra consciencia?

—Si muchas cosas cambiaron siguiendo el nuevo orden, ¿no pudo haber variado algo o mucho también en los sentimientos que las dos sentimos por nosotras? Esos sentimientos fueron forjados en una conjunción que ya no es en la historia material oficial aunque todavía permanezca activa en nuestras mentes.

—Tú lo has dicho —contestó Tate—. Lo que tenemos en nuestras mentes también tuvo su historia material. Nosotros todavía cargamos con esa película de cómo el mundo era antes. Sin embargo, lo que planteas, podemos comprobarlo más adelante, con el tiempo.

—A veces creo que no somos más que eso —dijo Dixie poniéndose de pie, con las puntas de sus zapatillas asomando al vacío—, y que todo lo demás son habladurías. Si se dice que cada objeto de este universo es energía en mayor o menor medida condensada, también puede decirse que nosotros no somos más que tiempo actuando de diversos modos.

—¿Entonces qué sería el portal o el agujero de gusanos en tu teoría? —preguntó Samantha calculando qué se necesitaría para que su novia se arrojara al suelo cubierto de césped, dibujando una pirueta en el aire.

—No es mi teoría, Sam —rio Dixie, extendiendo los brazos a los costados. Tate mantenía el cigarrillo en tensión entre sus labios, aguardando como un perro que espera que le arrojen la pelota en cualquier momento—. Alguien la debe haber escrito ya. Como todas las cosas.

—Es otra forma del tiempo —dijo Tate, entrecerrando los ojos cuando una ráfaga de viento arrojó el humo hacia su rostro—. El portal es una de las formas en la que actúa el tiempo.

—Quisiera saber qué tiene que decir John, acerca de eso —se lamentó Samantha.

De repente Dixie se agachó cerrando los brazos contra su cuerpo y dio un salto en cuclillas al tiempo que daba media vuelta.

—Te dije que John es el que más afectado salió de nosotros, maldita insensible —Dixie unió sus labios a la mejilla de Samantha y sus palabras se filtraron por los costados de su boca—. Tiene un clon viviendo en un tiempo que debería ser solo para una versión de él. Te hablará cuando así lo sienta.

—John es un depresivo. Dudo si él y su clon siguen con vida en estos momentos —añadió Samantha con tono de queja.

—Realmente estaba esperando que saltes, Dix —dijo Tate—. Aunque dudo que esta distancia te hubiese dado otra cosa que huesos rotos. ¿Cuántas veces has caminado por la cuerda floja en tu circo?

—Antes de que Paola se encargara de ese número, pues durante quince años más o menos.

—¿Y cuántas caídas has sufrido?

—Una vez casi termino con el cuello roto. Me salvó la malla de seguridad. Fue poco tiempo antes de conocer a Samantha.

—Ahí lo tienes. Tal vez esa caída afectó tu juicio y terminaste con la lunática Polson.

—La lunática Polson tiene que empezar a escribir su nuevo volumen para el público que le queda con vida —dijo Samantha, mientras jugaba con un guijarro que acabó por arrojarlo hacia un montón de paja acumulada a unos pocos metros de la casa.

—¿Qué va a pasar con tu casa? —quiso saber Tate, con la duda subrayando sus palabras—. El portal puede aparecer en cualquier momento.

—Eso es asunto de mis abogados, Tate. Además el portal no le pertenece a nadie más que así mismo. Pero lo que yo quiero es mi casa y pronto.

—¿Y John? —reanudó Tate—. ¿Seguirá con sus investigaciones?

—Espero que sí, cuando todo esto se tranquilice. Pero también desearía que pensara en otra alternativa. Tal vez, esos loquitos de los carteles tengan razón y tengamos algo de culpa por dejar que las consecuencias llegaran hasta donde lo han hecho. O tal vez, solo era el lugar que nos tocaba en un evento que se hubiese desatado de una u otra manera.

Tate arrojó la última colilla cuando una fina llovizna empezó a caer desde todas las direcciones con ayuda del viento arremolinado.

Un día, a una distancia de medio año desde el incidente de los viajeros, Samantha y Dixie estaban fingiendo ser paracaidistas de un mundo virtual en el que la meta máxima era caer en el punto fijado en cada mapa, o con la mayor proximidad posible. Era el turno de Dixie, quien tenía en ambas manos los mandos de la consola, y los sostenía como si se tratara de las bandas de control de un paracaídas real.

—Tate sonaba muy enojada en el teléfono —comentó Samantha, que estaba bebiendo una taza de té mientras seguía la dirección de la paracaidista anciana que había escogido Dixie—. Nunca la había escuchado hablar en ese tono.

—¿Y qué esperabas? Primero la pones a dirigir un circo amenazándola con despedirla y una elefante de cinco mil kilos, que solo estaba de visita por cierto, estuvo a punto de batearla hacia un pantano de estiércol. Y luego fracturas su mente con una nueva versión de la realidad. Espero que le estés pagando más que bien. Esa pobre mujer se debe estar preguntando qué diablos hace todavía representándote.

—John no me ha respondido los mensajes desde hace tres días. Ni siquiera veo que esté en línea. Temo que algo le esté ocurriendo.

—John va a estar bien —contestó con indolencia Dixie—. No se me hace como alguien que busque el suicidio como primera opción. John es un investigador, necesita primero llenar varias páginas de un libro para encontrar alguna explicación de lo que está ocurriendo aunque se trate de la pesadilla de un adicto al LSD.

—Aún así —continuó Samantha—. El muy estúpido debería mandarme un pulgar aunque sea.

—¿Qué hay de su clon? —quiso saber Dixie mientras pasaba a centímetros de una avioneta que planeaba tranquilamente por aquel cielo despejado de nubes.

—No es un clon, Dix. Es él mismo pero en la época que conoció a mi padre. Bueno, ahora no lo conocerá. Pero John sigue siendo mi mejor amigo a pesar de lo que diga el nuevo estado de las cosas.

—Lo sé, lo sé. Para mí es lo mismo. Conozco al John de antes, y este es como un actor que lo imita a la perfección, pero sé que detrás del disfraz no hay más que John Feraud, aunque de algún modo se sienta como si fuera otra persona. Son experiencias muy nuevas para mí y yo creí que ya había agotado el abanico de sensaciones en esta vida.

El timbre sonó y por la ausencia de ladridos del perro de Dixie, ambas supieron de quién se trataba. Tate vestía con la elegancia de la mujer entregada cien por cien a su trabajo. El cabello peinado hacia atrás y recogido con un broche que hacía juego con su chaqueta de tres botones. Zapatos con taco que habían recibido un poco del polvo de la granja. Tate odiaba ir a casa de Dixie y más aún después de su breve pasaje por la conducción de un circo. Dixie lo sabía, con lo que aumentaba sus deseos de que Tate se encariñara con los ejemplares de animales aleccionados que vivían en su terreno. Tate no quería saber nada al respecto pero para Dixie solo se hacía la dura. Samantha se divertía viendo como su agente se alejaba de los cachorros de cerdo, de los terneros y lanzaba por los aires a los pollos cuando Dixie le pedía que vieran qué educados eran.

—Maldita suertuda —fue lo primero que dijo Tate al entrar—. Los números de tu venta superaron a Goshbaw. Necesitamos organizar otra gira de firmas. Ahora mismos encabezas las listas de ventas en casi todos los países del mundo.

Capítulo 14

Por supuesto, esos seis meses habían sido productivos para la escritora de ciencia ficción que en otra dimensión temporal había sido una mercenaria del mundo del texto motivacional. Samantha había empezado a dar forma a una historia que giraba en torno a la vida de los cuatro viajeros. Y un mes después de lo ocurrido, le pidió a su fiel agente Tate que la pusiera en contacto con ellos dondequiera que se encontraran. Tate le advirtió que esos acercamientos podrían alterar aún más a las autoridades que se devanaban los sesos para hacerse con la propiedad de Polson. Pero Samantha dijo que un trabajo de rutina para un escritor como la recopilación de datos no podría ser considerado un delito y que pensaba que los viajeros estarían encantados de verla ya que ella como John eran los más adecuados para brindarles respuestas acerca de lo que les había ocurrido. Tate no objetó nada más después de que su cliente le aseguró que su billetera estaría más abultada después de aquel servicio. Tate era una profesional muy destacada, con una cartera de clientes que era la envidia de todo agente literario en la época del e-book y la autopublicación. Samantha Polson era su escritora número uno y para conservarla había accedido a conducir un circo de granja que justo ese día también contaba con una elefante, a pesar de que ella no conocía ningún granjero que criara elefantes. Y ahora era una víctima más de las memorias atemporales que se barajaban en su mente y que pertenecían a otras Tates en otros tiempos que habían caducado en el mundo real pero no en su mente. Al menos creía que tenía un fuerte carácter para soportar una adversidad que acababa con muchas vidas en todo el mundo. Se consideraba una afortunada, una guerrera que terminaría con todos los tornillos sueltos antes de quitarse la vida para abandonar lo único que creía saber hacer muy bien, esto es, promocionar autores. Sin embargo, en el fondo sabía que acabaría como los otros cuando ya no le quedara ningún rincón en el que esconderse. Tate cumplió con su parte. Y la primera visita de Samantha fue a Matilde, una mujer que no había terminado con una camisa de fuerza porque fue adoptada por el mundo extravagante de la televisión por cable. Matilde se había

recuperado como los otros cuatro viajeros que llegaron en pésimas condiciones. Su cuerpo marchito, donde la descomposición había actuado antes de que la persona pasara a mejor vida, había ido recuperándose y adquiriendo el estado de un cuerpo sano sin más motivos aparentes que el tiempo. Antes de que los médicos debatieran cuál era la mejor manera de lidiar con la salud de alguien que por toda apariencia externa e interna daba los signos de un cadáver, el color de la piel y el funcionamiento de los órganos habían recobrado su condición normal y lo único que necesitaron de parte del hospital fue una buena dosis de alimento intravenoso durante una semana que fue el tiempo que les llevó despertar al mundo de los vivos.

Matilde se había convertido en una sensación no solo por ser una viajera del tiempo sino por sus extrañas ideas acerca de la criatura que había visto y el lugar en el que había estado que para ella no era otro que Persépolis, un lugar donde la sabiduría, los placeres y la buena compañía amparaba a aquellos que buscaban alcanzar un mayor grado en el perfeccionamiento de sus almas. En dos meses, la religión de Matilde había atraído a miles de seguidores que a través de las redes y en persona se reunían para intercambiar sus deseos, sueños y dudas acerca de cómo serían sus vidas cuando llegaran a Persépolis. Fue en una de esas giras que Tate contactó con ella y la mujer aceptó viajar a Pearce's Valley para entrevistarse con Samantha sin siquiera mediar ninguna negociación. Tate se guardó para sí misma el hecho de que había escuchado en Matilde un tono de prisa, como si quisiera decir todo antes de que se acabase el tiempo o antes de que llegara alguien que no quería que se enterase de esa conversación. También había cierta tensión en lo que decía, palabras que gritaban por detrás en el código de alguien aterido de miedo.

La cita fue en casa de Tate, por razones que Samantha entendía muy bien y que Dixie intuyó, viniendo de Tate la idea.

En una oficina de paredes de madera con relieves, macetas de helechos dispuestas en cada ángulo y amplias ventanas que daban a un jardín desde el que se podía ver un sapo bebiendo la sombra de una fuente con un buda en el medio, Samantha había abierto una netbook pequeña sobre su falda, y Matilde, vestida con la discreción de una mujer que saldría a dar un paseo dominical algunas décadas atrás, reflejaba una tristeza indefinida en un rostro que si bien era joven, había perdido la lozanía de alguien de su edad.

—He seguido perfectamente su relato de Persépolis, Evan y la mujer de la piscina que le ofreció el vino. Pero ¿después? —Samantha hablaba mientras releía sus propias palabras en el procesador de textos.

—No puedo hablarle con seguridad de lo que ocurrió luego —dijo Matilde—. Pero antes de despertar en el hospital de este tiempo, supe que ella me dio algo.

—¿La mujer de la piscina?

—Algo trepó por mi interior —los ojos de Matilde brillaban sumidos en un horizonte invisible—. Era su luz. La fuerza de su sabiduría. Ella me convirtió en una ciudadana de Persépolis con esa bebida.

Pero a continuación, Matilde no recordó el vino, ni la luz, ni la mujer exuberante de la piscina. Sino otra cosa, aquello que buscaba a toda costa omitir en su relato. El insecto que escarbaba en su garganta en dirección a su cerebro. Sus finas y filosas garras que la atravesaban sin producirle un dolor físico pero sí una horrible sensación de desolación, de pérdida definitiva. Una angustia que la inundó dejándola muda ante una oscuridad que la había conquistado. Cuando ese insecto se instaló en donde ella creía que nadie más que ella podía acceder, Matilde cerró los ojos y se aferró a la metáfora del premio ganado por alcanzar la gran Persépolis.

—Hum, Matilde ¿te encuentras bien? —preguntó Samantha, sacando sus dedos del teclado y poniéndose de pie.

—¿Qué? —Matilde escapó de su interior y se dio cuenta de que tenía lágrimas en las mejillas. Algunas ya habían aterrizado sobre su vestido azul con flores del mismo color pero con un matiz más tenue.

—No, no es nada —se apresuró a contestar enseguida—. Es que lo recuerdo tan bien que...

—Entiendo, entiendo —dijo Samantha ofreciéndole una caja con pañuelos tisúes que había en el escritorio de Tate.

Matilde se puso de pie de repente. No aceptó los pañuelos y su expresión había cambiado hacia el desprecio y un disgusto que estaba concentrado en Samantha.

—¿Ustedes creen que nos ayudaron, no? —sulfuró Matilde señalando con el dedo a Samantha.

—¿Qué estás...

—Tú y ese doctor de lo paranormal de tu amigo... Creen que realmente hicieron algo por nosotros al sacarnos de aquel mundo.

—Nosotros no los sacamos, Matilde —se defendió Samantha—. Lo único que hicimos fue esperarlos...

—No saben lo que dicen, ni tú ni él. Creen conocer los secretos de Persépolis pero no son dignos de ver ese lugar. Es culpa de ustedes que tuve que dejar esa ciudad a la que pertenezco por derecho. Ahora estoy aquí en un

tiempo donde la corrupción se ha adueñado de más personas que en mi tiempo. Ustedes me arrastraron de nuevo a esta cloaca y encima quieres obtener un beneficio económico de tus acciones ruines.

—Mire, señora, ¿por qué no se calma un momento? Creo que si me deja explicarle los descubrimientos que ha llevado a cabo John...

—Ningún descubrimiento, ustedes no saben nada —Matilde se llevó una mano a los ojos y caminó vacilante hacia la ventana que daba al jardín. Estaba temblando y su voz flaqueaba hasta volverse muy fina, pero Samantha no sabía si a causa de la rabia o las lágrimas que se agolpaban en su interior.

Así permaneció de espaldas a Samantha hasta que su respiración se suavizó y sus brazos se relajaron a ambos lados de su cuerpo. Luego de un rato, Samantha le habló pero ella no respondió. Le tocó un hombro y a esa distancia se dio cuenta de algo que no pudo creer. Matilde estaba durmiendo parada y antes de que Samantha soltara una risa y llamara a Tate, percibió que alguien se movía a su alrededor, dentro de la oficina.

No pudo ver nada en concreto, pero sabía que no se trataba de alguien o algo familiar. No creyó tampoco que si aquello se hiciese visible pudiera reconocerlo de ninguna manera. La percepción de algo que estaba saltando y escondiéndose detrás de ella era todo lo que podía obtener. Entonces, del otro lado de la ventana, el jardín había recibido un visitante. Un hombre con un traje marrón y unos lentes de fino marco negro estaba sentado algo encorvado sobre un banco de madera a la derecha de la fuente. Samantha podía verlo de perfil. Su cabello negro estaba peinado hacia atrás pero unos mechones se curvaban en su frente. Sobre su regazo tenía un libro abierto y estaba leyéndolo y se acomodaba con frecuencia los lentes sobre el puente de la nariz. Ella ahogó un grito. Era su padre. Y no estaba solo. Emergiendo por otro ángulo del jardín, una niña vestida con un abrigo de lana roja que casi le llegaba a los pies tenía en sus manos el sapo que Tate permitía habitar allí.

—No puedo creerlo —dijo Samantha. Matilde tenía los ojos cerrados y su boca estaba arrugada en un nudo de repugnancia—. Soy yo de pequeña y mi padre...

Samantha dio tres golpes con el nudillo de su mano contra el cristal de la ventana para llamar la atención de los que estaban afuera. Enseguida, la niña volvió los ojos hacia ella y sus labios se separaron para formar una O casi perfecta. El sapo saltó de su mano y rebotó hasta quedar bajo la sombra de la fuente.

—Hay una mujer allí, papá —dijo la pequeña Samantha señalando la ventana.

Su padre la observó como alguien que ya esperaba que ese encuentro sucediera pero que no quería que la niña se diera cuenta. Samantha al saber que su presencia se había notado saludó a su padre al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sin embargo, la erupción de alegría se cortó con brusquedad al ver que su padre negaba con la cabeza y le decía con gestos que permaneciera donde estaba, más claro que si lo hubiese expresado con palabras.

Matilde emitió unos gruñidos mezclados con palabras a medias que no tenían ningún sentido. Haciendo un esfuerzo por soltarse de la emoción que le despertaba ver con vida a su padre a tan pocos pasos, Samantha se figuró que lo que veía no era producto de un milagro sino de esa presencia que rondaba a su alrededor. Justo en ese momento alguien llamó a la puerta de la oficina. Debía ser Tate. ¿Qué diría su agente cuando supiera que en su patio estaba el fantasma de su padre y una versión antigua de su cliente?

Abrió la puerta. Su mano agarró trémula el picaporte. Una gota de sudor frío le descendió detrás de la oreja. No era Tate y lo que había detrás del hombre con casco amarillo de seguridad tampoco era la casa de Tate, sino un vacío atravesado por kilómetros y kilómetros de tubos blancos o túneles que parecían no tener principio ni fin.

—Disculpe la molestia, señora —dijo el hombre del casco amarillo extendiéndole unas hojas sujetas a un portapapeles—, pero necesito que firme estas formas para poder iniciar el nuevo anexo de carreteras que acortará las distancias y favorecerá la economía.

Samantha no respondió. Se había quedado muda al ver el nuevo escenario frente a ella. El hombre hizo un gesto de impaciencia y dio unos golpecitos con el índice sobre las hojas que ella todavía no había hecho el favor de firmar.

—Matilde, ¿tú estás haciendo esto? —preguntó Samantha volviéndose hacia la viajera del tiempo que continuaba en su sueño gallináceo.

—Señora, estamos con prisa —aseguró el hombre alzando la voz en un tono de reproche—, ni siquiera tiene que poner su nombre y apellido. Cualquier signo bastará.

En la ventana estaba su padre con las dos manos apoyadas en el cristal y su hija pegado a él, atónita ante la visión de Samantha. Él le estaba diciendo algo pero no alcanzaba a oírlo. Se apresuró hasta el vidrio pero antes de poner sus manos contra las de su padre, se detuvo en seco y gritó de espanto. Detrás, lo que había sido el sapo del jardín había crecido de un modo descomunal. Estaba de frente, tan grande como el elefante con el que Dixie había adosado

una de sus funciones. La línea de su boca se curvaba abarcando tres metros de extensión. Una boca que podría tragar cinco humanos a la vez. Una boca que no se conformaría con insectos. Su padre no lo notaba o no le importaba. Él seguía repitiéndole algo que no podía escuchar. Samantha pequeña tampoco se giraba para ver aquella bestia antinatural que podría engullirlos en cualquier momento. Ella le señaló lo que había detrás pero su padre persistía en querer comunicarle algo. Finalmente ella se acercó hasta quedar pegada al cristal. Muy cerca pudo advertir esos detalles del rostro de su padre que había olvidado. Los rastros de su barba en algunos lugares más crecidos que en otros, el tamaño que adquirirían sus ojos detrás del aumento de los lentes, los tendones de su cuello marcados cuando decía algo que realmente a él le parecía importante. Sus dientes, tan pequeños abajo y tan grandes arriba. No podía ser que estuviera allí, donde quiera que fuese aquel lugar.

—Despiértala, Sammy —la voz de su padre llegaba tan poco nítida que Samantha creyó que se volvía sorda—. Despiértala ahora.

Tate seguía en la misma postura. Sus ojos cerrados y su respiración tranquila hacían evidente que su siesta no había llegado a su fin.

Cuando se proponía hacer lo que su padre le pedía, algo tembló debajo de ella. No era más que el piso, cuyos cerámicos estaban desapareciendo como casillas de un juego de mesa que alguien descalzara desde abajo. Por el hueco que iban dejando los mosaicos, Samantha podía ver el vacío con los túneles blancos que había visto fuera de la oficina de Tate. Su padre ahora señalaba a Matilde y la apuraba a despertarla. El sapo tenía la boca abierta. Una grotesca abertura en forma de arco, con una lengua que asomaba como la cresta de un sol bañado en una baba brillante que se removía lentamente en cada sitio de esa caverna viviente.

—Papá —sollozó Samantha—, hay un sapo detrás de ti...

Y su voz no pudo continuar. A su padre no le interesaba otra cosa que Matilde y su resistencia a despertarse. En cambio, la pequeña Samantha empezó a dar alaridos al ver lo que le esperaba detrás. En vano trató de que su padre hiciera algo contra aquella horrenda criatura. Él solo quería que su hija del otro lado del cristal, hiciera una sola cosa. Samantha perdió el equilibrio y casi cayó al suelo cuando el mosaico donde apoyaba el pie derecho fue absorbido por el vacío.

—¿Ve lo que pasa cuando no se decide a participar de las obras de uso público? —la riñó el hombre del casco amarillo—. Ande, todavía podemos hacer algo con su oficina si nos da su firma aquí.

Pero Samantha no hizo tal cosa. Sin embargo, agarró los cabellos de Matilde con una mano y sacudió su cabeza con tal fuerza que casi le arranca el cuero cabelludo.

Matilde abrió los ojos como platos y gimió cuando sintió el dolor que Samantha le estaba infligiendo a su inocente cabeza.

—¿Qué estás haciendo, por Dios? —Matilde quiso alejarse antes de que Samantha la soltara y el cabello se estiró tanto que sintió la frente más arriba de lo normal.

—Perdóname, pero la cosa del portal estuvo aquí mientras te echabas una siestecita.

—No hay ninguna cosa del portal. Es todo un invento tuyo. Para eso me has hecho venir aquí. Para dormirme y usarme como conejillo de indias para uno de tus estúpidas novelas.

Matilde estaba ciega y sorda a cualquier explicación que Samantha pudiese darle. Tomó el saco del perchero, se arregló su cabello y salió de la oficina de Tate, pidiendo a gritos que la dejaran salir de aquel endemoniado lugar. Ni siquiera dijo ni quiso oír nada de Tate que la seguía por detrás como alguien que recogiese la mugre que fuese dejando de camino. Y así había terminado su primera entrevista con uno de los viajeros. Samantha no dejó de mirar el jardín en busca de algún rastro de impresión de su padre, pero allí no había nada más que un buda con la sonrisa de alguien que se ha saciado de una sabrosa comida y un sapo que dormitaba bajo la sombra de la fuente. El corazón de Samantha siguió latiendo con fuerza durante varias horas después del incidente.

Capítulo 15

Por esas curiosidades del azar, Sal había conseguido un puesto en la empresa que treinta años atrás había decidido hacer autor exclusivo de su proyecto al hijo del jefe. Como era un viajero del tiempo y teniendo en cuenta su experiencia en el puesto, contratarlo como empleado le brindaba a la empresa de publicidad una excelente imagen hacia el resto del mundo y la convertía en una celebridad dentro del mundo de los negocios. Ah, y por supuesto, le daba una mano a un hombre que quizás nunca pudiese volver a su época. Sin embargo nadie podría decir que Sal Whitman fuese un hombre feliz, ni siquiera alegre. Su primer día de trabajo que fue una semana después de salir del hospital, Sal tenía el aspecto de alguien que no pudiera controlar alguna adicción. Sus ojeras doblaban el tamaño de sus ojos. Tenía el cabello duro y apenas peinado hacia el costado. La barba había brotado de forma dispareja en su rostro y su traje arrugado tenía un par de manchas de lo que parecía café o mermelada de algún tipo. Mientras el supervisor le daba las escasas instrucciones de lo que consistiría su tarea en la empresa, Sal recibía los sonidos de las palabras como si fuesen una música por la que no sentía ninguna afinidad. El compañero que tenía más cerca de su escritorio dividido por biombos, fue el primero en preguntarle cómo se sentía eso de viajar por el tiempo pero Sal le dio la misma respuesta que a todos los que querían atraer su amistad bajo los mismos motivos: el silencio de su voz y una mirada desprovista de vida y sanidad.

En la primera semana, Sal no rindió como la empresa hubiese esperado. Con sesenta y cinco años, el hijo de su exjefe, estaba a la cabeza de la junta directiva y a pesar que Sal no había cruzado ni diez palabras con él desde su regreso, aún mantenía cierta esperanza en que el viejo Whitman, visionario, recobrar su ánimo de hacía treinta años y le hiciera dar a la empresa un nuevo salto que realmente necesitaba por esas fechas. Cuando hablaba con Sal, se veía que el jefe estuviese a punto de hacer un descubrimiento asombroso y el resto del plantel aguardaba con impaciencia a que el viajero del tiempo terminara de atravesar lo que pensaban que era un trauma «post

traspaso dimensional» para relatarles la historia de cómo había llegado allí. Pero al iniciar la segunda semana, la cosa no mostraba ninguna mejora. Inclusive quien había estado siguiendo la evolución de Sal, como era el caso de Scott, su vecino de escritorio, podría haber dado fe de que ese hombre estaba cayendo cada vez más en un enorme pozo depresivo. Y al segundo día ocurrió algo que dejó en *shock* a varios empleados de la agencia de publicidad Sforda. Empezó cuando Scott notó que Sal se había quedado dormido en mitad de una llamada telefónica. La voz del cliente preguntaba repetidamente si todavía seguía en línea. Scott intentó despertarlo moviendo su hombro y llamándolo pero Sal no respondía de ninguna manera. Antes de avisar a su superior, Scott se quedó petrificado al encontrarse solo en toda la planta. Nada más que los cubículos divididos por los biombos, los escritorios y las luces rojas de los teléfonos parpadeando en cada uno de ellos. Todos los auriculares con sus micrófonos estaban puestos en su lugar como si ese día nadie hubiese ido a trabajar. Por supuesto resultaba imposible, teniendo en cuenta que todos los trabajadores habían estado allí antes de que él se ocupara de intentar despertar a Whitman. Scott caminó hasta la oficina de su jefe pero también la encontró cerrada. Tampoco había nadie del personal de limpieza. Cada aparato electrónico del edificio funcionaba pero las vidas humanas habían desaparecido. Scott ya había experimentado lo que significaba un drástico descenso en el número de habitantes de su ciudad a causa de las cadenas de suicidio que siguieron a la llegada de los viajeros. La empresa había tenido que contratar a un considerable número de nuevos vendedores para suplir a los que se habían marchado antes de que sus cabezas estallaran de un absurdo que no podían ocultar como lo hubiesen hecho en situaciones normales. Pero una ausencia total de seres humanos era algo que se podía imaginar de millones de maneras, pero experimentarlo lo había dejado sin palabras. Abajo, en la calle, los autos estacionados contra el cordón formaban dos líneas de colores que contorneaban un pavimento vacío. De ningún edificio se veía entrar o salir a nadie. Scott desechó la idea de bajar y preguntar a alguien qué carajos había pasado. Adentro era lo mismo que afuera. Sal Whitman seguía durmiendo, así que Scott lo despertaría como fuese para afrontar ese insólito suceso en compañía de otra alma. No le gustaba mucho la idea de pedir ayuda a un hombre que no podía salir de un abismo depresivo pero allí no había alguien más que lo ayudara. Con excepción de los que esperaban a ser atendidos por algunos de los teléfonos. Scott los había olvidado y una bocanada de alivio entró a sus pulmones. Tomó su auricular y presionó el botón para contestar la llamada.

—Necesito contratar el paquete completo —dijo la voz de una mujer del otro lado—. Es para una nueva marca de desodorante de ambientes. ¿Con quién hablo?

Scott no dijo nada por unos momentos. No esperaba que el negocio siguiera funcionando teniendo en cuenta la repentina ausencia de posibles clientes y consumidores. Pero, tan sencillo como eso, alguien estaba solicitando todo el *pack* de servicio de publicidad de la agencia. Eso significaba una buena dote de verdes para él y unos valiosos puntos como vendedor. Scott estaba por decir algo referido a que estaba solo en el mundo pero reconsideró que no había nada de malo cerrar la venta primero, por si en cualquier momento todo volviera a la normalidad. Tal vez, estaba experimentando un episodio de psicosis como efecto de la división espacio-temporal en su cabeza, como lo habían dicho en ese programa de ciencia en la tele.

—Sí, señora. Necesito primero que me diga la razón social a la que representa y algunos datos sobre el tipo de producto que quiere promocionar a través de nosotros.

—Primero necesito que me digas si tú estarás de acuerdo en representarnos a partir de ahora.

Era un pedido inusual de un cliente. Scott no entendía que falta podría hacer contestar a esa pregunta si eso ya estaba implícito en el momento en que ella solicitó antes de cualquier saludo, los servicios de la agencia, pero debía tratarse de una empresa extranjera que obligaba a sus representantes a adoptar un protocolo especial en el trato. Como fuese, Scott no veía nada de malo en acordar lo que la mujer quería.

Sal se removió en su asiento. Un ruido que podría haber sido un ronquido o unas palabras desde el sueño emergió de su boca para terminar con un profundo gemido encerrado en su garganta que hizo estremecer a Scott.

—¿Y bien, joven? —lo apuró la mujer—, no tengo todo el día. ¿Está usted de acuerdo o no?

Luego de aceptar Scott levantó la cabeza de su banco y se limpió la baba que caía de su boca. En el otro escritorio, Sal seguía durmiendo. El barullo de las voces de los empleados de Sforda y el ir y venir de las pisadas le indicaron que recién había vuelto al mundo de la vigilia. Pero eso no era todo. Scott se puso de pie y no pareció oír a un compañero que lo llamaba desde el otro extremo de la oficina. Toda su atención estaba centrada en la ventana por la que hacía un momento había mirado la desolación en su sueño. Sabía que todo había vuelto a la normalidad, con excepción de él mismo. Como si

tuviese ojos que le permitieran observar en trescientos sesenta grados, Scott podía percibir que algo lo acechaba, no como un depredador que estuviera esperando un momento de debilidad para saltarle encima sino más bien como una fuerza viva que se hubiese colado en las profundidades de su alma y estuviese contemplando todo como alguien que descubre un nuevo territorio que nadie hubiese pensado que existía. Ese territorio era él, y el explorador era la causa por la que Scott caminó directo hacia la ventana. Saltó desde el décimo piso porque era la única manera que encontraba para teparle los ojos a la visión de trescientos sesenta grados y así evitar encontrarse cara a cara con ese explorador.

Después de ese día Sal Whitman no volvió a la oficina y fue en vano todos los esfuerzos que Tate hizo para localizarlo. Más tarde hallaron sus ropas flotando en el río Jackson de Pearce's Valley. No había familiares ni amigos a los que pudieran contactar para informarles de su posible muerte por ahogamiento. El cuerpo no fue hallado.

Capítulo 16

Gillian se había alojado en una casa de un ambiente, con un patio casi de las mismas dimensiones que la casa. Lo pagaba con lo que recibía de los programas de entrevistas que visitaba más lo que obtenía por el contrato que había firmado con una editorial para relatar su periplo por el tiempo a través de un agujero de gusano generado en la famosa casa de la esquina de Corin y Theroy. A pesar de haber perdido su vida ideal en aquella casa en la que había caído a través del portal, su camino al éxito se desplegaba frente a ella con las nuevas oportunidades que un mundo sensacionalista, desinformado y alimentado por las habladurías de millones en las redes sociales tenía para ofrecerle a una mujer que había atravesado una puerta dimensional a través de la cual, se había trasladado treinta años hacia el futuro. Había algo, sin embargo, que no le resultaba con la facilidad que ella hubiese deseado. Y eso era su escritura. Gillian comenzó a notar que las palabras no salían tan fluidas como los pensamientos que contaban la historia que ella quería ofrecer al mundo. Las preposiciones se formaban con una lentitud irritante. Repetidas veces borraba una misma frase de diez palabras porque le sonaba tan artificial y forzada como una publicidad de televisión. Al final de quince días desde que había empezado a llenar las páginas de su ordenador, Gillian no había conseguido más de diez de ellas, todas con párrafos que prefería incendiar antes de enviárselas a la editorial. Para ella, su escritura eran los balbuceos de alguien que tenía una débil idea de lo que significaba construir un texto en donde el interés se mantuviera de forma equilibrada en cada estadio de la historia. Había partes que no venían a ningún cuento pero que ella se obligaba a dejar porque creía que de ese modo la historia no iba a perder el realismo que debía tener. Después de todo no estaba escribiendo una ficción, sino una crónica. Sin embargo, en poco tiempo sentía que había agotado todo lo que podía decir sobre un momento de la historia y además su prosa abundaba en repeticiones, adjetivos innecesarios y una incapacidad para trasladar las sensaciones que tuvo en su viaje a las imágenes que podían ofrecer las combinaciones de palabras que ella utilizaba. Había llegado a un

estancamiento por más que la historia que debía contar ya hubiese ocurrido en la realidad. Las palabras tenían sus manías, sus obstinados comportamientos. Como engranajes que no hacían funcionar al conjunto sino se colocaban del modo indicado entre los otros engranajes. Por eso, la llamada de Tate, la representante de Samantha Polson, despertó en Gillian una esperanza que consistía en poder solicitar apoyo técnico a alguien que dedicaba su vida a eso que para ella se había convertido en una carrera contrarreloj.

Samantha la invitó a un restaurante en donde también tenían un *show* de *stand up* libre. Se llamaba Trudy's y en la época de Gillian donde había estado ese negocio, prosperaba una tienda de mascotas en donde siempre exhibían pájaros de varias especies trinando y aleteando en sus jaulas. Gillian había planeado el encuentro en su departamento ya que tenía pensado hacerle una serie de preguntas sobre el trabajo de escritor y sacarle algunos consejos a Samantha y deseaba que toda la conversación no saliera del ámbito de sus cuatro paredes. No quería ningún periodista encubierto que revelara al mundo cómo la novel escritora había cosechado su éxito gracias a la ayuda que había recibido de la conocida Samantha Polson. No era para nada una buena publicidad para alguien que todavía tenía que empezar a ganarse su séquito de seguidores. Pero Samantha insistió en que la entrevista se llevara a cabo fuera de su departamento a causa de un episodio peligroso que había vivido con Matilde, la mujer que había expandido una nueva religión en todo el país pero que vivía recluida en soledad a partir de su encuentro con la escritora. Así que, viendo el modo de poner en marcha con mayor discreción su proyecto, accedió a la propuesta de Samantha.

El lugar no estaba tan mal después de todo. La concurrencia era muy escasa después de la hora del almuerzo y las luces del interior era tan tenues que daba la impresión de que afuera el sol ya se hubiera ocultado hacía tiempo. Las pocas ventanas del local habían sido oscurecidas para que el exterior quedara oculto a los clientes. Las mesas estaban lo suficientemente apartadas unas de otras con el fin de favorecer la privacidad de cada comensal. También había un escenario de escasas proporciones que servía a los comediantes o artistas callejeros para dar a conocer su obra ante un público que no iba allí con ningún tipo de exigencia. Un cartel a los pies del escenario mostraba los nombres de los artistas que iban a realizar su número a continuación. Samantha y Gillian se sentaron junto a una de las ventanas con los vidrios negros desde el que podían ver el escenario con un ligero desvío diagonal. Las dos pidieron café y una torta dulce que era una especialidad de la casa. Durante el viaje a Trudy's no habían tenido más que una

conversación trivial sobre temas culturales de los ochenta y de la contemporaneidad. Gillian pensaba que abordarían la cuestión principal cuando estuvieran una frente a la otra en la mesa del restaurante. Y exactamente eso sucedió. Después que el mesero dejó sus tasas y los platos con sendas porciones de torta, Samantha dejó la cuchara con la que estaba revolviendo la bebida y adoptó un aire que manifestaba cierta vacilación para dar el puntapié inicial del motivo de la llamada de Tate.

—Hay algo que no salió bien —dijo Samantha—. El viaje por el tiempo. Creo que no fue tan sencillo como cruzar un túnel subfluvial.

—Te refieres a que casi terminamos muertos —señaló Gillian y luego dio un sorbo a su tasa—. Dijeron que nuestros órganos estaban en estado de descomposición y nos manteníamos con vida porque nuestro corazón resistió hasta el final. Bueno, no el de Norman.

—Leí eso —Samantha sonrió y enarcó las cejas en señal de una sorpresa pasada—. Nadie entendía cómo era posible. Me gustó algo que dijo un médico que llevaba puesto un sombrero gracioso con muchos colores y tejido con lana. Algo como si ustedes hubiesen estado en un lugar donde la vida como la conocemos, jamás tendría ningún tipo de probabilidad. Luego dijo que sus cuerpos estaban desapareciendo.

—Eso me estremeció —dijo Gillian pasándose una mano por su cabello con bucles que hace poco había abandonado el estilo abultado de aquella época dorada del pop y las películas de ciencia ficción—. Nos habíamos reducido de tamaño inclusive, encogiéndonos hasta...

—Hasta que la vida ya no tuviese ninguna probabilidad —terminó Samantha dando un mordisco a su porción de torta.

—Sin embargo, yo no lo sentí así —continuó Gillian cruzando sus manos por debajo de su pecho en evidente señal de que los recuerdos eran tan fríos como una helada antes del alba—. Creí que había llegado al lugar en el que imaginaba la mejor vida posible para mí. Sin embargo allí estaba esa criatura. Ni siquiera me dio tiempo a nada. Fue un engaño.

Gillian contó a Samantha todo lo ocurrido desde el momento de encontrarse con el hombre misterioso que apareció en la casa que la había llevado el portal y la extraña aventura que tuvo lugar en la aldea a las afueras del pueblo y en el autocinema donde las personas y eventos del sueño no se desarrollaron de un modo tan absurdo como cabría de esperarse de un paseo onírico.

—Esas montañas ya no estaban allí —dijo Gillian en referencia a las cadenas montañosas que rodeaban todo el lugar a una distancia incalculable

—. Sabía como cualquiera puede saber lo que ocurre en el sueño sin necesidad de que se manifieste de forma literal, que yo estaba del otro lado de las montañas. Y allí también estaba eso. No como presencia física, sino como algo que contiene todo en su mirada. Era como estar dentro de los pensamientos de alguien pero a la vez siendo visto por ese alguien. Una sensación para nada común como puedes ver.

Gillian rio, pero fue una risa fingida. Samantha comprendió que no fingía para ella sino para sí misma.

—Y nada envidiable sino me equivoco —comentó Samantha.

—Hace una semana recibí una llamada de mi hijo —Gillian centraba su atención en el centro del café apenas probado—. No sé qué es lo que quería. Creo que ni él estaba seguro de porqué llamaba a la mujer que lo había abandonado para buscarse una libertad en otra dimensión. En algún punto de la conversación dijo que quería verme. No fue una demanda, ni una orden... fue una resolución que había tomado mientras hablaba por teléfono porque en su tono se percibía su inseguridad. Antes de decirle que sí, salió un no rotundo de mi boca. Porque estaba seguro de que esa criatura no me había abandonado al salir del portal. Ese no era su plan. No se había tomado tantas molestias para que todo terminara conmigo en otra época sin obtener nada a cambio. Cuando duermo tengo noticias de él. Ya no lo veo de forma directa como las primeras veces, sino que me entero por los “arreglos” que está haciendo en el universo de autopistas mentales como él le llama al mundo del que provienen nuestros pensamientos. No sé a ciencia cierta en qué consisten sus planes de expansión pero estoy segura que involucran a otros. No puedo estar cerca de nadie por mucho tiempo Samantha. Yo lo sé y los demás que salieron con vida deben saberlo. Matilde lo sabe y tú misma has visto que es así.

—Sus autopistas —dijo Samantha cuando Gillian hizo una pausa para mojar la punta de su lengua con café—, es para acercarse a los otros, ¿no es así?

—Creo que me quitaste las palabras de la boca. ¿A ti también se te da bien la telepatía?

—No tanto como a esa criatura —dijo la escritora—. Creo que como John, que desde la primera vez que tuvo un acercamiento a ella no puede dejar fija la mirada en algún punto sino quiere que la realidad se vuelva transparente y se muestren las siluetas de ese lugar, yo también soy capaz de atisbar algo de ese abismo desde el que esa cosa nos observa. Todos estamos metidos en esta mierda, Gillian.

El sonido de prueba del micrófono sonó en los parlantes del local. Era el primer artista que subía al escenario. Un muchacho delgado y con una fina barba candado. No llevaba ningún instrumento musical por lo que Samantha y Gillian supusieron que se trataba de un comediante.

—Tengo que ir al baño —dijo Gillian mientras la poca audiencia del restaurante bajaba sus voces ante el comienzo del *show*.

—Te vas a perder lo que podría ser el punto de inicio de una gran estrella de la comedia —dijo Samantha aplaudiendo al muchacho quien hizo una reverencia luego de unos segundos de bochornosa parálisis.

Gillian ya estaba de camino al baño antes de que Samantha terminara con su prematura ovación.

—¿Han visto un humano? —comenzó el muchacho—. ¿No son graciosas esas criaturas?

Algunas risas de dos mesas del otro lado de la sala.

—Vamos, ¿me van a decir que tener dos de estas cosas saliendo por los costados de un trozo de carne que no se necesita mucho para dañar no es algo para considerar gracioso?

El muchacho dio saltitos alternando un pie y el otro e hizo movimientos ostentosos con los brazos que para Samantha provocaban cierta gracia por la rapidez con la que los efectuaba pero nada más. Sin embargo al público pareció encantarles ya que hubo un clamor de risas. Algunos se tapaban la cara para que sus dentaduras no fuese un mayor motivo de diversión.

—Brazos y piernas —continuó el muchacho—, tan frágiles, tan débiles con falanges que podrían quebrarse con esfuerzos poco más que insignificantes. ¿Y qué me dicen de su piel? Hasta un escarbadiantes en manos de un niño gordo y alto podría atravesarla.

El muchacho se sacó la camiseta y luego hizo gestos de apuñalarse con el micrófono en el abdomen y en el pecho.

Ahora no hubo ninguno que no festejara algo que por su obviedad pasaba desapercibido para el espectador común. Sin embargo, Samantha consideraba que había algo extraño en un número de comedia que para ella sola era insulso o simplón. Gillian todavía no volvía del baño. Ella intentó llamar la atención de la mesera pero esta se hallaba tan concentrada en el acto del muchacho que se había olvidado que era una empleada de Trudy's.

—Además tiene más de un agujero por el que le salen o entran excrescencias de todo tipo. Díganme ¿quién quiere ir por ahí ingiriendo, vomitando, cagando, meando, acumulando cera, lanzando gases? Ah, esperen, yo sí sé quién: los humanos.

Un tumulto que hizo temblar los cristales negros del restaurante fue motivo de que Samantha se pusiera de pie y saliera por la puerta principal con un cigarrillo entre sus dedos y un encendedor en la otra mano. Se sentía algo aturdida y el comediante le daba mala espina como si el verdadero significado de su acto se mantuviese siempre oculto debajo de sus observaciones y aun así era incapaz de atravesar la delgada capa de estas para acceder a aquel. Afuera, el sol se había ocultado detrás de alguna nube y el cuenco azul boca abajo del cielo estaba despejado al menos donde alcanzaba la vista. Los murmullos de las palomas llegaban desde los recovecos de las fachadas de los edificios. Cuatro autos pasaron entre la calle ante la que estaba parada Samantha y la perpendicular que atravesaba de norte a sur la ciudad. La baja demográfica se hacía sentir. Pensó en Gillian y se la imaginó abriéndose el cuello sentada sobre uno de los retretes del baño de Trudy's o ingiriendo algo que tuviese el mismo efecto pero con más higiene. Imaginó atravesar los cristales de las ventanas de los edificios que tenía cerca y contemplar cómo muchas vidas terminaban de manera similar al no poder asimilar que el tal querido tiempo material de una dirección se había multiplicado y que en cada versión del mismo había una imagen de ellos como rostros congelados en el espejo de un sueño. Tal vez algunos de ellos preguntándose cuánto tiempo quedaría para que el nuevo rostro tuviese el mismo destino de imagen truncada. Trató de encajar el adjetivo de afortunados en las vidas de ella y su grupo cercano. Dixie, Tate, John, ninguno de ellos había elegido ese camino... todavía. Aunque algunas veces había visto a Dixie muy seria en medio de uno de sus espectáculos en el circo de granja y había entrevisto a Tate hablando sola mientras había alguien más junto a ella. Nuevos comportamientos en viejos conocidos. Señales de que lo impredecible hacía más frecuentes sus visitas. Se dio cuenta de que no había encendido el cigarrillo y de que su celular estaba vibrando en el bolsillo de su pantalón. Era John.

Samantha salió de su estado hipnótico y se apresuró a contestar, deseosa de que John tuviera nuevas noticias, malas o buenas.

—Sam... ebes... igro...

La interferencia le impidió unir un solo enunciado de John. Lo único que sí podía percibir era la alarma en el tono de su voz, como si lo que fuese que intentara decirle fuese una emergencia.

—John, no te entiendo nada —elevó la voz y agitó el celular por encima de su cabeza—. Maldita porquería. John, ¿qué quieres?

—Lárga... no estás... pierta a Gil...

Y la voz de la operadora de la empresa de telefonía le anunció que la llamada se había perdido.

—Al carajo, perra —dijo Samantha y antes de que volviera a marcar el número de John, jugando una posible carrera contra los dedos de este, el celular anunció que se apagaría por falta de energía en la batería.

—Mierda, mierda —se enfadó Samantha y casi arrojó el celular hacia la calle para ver cómo el próximo vehículo que pasara por allí lo hacía trizas.

La luz del sol se hizo más tenue y por primera vez desde que había salido afuera buscó el punto donde podría estar el sol entre las cimas de casas y departamentos. No tardó en enterarse de que el sol se había ocultado detrás del pico de unas montañas que antes no estaban allí porque en Pearce's Valley no existen cadenas montañosas de ningún tipo.

Tiró el cigarrillo sin usar en la canaleta y entró en Trudy's. Iba a continuar directo hacia el baño al ver que Gillian todavía no había regresado pero el escenario captó toda su atención. El joven comediante estaba totalmente desnudo pero eso era lo de menos. Su pecho tenía una herida abierta justo debajo de su tetilla izquierda y la sangre manaba de allí en pequeños borbotones. También se había dibujado una sonrisa trémula a lo ancho del abdomen y con cada movimiento un observador agudo podía ver algún punto de sus entrañas. Su nariz estaba partida como la de un boxeador que hubiese recibido de lleno un preciso puñetazo del contrincante. De sus oídos también caían hilos sanguinolentos que se unían a los afluentes de más abajo en una cascada cárdena y grotesca. Samantha no pudo evitar sentir náuseas al comprobar que sus ojos habían sido arrancados de sus cuencas negras y rodeadas de un halo sangriento brindando a su rostro la máscara de un cadáver viviente que no dejaba de sonreír. El público se desternillaba de risa en sus lugares. Los camareros estaban morados por no poder resistirse a las gracias del comediante.

—Pero olvidémonos un poco del cuerpo de los humanos, ya que esta frágil y ridícula forma de la materia que se desplaza con tanta lentitud, que se enferma por casi cualquier cosa, que no puede resistir heridas como las que yo me he infligido sin terminar bajo tierra o en un jarrón sobre la repisa de la chimenea. No pensemos ahora en esta penosa confluencia de elementos perecederos, atrapado en sus propias limitaciones dimensionales, incapaz de resistirse al unidireccional curso del tiempo, sino en el envidiable acceso vip que tiene, esta enclenque forma de vida, al universo de las autopistas mentales. Claro, las cargan con ellos. Así como lo oyeron. Esta escoria de carbono contiene dentro de lo que ellos llaman cerebro vía libre para acceder

a las profundidades de mundos que ellos ni siquiera imaginan o si lo hacen son tan patéticos que le dan predominancia a la pobreza de planos donde se mueve su cuerpo. ¿No es realmente el humano un animalillo muy gracioso?

Muchas copas cayeron y se hicieron añicos, los cubiertos golpeaban sobre la porcelana de los platos como la percusión de un público que ya no sabía cómo elogiar el ingenio del artista. Los camareros se sostenían entre ellos para no terminar en el suelo enroscados por una boa de incontenibles carcajadas. Y Samantha tenía la piel erizada y el frío del miedo había paralizado su mandíbula en un rictus de horror. Cuando el comediante cruzó su mirada ausente con ella, un instinto de conservación la mandó en una torpe carrera hacia el baño de mujeres en busca de Gillian. Las risotadas la siguieron como una bandada de murciélagos hasta que la puerta del lavabo se cerró a sus espaldas.

En el baño había una hilera interminable de cubículos de retretes con las puertas cerradas. Podría estar siguiendo la formación de esos cubículos por la eternidad. Una cosa era segura, no volvería a salir hasta hallar a Gillian. Un cambio se había producido, como con la entrevista a Matilde. Ya no estaba en Trudy's sino en una versión de pesadilla de la misma. No tendría que haberse separado de Gillian. Entonces volvió a escuchar las palabras de John entrecortadas por la interferencia. Especialmente "Lárga..." que debía ser "lárgate" y "...pierta a Gill..." y pensando en Matilde que se había quedado dormida parada, se le ocurrió que podía ser "despierta a Gillian". Empezó a abrir las puertas una tras otra sin detenerse más que el nanosegundo suficiente para saber si estaba ella allí. No dejaba de llamarla a gritos. Su estentórea voz se propagaba en olas acústicas por ese baño interminable y seguía sonando en finos susurros cuando se perdía en la distancia. Gillian no aparecía después de haber recorrido lo que parecían trescientos metros de un baño que podría contener el universo entero. Continuó llamándola, echando un vistazo de vez en cuando hacia atrás para ver si alguien la seguía pero solo se encontraba con el absurdo trayecto recorrido en el que al final todavía podía ver la puerta del baño a pesar de que ya tendría que haber desaparecido, convertida en un punto de unión de paredes, techo y piso. Entonces, detrás de una puerta cualquiera la encontró. Se había quedado dormida con la mano colgando agarrando la punta del rollo del papel higiénico. Su barbilla descansaba inclinada hacia la izquierda con la misma flexibilidad de un muñeco de trapo descansando en algún rincón de la casa.

—Gillian, vamos despierta —la sacudió por los hombros, le tiró de los pelos y le gritó con la boca pegada al oído y aun así no despertaba—.

Despierta, perra o ese hijo de puta vendrá. ¡Oh, carajo, siento que vendrá!
¡Despierta!

—Por años lo único que ha hecho es ocuparse de las mismas cosas que un animal con un poco más de sesos —la voz del comediante emergió desde algún parlante muy lejos de donde ella estaba—. Asegurarse su supervivencia física, propagar su vida material a través de la reproducción, crear extensiones de sus sentidos físicos cada vez más sofisticadas para percibir las profundidades del entorno en el que estaba atrapado con la idea de conocer el origen de todo a través de cálculos, mediciones de todo tipo y razonamientos que justificaban lo descubierto por medio de una lógica que no hubiese podido existir sin lo anteriormente descubierto. Todo en un círculo que siempre estaba cerrándose en sí mismo mientras la pobre bestia ridícula pensaba que avanzaba hacia algún lugar. Y no me hagan hablar de sus filosofías, religiones y artes. Sistemas arbitrarios que subyugaban y limitaban los alcances del acceso al que podían acceder si no hubiesen sido tan frágiles, tan breves, tan dementes.

Las risas llegaron como una ola que hizo temblar las paredes y el piso del baño. Las puertas se abrieron y cerraron con estrépito repetidas veces. Samantha tuvo que pegarse a Gillian para evitar que la puerta la empujara con violencia.

—Es la criatura con más derecho a la lástima porque carga con una puerta hacia cualquier lugar en el improbable y mudable multiverso y ni siquiera puede cruzar el umbral con tantas ocupaciones que tiene en cada una de las prisiones que el mismo se ha edificado. Pobre, tonta, ciega y frágil criatura. ¿No les parece adorable el ser humano?

Otra vez el terremoto festivo del público. Samantha perdió el equilibrio y tuvo que sostenerse de la mampara a su derecha para no caer. Siguió intentando despertar a Gillian pero la mujer se hallaba tan dormida que parecía haber entrado en una especie de coma, si es que realmente estaba allí. Esta idea cruzó por la mente de Samantha y por un momento estuvo tentada de salir al pasillo y seguir recorriendo los retretes. Pero tenía que ser, se aferraba a su episodio con Matilde y cómo ella era la única que había estado en su inmersión en aquella dimensión cuando todo lo demás que ella conocía había desaparecido o se había transformado en otra cosa. Fue cuando la presencia de eso que habitaba dentro del agujero de gusano que ella había apenas atisbado en la casa de Corin y Theroy se hizo cada vez más intensa, como la temperatura que había ido subiendo de forma imperceptible hasta que por los poros ya estaban emergiendo las primeras gotas de sudor. El aire tenía

otro peso, como si algo estuviese suspendido por encima del mismo, algo invisible que descendiera sobre todo el lugar. Samantha notó que tenía dificultades para respirar y las luces led que iluminaban el baño se habían vuelto más lánguidas, frías, como si la electricidad que las mantenía encendidas estuviera perdiendo fuerza. La cosa del portal venía a por ella. No era una certeza. Era un hecho que todavía no había sucedido. Tan extraño como eso. Allí el tiempo no era algo que un reloj pudiera seguir a la par.

Entonces la golpeó. Primero dándole un bofetón que hundió sus dedos en la piel del rostro antes de seguir su curso. Después, agujoneada por lo que se iba acercando, un puñetazo en la mandíbula y otro segundo hasta que una herida se abrió en los labios. Gillian abrió los párpados hasta la mitad como quien vuelve pesadamente de un sueño todavía no satisfecho.

—Samantha, Samantha —dijo la voz del comediante—. ¿Te vas tan pronto antes de disfrutar de lo mejor? Voy a invitar una ronda de cervezas para todos aquí.

El aplauso de la gente llenó cada recoveco de la mente de Samantha hasta el punto de que ya no podía escuchar ni sus propios pensamientos.

—Después de esa cerveza te vas a sentir mejor —prosiguió el muchacho humorista—. Vas a poder ver con claridad por primera vez en tu vida. Tal como lo hace Gillian, aunque ella todavía no se haya puesto a pensarlo en profundidad. Dejarás de ser un paria al que dejan siempre fuera de la fiesta y podrás ver lo que hay detrás de la puerta de esa muralla que siempre estuvo abierta para ti, a pesar del foso profundo que hay en medio. Lo único que yo quiero es ser tu puente a esa puerta y después seguir el viaje.

Lo oía con la misma entrega que si estuviera leyendo un ensayo existencialista, la poesía de un autor olvidado o una historia escrita por un novelista al que ella valorara. Los párpados de Gillian volvían a descender, entonces Samantha, en un esfuerzo que era el equivalente a levantar veinte kilos después de tres días sin comer ni dormir, golpeó por última vez a Gillian, dejando que su puño atinara al lugar que se le diera la gana. Gillian se removió con violencia sobre la taza del retrete y arranco de un solo tirón el papel higiénico con rodillo y todo.

—¿Por qué me duele tanto el rostro? —preguntó a la mujer que tenía delante, que por el estado en que se encontraba bien podría ser Samantha o cualquier desconocida.

—Tuve que practicar mis golpes contigo, mujer. De repente te me hiciste muy parecida a mi bolsa de boxeo.

—Tengo gusto a sangre en la boca —dijo Gillian, arrastrando sus palabras con lentitud.

—Tenemos que terminar con esto, amiga. Lo que hay en ese portal nos está jodiendo muy bien a todos. No sé lo que sea, pero tenemos que terminarlo o sino...

—¿O si no qué? —preguntó Gillian luego de unos segundos en que Samantha no reanudó sus palabras.

Pero la escritora no pudo terminar su discurso porque ni ella misma sabía qué pasaría si no hacían algo para solucionar algo que había diezmado la población mundial y trastornaba la mente de todos. La naturaleza de lo que estaba ocurriendo era tan confusa y por fuera de todo lo que era razonable pensar que cualquier justificación que Samantha buscara para dar fin a lo que había empezado a ocurrir desde el primer billete que había aparecido sobre la mesa que había restaurado en su casa, era un esfuerzo por volver a una normalidad que a estas alturas se preguntaba si alguna vez había existido.

De algo estaba segura. Tenía que hablar con John. ¿Por qué no se había comunicado con ella en todo este tiempo? No importaba. Tenía que verlo, le gustara a él o no.

Capítulo 17

Pero John no contestaba sus llamadas y sus mensajes los respondía con un lacónico: «Estoy bien Sam. Pronto hablaremos». El pronto se extendió por semanas sin que Samantha tuviera más noticias que respuestas de aquel calibre a las que luego de varios intentos ella respondía con algunos insultos que John leía pero no replicaba. Para evitar enfadarse más con él hasta el punto de ir a su casa y tirar abajo la puerta para que ahondara más en lo que le ocurría o para saber cuál creía él que debía ser el siguiente paso con respecto al portal, Samantha se puso a escribir su nueva ficción con los escuetos datos recogidos en sus no tan exitosas entrevistas con los dos viajeros que estaban vivos y de los que pudo sacar algunos elementos referidos a los motivos que tuvieron para realizar el salto a otro tiempo a costa de sus vidas. Para la escritora, tanto Gillian como Matilde escaparon a su manera, la primera de una vida gris que se desbarrancó sin que ella hiciera mucho para evitarlo y la segunda de un presente desprovisto de todo el idilio de ese lugar que su comunidad religiosa llamaba Persépolis. No pudo conocer al pobre Sal, pero encontró algunos datos de su vida pasada en páginas de noticias y palabras de conocidos que habían sido entrevistados en más de una ocasión por periodistas que perseguían lo oculto y esotérico que había permeado al mundo desde siempre. También de Norman, el fontanero que abandonó a su madre y a su perro para embarcarse en un viaje de ida. Por increíble que parezca, la mujer vivió hasta la inusual edad de ciento doce años hasta hacía unos cinco años atrás. Fue la que impulsó un monumento a los desaparecidos en la casa de Corin y Theroy que consistía en una escultura de los rostros de los cinco viajeros formando un círculo desde donde miraban con una seriedad desprovista de cualquier emoción hacia distintas direcciones de la plaza, donde había sido instalada la escultura, para que la gente no los olvidara, por si alguna vez volvían a aparecer envueltos en el mismo misterio con el que se habían ido. El dolor a veces es el mayor propulsor de la longevidad. Fue una lástima no poder entrevistar a la mujer, hubiese obtenido suficiente material para el personaje de Norman. El otro era John. De ese, Samantha tenía más

que suficiente para decir, pero no quería que se volviera el protagonista de la historia solo porque fuera su mejor amigo. Debía abarcar sus vidas antes de cruzar el umbral de lo desconocido como una serie de eventos que justificaran semejante locura y su llegada a un mundo que no era el que ellos hubiesen esperado aunque sus vidas hubiesen encontrado un lugar para rehacerse con mejores oportunidades que las que habían dejado en los ochenta. Bueno, excepto para Norman y Sal. Para ellos estaba reservada la tragedia. Samantha pasó los siguientes cuatro meses escribiendo bajo una estricta disciplina de horas de trabajo y horas de investigación en un pequeño cuarto que Dixie había reformado para que su novia no tuviera oportunidad para quejarse por no tener el espacio que se necesitaba para que un escritor pudiera escucharse a sí mismo. Era un lugar donde Dixie guardaba disfraces y utilería del circo que estaban allí esperando que alguien los remendase o pusiera de nuevo en condiciones para que los artistas volvieran a utilizarlos. Todos esos trastos terminaron en el desván, junto a instrumentos musicales viejos y deteriorados que habían perdido toda la esperanza de volver a la vida, al ser trasladados del cuarto de abajo hasta allí. No estaba nada mal. Después de una semana de empezar la escritura, Samantha creía que estaba en la sala de la biblioteca de su propio hogar a pesar de que en las paredes del cuarto no había otra cosa que unos cuadros cubiertos por una pátina blanca de polvo y las trampas de una telaraña que debía tener casi la misma edad que la casa. De vez en cuando llamaba al número que le había dado el oficial de seguridad encargado de la investigación científica que tenía por objeto descubrir el agujero de gusano y estudiar cuán peligroso podría ser para la seguridad nacional y la vida de los ciudadanos. El oficial le decía que aún no había progresos y que sería notificada cuando la investigación terminara. Sin embargo Samantha seguía insistiendo con una respuesta similar cada vez, con la voz inmutable del oficial que no dejaba transparentar lo irritante que era que la tal Samantha Polson le preguntara en tono de reproche cuándo era que iba a terminar de hacer su trabajo. Samantha sabía esto y en cada ocasión que llamaba le hendía la punta de su urgencia por volver al hogar del que el gobierno tan injustamente la había echado. No importaba que el oficial Sawyer le dijera que no debía considerarse como una mujer a la que se le había expropiado su inmueble, sino como una ciudadana que estaba colaborando para el bien común de la sociedad a la que pertenecía, Samantha daba a entender que se actuaba fuera de la ley y su abogado la respaldaba con un sinnúmero de documentos que con seguridad le hacía la vida más difícil a muchos funcionarios, especialmente al oficial Sawyer. Ella no creía que encontrarán

algo, el portal era muy caprichoso. Funcionaba sin seguir un patrón de tiempo determinado. John ya lo había entendido así y tal información aparecía en los artículos científicos que publicaba en varias universidades. Samantha pensó en esos artículos y en qué cara habrían puesto los decanos y profesores cuando leyeran que el doctor Feraud que había escrito esos textos revolucionarios sobre temas de física cuántica y física general ahora era John Feraud a secas. Era sensacional cómo la paradoja podía existir como cualquier hijo de vecino en el tejido espacio-temporal. Lo imposible se podía instalar cómodamente bajo las condiciones adecuadas. Bueno, no se podía decir lo mismo de todos esos que no habían podido tolerar que la paradoja transformara sus estructuras mentales y decidieran subsanar ese error con la predecible y vieja muerte. John había dado vuelta las últimas teorías acerca del funcionamiento del minúsculo universo que no vemos y había hecho añicos cientos de años de leyes que gobernaban la realidad y que ya se habían cristalizado en la sangre de todos los humanos que pululaban debajo del sol. Sin embargo estaba tan lejos de conseguir alguna respuesta como cualquiera que se aventurara por primera vez a sus aportes al campo del conocimiento científico. Eso lo desanimaba aunque no lo dijera. Samantha veía señales de cómo todo esfuerzo que hacía lo terminaba llevando al mismo lugar de partida, como si estuviera dando vueltas en la entrada del laberinto, creyendo que ya estaba en su interior. Sabían que el túnel del portal tenía cierta profundidad espacial que unía los dos tiempos. Conjeturaban con que el traspaso solo se podía hacer en un sentido, desde los ochenta hasta el presente y no al revés. John había llegado a la posible conclusión de que la mesa redonda que había servido por vez primera a la aparición del portal ya no era importante, por eso había construido la cámara de cristal donde creía que podía contener el portal en caso de que a este se le ocurriese hacer algo parecido a lo que había hecho con el jarrón de flores y el gato de Gertrudis. Más que nada era para evitar posibles heridas o el engorroso trabajo de limpiar la sangre de cada recoveco y rendija de difícil acceso. Le había dicho que la forma de la mesa y el exacto lugar donde ella la había puesto había servido como una especie de catalizador para la aparición del portal, o una llave que destrabara los mecanismos de una cerradura invisible. Samantha no tenía en claro cómo había llegado a semejante conclusión y pidió que se lo explicara como si fuese una neófita del mundo científico, sin complejas fórmulas pero John le decía que era una teoría en la que todavía estaba trabajando.

Samantha continuó trabajando en su novela a un ritmo constante. Dixie intentaba dejarla tranquila hasta en los momentos en que prolongaba su jornada de trabajo en el excuarto de los trastos. Samantha sabía que su novia no podía contener su personalidad avasallante y esa frecuente curiosidad que la llevaba a hacerle preguntas sobre el progreso de la novela a pesar de que Samantha no le gustaba hablar de la misma hasta que supiera que no agregaría o sacaría nada más. Dixie era un tren del ruido, las voces elevadas, las risas superlativas y los pasos que resonaban como si ella quisiera que el mundo se enterara que estaba en ese sitio. Así que cuando ella no estaba en casa, Samantha podía trabajar como si se transportara de nuevo a su casa, con el olor de sus libros y apenas ese halo de sol que permitía entrar por sus ventanas solo para dar al entorno ese constante aspecto crepuscular que le agradaba. El cuarto donde trabajaba estaba iluminado de forma directa por los rayos del sol de la mañana, su horario preferido para el trabajo. A pesar de que las cortinas negras que se había conseguido cumplían con su propósito, Samantha a veces pensaba que toda la casa se había quedado sin techo y el sol se burlaba de ella. No obstante pudo terminar su trabajo en los tiempos estimados en los que Tate había organizado las giras y las campañas publicitarias. Excepto por un día, a una semana de finalizar su novela en que ocurrió un incidente que dejó muy dolida a Dixie aunque la situación había sido un golpe dirigido a la escritora.

Empezó con un golpe contra uno de los tablones de madera que componían la casa de Dixie. Se oyó cómo el proyectil impactó y luego rebotó y rodó sobre el porche. Acto seguido, los ladridos del perro se activaron como un mecanismo de seguridad natural de la casa. Samantha miró por una de las ventanas que daban al frente y tardó en ver que a unos siete u ocho metros de la casa había una persona, un hombre con una camisa cuya falda derecha estaba suelta sobre su pantalón de tela gris. El cabello negro le formaba un paréntesis sobre la frente, torcido en ese momento, ya que todo él estaba despeinado. De atrás aparecieron dos hombres más. Uno de ellos señaló hacia la ventana por la que Samantha estaba espiándolos y la escritora se echó hacia atrás de un impulso. Se alejó dispuesta a llamar a la policía pero prefirió seguir mirando por la mirilla de la puerta. Los hombres seguían allí. El que había señalado era el más alto de los tres y el tercero era un rubio de hombros caídos y una cabeza rectangular con una amplia frente que componía la mitad de su rostro. Ese tenía algo en sus manos, algo que era pequeño y con plumas o pelos.

—Señorita Samantha Polson —el del cabello en paréntesis pronunció su nombre como un profesor enojado que pasara la lista de los alumnos al inicio de clases—. ¿Por qué no deja de mirarnos como una rata por las rendijas de la persiana y sale a recibirnos? Somos sus admiradores. Y también que salga su amiguito el doctor. Realmente dos seres humanos admirables.

No era la primera vez que Samantha era amenazada por extraños a causa de los profundos cambios cataclísmicos que la abertura del portal había desencadenado. Llamadas anónimas a su celular. Miles de *e-mails* que contenían los insultos más abyectos que un ser humano era capaz de ladrarle a otro, promesas de una muerte lenta y dolorosa a través de detallados métodos de tortura que harían sonrojar a un verdugo medieval. A John una vez le habían mandado la cabeza de un loro dentro de una bolsa de papel de supermercado. El sentido del mensaje era algo más difícil de descifrar todavía que la naturaleza del portal. Pero las amenazas siempre se habían mantenido en la distancia que permite la virtualidad o la cobardía. Palabras o voces fantasmas que auguraban lo peor por haber arruinado vidas de familias que funcionaban con tanta precisión y prolijidad como un reloj. Novias que se desarmaban llorando por sus novios, madres que se arrancaban los cabellos por la pérdida de sus hijos. Amigos de empresas turbias y clandestinas cuyo cerebro había hecho cortocircuito al enterarse que uno de ellos decidió desaparecer por causas que excedían a las que podían ser moneda corriente en el tipo de vida que llevaban. Ellos encontraban en Samantha y John, culpables concretos de carne y hueso a los que acusarlos por todo el daño ocasionado. Un daño que todos vivían en carne propia en menor o mayor medida. Los suicidas no habían tenido que dejar ninguna carta explicando su determinación. Todos vivían los mismos síntomas y no podían ser más comprensibles. Sin embargo, Samantha y John hubiesen podido evitar romper la represa que contenía la estructura tradicional del espacio-tiempo tan intacta como siempre. A ojos de los que querían verlos muertos, ellos habían desatado una revolución en el comportamiento de la realidad que había sido el último refugio para aquellos que creían que si todo lo demás podía irse al carajo siempre se podía contar con que el tiempo y el espacio no actuaran de una manera impredecible ni alocada.

Samantha no iba a acceder a la petición de aquel hombre de salir del único lugar en el que estaba segura. Justo a esa hora en que Dixie solía estar en casa, había tenido que ir de urgencia a su circo para resolver unos problemas referidos a la instalación eléctrica del lugar y Samantha había quedado sola con los animales, prometiendo a Dixie que cuando llegara tendría a su

disposición un pastel de frambuesa recién horneado, una de las pocas maravillas culinarias que Samantha había aprendido a hacer en tiempos de excesos de ocio. Pero ahora, la llegada de esos tres sujetos la estaban obligando a romper su promesa. Samantha no respondió a la llamada. Sabía que la habían visto o bien podía ser que la estuviesen probando. No podía estar segura de que el grandote la había señalado a ella. No quería caer en la trampa delatando su presencia.

—Mire, sabemos que su noviecita lesbiana detesta comer carne y cómo aparece en esos anuncios de televisión convenciendo a la gente de que un espárrago sabe mejor que un jugoso bistec, por eso creemos que se desperdicia un buen ternero en este lugar.

Ni bien terminó de decir esto Samantha enfocó la vista en lo que el rubio tenía entre sus manos. La imagen no había mejorado pero sus conjeturas le ofrecieron la nitidez que le faltaba para llegar a una conclusión. Ese era Ícaro, el ternero recién nacido que Dixie ayudó a traer al mundo en una madrugada donde un viento frío parecía lanzar pequeñas agujas congeladas contra la piel de los que se encontraran afuera. Samantha se llevó la mano a la boca para no soltar un suspiro de espanto. Lo habían matado y lo primero que Samantha hizo fue imaginar la reacción de Dixie cuando se enterara de eso. Nunca habían cumplido sus promesas hasta ahora. Samantha quería salir con la escopeta de Dixie e intentar bajar a alguno con su inexperta puntería pero recordó que su novia se había deshecho del arma hacía tiempo, como una acción benéfica en un mundo lleno de dementes que se disparaban unos a otros. Aquella vez, ella le había dicho que era una insensata por no tener algo con lo que defenderse si uno de esos dementes aparecía alguna vez por su casa, y ahora se daba la razón, aunque fuese ella la posible víctima de los tres que se habían desquitado con un animal que apenas había tenido tiempo de probar en muy escasas ocasiones la leche de su madre. Sin embargo, allí había terminado todo. O habían creído que no había nadie en casa o creyeron que su acto de venganza había sido acorde a cualquiera que hayan sido las circunstancias o tal vez temieron que quien estuviese adentro ya había dado alarma a la policía. Los motivos podían ser incalculables. Samantha respiró aliviada cuando escuchó el ruido de un vehículo ponerse en marcha y luego a través de las ramas de los árboles distinguió una camioneta blanca que avanzaba por el camino de tierra rumbo a la autopista.

El ternero tenía el cuello abierto en una herida que podía haber sido hecha por una navaja de bolsillo o un cuchillo pequeño de hoja afilada. Tenía los ojos entreabiertos como si hubiese estado despertándose después de un

confortable sueño. Debajo de la línea profunda de la herida, la sangre empapaba su pelaje hasta las dos pezuñas de sus patas delanteras. El perro viejo de Dixie seguía ladrando luego de que los hombres se hubiesen ido. Estaba casi completamente ciego pero tal vez todavía seguía oliendo el aroma de los extraños en el aire. Fue deteniéndose a medida que se daba cuenta de que en la granja iban predominando los aromas familiares. Samantha no llamó a la policía. No quería sumar otro problema más al blanco de un número incalculable de disgustos. Su vida y la de John se habían convertido en algo tan frágil desde que habían empezado a aparecer en los medios como los investigadores de ese supuesto agujero de gusano que había emergido en una casa cualquiera de una esquina en una pequeña ciudad común y corriente. Sin embargo, por alguna extraña razón, sus asesinos nunca habían concretado sus actos. Y eso para ella era tan insólito como la existencia de las tres versiones de la realidad. Cuando Dixie llegó a casa y se enteró de lo ocurrido, antes de llorar a Ícaro, miró a Samantha como nunca lo había hecho. Como si de repente, la apariencia de su novia se cayera y debajo se revelara un ser monstruoso del que no cabía esperar nada bueno. Pensó que le iba a pedir que se vaya, que no podía soportar más lo que le estaba ocurriendo a todas las cosas. Inclusive Samantha estuvo a punto de decirle que recogería sus cosas y ya no la molestaría más. Porque tal vez era cierto, porque todas las cosas se habían torcido tanto que no solo ella, sino todos tenían que hacer un esfuerzo indecible cada día para conservar los diminutos pedazos en los que se había quebrado el universo donde habían habitado desde el nacimiento de la consciencia. Pero, pocas horas después, Dixie se le acercó y dijo que no era su culpa y que se alegraba de que no había sido ella.

Capítulo 18

Al día siguiente al que Tate informó a su cliente del éxito de su nueva novela acerca de los viajeros en el tiempo e hizo nuevos preparativos para la campaña de publicidad, John llamó por teléfono a Samantha.

Capítulo 19

Tate estaba furiosa. No cabía en sí de indignación. Habían conducido cien kilómetros hasta la ciudad vecina de South Sherley para una entrevista en un programa de radio que se emitía hasta en China y a dos horas de comenzar la misma, el celular sonó y la voz de John fue tajante y apremiante.

—Samantha debemos reunirnos. Ya mismo si es posible.

Samantha no se disculpó con la radio pero sí con Tate quien estuvo a punto de llamar a John en un acceso de ira que era inusual en ella. Estaban en un café esperando a que la hora llegara y el primero en recibir su enojo fue un mesero de baja estatura con enormes gafas que seguramente era nuevo en el local.

—Este azucarero está casi vacío —le ladró Tate, golpeando el vidrio del recipiente contra la mesa y haciendo que la tapa del mismo saliera despedida hacia arriba para caer en la falda de Samantha.

Luego intentó persuadir a su cliente de que solo faltaban dos horas para cumplir con un espacio publicitario que brindaría un gran apoyo a la difusión internacional de su libro. Pero Samantha alquilaría un automóvil hacia Pearce's Valley en ese instante si es que Tate no se ofrecía a llevarla. La llamó desagradecida, irresponsable, infantil e inclusive descargó una serie de epítetos relacionados con la demencia sobre ella, que emanaban de su incontenible boca como raudos agujijones venenosos. Samantha se quedó muda luego de que Tate hizo una pausa para contestar una llamada que despachó sin darle oportunidad al otro para siquiera decir su nombre. Tate estaba irreconocible. Su enojó iba más allá de la cancelación de la entrevista. Era evidente que un contratiempo como aquel, por más que le hubiera costado cien kilómetros y la postergación de otros compromisos, no hubieran hecho reaccionar de tal manera a alguien que Samantha conocía muy bien, más como amiga que como agente.

Antes de que Samantha pudiera decir algo, Tate se frotó la frente con los dedos de una mano aprovechando para esconderse de cualquier mirada que buscara saciar su curiosidad en la pequeña escena que había interpretado.

—Te estoy pidiendo esto por mí, Sam —la voz de Tate se había trastocado a un tono confidencial y vergonzoso. Parecía otra la que hablaba y por un segundo Samantha dudó de que se tratara de ella.

—Tómalo cómo un favor personal. Una pequeña muestra de agradecimiento que dejará contenta a esta triste mujer. Ni siquiera pienses en el provecho que sacarías tú de esto. Olvídate del libro por un segundo. Yo... necesito que me ayudes en esto. Y cuando digo que lo necesito, créeme que es la pura verdad.

Tate le habló de su madre por primera vez. La mujer que se había empeñado después de quedar viuda para que Tate tuviese una buena educación. Llegó a la jubilación con un serio problema en la espalda y las piernas por lo que apenas podía mantenerse en pie y mucho menos ocuparse de los quehaceres de la casa. Sin embargo, para esas alturas Tate había contratado a una cuidadora que en poco tiempo se convirtió en una querida amiga para su madre. Pero después de la tercera influencia del portal en el mundo, su madre empezó a ver muy seguido a su padre. Decía que se acostaba con ella por las noches e inclusive le besaba la frente antes de dormirse como tenía acostumbrado. Después de dos meses de encontrarse en la cama con el hombre que en otro tiempo había enterrado, amaneció muerta una mañana cuando la cuidadora la fue a despertar para darle el desayuno. Tenía la piel pegada al cráneo como un trapo húmedo sobre una roca con filos y lágrimas secas en sus mejillas. No fue un suicidio como todos los demás que se sucedieron luego de la llegada de los cinco viajeros, aunque Tate pensaba que si su mente no hubiera fantaseado con su padre a causa de la distorsión espacio-temporal, habría una importante chance de que su madre siguiera con vida. Le habló de ella misma y de su nuevo ritual que consistía en mirarse al espejo y concentrarse en comparar sucesos pueriles del pasado en cada tiempo mental en los que ahora se dividían las mentes de todos. Lo hacía para no escoger la otra salida, que actualmente aparecía tan succulenta que era una estupidez no tomar un atajo para huir del gran espejo quebrado de la realidad.

—Si tan fácil se multiplica el universo —dijo Tate sonriendo con unos labios endurecidos por la angustia—, si nuestra vida no es otra cosa que el reflejo de otra similar, entonces lo más horrible de este mundo es que esa pesadilla metafísica se filtrara en este mundo.

Samantha le prometió que iría a la entrevista. El peso de la sensación de que sus acciones habían colaborado para traer ese desastre al mundo inclinó más a favor de Tate la balanza que su deseo de ver a John después de un largo

tiempo en que su mejor amigo la mantuvo en la ignorancia de lo que estaba haciendo en relación a cualquier cosa referida al portal de Corin y Theroy y hasta de su propia vida. Después de todo, ante Tate, Dixie y John, Samantha podía ceder a la tentación de considerarse una culpable de las situaciones a las que los había llevado aunque en lo que se refería al resto de la gente, ella se viera a sí misma como el elemento indolente que solo estuvo en el lugar y momento fortuito en el que desencadenó la tormenta paranormal. La diferencia radicaba en la amistad y el afecto que los unía a ellos, aunque también en una no infrecuente sensación de liberación provocada por la idea de una posible destrucción que barriera un error que no había empezado con la apertura del portal, sino que gracias a esta, se había alumbrado a ojos de todos.

El periodista le hizo preguntas cuyas repuestas ella ya tenía memorizadas de entrevistas anteriores para otros de sus libros. Dio algunos indicios del argumento de la novela, habló de los personajes de manera muy superficial y respondió algunas preguntas del público radioescucha. Una sola de estas fue acerca de la novela. Las otras eran para mantenerla al tanto de cuántos habían muerto durante el tiempo en que ella había estado intentando lucrar con su libro a nivel mundial. Cuando la entrevista terminó, Samantha no se quedó a escuchar las falsas disculpas del periodista en nombre de los desconocidos que la incomodaron. Para Samantha si uno de los que había llamado hubiese sido un extraño para aquel hombre, hubiese sido por un descuido de su equipo técnico. Ella y Tate regresaron a Pearce's Valley antes de la siete de la tarde. El sol era una protuberante esfera anaranjada que se dilataba en un cielo con tonos amarillos y rosados. Tate le pidió estar a su lado cuando hablara con John. Samantha se negó en un principio notando el agotamiento en aquel rostro impregnado de una calma vacía pero terminó aceptando, ya que consideró que Tate tenía tanto derecho como ella de enterarse de qué manera, según los hallazgos de John, se seguiría yendo todo a la mierda. Cuando estuvieron ante la puerta de la casa de tejas azules de John Feraud, Samantha contempló su exitosa carrera de escritora como si fuera algo lejano e irreal. La lógica consecuencia de una serie de sucesos que no tenían nada de lógico. La representación de un personaje que había cambiado atravesando los tres tiempos en los que los demás fueron expulsados como de una corriente de río a otra, atrapados, teniendo la oportunidad de contemplar desde un mirador al final, cómo sus fracasos se convertían en éxitos, sus muertes en resurrecciones, sus problemas en soluciones y todo viceversa de un modo tan aleatorio que uno no podía evitar sentirse una hoja quebrada y mustia

flagelada por el viento. La unanimidad en el manoseo de la vida de todos se reproducía en cada momento en que uno dejaba de ocuparse de sus asuntos. El timbre sonó y en un acto mecánico, Samantha encendió un cigarrillo. En el tiempo en que le tomó a John abrir la puerta, Tate dejó las huellas de sus dientes superiores sobre su labio. Por primera vez, la agente estaba nerviosa por algo más que por ver cumplir sin demora su agenda.

El baldazo de agua vino de adelante, contrario a lo que uno se esperaría de una broma de ese tipo. A Samantha le dio desde la barbilla hasta la cintura y a Tate en plena nariz. La agente estuvo tosiendo y espirando con fuerza para sacarse el líquido que le había entrado hasta en los pulmones. Uno de los bromistas era John joven que por fin daba muestras de vida luego de dejar el hospital. El otro era un tipo que Samantha nunca había visto. Ese fue el que había bañado a Tate.

Tate no pudo decir nada hasta que no expulsó toda el agua que había entrado por el conducto del oxígeno. Samantha permaneció con los brazos colgados a los costados como un gorila, escuchando cómo John adulto se desternillaba de risa detrás y John joven hacía lo mismo, teniendo la cautela de alejarse lo más que podía de las dos mujeres por si estas reaccionaban con una parte nada agradable de sus genios. El otro tipo sonreía, pero era un gesto forzado como si no quisiera desentonar con esa secuencia de la broma. Cuando Tate se repuso, tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo que le había significado toser y quitarse de adentro la mucosa mezclada con el agua.

—¿Qué carajos le pasa a ustedes, malditos imbéciles? —Tate se escurrió el agua de su cabello desarmado por el impacto y su voz adquirió el matiz de un chillido afónico que propició una dosis más de tos y arcadas.

Esta vez la que rio fue Samantha que no pudo evitar vera Tate convertida en un estropajo empapado que no cabía en sí de rabia. Era una caricatura de su agente que alguien había hecho para meterse con ella no de un modo insultante, sino como una parodia inofensiva.

Cuando el festejo de la broma dio fin, tanto los dos John como el desconocido se disculparon con ellas. Samantha dijo que si hubieran querido hacer una broma se hubieran tomado el tiempo para inventar una trampa más digna en la que caer. Lo que habían hecho no era más que el acto impulsivo de un aficionado sin imaginación. Pero John le dijo que no habían planeado la broma sino hasta después de que él la hubiese llamado por teléfono y para ser sinceros no pensaron llevarla a cabo sino hasta el último momento. A Samantha le parecía insólito que después de seis meses de no ver a su amigo por circunstancias que él le había mantenido ocultas, ahora se encontraba con

un John que se había animado hacer algo así. Además estaba de un humor con el que nunca lo había visto. Relajado, divertido, fuera del ámbito en el que siempre buscaba estar inmerso, que implicaba sus estudios y su investigación acerca de la naturaleza del portal. Era un John fuera del traje de doctor que no se quitaba ni para bañarse. Samantha no estaba segura de cómo tratar con él. Esperó a que John explicara la razón de su llamada. Cualquiera de los dos.

—Él es KillerMonkey —dijo John presentando al extraño que asintió con timidez ante Samantha y Tate, a la que no le quitaba los ojos de encima, como si esperara que en cualquier momento la agente lo mordiera—. Es uno del otro bando. De los que no nos odian. De los que cree que somos como Colón pero sin océano ni carabelas, sino con un agujero de gusano.

—Es un artista de la programación, un Da Vinci del diseño gráfico, un visionario del mundo virtual —dijo el John joven que llevaba puesto la ropa del John viejo y tenía los ojos muy abiertos como si le asombrara el sonido de las palabras que emitía.

—Y alguien que recibe a una extraña con un chapuzón con el que casi la ahoga dijo Tate en tono amenazante.

—No sabe cuánto lo lamento, señora —KillerMonkey se frotó las manos, repitió varios vaivenes hacia adelante, hizo amague de extenderle una mano vacilante a Tate pero la recogía al menor atisbo de que esa mano no sería estrechada—. Pero el doctor Feraud me tomó de sorpresa cuando llenó el balde de agua y me lo puso en las manos para... ya sabe...

—¿Y tú acaso no tienes boca para negarte a mojar a una mujer a la que ni siquiera has visto nunca? ¿No pensaste que esa broma me enfadaría a tal punto de que quisiera partirme la cara hasta que uno de tus dientes, al menos, quedara flojo?

Un silencio inundó el vestíbulo de la casa de John donde ellos estaban. Lo único que se oía era el tic-tac del reloj y la respiración de Tate que con frecuencia se sorbía los mocos. Después, la tensión aumentó cuando Tate se acercó a KillerMonkey fijando sus ojos en él, sin parpadear y de repente extendió su mano hasta el rostro del hombre y le dio dos palmaditas en la mejilla.

—Tranquilo —dijo Tate—, no me gusta golpear a alguien cuando estoy mojada.

Después de eso KillerMonkey se sintió más él mismo y les relató a Samantha y a Tate cómo se había puesto en contacto con los dos John para ponerse a crear la obra maestra de su vida.

—El mundo de los túneles blancos —volvió a repetir el título de su creación cuando la contestación de Samantha y Tate fue un largo silencio en el que ambas se preguntaron si no se trataba de una segunda parte de la broma.

Capítulo 20

John Feraud les relató cómo visitó a John Feraud del pasado en el hospital donde se recuperó junto con los otros cuatro viajeros. Casi había sido una visita diaria en la que él le contaba cómo había continuado su vida después de que nunca hubiera atravesado el portal. Su carrera en la universidad, su amistad con Louie Polson y después con su hija. Le habló de todos los artículos que publicó en distintas universidades y el libro en el que desarrollaba su teoría de la naturaleza del portal que había tenido que modificar incontables veces desde entonces porque los cálculos variaban a cada nuevo resultado, produciendo espacios en blanco que sus teorías rellenaban, ante las escasas pruebas que obtenía por los registros de sus máquinas. El estado del arte de la física cuántica era insuficiente para presumir el funcionamiento de un elemento de la ciencia ficción que permitía trasladar la materia de un punto del tiempo a otro sin que esta sufriera ningún cambio aparente. El caso de los billetes fueron las primeras pruebas. Luego el jarrón de vidrio que estalló, demostró que el espacio de cada objeto no podía ser ocupado por otro sin que se desatara una violenta descarga de energía. Lo único que modificaba el portal era el tiempo, la dimensión del espacio se mantenía tan firme como una columna de acero clavada en un río. Por eso, el objeto que viajaba por el túnel del portal, continuaba en el mismo espacio y si este estaba ocupado por otro objeto del otro lado, no tendía a empujarlo y permanecer en ese lugar como las esferas de la cuna de Newton, porque el objeto nunca había cambiado de espacio. Lo que sucedía, de acuerdo a la teoría de John, es que el objeto viajante se materializaba sobre la masa del otro, produciendo una atípica explosión cuyo ejemplo más claro había sido el baño de sangre de gato que se produjo en los dos extremos del tiempo. No solo eso. Ni la teoría de John, ni ninguna otra estaba preparada para balbucear siquiera sobre la entidad que existía en el erróneamente llamado espacio que separaba las dos aberturas del embudo. En ese mundo que los ojos percibían como una tormenta de nubes que colapsaban unas con otras.

John Feraud del futuro también le contó a su yo del pasado cómo el tiempo se había dividido en tres en la dimensión mental y el cataclismo que había producido esto. No era un apocalipsis zombie, ni humanos combatiendo contra otros en una anarquía destructiva de un mundo al borde de la desaparición en una hoguera nuclear para asombro de la mente convencional. En este mundo triplicado, donde la realidad física se había comportado de forma absurda en ciertas ocasiones para tapar huecos que los cambios en la historia habían provocado, el suicidio se había convertido en una vía de escape sensata. Era el último reducto de lógica que el ser humano podía poner en marcha. Puso al tanto de todas sus teorías a un John que nunca había cursado ni el curso introductorio de la universidad. Le habló de cómo la máquina que inventó con ayuda de unos ingenieros, leía el interior del portal pero las cifras que arrojaba daban la impresión de que esta se había descompuesto o de que algo causaba una interferencia que la hacía funcionar como no debía. Gran parte de la teoría carecía de su comprobación empírica, lo que impedía que la misma diera ese paso contundente que esperaban los científicos para cobijarla como narrativa de una nueva era de descubrimientos. La tecnología no podía penetrar en el misterio del portal. Solo podían conformarse con lo que sus sentidos captaban cada vez que aquel se abría y estudiar desde ahí. Esas pocas oportunidades habían sido suficientes para que saliera *Encuentro cercanos con el ser del portal del tiempo*. Le habló de Samantha, de Tate, de Dixie y de cómo sus relaciones habían sido afectadas por la apertura del portal. Samantha era la primera que había presenciado la apertura del portal en este lado del tiempo. Todo empezó con una mesa que en el Y/Z usaban para los clientes y que después terminó como un objeto olvidado y polvoriento en el sótano de la casa de Corin y Theroy. Samantha la colocó en el punto exacto en donde estaba la mesa en el restaurante de los ochenta. La casualidad quiso que cada parte de la mesa rellenara el mismo espacio en los dos tiempos. John habló de que eso podría ser una de las causas de la aparición del portal. Para John, la mesa había actuado como una llave sobre el velo de la realidad que les rodeaba, la parte de la dimensión espacio-temporal que era percibida por los sentidos o por la extensión de estos, legada en los inventos tecnológicos. Una puerta secreta se había abierto. Un puente que conectaba el tiempo actual con el de época de John en sus años de camarero del Y/Z. La razón o razones eran como otras cualesquiera en lo que atañía a la existencia de la vida y de los astros en el cielo. Nadie lo sabía.

Entonces John le habló de Louie Polson y cuando llegó aquí hizo una pausa. Samantha conservaba varios recuerdos de su padre trabajando con John en la máquina que había instalado en su casa para el estudio de toda su vida. Recordaba cómo su padre era un aficionado lector de ciencia ficción y fantasía y como cada tarde y cada noche le leía una de esas historias a su hija. Siempre le decía que en Pearce's Valley había un secreto muy escondido, como un huevo de pascua que casi nadie se había tomado la molestia en buscar. Recordaba a su padre como un hombre que siempre estaba rastreando cada recorte de periódico viejo que tirara alguna luz sobre la historia de la ciudad. Tenía un álbum, guardado ahora en una caja etiquetada y asegurada con cinta de embalar marrón. A veces, le leía a Samantha algunas de esas historias. Sobre la fundación de la ciudad a cargo de unos colonos que levantaron una pequeña iglesia que luego fue reformada en más de una oportunidad, una taberna, el edificio que servía de ayuntamiento, una comisaría, y las primeras casas de los moradores de estas tierras. Habló de cómo esos colonos habían tenido que luchar contra una desconocida tribu de nativos de cuya existencia no se había hallado registro alguno. Según lo que recordaba, la tribu no contaba con tantos miembros por lo que su exterminio no le ocasionó tantos pesares a los colonos que encima habían recibido un poco de ayuda de los pueblos vecinos. Luego recordaba cómo su padre en los dos últimos años de su vida pasaba más tiempo investigando el portal con John que cualquier otra cosa. Cuando murió, después de quedarse dormido sobre su mesa de trabajo en el cuarto de control desde el que John realizaba las lecturas del portal, Samantha sabía que su padre se había llevado historias que hubiese querido contarle a ella pero que no lo hizo. No sabía por qué y John sabía menos. Samantha lo sabía de tanto mirar los ojos de su padre, aún a su escasa edad. Había un lenguaje furtivo en ellos. Había aprendido a ver las letras pero nunca a leerlas. Era como encontrarse con las tablillas de arcilla de un pueblo muerto sobre las que habían grabado un texto incomprensible. Sin embargo, allí estaba ese texto y por supuesto tenía un significado que ella siempre se esforzó por decodificar. Pero las tablillas se volvieron polvo con el último aliento que su padre dio en la soledad del cuarto de control. Por supuesto, esas historias estaban relacionadas con la casa. El por qué su padre había hecho lo imposible para comprar esa casa nunca había quedado muy claro para Samantha. Suponía que después del incidente del portal, su padre se había volcado de lleno a convertirse en el dueño del edificio de la esquina de Corin y Theroy. En el tiempo que le había llevado hacerse con la propiedad, Samantha apenas sí veía a su padre, como lo supo más tarde por

una tía a la que Louie dejaba a cargo el cuidado de su hija mientras él batallaba con abogados, escribanos, documentos de esto y de lo otro. Por supuesto estaba la herencia del lejano pariente que solo había tenido lugar en la segunda línea temporal. En la primera, Samantha había comprado la casa porque siempre había sentido especial atracción por ella. Pero en la segunda, una herencia transatlántica rodeada de tanto misterio como el texto intraducible de los ojos de su padre, le había permitido al hombre viudo que siempre había trabajado para pagar la hipoteca de su primera casa, adquirir un inmueble que doblaba el valor de su vivienda actual. Cuando Samantha creció, y gozando de una próspera estabilidad económica, viajó a Europa en busca de la casa donde vivían sus antiguos parientes de los que su padre había recibido la herencia. Al parecer era un lugar de Inglaterra, por los documentos que conservaba de su padre, sin embargo, nunca dio con el benefactor ni con nadie que le pudiera facilitar la mínima información de algún Polson fallecido en aquellos años. Siempre se había preguntado si su padre conocía a ese familiar o si le habían hablado sus padres de él. Samantha no supo de su existencia hasta que llegó la noticia de la herencia y sospechaba que su padre tampoco a pesar de que le decía que su tío Morty de Europa le había dejado mucho dinero. Ese nombre figuraba en el documento del que Samantha se valió para buscarlo en Inglaterra, pero al final dudó de si ese nombre había sido real. Tal vez, el efecto mariposa causado por el portal transformaba las relaciones causales de los elementos de la realidad física o tal vez, en su afán de mantener su funcionamiento de acuerdo a las leyes descubiertas por los humanos, el universo había tenido que optar por dar lugar a eventos absurdos dentro del nuevo desorden que había descendido sobre todas las cosas.

Cuando John terminó de contar su parte, extendió los brazos para relajar los músculos y sonrió. Era una sonrisa que pocas veces Samantha había visto en él. Cuando lo hacía, era porque había conseguido encontrar algo dentro de los caminos de su estudio que le había abierto otros nuevos o que lo habían conducido a un callejón sin salida. Sonreía porque no se atascaba o porque podía descartar vías de acceso a algún conocimiento. Era un divertimento personal que no compartía con nadie, uno de los placeres egoístas que se reflejaba en su actitud pero especialmente en una sonrisa que no se extinguía durante un largo rato. Sin embargo, esa vez era diferente, porque Samantha sabía que había estado narrándoles los motivos de su buen humor desde el momento en que había abierto la boca.

—Ahora pasaré el turno a KillerMonkey —anunció John—, cuyo nombre prefiere mantener en el anonimato por razones que le competen a él.

Sin decir más, KillerMonkey se puso de pie, caminó hacia la habitación de John que tenía la puerta abierta y las luces apagadas y extrajo del interior una guitarra. Era una guitarra criolla, cuya madera estaba pintada de negro y plata y las cuerdas tenían un brillo metálico que atrapaba la luz en cada una de ellas. Sin cruzar la mirada con nadie, KillerMonkey volvió a su asiento. Su tez había adquirido un tono rosado. Acomodó la guitarra en sus piernas y puso las manos en las posiciones adecuadas para comenzar a tañerla.

—Es una canción antigua. Tanto que su autor es anónimo. La melodía se la inventé yo pero la letra no. Esta ya existía en los documentos apócrifos que las autoridades de la ciudad habían creído eliminar por completo. Sin embargo, una copia de la misma sobrevivió gracias a algún héroe, también anónimo. Esta parte de la historia tuvo que mantenerse oculta, muy oculta para poder llegar a nuestros días, emergiendo a la superficie solo como ramalazos de rumores que la gente común se contaba en noches de tormenta o a la sombra de algún caserón abandonado para realzar la intensidad del misterio. Algunos ancianos la contaban a sus nietos, asegurándole que los hechos eran verdad, aunque creyeran lo contrario. No tenían idea de que estaban revelando hechos de la historia de esta ciudad que realmente habían ocurrido en una época muy antigua, donde los mitos poblaban la imaginación de los hombres. Con el paso de los años, la historia fue olvidándose, aunque pocos individuos la conservaron como un tesoro cuyo valor era mantener oculto al hombre moderno. La forma de esta pieza es un tipo de verso cuya métrica es única al igual que la distribución de sus versos. Me tomé la libertad de añadirle una melodía que creía que se ajustaba más al tema y al tiempo remoto en la que esta historia apócrifa fue puesta en escrito. Espero que la disfruten... o al menos que la conozcan.

En este punto, John había vuelto a su habitual actitud meditativa, un rostro de piedra que se desviaba de puntos azarosos para evitar detenerse ante la presencia de la entidad que él aseguraba entrever detrás del velo que para todos los demás era la cuarta pared del escenario del mundo. Por un momento cruzó la mirada con ella y no pudo evitar retraerse aún más a su interior mientras suspiros invisibles lo asaltaban.

—*Ante el mundo virgen de hombres, el naufrago llegó hasta un promontorio de rocas y malezas.*

El agotamiento salía a raudales por su rostro, por sus piernas, por sus brazos.

Exhausto el naufrago, con heridas del fuego aéreo buscaba la muerte como remedio a su dolor.

Su energía se había agotado, su voz se había escapado.

Solo tenía sus manos, solo tenía sus piernas, para traer de nuevo fuego aéreo.

Pero sin la voz, su destino estaría sellado. No podría volver al mundo que había perdido.

Pero tenía las piedras. De todos los tamaños a su alrededor. Rocas grises con las formas que la tierra y la tormenta les habían dado.

El naufrago comenzó a dibujar con ellas. Sobre la tierra.

Formó las líneas, los círculos, las ondas, los ángulos y las puntas. Colocó las rocas pequeñas, hizo rodar las grandes.

Algunas le desgarraron la piel, otras se le clavaron en los huesos de sus dedos. Pero el naufrago continuó hasta que su dibujo estuvo terminado en la tierra.

Luego usó sus manos para escribir los signos en el papiro del aire. El viento le respondió, y los árboles a su alrededor le respondieron, y la hierba a sus pies doblegaron sus cuerpos para decirle que su casa todavía estaba igual de lejos.

Soles y lunas se persiguieron en torno al naufrago en repetidas ocasiones sin que este lograra despertar al espíritu del dibujo.

Una y otra vez el naufrago entraba y salía del umbral de su vida. Una y otra vez sus manos escribían en el papiro del viento.

Una y otra vez las rocas no hacían nacer al fuego aéreo. El naufrago cayó en medio del dibujo, dejando su sangre entre las rocas. De pie, en el umbral de su vida, pudo ver el dibujo desde la altura de los espectros azules que vivían sobre las nubes, dentro del viento de las estrellas.

Entonces pudo ver y movió sus pies fuera del umbral. Buscó más allá del promontorio de tierra donde el dibujo aguardaba una última clave. Una roca plana y redonda. Una luna pequeña que sus manos pudieran arrastrar.

Su aliento escaso e hirviente. Sus piernas sosteniendo el duro peso de una vida a punto de cruzar el umbral. La roca luna fue puesta sobre otra cuadrada y allí permaneció hasta que el naufrago de otro mundo pudo salir de nuevo del umbral de su vida.

Otra vez, empujando el aire como si fueran olas embravecidas, sus manos escribieron en el papiro del viento. Entonces el viento abrió una pequeña puerta ante el naufrago.

Una sonrisa que temblaba a punto de caerse de su rostro. Dentro de la puerta, las nubes se abrazaban y la oscuridad quedaba oculta detrás de ellas.

Los árboles festejaron y bailaron con el viento, haciendo saltar sus ramas y sus hojas.

El viento ascendía a las nubes y se arrojaba a la tierra para atravesarla y antes de que la roca luna empezara a girar por el festejo del viento, el polvo y los árboles, el náufrago atravesó la puerta secreta del viento y desapareció en su abrazo de nubes.

La roca de luna giró y giró cuando la puerta secreta se cerró detrás del náufrago. Y durante incontables persecuciones del sol a la luna, se mantuvo girando cuando el viento volvía a bailar con los árboles y la tierra y las nubes.

Hasta que el hombre llegó y la roca de la luna desapareció y el promontorio se hundió y las piedras se convirtieron en polvo.

Solo los pájaros y los animales y un hombre solitario pudieron atisbar alguna vez los contornos de la puerta secreta, antes de que el viento distraído los borrara de nuevo.

KillerMonkey siguió dejando salir la música a través de su guitarra negra y plata después que la historia había parecido llegar a su fin. Era el epílogo que KillerMonkey había escrito para cerrar el apócrifo de esa leyenda. Después de un silencio en el que cada uno dejaba al otro que sus pensamientos les hablaran sobre lo que habían escuchado, John del presente se enderezó en su sillón y puso su cuerpo en dirección a Samantha.

—Tu padre conocía esta historia, Sam —dijo John—. Y a pesar de lo que hubiese deseado él, creo que es hora de que la conocieras en vistas a la situación que vivimos. Creo que ya pasamos el punto de no retorno, al menos yo, John del pasado y tú. Por eso puedo dar por cumplida la promesa que le hice a Louie de no contártela hasta que estuviese seguro de lo que era ese portal. No estoy seguro de lo que sea, por supuesto. Pero por lo que viene ahora, vamos a actuar como si lo estuviéramos.

Capítulo 21

A pesar de todo, se había quedado a dormir. De nada habían servido sus palabras de negativas emitidas en enunciados cortos sin verbos. Él había podido ver cómo sus ojos refutaban sus palabras, cómo su voz se apresuraba rápido a extinguirse en cada rechazo como si temiera que él atrapara la verdad que sus palabras llevaban a escondidas. Era un hombre atractivo sin duda, el primer hombre atractivo que se fijaba en ella de ese modo. Para Matilde era una situación aislada de todas las otras vivencias previas en su vida ante la cual no tenía ninguna herramienta para apañárselas. Ahora que era ella, una profeta de multitudes, había muchos que querían obtener algo más que su guía hacia Persépolis. Pero él era el que más cerca estaba. Ella lo había permitido. Y esa noche que la llevó hasta su departamento, le pidió quedarse a dormir. Matilde sabía lo que significaba ese simple pedido. Viniendo de un hombre como él, tan cerca de ella. Ese hombre de manos grandes, de hombros tan anchos que cuando estaba a su lado Matilde creía que un edificio había emergido de la nada para ocultarle el sol. Matilde sabía que sus repetidas palabras de excusas no eran nada creíbles. Sonaban a una vergüenza detrás de la cual resonaban los tambores del deseo. Y allí estaba él. Se había quedado con una remera blanca y sus pantalones sin cinto, con sus pies descalzos sobre el suelo de cerámicos rojos del departamento. Le estaba preparando un estofado de spaguetti. El aroma de la salsa, la cebolla y los pimientos hacía que Matilde estuviera cerca de él, contemplándolo cómo cortaba los ingredientes de un plato que ella iba a probar y que no había sido preparado por sus manos o las de su madre, sino por la de un hombre que le había pedido quedarse a dormir con unos ojos que la soñaban despierto.

Le dieron un casco a Samantha y a Tate. Los dos John también se los habían calzado en sus cabezas. Tenían otro más por si hubiese ido Dixie con ellas pero la directora del circo de granja estaba de gira con sus animales, sus payasos y sus acróbatas. KillerMonkey se había instalado con sus tres computadoras contra uno de los extremos de la sala de estar de John. Los

sillones y los muebles que estorbaban fueron llevados a un rincón y depositados de tal forma que parecía que en la casa se iba a iniciar una mudanza. En el centro de la sala, estaban los que iban a ingresar al universo virtual creado por KillerMonkey. Hasta el momento, Samantha solo veía un vacío de color verde que estaba en todas partes. Después oyó un sonido, como el silbido de una pava después de que el agua en su interior rompiera el hervor, pero proveniente del otro lado de un grueso muro. Enseguida, del mundo verde, pasó al blanco pero este no estaba vacío. Al principio pensó que eran tuberías, como el protector de pantallas de una computadora en los viejos sistemas operativos, pero después comprendió que se trataba de otra cosa. Eran largos tubos de un blanco un poco más oscuro que el entorno que los rodeaba. Pero también se veían como raíces tubulares cuyo exterior se movía como si por dentro estuviese fluyendo algo. En algunos puntos, estos tubos se anudaban, engrosando sus dimensiones para continuar luego en una dirección diferente, o bien se producía una bifurcación o hasta una trifurcación por lo que Samantha podía ver. Se miró su cuerpo debajo de su cuello. Sus piernas y sus pies estaban enfundados en un traje azul entero, como un buzo o el uniforme de un navegante espacial. Al lado de ella estaba Tate. El rostro no era el de Tate, sino el de una mujer calva con facciones de maniquí. Del otro lado, los dos John, embutidos en su enterizo azul no presentaban rasgos que lo diferenciaban de Tate y suponía que también de ella misma. Todos estaban flotando. Sus cuerpos levitaban con ese vaivén entre ascenso y descenso tan característico de los espectros en los dibujos animados. Las raíces tubulares parecían no tener fin. Se extendían en todas direcciones, sin provenir de ningún sitio, ni dirigirse a ningún punto en particular.

—Este es el lugar intermedio del portal —dijo John del presente, enfrente de Samantha y Tate—. KillerMonkey lo creó siguiendo las indicaciones y especificaciones de John del pasado. Como pueden ver no tiene mucho sentido, ¿no les parece? Es como si John se hubiese golpeado la cabeza y hubiese experimentado una visión demencial. O bien, que John se hubiera pegado un viaje de LSD y nosotros estuviésemos tan locos como él para seguirle el juego.

—¿Puede haber algo de cierto en eso? —preguntó Tate, cuyos pies se movieron como si caminara pero al quedar inclinada en un ángulo extraño con respecto a los demás, se asustó y se permaneció quieta hasta volver a recuperar su posición normal.

—No, Tate —rio John del pasado—. Lo único que he probado en mi vida fueron un par de cigarrillos de marihuana pero en las dos ocasiones me

produjeron un mareo que dio por finalizada mi relación con cualquier tipo de sustancia.

—Lo mismo digo yo —señaló John del presente—. Esa relación jamás se reanudó en lo que siguió de vida.

—¿Es este el lugar que has estado viendo todo este tiempo, John? —preguntó Samantha, inclinando su cuerpo hacia adelante sin usar sus pies ni sus piernas. Se trasladó de un punto a otro como si estuviera hecha de vapor.

—Muy bien, Samantha —se oyó la voz de KillerMonkey—, ya has pillado el movimiento.

—Nunca supe lo que estaba viendo realmente, Sam —confesó John del presente—. Eran sombras uniformes vistas detrás de un telón blanco. Juegos de luces. Y sobre todo, esa criatura, como unas líneas autónomas que formaran algo imposible de asociar con otra cosa conocida. Pero John del pasado sí lo vio. Estuvo en este sitio y escapó. Gracias a eso, podemos ver la representación que KillerMonkey hizo de ese lugar. Según John es bastante fiel al original.

—¿Y de qué nos sirve saber esto John? —Samantha descendió hasta casi tocar con sus pies uno de esos tubos blancos.

—Son túneles —dijo John del pasado—. A través de ellos, la criatura se mueve por este vacío, sin tiempo ni espacio, de acuerdo a lo que John del presente pudo deducir.

—No es un lugar al que la materia, como nosotros la conocemos, pueda acceder, a pesar del traspaso de los viajeros del portal. Todos vimos en qué estado llegaron sus cuerpos. Dada la naturaleza del embudo del portal, supongo que sería la única manera para que un lugar o no-lugar de estas característicasentre en contacto con el mundo material. De lo contrario, jamás hubiésemos tenido noticias de él.

—No entiendo —la voz de Tate era imperativa, como si se afanara con sus propios recursos para seguir el razonamiento de John, sin que el sentido global del mismo acabara por convencerla—. Si no es un lugar para la existencia de la materia, cómo es que vemos estas cosas, estos túneles suspendidos en el espacio. ¿No están hechos ellos de materia? ¿No los vio John del pasado cuando estuvo dentro del portal?

—Aquí es donde se pone bueno —John del presente dio tres vueltas completas en sentido vertical como muestra de que aquello le fascinaba—. Lo que John vio, lo que seguramente vieron todos los que salieron con vida del portal, ocurrió en la dimensión del pensamiento. Me atrevo a decir que estos túneles blancos son la representación que su mente hizo de algo que no tenía

una forma definida, adaptándolo a un entorno físico que el pensamiento sí pudiese procesar. O tal vez, es la imagen creada por la combinación de este no-lugar con la parte de nosotros que no es materia.

—¿Me estás hablando del alma, Johnny? —Samantha enarcó las cejas, aunque su avatar sin expresión no movió el menor músculo facial.

—Creo que en este punto, los nombres demuestran inequívocamente su naturaleza arbitraria. Llamémosle alma, espíritu, neuma, psique, mente. Lo que sea, es una parte que no depende de la materia para existir, y por lo tanto ninguno de los sentidos que sirven para percibir la vida del mundo físico puede captar esa realidad, por llamarla de una forma. Pienso, que ese lugar intermedio, ese vacío del tiempo y el espacio, donde la vida tiende a desaparecer como casi lo hizo en los cuerpos de los viajeros, es otra dimensión a la que ellos solo pudieron acceder con esa parte que aparentemente, según lo que ha experimentado John, prescinde de la materia. Y en esta región, la criatura que hizo estos túneles, se alimenta de algo que nosotros producimos. Y ahora vamos a ver de qué se trata.

Capítulo 22

El sofá nunca había sido una opción. Ni siquiera Matilde le sugirió que lo convirtiera en cama, ni mucho menos le buscó una frazada y una almohada para que se pusiera cómodo. Después de llenarse con el estofado que había superado todas las expectativas de ella, Marc la tomó de la mano, apenas rozando la piel de sus dedos que habían quedado en el punto muerto de la inacción. Caminó y ella solo dejó que sus piernas respondieran para evitar el ridículo. Él se sentó al borde de la cama y la atrajo a su lado. Matilde tenía la vista fija en su pecho, en una piel que no era la suya, sino la de un hombre que la deseaba, tan cerca que bastaba con extender la mano para tocarlo, por primera vez. No había espacio en su cuerpo que no mostrara el rubor de su sentimiento. Uno nuevo, por la proximidad de la carne. Marc llevó la mano a su mejilla y le corrió el cabello detrás de la oreja y Matilde pudo sentir su propia temperatura en la palma de él. Cuando la besó, Matilde cerró los ojos y los pensamientos que tenía en ese momento se evaporaron como si de repente su cráneo se abriera para expulsarlos hacia el vacío del espacio exterior. Solo había dos lenguas que se tomaban y se soltaban en una danza sin consciencia. Cuando entreabrió los ojos estaba en la cama y Marc besaba sus pezones mientras sus piernas lo envolvían hundiendo su cuerpo en el cuerpo de ella.

Ascendieron entre los túneles blancos, los cuatro formando un círculo. KillerMonkey les hablaba, conduciéndolos como un guía turístico entre las formas de su creación. La parte exterior de los muros vibraban como tentáculos flotando debajo del agua. Vistos de cerca, también tenían vellosidades, protuberancias de diversos tamaños y formas. Cuando Samantha pasó su mano por uno de ellos, hasta donde alcanzó la vista, el material del túnel adquirió el aspecto de una piel de gallina con sus vellosidades erizadas. Luego de unos segundos, volvió a la normalidad.

—Me tomé el trabajo de adherir algunos detalles de acuerdo al relato de John —comentó KillerMonkey—. Espero que despierten buenas impresiones.

—Aún no entiendo qué propósito tiene toda esta maraña de túneles en un lugar tan desprovisto de existencia como este —dijo Samantha, un momento antes de que todos se detuvieran frente a uno de los nudos desde los que muchos túneles cambiaban de dirección o formaban otras ramificaciones.

—No te propongas hacerle entender a tu mente la lógica de este lugar, Sam —respondió John del presente—, para eso, deberíamos deshacernos de nuestras propias estructuras de pensamiento, del modo en cómo formamos nuestro conocimiento y eso es algo que no se puede lograr de un momento a otro.

John del pasado fue el primero en atravesar el nudo del túnel, hundiéndose en su interior. Le siguió John del presente, que al quedar con la mitad de su cuerpo fuera del nudo, le hizo un gesto a Samantha y a Tate para pedirles que no se demoraran allí, acto seguido se sumergió en el túnel.

—Después de ti —invitó Samantha, haciendo una reverencia a Tate y metiendo una de sus manos en el nudo.

—Sigo pensando que nos hubieran ahorrado todo esto si solo nos hubieran explicado de qué viene este tema del portal —Tate negó con la cabeza mientras se adelantaba a atravesar el nudo.

—Y perderse toda la diversión de la producción de KillerMonkey —la voz del diseñador llegó del horizonte, reverberando con un tono jocoso que desentonaba con aquel ambiente.

Después de Tate, Samantha cruzó la materia del túnel, como un espectro. Era como atravesar la mantequilla con un cuchillo. Lo que la esperaba dentro, la tomó de sorpresa. Se hallaba en su casa de Corin y Theroy, pero en un tiempo diferente. Todas las cosas con las que había decorado el hogar luego de la muerte de su padre no estaban, excepto, por supuesto la cámara de cristal que pretendía proteger el resto de la casa de los efectos del portal. Los demás objetos habían sido reemplazados por los viejos ornamentos con que su padre había convertido aquel edificio en un hogar para él y su hija. Sillas de madera, una mesa redonda cubierta por un mantel blanco que Samantha había quitado porque ocupaba un espacio demasiado grande de la sala de estar, los cuadros con las fotografías de su madre que ella había guardado porque era como ver el rostro de una extraña, por más que algunos de sus rasgos la delataran como su inconfundible progenitora. La alfombra debajo de todo lo que se elevaba en el interior de esa casa que regaló en una subasta de caridad luego de dejarla impecable, casi como nueva. Las habitaciones por las que había corrido y jugado cuando era niña, los muebles con los que había tropezado, la pintura de las paredes con las que había tenido los primeros

sueños que recordaba. Y los avatares de las personas que los efectos del portal había hecho desfilan por su vida. En la habitación de su padre, cuyas paredes ella había demolido para ampliar la cocina, la luz estaba encendida y la sombra de un hombre se proyectaba en la puerta blanca. Alguien estaba hablando por lo bajo. No era KillerMonkey. Tampoco ninguno de los otros. Tate estaba atenta a lo que pasaba en aquella habitación, al igual que Samantha. John del presente se acercó a su amiga y puso sus manos los hombros de ella. Su rostro de maniquí tenía una línea recta por boca. Sus ojos, eran dos esferas de iris azules y una pupila tan pequeña como un grano de arroz.

—Tienes que verlo, Sam —John habló con ese temblor que aparecía cada vez que la criatura del portal mostraba sus difusos contornos tras el velo de la realidad—. Ya habrá tiempo para disculparme. Pero creo que es mejor verlo con tus ojos. No es una reproducción fiel de lo que recuerdo, pero es lo suficiente para que te hagas una idea de cómo tu padre fue el primero en saberlo, fue el primero en sentir ese otro mundo y el primero en arrepentirse de haber comprado esta casa. Pero ya era tarde para volverse atrás, solo quedaba el estremecedor camino hacia adelante. La materia de esta dimensión no tiene otra opción que seguir el curso del río del tiempo.

—¿Es también un maniquí, John? —preguntó Samantha. En la puerta blanca del dormitorio de su padre, la sombra se alargaba y se encogía con el andar furioso de él. El murmullo de su voz corriendo al ritmo de su ánimo exaltado por la euforia o el miedo.

—Ve Samantha, por favor.

Samantha llegó hasta la puerta blanca. La cama de su padre, con su frazada marrón enrollada a los pies. La mesa de luz con la lámpara de lectura encendida y un libro abierto debajo de su luz. La ropa de su padre, derramándose de su armario y colgando de un perchero oculto bajo sacos y camperas. Y de espaldas, frente al espejo oblongo colgado encima del modular, su padre estaba de pie, con la cabeza caída sobre una de sus manos que apretaba la frente. Al lado de su padre, con el rostro marcado por el pesar, estaba John, un poco más crecido que el John del pasado pero con menos arrugas que el del presente.

—La historia de Pearce es real, Louie. No la que aparece en los libros de historia acerca de los colonos de esta ciudad. Sino la que cuentan los nativos. Pearce es el naufrago de la canción, Louie. Pearce es el que abrió la puerta del viento para volver a su mundo.

—El promontorio de tierra —dijo Louie y el sonido de su voz sobrecogió el corazón de Samantha—. Las rocas con las que formó el símbolo...

—Estuvieron en este lugar —John terminó su enunciado—. Esta casa es el lugar donde el portal se abrió y Pearce desapareció. Lo descubrimos, John. La leyenda es real, la historia en cambio no es más que una tapadera que se mantuvo gracias al sentido común.

—No eleves la voz, John —dijo Louie, alzando una mano en señal de prohibición—. Samantha no tiene que saberlo. No sabemos qué consecuencias podría traernos estos descubrimientos. Mientras menos sepa ella, tengo que creer que estará a salvo.

La expresión reflejada en el rostro de John le indicó a Samantha que él no creía en lo que acababa de decir su padre. John, en ese momento, dudaba de que alguien en el mundo estuviese a salvo de las consecuencias de lo que había vuelto a suceder allí.

—Algo no entiendo —Louie, de espaldas a Samantha, se había sentado en su cama, con las dos manos sobre el colchón, como si en cualquier momento se propusiera levantarse—. La leyenda de Pearce dice que él llegó a este lugar antes de que cualquier signo de vida humana apareciera. Eso quiere decir que no hubo ningún alma que registrara ese acontecimiento. Tanto los mitos y leyendas son producto de la imaginación de los hombres, nacida en el seno de una comunidad primitiva. Sin embargo, en esa época remota, ¿qué ser inteligente fue testigo de un acontecimiento que involucró a un solo individuo?

—No te olvides de que los mitos —explicó John— narran el nacimiento del universo desde una perspectiva maravillosa y mágica. Si fuera por eso, ¿cómo es que los humanos tenían conocimiento del nacimiento de dioses y de la formación de los planetas sin siquiera poseer el saber científico con que validamos hoy la verdad?

—Convertían lo que veían en símbolo o lo antropomorfizaban, John —recalcó Louie—. Imaginación, unida al razonamiento y a una observación profunda de la realidad. Pero esto es diferente. Es una leyenda, y las leyendas sabemos que son posteriores a los mitos. En ellas, el elemento humano estuvo presente en los eventos maravillosos acerca de los que se crean las historias. Aquí no estamos hablando de un dios. La canción que relata el paso de Pearce no dice de él que fuese un creador, ni un ser que sería el primer antepasado de los nativos de la zona. Su mismo nombre, John, por favor. ¿Te parece que es un nombre característico del campo semántico de los nativos de este lugar? Pearce no era un nativo. Pearce era un viajero. Algo o alguien que tuvo que

usar sus habilidades, desconocidas para los nativos, para volver al lugar de donde había venido.

—¿Extraterrestre, viajero del tiempo, ser extradimensional? —John enumeró con sus dedos las posibilidades.

—Hacerse esa clase de preguntas con los apenas escasos datos que tenemos es puro ocio, John —el perfil del rostro de su padre fijó los ojos por primera vez en su amigo. KillerMonkey había hecho una reproducción exacta de las fotografías que Samantha conservaba de él. La gesticulación había respetado las directrices de John, la única persona viva que Samantha conociera que podría recordar con la mayor precisión posible, los relieves en movimiento de sus facciones. Ella era muy pequeña cuando su padre se había ido. Su mente de niña no había alcanzado a tallar en bronce su aspecto. Contaba con las fotografías y un solo video que había grabado con John en el inicio de sus investigaciones. Pero ninguna de las dos fue suficiente para recrear a su padre en las galerías personales de su experiencia diaria. La forma de la nariz y el modo en que su pómulo se comprimía al entrecerrar su ojo era el original de su propia imagen en el espejo. Samantha tuvo que controlar su respiración para no quebrarse en llanto. La tecnología que había usado KillerMonkey era sorprendente. No había nada en el nivel de detalle de las imágenes de John y Louie que los delataran como creaciones digitales.

—Lo único que tenemos a nuestro favor —prosiguió Louie—, es la apertura del portal. «Las puertas del viento» de la leyenda. Pero entender su funcionamiento es algo que nos puede llevar generaciones y generaciones. Por el momento, somos los únicos con acceso a su estudio. Tenemos la tecnología necesaria gracias a los aportes de ese anónimo familiar y los conocimientos que tú estás cosechando todos los días en tu formación. Con el tiempo sabremos más si es que continuamos con un experimento repleto de peligros. Temo por Sam, sobre todo. Esta casa no es un lugar seguro para ella. Si algo le llegara a pasar por mi curiosidad...

Louie bajó la cabeza, escondiéndola entre sus hombros. John esbozó una sonrisa. Era la misma que siempre usaba para las circunstancias en que cualquier palabra hubiese sobrado.

—Ella estará bien. Sabremos cuando detenernos, Lou. Iremos con cautela.

—No sé si eso depende de nosotros —manifestó Louie, con la voz filtrándose con esfuerzo afuera de sus labios.

—Lou, por lo poco que tenemos hasta ahora, el portal bien puede ser un fenómeno desconocido del tejido espacio-temporal, capaz de ser comprendido mediante las herramientas que nos ofrece la ciencia. Por supuesto, al ser

único, el paradigma con el que contamos necesitará varios ajustes, pero si nos dedicamos de lleno a ello, creo que muy pronto veremos avances.

—Necesito estar seguro, John. Lo que tú y yo vemos. Esa forma que se mueve detrás de las cosas. Si es una entidad de algún tipo, necesitamos saber si puede llegar a ser dañina para la vida de este mundo. No podemos continuar con nuestro trabajo si eso es capaz de tener algún efecto nocivo en esta realidad.

John permaneció en silencio. Estaba claro que las palabras de su amigo lo habían afectado, oscureciendo su rostro por un estremecimiento tenebroso. Sus ojos se movieron por la habitación mientras el resto de él se mantenía rígido, como una efigie de sí mismo esforzándose por cobrar vida.

—¿Y cómo esperas que sepamos eso? —fue la pregunta de un hombre asustado. Un ruego, detrás de una falsa imagen de inexpresividad.

—Tenemos que verlo. Lo más de cerca que podamos. Pienso que estaremos seguros mientras estemos de este lado. Él no vendrá hasta aquí. No puede atravesar el muro que separa nuestros mundos.

—Lo que propones es una locura, Lou —John se alejó hasta casi alcanzar la puerta. Estaba de frente a Samantha, mirando a través de ella, a escasos centímetros. Sus ojos no dejaban de moverse como insectos que esquivaran los amagues de una mano invisible. Como siempre ella lo había conocido. John Feraud nunca había descansado después de que la entidad del portal se mostrara al acecho. Una sombra indefinida que flotara detrás del telón de la vida, repitiéndole a cada rato cuan delgado y frágil era el material sobre el que siempre ha estado en marcha la comedia de la humanidad. Y a pesar de todo, había tenido la energía de volverse doctor y de ser un amigo y un segundo padre para ella.

—Tengo que hecerlo, John. Ahora mismo —Louie se dio vuelta y Samantha pudo ver el rostro del padre que se había ido demasiado temprano para que ella cultivara recuerdos que no se desvanecieran con el paso del tiempo—. Por eso te he llamado. Para que cuides a Sam, mientras yo averiguo lo que pueda de esa cosa. No tardaré mucho. Sé que hay un riesgo desconocido en lo que pretendo hacer, pero una vez abierto ese portal, no podemos predecir que un desastre se desate en cualquier momento.

—No lo sé, Lou. No estoy de acuerdo. Por favor, sigamos nuestra investigación con la prudencia requerida en un caso como este. Tien...

—Nada, John. Lo haré hoy mismo. Tengo que hacerlo. Tengo que tocar este extraño fuego con el que estamos jugando antes de que el fuego nos toque a nosotros.

John preparó los instrumentos para realizar las lecturas en caso de que el portal se abriera. Los monitores de las computadoras y los paneles que captaban factores como la actividad electromagnética, la temperatura, la variación de la composición química del ambiente eran modelos viejos pero el lugar que cada uno ocupaba en el cuarto de control era el mismo. John se sentó frente al panel de control y Louie trasladó un sillón de alto respaldo y lo ubicó junto a la cámara de cristal que encerraba el espacio del portal. Con la espalda apoyada en el respaldo y las manos sobre las rodillas, Louie se dedicó a la tarea de observar un punto fijo en dirección al espacio que se rasgaría si el portal emergiese. Al cabo de diez segundos, el rostro del padre de Samantha se transfiguró por un temor que crecía a cada movimiento de las agujas del reloj. Samantha lo había visto otras veces en su amigo, en una de esas batallas que él se jugaba para averiguar si la delgada frontera que lo mantenía separado de la criatura había recuperado su antigua envergadura o si todavía tenía que continuar viendo a su vecino cuando sus ojos se tomaran un descanso de tanto ir y venir. Su padre luchaba por mantenerse quieto. Sus dedos apretaban los huesos de sus rodillas y su boca se abría y se curvaba a medida que el tiempo lo mantenía al tanto de que esa entidad estaba tan cerca como siempre. Samantha veía cómo la sangre huía hacia las partes más alejadas de su cabeza, huyendo de los ojos, para esconderse con toda seguridad en los dedos de sus pies, resguardándose dentro del compartimiento de sus zapatillas. Entonces ocurrió lo que John Feraud rogaba que no ocurriese. Louie Polson cerró sus párpados y su cabeza quedó colgando contra su hombro derecho. Se había quedado dormido. Y no era cualquier sueño. Era un sueño provocado por el contacto de su vista fija en la forma indefinida del ser que habitaba en los túneles blancos. Era un sueño peligroso. Nadie como John para saber eso, quien se levantó de inmediato y corrió atravesando la sala hacia las escaleras de la casa. Samantha sabía que iría directo a la habitación donde ella estaba durmiendo. Cuando pasó cerca de ella lo oyó decir: «Me cago en ti, Louie. Esa cosa nos atraparé. Maldita sea, despierta Louie». Pero sabía que despertarlo en ese momento no tendría resultado, no después de caer en uno de esos sueños inducidos por la visión de la entidad. Lo mejor que podía hacer era mantenerse alejado de su influencia. Por eso corría a la habitación de Samantha. Para mantenerla alejada de la casa de Corin y Theroy. Pero estaba a mitad de camino de las escaleras cuando el interior de la casa se separó en fragmentos que se estiraban y disolvían como volutas de humo hasta disiparse, sin embargo, detrás, otro escenario había llegado para reemplazar el de su casa. En este, un Louie muchos años más

joven le decía a su esposa que tuviera la decencia de esperarlo. Él no podía pedalear con la constancia y la fuerza de ella. Que al menos le otorgara una dignidad fingida, reduciendo su velocidad. El cuerpo de maniquí de Samantha los seguía como una cámara de dron a una corta distancia delante de ellos. Estaban en un sitio, donde un suelo de un tono ferroso se extendía por un horizonte ondulante de guijarros, lomadas y ocasionales manojos de hierba que sobrevivían bajo un sol que parecía tener el doble del tamaño normal. Samantha no podía sentir la temperatura de ese sitio pero por los detalles del sudor de sus padres cayéndoles por debajo del casco de seguridad y humedeciéndoles sus remeras, se daba cuenta de que el ambiente era abrasador. Nunca había visto a su madre, la imagen que tenía de ella era más producto de su imaginación que de las escasas fotografías que su padre conservaba de ella, las cuales, mientras ella crecía, observaba menos hasta que terminaron guardadas en una caja de la que no tenía noticias y que seguramente había viajado con su padre y ella para terminar debajo de los trastos en el desván de la casa de Corin y Theroy.

Hanna, la madre de Samantha, dejó de pedalear y apoyó sus pies en el suelo. Louie llegaba resollando a través de una cuesta empinada plagada de pequeños obstáculos. Iba tan lento, que la rueda delantera rebotaba en las piedras más grandes con las que se topaba. Se detuvo atrás de ella y se bajó de la bicicleta. Acto seguido se dejó caer en el suelo, lanzando todo el aire de sus pulmones. Sus piernas, debajo de su calza corta, habían adquirido el color rosado del pomelo. Su boca se encargaba de tragar todo el oxígeno que pasara por allí. En la distancia se podía ver un poblado que no podía estar a más de tres kilómetros. Se podían ver edificios de pocos pisos y los tejados de casas con caída hacia la parte delantera de las mismas. También refulgía el pavimento de las calles y a un kilómetro de donde estaban ellos, los árboles se sucedían al costado de la ruta que llegaba hasta el pueblo. Autobuses y camionetas eran los transportes que más salían y entraban al pueblo de Lopia para seguir de largo o para abastecerse en las gasolineras o en algún centro comercial expreso. Sin embargo, si uno daba un giro de trescientos sesenta grados en el sitio donde estaban Hanna y Louie, el pueblo parecía un espejismo recortado contra el cielo y el desierto. Hacia el este, había un desfiladero donde el terreno se volvía más duro y reseco hasta cortarse abruptamente. En el oeste, las rocas fungiformes emergían como puños de gigantes petrificados del suelo caliente.

—Estás para la sartén, cariño —se mofó Hanna y luego empujó su botella de agua en los labios para refrescarse.

—Creo que no fue buena idea proponer esta salida —dijo Louie, tomando aliento—. Te di la oportunidad de continuar inclinando la balanza a tu favor en la competencia de habilidades.

—Por hoy es suficiente. Además no me gusta dejar tano tiempo a Sammy sola. Apenas hace unas semanas la traje y ya me estoy desentendiendo.

—Yo no diría que tu madre equivalga a cero en la compañía de alguien, pero tienes razón.

—Búrlate lo que quieras pero yo no seré quien esta noche tenga que pagar las facturas de sus piernas.

Louie se sentó y abrió su botella de agua. Hanna bajó de la bici y la dejó con el pie de apoyo. Se alejó caminando despacio, estirando sus brazos y haciendo movimientos con el cuello para distender los músculos. De repente se detuvo, con su brazo derecho cruzado en su pecho, y la mano cayendo detrás de su hombro izquierdo. Delante de ella se aproximaba alguien corriendo con un pie cojo. Movía sus brazos arriba y abajo, enviándole a ella alguna clase de señal que Samantha interpretó como peligro.

—Louie —llamó ella a su marido que enseguida giró la cabeza en su dirección, con los codos sirviéndole de apoyo—, alguien se acerca. Es un hombre. No luce nada bien.

Louie se apresuró a reunirse con su esposa cuando al tipo le faltaban unos diez metros para llegar hasta ella. Samantha lo reconoció de inmediato. Era John del pasado. El mismo que había querido alcanzar la habitación de Samantha antes de que la casa de Corin y Theroy fuese reemplazada por el desierto que circundaba al acogedor pueblo de paso de Lopia. En ese momento, a Samantha la asaltó el fugaz recuerdo de un sueño que había tenido alguna vez. La única sensación que le quedaba eran los colores de ese sueño. Un color rojizo como la tierra de aquel desierto y azul grisáceo como el cielo ardiente encima de ella.

—Louie —dijo John, intentando recuperar el aliento después de haber surcado centenares de metros con un pie que no parecía estar en buenas condiciones—. Debes despertar, ahora. La cosa... tiene que estar por llegar.

—¿Conoces a este señor, Louie? —Hanna miró a su marido con la mitad de una sonrisa y los párpados protegiendo sus ojos del ardor solar.

—Lo siento —dijo Louie—, pero no sé de qué me habla. Debe estar confundíendome con alguien más.

—¿Qué? —John se sentó en el suelo. Estaba empapado en sudor, y su vestimenta estaba compuesta por un pantalón y remera blanco de una tela demasiado fina. Tanto, que su cuerpo se traslucía como una forma borroneada

pero que daba una idea de lo delgado que estaba John en esos tiempos— John, por favor. Me han perseguido, me he doblado el pie intentando escapar a través de los terrenos traseros de las casas. Pero estoy seguro de que no me han perdido el rastro.

—Deberías permanecer quieto si no quieres lastimarte aún más — aconsejó Hanna poniéndose de cuclillas con los brazos alrededor de las piernas—. Si fuera tú, no iría más lejos en esas condiciones. Si yo fuese un coyote, un puma o un tigre, tú serías la oferta más codiciada.

John no tenía nada que contestar a eso. Era extraño que Hanna, a quien John nunca había conocido, intentara bromear teniendo en cuenta que a sus ojos bien podría ser un loco o un criminal prófugo. Sin embargo, no le había pedido a su marido que siguieran su camino ni tampoco lo había tomado del brazo, como buscando protección frente a una posible amenaza. Si ella era un recuerdo de Louie o la imagen que su amigo se había fabricado y mantenía funcionando en su universo interior, entonces le había imprimido un sentido del humor un tanto ácido. En aquella mujer había una crueldad que se manifestaba con un lento rodeo de sensualidad.

—Es Sam, Louie —lo apremió John—. No sé dónde está ella en todo este lugar. Tienes que despertar ahora mismo o ellos llegarán.

—La pequeña Samantha está con su abuela —aclaró Louie—, en alguna de las casas de Lopia. A salva y esperemos que para bien de la abuela, durmiendo. Para ser un hombre extraño, conoces los nombres de los integrantes de esta familia. ¿De dónde eres?

—Louie —John pronunció las palabras con cuidado, susurrándolas—. ¿Eres tú? Por favor, dime al menos que eres tú con quien estoy hablando.

Las sirenas del patrullero fueron emergiendo, al principio como un rumor indefinido y después barriendo el aire caliente del desierto. John vio cómo la camioneta se salía de la ruta y enfilaba hacia donde estaban ellos. Louie y Hanna parecían no oírlas, entonces Samantha respondió a la pregunta de John como un espectador de un teatro de títeres que ve asomarse al villano por el fondo. Esos no eran sus padres. Eran extras de una historia que se iba cerrando en torno a John.

La camioneta frenó, produciendo un silbido metálico que hizo estremecer a Samantha a través del maniquí de su avatar. El polvo rojo se levantaba desde las huellas dejadas por el vehículo. Pronto, una neblina se contorsionó en sentido vertical y horizontal hasta ocultar una parte de la autopista a los ojos de John. De su interior se aparearon dos policías. Cada uno con su camisa marrón claro y sus pantalones negros. Sus gafas para el sol, sus placas

identificadoras, sus botas relucientes a pesar de que el polvo los envolvía y aquello que atraía sobretodo la atención de John. Sus cinturones con las porras y las pistolas reglamentarias. Ni Louie ni Hanna dedicaron un segundo de sus tiempos a los recién llegados. Ella seguía en su misma posición, de cuclillas, observándolo con un gesto de curiosa burla.

—¿Te has portado mal, hombre extraño? —preguntó Louie, limpiándose con el dorso de la mano el sudor de su boca.

Los policías le apuntaron con sus cañones y John se puso de pie de un salto y dio tres pasos torpes hacia atrás mientras extendía sus manos como escudo. Cuando cayó al suelo, levantó su pie dañado después de que el dolor se materializara en un gemido que provocó la risa en Hanna.

—¡Despierta Louie, hijo de perra! —gritó John, vaciando sus pulmones. Su voz se alejó saltando hacia los horizontes del desierto.

—Tú no sabes el grado de beneficio que nuestra presencia significa para tu amigo Louie —dijo Hanna poniéndose de pie. Su calza se adhería a las curvas de sus muslos y cadera, revelando la belleza que habitaba debajo de ese negro elástico—. Pero ahora nos interesa más tú que él. ¿Louie te ha hablado de este sitio, John, alguna vez?

John no respondió. Teniendo en cuenta el orden de prioridades, Samantha pensaba que las armas ocupaban el peldaño más alto en la escala de sus problemas.

—En ese sitio, él perdió a su esposa —continuó Hanna—. En un día como este en que él y ella habían salido a dar un paseo en bicicleta para que el viejo Louie hiciera funcionar un poco los músculos sino quería que la azúcar se convirtiera en un huésped un tanto indeseable. Desde aquel día, ese había pasado a ser un sueño recurrente de él, que cada vez se teñía del sabor de las pesadillas. Incontables noches él se ha despertado con el corazón en la garganta cada vez que veía a su esposa caer irremediamente ante el ataque de este amiguito.

Hanna llevó la mano detrás de su espalda y cuando la sacó, una serpiente de cascabel tenía clavado sus colmillos en la unión del brazo con el antebrazo, en el sitio donde la vena es en general más visible.

—John hubiese podido llamar a emergencias a tiempo —afirmó Hanna—. No hay mucha distancia hasta el pueblo. Pero recordemos que en aquel entonces, el celular todavía era un artefacto extraño entre ustedes. Sin embargo, John tenía uno pero lo había dejado en casa porque estorbaba durante el ejercicio. Solamente quedaba él, una esposa envenenada y las bicicletas.

John estaba exhausto.

Hanna se desplomó en el suelo. La serpiente, con espectaculares movimientos curvos dejó el brazo e irguió su cabeza enseñando su lengua a Louie, quien se agachó junto a su esposa y levantó su cabeza del suelo. Desde unas finas ranuras, ella hizo como si lo mirara pero enseguida cayó en la inconsciencia. Louie llevó la zona del brazo mordido a su boca y succionó lo que él creía que era veneno. Lo hizo tres veces hasta que la desesperación se adueño de él y alzó su bicicleta. Intentó de todas las maneras poner el cuerpo de su mujer en una posición firme para poder pedalear pero nada le resultó. Al final, con las lágrimas lavándole la tierra del desierto adherida a su rostro, Louie arrastró a su esposa, los más de trescientos metros que había hasta la autopista. Allí hizo señales a los vehículos para que alguien lo socorriera. Al fin un auto azul se detuvo y Louie subió a su mujer al asiento trasero. El auto aceleró y rápidamente fue un punto descolorido que fluía hacia el pueblo de Lopia. Solo quedaban John y los dos policías que todavía le apuntaban. Y Samantha, que no sabía cómo reaccionar ante esa recreación de lo que suponía que era un recuerdo de su padre o quizás una excusa para que ella viera cómo había sido su madre en un momento azaroso de su relación con Louie.

—Ella no llegará a tiempo, John —dijo uno de los policías, bajando el arma—. Ella morirá minutos antes de entrar por la puerta del hospital y la pequeña Sam no volverá a saber de su madre sino por pequeñas fotografías que su padre le mostraría cuando fuese un poco más grande.

—¿Por qué me muestras esto? — preguntó John, acodado en la tierra y con el rostro poblado de tinieblas—. ¿Por qué nos traes aquí para mostrarnos todo eso?

—Para que entiendas lo que Louie no quiere saber y quizás convencerlo. Para que sepas, qué son los túneles blancos, por qué se extienden hacia el infinito y qué hay allí dentro.

John negó con la cabeza. No lo sabía y Samantha tampoco. Allí había una clave para entender la obsesión de John por seguir con las investigaciones una vez que su padre los había abandonado.

—A veces, uno pierde pedazos de vida por el camino. Los años van borrando accesos a las autopistas mentales sin que uno se dé cuenta. Sin que a uno tampoco le importe, ya que nuevos accesos se van creando y el hombre es una criatura que llena los espacios perdidos con los recuerdos que él quiere conservar o de los que no se puede deshacer. Los otros, los trozos olvidados quedan abandonados. Son pueblos fantasmas que desaparecen del mapa de su

mente. Y cuando desaparecen, yo los conquisto y me alimento de ellos, como los restos que un perro saca del tacho de basura. Y además de alimentarme, los uso como mis propias autopistas, que voy uniendo una a otras para extender mis dominios en ese vacío que no existiría, sin la formación de mis túneles. Cada uno tiene su sabor y una vez que he probado uno, no puedo dejar de ir al siguiente. Me alimento de ellos hasta que ya no hay más, entonces tengo que encontrar otro, uniendo nuevos túneles, porque de esa manera, los trozos de vida se conservan por más tiempo. Los túneles son mi modo de supervivencia, John. Pero siempre he tomado aquello que a ustedes ya no le sirve, sin embargo, gracias al portal he descubierto nuevas posibilidades para la expansión de los túneles. He descubierto que mi estado de existencia puede mejorar gracias a unos seres tan breves y absurdos como ustedes.

Capítulo 23

Fue antes de cerrar los ojos. Marc Terini podía apostar a quien fuese. Ella entró en el sueño después de que por fin las dos cápsulas de tenazepam le bajaron los párpados sin que se enterara. Entonces él vio cómo el dormitorio de su apartamento empezó a “deshilacharse”. Usó la misma palabra que usaba su madre cuando tenía que remendar su ropa y la de su padre en tiempos de vacas flacas. Cada milímetro cúbico del escenario donde estaba fue desapareciendo en forma de finos filamentos que alguien retirara con suma rapidez. Detrás, fue revelándose un mundo que provocó una victoriosa risa en Marc. Era Persépolis. No podía negarlo. Allí estaba, con sus columnas griegas, su suelo blanco de mármol extendiéndose entre estatuas, individuos ataviados con túnicas de lino hechas a mano, enredaderas con flores de frescos colores y otras obras de arte inéditas que nadie iba a encontrar en ningún museo. Podía ver algunos estanques de vez en cuando, y la gente que se sentaba en los escalones, con el torso descubierto, dejando que la brisa suave que corría por el interior de aquel edificio de indefinidas extensiones los secase. Mujeres y hombres sin otra preocupación que un diálogo pacífico, la lectura, la música, la pintura, la escultura o los placeres de las comidas. Matilde tenía razón después de todo. Estaba al tanto de que enredarse con una viajera del portal conllevaba un riesgo impredecible, como mudarse a una casa con una bomba de tiempo escondida en algún punto oscuro de la misma, sin embargo él no quería perder la oportunidad de que algo así ocurriese sin el efecto destructivo, sino todo lo contrario. Esperaba que ocurriera eso, un milagro. El que había buscado después de dejar su anterior vida, esa que le había dado la clase de fama que solo corría por los ríos subterráneos de la ciudad. Marc “El látigo” Terini, así lo conocían sus amigos y rivales. Era uno de los luchadores más codiciados por los organizadores de las peleas clandestinas. No solo podía aguantar los golpes más contundentes, también podía acabar limpiamente con alguien con la menor pérdida de sangre posible. Algo excelente para los casos en que la policía decidía olisquear un poco en busca de esos *rings* cuando uno de los contendientes vencidos no

volvía a mostrar su cara en ningún lado y algún pariente o amigo lo extrañaba. Había hecho mucho dinero en esa vida. Lo suficiente para comprarse una pequeña casa en el extremo sur de Pearce's Valley, un automóvil y comenzar un pequeño negocio de reparaciones de bicicletas en el garaje. Había repuesto los dientes perdidos, había pagado en un par de ocasiones las tarifas del hospital por un día de internación, incluso una vez estuvo a un pelo de perder el ojo derecho y su último manager estuvo a punto de hacerlo entrar en razón por las malas cuando él le comunicó que ya había tenido suficiente. Pero había logrado salir. Pero lo que no le había dicho a nadie era la verdadera causa de haber dejado aquella vida de gladiador moderno. Esa, solo la conocía él y un amigo que no había visto hacía más de quince años, que una noche encontró en un bar de paso por la autopista mientras cenaba un plato de sopa de arvejas y una hamburguesa con todo.

—Por favor, Marc —fue un ruego sincero—, lee este libro —a continuación sacó un libro de un bolso y lo dejó sobre la mesa, entre él y la sopa de arvejas—. Cambió mi vida, y espero que también cambie la tuya. Dale una oportunidad. Es un regalo que te hago.

Y vaya si tenía razón. En su mayor parte, el libro estaba compuesto por decenas de testimonios de individuos que habían vivido al límite como él y que en un punto habían hallado que otra vida era posible. Pero no una vida en este mundo, donde el horror era dueño y señor que hacía y deshacía a su antojoun escenario que podía ser paradisíaco de un modo sencillo y que estaba al alcance de la mano de todos, sino un nuevo comienzo eterno en Persépolis, la ciudad donde la belleza clásica y los placeres físicos e intelectuales se unían para que uno pudiera sin ninguna restricción, vivir como un ser humano siempre debió hacerlo. Haciendo que su espíritu rompiera las dolorosas ataduras de un cuerpo bombardeado por el dolor, el trabajo, las enfermedades y la vejez. De los cuerpos heridos y muertos al anhelo de una vida en otro mundo, donde todo parecía marchar bien, donde el hedor de todo lo que se iba al demonio en este mundo, no existiera. Después de unirse a la comunidad de Persépolis, Marc ya había empezado a marchar en un nuevo sendero, permaneciendo de su pasado, solo las cicatrices y la determinación de no volver.

—Marc “El látigo” Terini —exclamó una voz que hizo temblar las columnas blancas del interminable salón—. Has llegado después de todo.

Marc se dio media vuelta cuando supo que desde allí se intensificaba el sonido de la voz.

Era un hombre no más alto que él, aunque sí de complexión más gruesa y maciza. Con el torso descubierto, sus pectorales y su abdomen formaban un rostro de piedra tallado contra una carne que podría aguantar los golpes de una maza mientras yaciera acostado. Sus brazos eran largos y se movían en círculos a sus lados, demostrando que ninguno de los dos había perdido la velocidad después de haber estado levantando objetos pesados durante mucho tiempo. El rostro del hombre era un bloque de ladrillo donde los ojos, nariz y boca parecían estar añadidos con el único propósito de hacer más pronunciado los ángulos de su mandíbula y sus filosos pómulos. El cabello era un matajo de hierba castaña que alguien había arrancado con la mano del suelo y que luego había pegado, sin ningún sentido de la estética, sobre un cráneo que terminaba en punta.

—Encantado —respondió Marc, sintiéndose desorientado por la visión de aquel sujeto—, ¿cómo sabes mi nombre?

—Oh, no te preocupes. Soy Ulises. Matilde me habló de ti. De lo que no te habló seguramente es de nuestra nueva regla de admisión.

La gente empezó a reunirse en torno a Marc y Ulises. Detrás, a los lados, llenando espacios y engrosando la línea de lo que poco a poco fue delineándose como un círculo. Un viejo sabor invadió la boca de Marc, incapaz de pronunciar palabra hasta que se hubiese tragado la saliva que contenía ese sabor.

—Por tu expresión, supongo que no estás enterado —Ulises abrió la boca y antes de que la risa se desbordara como un torrente de agua contenida, sus dientes afloraron como tornillos torcidos, delante de una lengua que parecía un pedazo de carne cruda que un carnicero pusiera a la vista del público en la heladera de exhibición.

—Para entrar a Persépolis —continuó después de acallar su hambre de diversión—, es necesario que luches con tu pasado. Debemos estar seguros de que no huyes de él, ni de que lo llevas a escondidas de ti mismo. Si lo enfrentas y lo derrotas entonces quiere decir que definitivamente quieres ser otro.

—¿Luchar con mi pasado? —fue una pregunta que Marc intentaba responderse buscando alguna pista en sus recuerdos anteriores a su encuentro con aquel amigo que le había entregado el libro sobre Persépolis aquella noche en un bar.

—Aquí estoy yo, representando a ese pasado —señaló Ulises y estiró sus hombros hacia atrás, su cuello a los costados y sus brazos hacia arriba—. Marc “El látigo” Terini. Prepárate.

Ulises lanzó el primer golpe justo cuando Marc se estaba preguntando si lo que estaba viviendo era verdad o se había quedado dormido dentro de un sueño común y corriente. Sin embargo sus reflejos no lo abandonaron y pudo esquivar el puño de Ulises antes de que se estrellara contra su ojo derecho. Enseguida Ulises, siguió con una curva baja al abdomen pero Marc lo agarró de la muñeca y como si su mano derecha hubiese sido invocada por su turbulento pasado, la dirigió directo a la mandíbula de Ulises. Fue un *jab* que hizo retroceder al hombre y lo mantuvo un instante frotándose el sitio del golpe, meditando acerca de qué había hecho mal. Ese tiempo le sirvió a Marc para acomodar sus pensamientos ante un nuevo capítulo repentino de su anterior vida de luchador.

—Nada mal, Marc —lo ponderó Ulises mientras se ajustaba los huesos de la mandíbula—. Creí que te habías ablandado después de abandonar los puños y elegir la espiritualidad.

—¿Está Matilde aquí? Esto no es lo que ella me había dicho.

—Matilde está en otro sitio. Esperando a que tú te ganes el boleto de entrada. No te preocupes por ella.

Entonces Ulises volvió a la carga, arremetiendo con todo el volumen de su cuerpo para tumbar a Marc y así hacerle más fácil reducirlo en el suelo pero Marc ya sabía qué hacer mucho antes de que el grandulón hubiese recorrido la mitad de la distancia. Antes de que Ulises se arrojase a sí mismo contra él, Marc dio un giro de cuarenta y cinco grados y realizó una rápida barrida con su pie entre las piernas de Ulises, quien cayó de bruces a la velocidad que venía llevando, provocándose un sentido golpe en la rodilla derecha. Acto seguido, Marc saltó sobre él y lo inmovilizó en el suelo, sujetando sus brazos por detrás y haciéndole palanca para enviarle el mensaje de que cualquier cosa que intentara la pagarían sus dos inútiles amigos.

—Bien, dejémonos de estupideces —dijo Marc, en un tono bajo para que solo Ulises escuchara. Los demás podían seguir viendo. No los escuchaba apostar por ninguno de los dos, tampoco veía en sus rostros ningún tipo de reacción por la pelea. Nadie hablaba, nadie susurraba. El gorjeo del agua y su respiración eran las únicas notas en ese momento—, dime dónde está Matilde. Si estoy en Persépolis, entonces esto de la pelea es una chorrada tuya.

—Un trago de vino, una pastilla, tu palabra, todo es lo mismo —dijo Ulises, hablando de perfil. Su respiración era tranquila a pesar de que había perdido el dominio de sus miembros—. En tu caso es una pelea. En el momento en que me golpeaste, aceptaste el desafío. Aunque tú no te des

cuenta, hombrecillo gracioso, tu voluntad se dispuso a atacarme a pesar de que tu razón arengara otra cosa.

—¿Estás loco? ¿Eso es lo que es este lugar? ¿Un maldito manicomio?

—Por eso es que sus accesos a las autopistas mentales son tan atractivos para mí —siguió Ulises como si no hubiese oído a Marc—. Eso es lo que no tengo en el vacío donde habito, manteniendo con esfuerzo mi existencia por medio de los túneles blancos. Voluntad de crear. Ustedes pueden crear nuevas autopistas, nuevos túneles. Todos los que quieran. Yo tengo que contentarme con recoger las migajas perdidas y tratar de mantenerlas en condiciones, uniendo las autopistas entre sí. Y he aquí la mayor broma de todas. Pensé que ustedes eran los únicos con los que la naturaleza se divertía. Pero me equivoqué. Creo que también yo tengo un lugar en toda esta comedia.

—Estás a punto de perder el brazo, amigo —amenazó Marc, pero sabía que sus palabras eran mera fanfarronería. Lo que decía Ulises no era producto de una mente enajenada. Había allí un conocimiento que era innegable. Quizás era la naturaleza de ese sitio lo que movía a Marc a prestar una atención inusitada a las palabras de ese pésimo luchador. Allí, su mente se sentía más clara, más abierta a percepciones que en el mundo ordinario caerían en el subestimado terreno de su fantasía—. Es mejor que me digas lo que quiero saber. Sobre Matilde. Sobre Persépolis. Y deja la charlatanería de adivino.

—Es un chiste, amigo —dijo Ulises, pronunciando el “amigo” con la voz de Marc—. Ustedes tienen la voluntad de crear, pero están atrapados en sus universos físicos y solo pueden acceder relativamente a las autopistas mentales en los sueños. No pueden controlar su creación una vez dentro. Ni siquiera pueden escapar a través de sus sueños para evadir su desaparición o los peligros de la dimensión en donde están atrapados. Yo, en cambio, no puedo crear en mi vacío, solo tomar y alimentarme de lo que encuentro. En cambio, a través de sus autopistas, podría expandirme sin límites gracias a los accesos de toda su especie. Prosperar dentro de sus creaciones, dentro de sus sueños y dentro de los sueños de sus sueños. Y tal vez algún día... pueda crear mi propia realidad. Por el momento me conformaré con controlar la de ustedes.

Marc soltó a Ulises. Había oído cuanto estaba a su alcance entender. Se sentía fuera de sí mismo. Miró sus manos y sus brazos. Los mismos con los que se había ganado su epíteto “El látigo” por la velocidad con la que atacaba a sus rivales cuando estos creían que lo habían agotado. Una ráfaga en el viento que podía asestarse en donde fuese. No habían perdido su rapidez,

incluso en aquel lugar que ya no estaba seguro de que estuviese hecho con el mismo material que el mundo en el que se encontraba anteriormente. Sin embargo, allí estaba todo él. Usando la ropa interior que llevaba en la cama junto a Matilde. Él era real, los otros también. La lógica con la que medía las cosas le decía que así era. Se movió hacia la gente, que todavía estaba reunida en torno a una lucha que ya no iba a continuar. Al menos no por su parte. Apartó a un grupo para salir de su círculo y miró en torno a los rostros buscando uno en particular.

—Matilde —la llamó una vez y después repitió ese nombre como si fuera una señal de auxilio—. Matilde, Matilde. Por favor, ¿dónde estás, Matilde?

Ninguno respondía a su pedido. O no sabían o no querían meterse, o no les importaba. Marc caminaba entre ellos como si fueran formas en una niebla que perdían identidad al tocarlas. Ellos no eran como él. Ese lugar tampoco era lo que había creído. ¿Y Matilde? ¿Ella si era real?

Llegó vistiendo una larga túnica que la cubría casi por completo. Su cabeza estaba libre y su cabello recogido en una coleta que le caía por detrás. Estaba asustada. Había llorado recientemente. Sus pasos eran torpes e intentaba lo menos posible chocarse con cualquiera en su camino. Marc se apresuró a su vez a recibirla. Cuando se encontraron, ella lo abrazó y él dejó que buscara una protección contra lo que fuera que la atemorizara. Nadie la había estado persiguiendo. La gente de ese lugar no parecía guardar ninguna intención maligna hacia ella. Algunos ni siquiera les prestaban atención, pasando en pleno diálogo como dos filósofos moviéndose con porte de disertación por el interior de la Academia de Platón. Ulises había dado por terminada la pelea. Se había puesto de pie y se había sentado a conversar con otro grupo, como si un momento antes, nada hubiese interrumpido esa charla. Parecía que desde hacía horas hubiesen estado platicando y el episodio de la pelea no hubiese sido otra cosa que un recuerdo muy vívido de Marc, que ahora se estuviese evaporando como una irrealidad de su trastornada mente.

—¿Qué pasa Matilde? —preguntó Marc—. ¿Es esto Persépolis?

—Perdón, querido —la voz de ella se quebraba entre sollozos—. Quería volver. Quería saber que no había sido un sueño. Esa cosa me prometió que volvería si traía a uno de afuera, mientras tanto me mantenía en la oscuridad, en la periferia de mi mente, donde ni siquiera los sueños se manifiestan. Yo quería entrar pero él me lo impedía. Hasta que llevase otro. Tenía que volver a Persépolis. Era lo único que me importaba. Desde que crucé el portal he estado sintiendo su presencia hacer y deshacer el mundo de mis recuerdos y en los sueños lo he visto a lo lejos.

Matilde empezó a doblar las piernas que temblaban como si fuesen dos tallos delgados. Marc la levantó y la mantuvo de pie.

—Esas malditas autopistas. Derrumba todo lo que le obstaculice su construcción. Recuerdos, trozos de mi vida, deseos, miedos. Los lugares que he creado en mi mente, los rostros que he dibujado, las palabras que he conservado. Nada queda en pie si por allí debe pasar una autopista hacia una distancia imposible de calcular. Y lo que queda en pie lo usa para alimentarse. Una y otra vez.

—No te preocupes, Mat —dijo Ulises que se había acercado con su comitiva a pocos pasos de ellos. Marc sintió que Matilde recuperaba su fuerza y se aferraba a él como si toda su vida se fuera en un abrazo—. Te dejaré todo este sitio ahora. Podrás vivir como siempre has querido en él. Tus creaciones serán cada vez más autónomas y pronto no extrañarás el otro sueño en el que has estado prisionera. Todos salimos ganando. Tú cumpliste tu parte y creo que ahora llegó el turno de seguir mi obra desde la frontera de Marc.

Entonces Matilde lo soltó y se alejó dando pequeños pasos a medida que Ulises ganaba espacio hacia Marc.

—Matilde, ¿dónde vas? —preguntó Marc e intentó detenerla, pero ella se dio media vuelta y corrió entre los habitantes de Persépolis.

Pero cuando él quiso perseguirla, su cuerpo no pudo despegarse de su sitio. Ulises se ubicó delante de él y le puso una mano en el hombro.

—No será nada doloroso —afirmó Ulises—. Y tú también saldrás ganando como Matilde. Al lugar que quieras ir, allí tendrás todo lo que necesites. Después de todo, tengo que cuidar a mis universos fronterizos si quiero abarcar todo lo que pueda.

—¡Matilde! —bramó Marc y sintió cómo su garganta ardía—. ¡Ven aquí, perra mentirosa! ¡Ven aquí!

Matilde despertó y lo primero que sintió fueron las manos del primer hombre con quien se acostaba alrededor de su cuello.

Capítulo 24

Habían dejado los cascos antes de que ella decidiera cortar la película inmersiva. Sin hacer ningún comentario y evitando la mirada de todos, Samantha dejó su visor de VR sobre el suelo, se sirvió un vaso de agua helada y caminó hasta la habitación de John. Escucharon que la televisión se encendía allí y la cama hizo un suave chirrido cuando el cuerpo de ella se dejó caer sobre el colchón. Tate había fijado una mirada de reproche sobre John del presente desde el momento en que él dejó el mundo creado por KillerMonkey, seguido de John del pasado. Sabía que su amiga no había reaccionado de una manera favorable a la experiencia. ¿En qué había pensado John cuando la llevó a esa situación? Ver a sus padres en los tiempos en que su consciencia era incapaz de recrearlos por medio de pensamientos debía ser una sensación tan extraña como angustiante. Pero sobre todo, había sido planeado por su mejor amigo, que había actuado como un segundo padre para ella. Ni siquiera la había preparado para lo que iba a encontrar allí. Para la meticulosa y profesional Tate, lo que había hecho John, había sido una invasión en clave de episodio de ciencia ficción a los sentimientos privados de Samantha, a ese lugar que ella siempre había querido que permaneciera ignoto.

—No sé qué suponías que pasara, Johnny —dijo Tate mientras este esperaba que Samantha saliera del dormitorio con su humor de siempre para hablar sobre el experimento—, pero dudo mucho de que fuera esto.

—Tenía que verlo, Tate. A lo largo de estos años he tratado de llevarla de a poco al conocimiento de que su padre había visto a la criatura y de que su idea casi nos lleva a ella y a mí a quedar atrapados bajo su control, pero apenas empezaba a hablar de eso, ella me imploraba, disfrazándolo de una orden, de que no me hablara más de él. Nunca entendí por qué se negaba tanto. En más de una ocasión estuve a punto de romper la promesa que le había hecho a Louie, de no hablar sobre lo que le ocurría, a no ser que los estudios nos condujeran a un callejón sin salida. Pero siempre estuvimos en peligro, siempre estuvimos bajo su vigilancia. Nunca nos encontramos a salvo

desde el momento en que el ser del portal supo de nuestra existencia. Y ahora creo que el peligro se extiende como una plaga, con la velocidad de una plaga que puede ocultarse en la infinidad del universo mental.

—Si estamos todos condenados, John, podrías haberle anticipado algo de lo que ella vería. Ahora cree que su amistad vale tan poco para ti que no solo le mostraste con todo el color de un videojuego algo que tal vez ella no quería saber, sino que ni siquiera tuviste el tacto para preguntarle si quería o no presenciar algo así.

—Con respecto a lo de videojuego —acotó KillerMonkey—, creo que el término que buscamos...

—Mejor te callas tú si no quieres tragarte esos juguetes tuyos uno por uno —sentenció Tate.

KillerMonkey fingió que algo en las pantallas de los ordenadores llamaban su atención y no reanudó su corrección.

—Necesitaba que lo viera de ese modo —prosiguió John— para poder decirle al final la verdad acerca de la muerte de su padre. Una verdad que nos compete a todos los que hemos tenido algún contacto con la criatura del portal.

—Tus modos John, tus modos. No todos tenemos que llegar al entendimiento de algo por los caminos enrevesados que a ti te parecen los más acertados. Sencillez y discreción. Hubiese sido todo más fácil de esa manera. No estaríamos aquí discutiendo y Samantha no estaría en tu habitación, tal vez pensando en cómo mandarte a la mierda antes de seguir con este problema.

—También quería que los viera —suspiró John—. Bien, sí, puede que haya tenido motivos egoístas pero creí que si ella tuviera ese acercamiento tan realista hacia sus padres, quizás vería que sus temores habían estado infundados todo este tiempo y no solo eso. Quería que se alegrara de verlos vivos, al menos en el mundo virtual. KillerMonkey hizo un trabajo perfecto con lo poco que teníamos sobre ello. Con lo poco que yo había conservado sobre Louie y Hanna. Fue también un regalo de mi parte. Impulsivo sí, pero con las mejores intenciones.

—Su madre muere por la picadura de una serpiente y su padre no es más que un maniquí controlado por el dominio de la criatura. Ambos, extensiones del ser del portal. En ese mundo ni siquiera ellos son reales. El único real eres tú. Tú eras el protagonista. Toda esa maldita historia es acerca de cómo tú tuviste un encuentro cercano con la criatura. John, maldito idiota, ¿acaso con tu cabezota de físico no lo pudiste ver?

El silencio empezó a elevarse entre ellos hasta que todos quedaron sumergidos en su peso. Los dos John tenían el seño fruncido y los mismos ojos en movimiento frenético. Era claro que estaban dando un repaso de lo vivido, y de lo que ellos habían esperado y del análisis de Tate. Mientras tanto, el volumen de la televisión subió, ahogando el silencio dentro del cual también KillerMonkey había desaparecido.

La voz de un hombre anunciaba que hoy estaban con ellos una madre que había perdido un hijo en el tiempo antes de la primer división, lo había reencontrado en el segundo, gracias al efecto mariposa que afectaba al mundo físico y lo había vuelto a perder en la tercer versión del tiempo, con la llegada de los viajeros del portal.

KillerMonkey se levantó de su cómoda silla de informático, que elevó un poco su asiento, produciendo un ruido neumático al verse libre de su peso y se dirigió a la habitación de John. Tate, después de negar con la cabeza y decirse unas cosas más a sí misma que decidió no compartirlas con los Johns, caminó con los brazos en jarra hacia donde estaba su amiga. Finalmente, los dos John la siguieron luego de que ambos se preguntaran entre ellos, con la omisión de toda palabra que dos seres idénticos pero de diferentes tiempos permitía, si Tate no tenía en gran parte razón o ella solo pensaba eso porque no conocía a Samantha como John del presente la conocía.

La mujer que perdió a su hijo dos veces estaba sentada en una silla roja en medio de otras dos personas. Tenía entre sus manos, el retrato de un adolescente con una gorra de Batman. El chico sonreía hacia la izquierda de la cámara. Al fondo del escenario del programa, se leía *Andy Cane's Show* en letras amarillas contorneadas por luces naranjas. El conductor se había ubicado en un sillón del mismo color que la silla a la derecha de los tres invitados.

—¿Qué quisieras decirles a John Feraud y a Samantha Polson ahora mismo, Vivian? ¿Crees que ellos son los responsables de que tu hijo hubiese desaparecido por segunda vez?

Pero Vivian no contestó. Sus ojos anegados en lágrimas lo hicieron por ella. El portarretrato de su hijo cayó hacia delante sobre su falda cuando sus manos acudieron a taparse el rostro. El público prorrumpió en un estridente bullicio de disconformidad. Andy, el conductor, dejó que la expresión de las emociones de su audiencia en el canal acompañaran a Vivian y subieran un poco más el *rating* a su programa. Andy estaba preocupado, tenía la cabeza gacha y cualquiera que lo observara en ese momento, podía encontrarse con un hombre profundamente afectado por la desgracia ajena. Sin embargo,

ninguno del grupo en el dormitorio de John le prestaba la mínima atención a él, sino a esa mujer, cuyas manos temblaban ocultando un rostro enrojecido por la tristeza y la impotencia. Como si el conductor hiciera otra pregunta a la mujer, Samantha oyó en su mente: *¿Qué le dirías Samantha a Vivian sobre la muerte de su hijo? ¿Qué le dirías al mundo sobre todas la muertes que comenzaron cuando tú pusiste esa vieja mesa redonda de restaurante en el mismo sitio que antes ocupaba, poniendo, de ese modo, en funcionamiento la maquinaria oculta gracias a la cual, el misterioso Pearce pudo abrir el portal por primera vez?*

Claro, no tenía una respuesta, pero tampoco sentía el aguijón de la culpa como había esperado. Sin embargo, una parte de ella, la parte inoportuna, respondió a esas preguntas: *Bueno, Andy, creo que en este universo, ahora sabemos que debemos tener cuidado dónde ubicamos una mesa. Podrías activar un agujero negro o partir al planeta en dos mitades.*

Samantha cambió de canal. Tate se sentó a su lado con las rodillas pegadas y la espalda recta. Las manos ubicadas casi al mismo nivel sobre cada una de las rodillas. KillerMonkey había buscado un sitio en el lado derecho de la cama, sentado en el sitio de las almohadas con la espalda apoyada contra el respaldar de madera en forma de arco. John del pasado apoyó sus posaderas en el lado izquierdo, con las piernas hacia afuera de la cama. John del presente se había quedado a un paso de la puerta, con los brazos cruzados, pasando sus ojos del televisor a Samantha, quien se había estirado boca abajo todo a lo largo en medio de la cama. Las dos manos sostenían su cabeza. Todos parecían un grupo de amigos que habían caído sin avisar, atraídos por el *zapping* que la escritora había puesto a rodar.

Cuando cambió de canal justo después de que Vivian se quebrara intentando decir alguna palabra, dos hombres con barba y una mujer con el cabello teñido de verde y rosado mostraban en una gran pantalla blanca unos gráficos proyectados por un cañón. Había un público de estudio más escaso que en el *show* de Andy y el escenario no mostraba más mobiliario que una pequeña mesa que sostenía el cañón, otra en la que había una laptop y la pantalla. Uno de los hombres con barba estaba parado al costado de la pantalla y tenía un apuntador láser, el otro estaba sentado frente a la laptop y era el encargado de mostrar las imágenes del cañón. La mujer de cabello rosa y verde tenía un micrófono y movía constantemente las manos al hablar.

—John Feraud —dijo la mujer con un acento que la delataba como proveniente del norte del país— dice que la formación del portal ha sido posible gracias a un juego de mecanismos secretos activados mediante el

conocimiento de una ciencia oculta que para los hombres de ciencia de hoy parecería superstición o ciencia ficción. Si nos detenemos en este dibujo, veremos enseguida que su forma circular se asemeja a la mesa que la escritora Samantha Polson utilizó la primera vez para que el portal se materializara.

—Claro —comentó Samantha—. Esa fue mi primera idea, para poner la mesa en ese lugar. «Tengo ganas de que el portal esté en esta parte del comedor».

—... pero creemos que es una pieza de ese mecanismo secreto que hizo posible la apertura del agujero de gusanos.

La imagen mostró ahora la misma figura circular que ocupaba la mitad de la pantalla y en la otra una forma similar. Sin embargo, en la parte superior de la pantalla, centradas en cada una de los recuadros de las imágenes, había dos años diferentes. El de la izquierda era el año actual y el otro el de mil novecientos ochenta y cinco.

—La segunda pieza es la otra mesa, en el Y/Z del ochenta y cinco, ocupando exactamente el mismo espacio que su sucesora, treinta años después. El lugar en el que se dispusieron las mesas es la clave y no las mesas en sí. También la forma de las mesas, que de acuerdo a Feraud estarían trabajadas con el mismo arte que los símbolos utilizados en esa ciencia oculta capaz de comunicar dos tiempos por medio de una abertura en la realidad temporos espacial. Por último, y no menos importante, la criatura. No debemos olvidar su incidencia en todo esto, tal vez es la parte de todo este mecanismo que más importa, sin embargo, no sabemos nada de ese ser.

—Vaya —dijo Samantha— tu libro ha modificado no solo la profesión del autor, sino que parece que también su contenido o esta tipa no tiene la menor idea de lo que está diciendo.

—La tiene —afirmó John del presente—. Es la nueva versión del libro que mandé a imprimir a la universidad en este tiempo que no nos vimos. Contiene las modificaciones que hice basadas en la experiencia de John del pasado.

—Sssh —los cayó Tate.

—¿Quiere decirme —preguntó un hombre con camisa a cuadros y unos lentes que descansaban a penas un milímetro por encima de la punta de su nariz— que dos mesas comunes y corrientes funcionaron como llaves que, giradas al mismo tiempo, activarían el lanzamiento de un misil?

—Yo diría más bien, «giradas al mismo espacio», aunque la gramática no nos lo permita. Lo grandioso de esto es que la casualidad hizo que los dos objetos coincidieran sin margen de error en las mismas coordenadas

espaciales, sin intervención de ninguna máquina y sin que los responsables supieran lo que estaban haciendo.

—Wow —dijo el mismo hombre de los lentes que se los subió con el índice hasta que sus ojos se agigantaron detrás de los cristales—. Si lo pones así, creo que la casualidad en esta ocasión se asemeja mucho en aspecto a su hermana causalidad.

Las risas de la escasa audiencia fueron seguidas de un nuevo cambio de canal. Esta vez una periodista estaba en el exterior. Detrás de ella se veía un grupo de hombres y mujeres vestidos con sencillas túnicas y sentados sobre un terreno sembrado con finas hebras de césped que temblaban por efecto del viento. El cielo a su alrededor era de un azul marino en el que se destacaban algunas nubes deshilachadas que se movían en torno a la curvatura de la tierra hacia el lejano horizonte. Una cámara aérea mostraba que ese lugar correspondía a un risco recortado a una altura de cien metros del mar. La espuma del mismo se acumulaba a los pies del risco, entre rocas que recibían constantemente la arremetida de las aguas.

—Estamos ante una nueva era para nuestra humanidad —dijo un hombre de los que llevaban túnica, hablando al micrófono de la periodista—. Las muertes y los suicidios producidos por la apertura de este portal es una prueba de que el universo quiere algo de nosotros. Los que quedamos vivos, los que aún persistimos a pesar de las pesadillas, a pesar de que nuestra mente fue transformada por la coexistencia de tres líneas temporales diferentes, a pesar de que tuvimos que enterrar a nuestros hijos, esposas, maridos, amigos, nietos, algunos más de una vez, hemos abandonado la vida sin sentido, artificial que vivíamos para conectarnos con ese universo que quiere que de una vez por todas seamos seres espirituales, que trascendamos esta materialidad tan imperfecta y busquemos en nuestro interior las respuestas que siempre han estado allí.

—¿Y cuáles son esas respuestas? —preguntó la periodista.

—Sí, ¿cuál?, por favor —preguntó Tate en tono sarcástico.

—Que nada de esto es importante —dijo el hombre de la túnica, con un brillo en sus ojos—, que hemos vivido en una ilusión de lo que debía ser nuestra vida que nos ha costado milenios de sufrimiento, de esfuerzos vanos, de perseguir aquello que siempre nos ha hecho miserables. Que el viaje no debía ser hacia afuera, hacia la misma realidad en otros planetas, sino hacia adentro, donde podemos unirnos a ese gran espíritu universal que lo contiene todo y que nos salva de las prisiones del ego.

—Es como un pensamiento que cobra vida, ¿no? —preguntó Samantha a la pantalla de televisión.

—¿Qué cosa? —John del presente vio que todos los demás también iban a preguntar lo mismo en algún u otro momento.

—El ser del portal. Es como una idea que cobra vida y adquiere autonomía en nuestro universo mental. Que vive allí. Está hecho del mismo material que el pensamiento pero no es tal cosa, como nosotros estamos hecho del mismo material que otro mamífero pero no somos tal cosa.

A pedido de KillerMonkey habían sintonizado el programa de Mathew Fischer, *El ojo en la cerradura* sobre acontecimientos paranormales que antes de la aparición del portal se mantenía al aire a duras penas, pero que después, su *rating* había empezado a subir y a comerse a sus canales rivales con asombrosa rapidez. Mathew, que había cambiado su *look* de camisas hawaianas y bermudas cargo por un traje de etiqueta y se había cortado su cola de caballo para lucir un cabello rasurado a los lados y atrás y algo erizado en la parte delantera como un hipster que estuviera comunicando al mundo que su vida estaba cosechando nuevos éxitos, estaba conversando cara a cara con un joven que apenas podía estar saliendo de la adolescencia hacia la adultez.

—Son golpes durante el sueño —dijo el joven, inclinado hacia adelante con los antebrazos apoyados en las rodillas—, y el sueño no es como cualquier otro. Es lúcido, como si conservaras la consciencia que tienes durante la vigilia pero dentro del sueño.

—¿Cómo son esos golpes, Adam? —preguntó Mathew, enviando una mirada furtiva a la cámara.

—Golpes sordos, como los dados por un puño a una puerta metálica. En el sueño, esos golpes significaban algo para mí. Pero no solo para mí. Tres de mis vecinos en el mismo edificio donde vivo también oyeron esos golpes y también tuvieron esos sueños lúcidos.

—¿Y cómo se encuentran esos vecinos? ¿Podrían hablar de esa experiencia si hablamos con ellos?

Adam se mantuvo en silencio. Para Samantha, Mathew ya sabía la respuesta pero había que recrear el drama para satisfacción de los espectadores. Adam negó con la cabeza y respiró hondo mientras sus ojos parpadeaban insistentemente como si estuvieran batallando con un soplo de polvillo invisible.

—Solo queda vivo uno de los tres. Los otros dos me dijeron que aceptaron su ayuda pero que después no podían soportar verlo a todas horas, oyéndolo

construir esas carreteras en sus sueños e incluso cuando estaban despiertos y cerraban los ojos podían contemplar cómo sus memorias eran removidas y esas cosas blancas, como tentáculos o raíces vivas, seguían creciendo sobre el vacío donde antes no había nada. A los pocos días, uno se arrojó desde la terraza y el otro se ahorcó minutos antes de que sonara la alarma para ir a trabajar. Al menos eso dijeron los forenses.

—¿Y tú Adam? —la voz de Mathew había descendido y había adquirido un leve siseo que le otorgaba más tensión a la charla—. ¿Tú aceptaste su ayuda?

—No tenía otra salida —respondió Adam con un hilo de voz distorsionado por el mal sabor del recuerdo—. Estaba en mi habitación, por la ventana se veía el mismo vecindario de siempre. Todo parecía igual, solo que yo sentía que era diferente. Sabía que estaba soñando con la certeza inexplicable que uno tiene cuando ocurre eso. Entonces empezaron a golpear, como llamando a una puerta desde una remota distancia. Escuchaba los gritos del señor Gramond que pedía a quien estuviera golpeando a esa hora que dejara de hacerlo. El señor Gramond es quien se lanzó al vacío después. Después empezaron los disparos en el edificio. Desde la planta baja, las balas atravesaban paredes, puertas y los gritos de terror se elevaron hasta la última planta. Yo vivía en el tercer piso y cuando los disparos habían llegado al segundo, esa cosa apareció. Detrás de la puerta del baño que se hallaba cerrada. Había sentido los golpes ahí y temiendo que uno de los locos que disparaban debajo se hubiese colado a mi casa en algún momento de la noche, no quise abrir. Pero después oí su voz que me decía que estaba ahí para sacarme antes de que los disparos derribaran mi puerta. Era una voz agradable, sensata. De alguien que conoce el peligro que corre pero tiene un plan para salvar otra vida además de la suya. Podía haberme preguntado cómo había llegado ese tipo ahí pero los gritos de abajo y el ruido de las balas y las explosiones tan de cerca eran mi principal preocupación. Entonces abrí la puerta y ahí estaba él. No recuerdo su rostro ni cómo era el resto de su cuerpo porque en el sueño su imagen era difusa, cambiante, como si varias formas se estuvieran disputando su derecho a dominar la apariencia. Pero sí recuerdo lo que me dijo.

—¿Qué fue, Adam? —preguntó Mathew después de unos segundos de espera.

—«Si una parte de ti cree que por estar en un sueño, las posibilidades de morir son nulas, y otra parte de ti abrió esta puerta porque tu instinto de supervivencia piensa que esas balas que oye son tan verdaderas como las

marcas que permanecen en la piel después de dormir, déjame decirte algo: Ambas partes tienen un cincuenta por ciento de razón. Esto es un sueño, pero no como cualquier sueño, es el tipo de sueño en donde las balas te matan y en donde si te caes de un edificio, no te despiertas vivo y con el corazón a mil en la cama. Tu consciencia funciona a toda su capacidad, solo que aún no sabes cómo. Solo has usado una parte de ella en la prisión del mundo físico y en la otra prisión más pequeña formada por sus propios adoctrinamientos sociales. Este es un universo, como el de afuera. Al que se entra por una carretera, como las que conectan las ciudades en tu mundo. Y en este universo puedes vivir como siempre has deseado. Y siempre salir vivo de las balas. Si me permites ayudarte, te lo mostraré y a cambio solo te pido que me dejes construir algunos caminos por mi cuenta dentro de tu universo. Algunas autopistas por una libertad como ni te imaginas, ¿qué me dices de eso?».

Entonces —prosiguió Adam—, le pregunté si me salvaría de las balas que habían llegado a mi piso y estaban tirando abajo la puerta a dos departamentos de distancia... Cuando acepté, me tomó del brazo, me empujó hacia el baño y en el siguiente segundo estaba con las manos sobre el volante de un Ferrari y a mi lado había una rubia cuyos pechos podían noquear a cualquier boxeador.

Adam sonrió y después la risa le salía de entre los dientes. Pero enseguida se extinguió porque el recuerdo de aquel sueño lo perturbaba.

—¿Qué más te dijo, Adam? —Mathew quería que Adam confesara algo más que él mismo sabía y que por la ansiedad de su rostro, prometía ser más inquietante aún que lo que había contado.

—Fue cuando desperté en mi cama. Cerré los ojos y la oscuridad ordinaria se había transformado en el escenario de los túneles blancos. Oí su voz en mi cabeza. Dijo que de ahora en adelante podía viajar al lugar que él había creado para mí. Sin límites, donde el tiempo no sería un problema que me acercaría a la muerte y donde la vida realmente valdría la pena vivirla. Me señaló el sitio. Era uno de los nudos que se formaban en la unión de los túneles. Solo bastaba con que cerrara los ojos y quisiera estar allí.

—Un ser que te introduce en el universo mental para que puedas vivir tu vida como más te guste —dijo Mathew mirando a la cámara—. Y lo que te pide a cambio es construir carreteras o túneles blancos. ¿Con qué propósito?

—No lo sé —dijo Adam.

—Más nudos —dijo John del pasado—. Eso es lo importante. Es su alimento.

—Y expansión —dijo KillerMonkey—, a través del universo mental de todos.

—Pero hay algo más importante que todo eso —comentó John del presente—. Es lo que me lleva a pensar si la adquisición de la casa de Corin y Theroy por Samantha en la primera línea temporal fue la causa o solo un segmento más en una secuencia de acciones que se han venido produciendo hace mucho tiempo.

—¿Quieres decir que tú y yo no seríamos los malvados de la película?

—¿Qué más? —preguntó Tate con un tono de fastidio y cansancio—. ¿Qué rayos quiere esta cosa de nuestras cabezas?

—Lo que siempre le ha faltado —respondió John del pasado—, y que a nosotros nos sobra a pesar de que no podemos tener control de esas creaciones de la manera en que ese ser lo tiene. Capacidad para crear.

Capítulo 25

Pearce's Valley era una ciudad de ríos, y de lagos y de pronunciadas depresiones de terrenos. La cadena montañosa de Los Volcanes se extendía a lo largo de la costa oeste de los Estados del Norte, desde los Países Americanos hasta antes de la península de hielo en el extremo norte. Desde la ciudad, uno no alcanzaba a ver las grandes montañas de la cordillera, pero sí cerros y colinas que los excursionistas elegían para realizar escaladas o entrenamientos duros en vistas a diferentes competencias deportivas. Pearce's Valley estaba ubicada entre cuatro de esas colinas, y a veinte kilómetros del cerro Buena Vista. Pero también la ciudad estaba atravesada por dos ríos. Uno que corría de norte a sur, ubicado al este de la ciudad y el otro que bordeaba la autopista doce que conectaba a la ciudad con el entramado de carreteras principales hacia los diferentes puntos de los Estados del Norte. Este último río alimentaba el lago Hulian, que es uno de los principales puntos turísticos de la ciudad. Principalmente en verano, por la pequeña pero soberbia playa y los chalets de descanso con vista al lago que siempre estaban reservados con dos años de anticipación. Era lo que había pensado hacer Sal Whitman antes de volver a cruzar las puertas de la agencia de publicidad Sforda después de regresar a la vida y a una segunda oportunidad en el mundo de los vivos. Pero entonces ocurrió lo de quedarse dormido y lo del suicidio de su vecino de cubículo en la empresa y Sal comprendió que los dos universos no podían existir al mismo tiempo sin que uno intentara destruir al otro. Claro, cuando accedía al reino que la criatura del portal había dispuesto para él en los túneles blancos, no hubiese existido existencialista o pesimista que convenciera a Sal de que la dosis de sufrimiento opacaba los escasos buenos momentos que uno podría encontrar a lo largo del tiempo que le tocaba estar aquí, y que ni aún esos pocos hacían valer la pena tanta espera absurda. Pero como tenía que cumplir con el ser que lo relegaba a una vida holgada y libertina con la que un hombre ingenuo anhela mientras está soportando los malos tratos corrientes y el hastío de un trabajo común, Sal tenía que volver a la vigilia para que el ser del portal pudiera encontrar nuevos horizontes hacia

los que extender sus autopistas mentales o sus túneles blancos, dependiendo del ángulo del que se los viera. Pero cuando Sal entendió que no todos las mentes estaban preparadas para sobrellevar el trato con aquella entidad que se instalaba en el universo psíquico de uno y manipulaba el mismo de una manera en que uno terminaba sintiéndose un completo inútil por haber cargado con una caja de herramientas tan espectacular de las que solo había ocupado aquellas que le fuesen útiles para las mundanas tareas, abandonó la agencia sin decirle nada a nadie y su nuevo departamento, sin dejar tampoco la más mínima señal de dónde había decidido ir. Ya que cuando salió, tampoco lo sabía a ciencia cierta. Había esperado en su departamento a que oscureciera sin contestar a ninguna de las llamadas del teléfono que no paraba de sonar, con las luces apagadas, cuando una pareja de policías llegó ante la puerta de su apartamento y estuvo media hora tocando el timbre y golpeando. Seguramente necesitaban hacerle algunas preguntas acerca de otro suicidio, que se había vuelto el modo más habitual de cesar con la vida en todo el mundo. Sal no quería saber nada del asunto. El hombre estaba muerto y era porque había visto al ser del portal o se había arrepentido de entregarle el control de su universo mental. ¿Qué importancia tenía hablar de eso con esos policías? O lo tomarían por un demente y alguien inventaría que su cerebro se había licuado en ese viaje por el tiempo, o añadirían a la ignorancia general, que tanto él como Polson y Feraud estaban juntos en eso de acabar con el orden mundial introduciendo un alien invisible que había dañado el funcionamiento del tiempo y de la realidad. Ninguna perspectiva era buena. Además Sal, para el momento en que los policías se cansaron y se marcharon, había entrevisto un destino dentro de su perturbada mente compartida. Se cambió la ropa de trabajo por una más cómoda. Remera y bermudas. Zapatillas deportivas y una mochila en la que metió un empanadado de queso y bondioly una botella de agua helada. No sabía para qué iba a necesitar provisiones durante el camino pero lo hizo de todas formas. También puso el libro de John Feraud, *Encuentro cercano con el ser del portal* con la fotografía del exdoctor en física. Sal sabía que ese pasado había cambiado en la dimensión espacio-temporal normal junto con otras cosas que había decidido mejor no averiguar. Metió en su billetera todo el dinero del que disponía en ese momento en su apartamento. Unos cuantos miles de dólares, cortesía de la agencia Sforda como un regalo de bienvenida y además contaba con unas tarjetas de crédito a su nombre. Unas nuevas, de ese milenio. Salió de su apartamento y caminó en dirección sur, siguiendo el punto del GPS de su nuevo celular. Un ícono rojo estaba parpadeando sobre el lago Hulan. Sal

pensaba que allí encontraría un lugar en el que podía estar alejado de la gente que vivía en el radio en que la criatura podría visitarlos cuando él roncara como había hecho en la agencia Sforda. Pero también sabía otra cosa, pero esta no la pensaba. Era mejor no pensarla y mantenerla bajo llave hasta que llegara el momento. Durante la noche, la temperatura había bajado lo suficiente como para que los pocos que estaban en el lago emigraran en busca del calor del hogar o de algún bar. Sal había buscado un sitio desde el que no pudiera entrever ninguna forma humana. Sentía cómo el sueño le llenaba la cabeza de imágenes sin sentido que se sucedían como explosiones aisladas que lo asaltaban constantemente mientras andaba. En parte había ido caminando para evitar dormirse en un vehículo mientras lo conducía o lo llevaban. Pero mover los músculos cuando el cuerpo pedía dormir era un esfuerzo de Atlas. Halló un lugar en un puentecito de madera que cruzaba un estrecho arroyo que derivaba de uno de los afluentes del río con el que el lago se alimentaba. No le interesaba la parte superior del puente sino el sitio que había debajo de él, donde la Luna iluminaba solo la mitad mientras la otra estaba sumida en la oscuridad. Se sentó con la cabeza tocando la parte inferior de la superficie del puente y la espalda encorvada entre la tierra y una base hecha de bloques de roca húmeda. Oía a barro y a la brisa agridulce del lago. Las ranas mantenían su conversación encriptada a su alrededor y el rumor débil de unas voces le hizo sacar la cabeza para ver si alguien se aproximaba. Nadie. En esa parte del lago pocos tenían algo que ver, y menos a esas horas. Suspiró y lo primero que pensó fue qué diablos estaba haciendo allí. Por supuesto, la parte de la idea que se había mantenido dentro de la bolsa durante el viaje. Tenía que desaparecer. Tenía que hacerlo de una u otra manera. Mejor si desaparecía en el aislamiento. Quien sabía si la muerte funcionaba igual con él que con todos, después de que la criatura del portal habitara en el universo que cargaba consigo. Pensó en el hombre y por primera vez lo vio como una incógnita que existía entre dimensiones que apenas lograba ver durante toda su corta vida si es que siquiera esa posibilidad le estaba reservada. Pensó en el mundo que le esperaba allí dentro y que la criatura le había facilitado con una eficacia que ni él mismo hubiese creído nunca capaz de manejar, ni siquiera si un sabio de la montaña de trescientos años de edad se lo hubiera dicho. Sal Whitman, un vendedor de publicidad, un estratega del *marketing*, un entendido en los negocios de la vanguardia de cualquier producto del mercado, había sido acreedor de un secreto que casi ningún mortal poseía o si lo hacía, tal vez lo asumía como la gratuidad de una fantasía personal. Sin embargo, no estaba seguro de querer tener ese secreto.

Claro, podía ver otras cosas, como si alguien abriera una nueva puerta en su interior para mostrarle que siempre había tenido un hermoso patio trasero en su casa que nunca había usado, pero en definitiva seguía siendo el mismo ser enclenque, que siempre había andado con los ojos vendados por las mismas archiconocidas habitaciones. Y sino fuera por el ser del portal no podría moverse por el universo del interior con la misma habilidad que lo hacía. Sal pensó en lo que había allí. Ninguna de las reglas del mundo externo se podía aplicar en ese mundo si uno no quería. Las reglas postuladas por los físicos, los matemáticos y los demás expertos en la medición y la predicción del funcionamiento de la dimensión espacio-temporal. Sal Whitman vivía como un monarca, con sus mujeres, las sucursales de su compañía por todo el mundo, las propiedades en lugares que de este lado de la frontera hubiesen sido parte de alguna reserva federal o patrimonio colectivo. Pero eso no era todo. Lo más fantástico era ir descubriendo cómo las pequeñas cosas de ese universo iban tomando más peso y consistencia. Como el aire que al principio casi era imperceptible, ahora llegaba cargado de aromas y temperatura. Que el agua que casi no mojaba, ahora permanecía más tiempo en su piel y su ropa, como en el mundo exterior. Que el sabor de la comida empezaba a diferenciarse mientras más platos probaba en ese universo. Que el sexo duraba lo que el deseo pedía. Eso era mejor que en el mundo exterior, e incluso en su universo personal, las mujeres lo agradecían mucho. En las pequeñas cosas, el universo de adentro se iba pareciendo más al otro, y en las demás cosas lo superaba sin que él ni nadie lo pudiese negar. Y en los momentos de mayor disfrute, Sal Whitman pensaba que había hecho el mejor trato de su vida dentro del túnel del portal.

Sacó el libro y lo abrió en la página donde había quedado la última vez. Había adquirido el volumen un mes antes. Era una nueva edición, producto de un tiempo récord de la editorial luego de que Feraud hiciera modificaciones a su primer trabajo. Por supuesto, Sal no había podido acceder a la obra original, pero tampoco lo había comprado para hacer un análisis comparativo. Sal leyó de nuevo el título del capítulo que decía:

Un nuevo nivel en el mundo de los sueños. Más allá de la zona REM.

Si tomamos en cuenta que la etapa REM (Rapid Eyes Movement) es la que corresponde al sueño profundo como lo conocemos normalmente, la que le sucede es la etapa que he de denominar WTD (White Tunnels Dream), donde el sujeto que ya ha tenido un contacto con el ser del portal, puede quedarse dormido con una rapidez insólita que supera en creces a una persona con el sueño pesado. Es en esta etapa donde el sujeto tiene irremediamente un

sueño lúcido que posee ciertos rasgos que lo diferencian de otros sueños de la misma especie en sujetos que no han sido “visitados” por la entidad del portal. En primer lugar, el sujeto puede recordar con gran detalle los eventos producidos en su sueño, cuando emerge a la vigilia. En segundo lugar, el sujeto interactúa con la realidad onírica ejerciendo un control mayor sobre los elementos que el que posee en el mundo real. Su deseo adquiere un carácter real en el mundo onírico, llegando a producir materia con el solo hecho de pensar en la misma o a manipular la mente de las otras entidades que pueblan el universo del sueño. Y puede hacer uso de esta habilidad en cualquier momento. Dentro del estado WTD, el tiempo puede estirarse tanto como a razón de 1:10, hablando en términos de horas pero en otros casos puede alcanzar las mismas cifras pero en términos de horas para la primera y días para la segunda. Es decir, que el sujeto puede despertar y concebir lo vivido en el sueño como si se trataran de diez días en el mundo de la vigilia.

En este estado, el sujeto también puede obtener comunicación con la entidad, quien puede ordenarle realizar alguna acción en el mundo de la vigilia o, y esto es lo más extraño, dejar que las pesadillas del sujeto invadan el entorno ideal en el que vive. Cuando esto ocurre, el sujeto admite ser el blanco de una extorsión aterradora que es causa de que busque una salida inmediata a su condición, como por ejemplo, el suicidio. Pero otros sujetos pueden estar dispuestos a pagar el precio para volver a ingresar en el estado WTD. Después de todo, ¿quién no querría vivir como siempre ha deseado, que lo traten como uno ha creído que se lo merece? ¿Y sobre todo, quién no querría vivir teniendo el control del devenir de su vida?

Sal levantó los ojos del libro y miró la corriente del arroyo que fluía con tranquilidad frente a él. Él quería vivir como se merecía. Él quería tener el control de su destino. Él quería tener todo lo que tenía en el universo de los túneles blancos y todavía más. Allí era un exitoso magnate. Allí, cada acto significaba algo, servía para hacerle la vida más placentera, sin interrupciones, sin consecuencias desagradables. Sin embargo, la presencia de la entidad del portal estaba siempre allí, como una marca de agua llenando cada espacio de sus experiencias. Inclusive cuando su propia voluntad le permitía hacer cosas como conseguir un taxi rápidamente al levantar el dedo en medio de un mar de personas, hacer que su amigo funcionara las veces que él quisiera cuando iba de mujer en mujer durante una carrera frenética que podía durar días, él sabía que la entidad estaba fundida con el cielo, con el aire o dispersado entre los objetos que adornaban el sueño. Era el precio. Siempre había uno. Un hombre de negocios como él lo sabía muy bien. Sin

embargo, la vida en el estado WTD valía la pena. Allí no había ying y yang, ni el equilibrio natural, ni el karma. Sal era un dios del Olimpo o quizás un semidios si tomaba en cuenta que la entidad era la única que le possibilitaba ese tipo de existencia. No podía decir lo mismo del mundo real, la mentira en la que había vivido siempre. Los engaños, las decepciones, la vejez, el cansancio, las humillaciones, el ego hecho pedazos una y otra vez y vuelto a rehacer con una cada vez mayor dosis de resentimiento. Comparadas, la vida en los túneles blancos convertía a la otra en un lodazal hediondo, donde el hombre era un insecto que se alegraba si encontraba una rama lo suficientemente alta como para encaramarse y evitar hundirse en la porquería.

Antes de que pudiera seguir leyendo, Sal oyó un chasquido proveniente de algún lugar cerca del puente. Sonó como una rama que alguien pisara. Después de unos segundos no ocurrió nada más hasta que el aire fue invadido por un susurro que le hizo parar las orejas. Flexionó sus piernas contra el pecho y se movió dentro de la sombra proyectada por la superficie del puente. El susurro se volvió voz y acompañándola, los pasos dados por dos o tres pares de piernas.

—¿Cómo puede ser que lo hayas perdido de vista? —preguntó una voz masculina junto al puente y enseguida unos pasos retumbaron en la madera encima de su cabeza—. Era lo único que tenías que hacer, Joe.

—Tuve que darle una patada a ese maldito perro o el muy hijo de puta me iba a orinar los pantalones —respondió la voz del que debía ser Joe—. Seguro que no anda muy lejos. En esta parte solo está el lago a uno veinte metros, este arroyo y los árboles recién se pueden ver casi cien metros más allá. Y yo solo lo perdí de vista menos de cinco segundos. No creo que haya decidido hacer de buzo zambulléndose en el lago.

—Entonces, ¿qué haremos con él? —preguntó una tercera voz. Un punto diminuto dentro de la mente de Sal, esperaba que no se sumara nadie más.

—Lo que debimos hacer con esa lesbiana de mierda en la granja —respondió el que primero había hablado con un tono cargado de desprecio—, lo que debimos hacer con ese maldito nerd que ya ni siquiera es doctor. Lo que debimos hacer si desde el comienzo le hubiésemos hecho caso a nuestras pelotas en lugar de salir aterrados como todo los demás.

—Pero la Polson y Feraud pueden ser peligrosos, Rex —dijo Joe—. Brujos o mutantes como esos de las historietas. Si les hacemos daño, quien sabe qué cosa del más allá podría caer sobre nosotros.

—¿Te estás escuchando? Las mismas sandeces que día a día oímos en Internet y la televisión. Tú, como un iluso, cree que esos dos pueden invocar

demonios o cosas más raras, pero yo no lo creo y tampoco lo crees tú en el fondo. Solo estás asustado, por todo lo que está pasando, por todo lo que ha ocurrido en el mundo. Sin embargo ellos están vivos, y lo del portal seguirá ocurriendo hasta que nos toque a nosotros volvernos locos y volarnos los sesos. ¿Así quieres terminar? Como tu hermano, tu madre, el alcohólico de tu padre y el drogadicto de tu hijo. ¿Muerto y pudriéndote en alguna fosa común?

Joe no respondió y la tercera voz tampoco. Sal pensó que estaban de acuerdo con su amigo. Y en su lugar también lo estaría. Sin embargo no quería morir todavía. Tal vez hubiera algo que pudiera hacer para mejorar su situación con la entidad. Algo que podía estar en ese libro. Algo que evitara más muertes a su alrededor. Su boca se abrió involuntariamente para dejar salir un bostezo. No pudo frenarlo a tiempo. Casi no se dio cuenta de lo que hacía, hasta que el suspiro saltó por encima del arroyo y siguió ascendiendo a través del silencio de aprobación de los tres de arriba.

Ninguno dijo nada. Eso le bastó a Sal para entender que lo habían descubierto.

Los pasos se separaron. Unos por un extremo del puente, otros por el opuesto. Sal se acurrucó en la sombra todo lo que pudo. Se imaginó convirtiéndose en una bola diminuta, como esos insectos que se arrollaban para defenderse de sus depredadores. Tal vez no lo verían. Tal vez pensarían que había sido un efecto del viento sobre los árboles o la corriente. Cuando dos pies aterrizaron a la orilla del arroyo, Sal tuvo que morderse los labios para no gritar. El hombre que se asomaba debajo del puente era rubio y su cabeza le recordó a Sal una rodaja de pan estirada. Una amplia frente recibía el brillo de las estrellas. Otros pares de pies cayeron por el otro extremo. El lado más cercano a la sombra donde se ocultaba. El sujeto tuvo que agachar una extensión más larga de cuerpo para que sus ojos pudieran examinar lo que había allí debajo. Para Sal, era una forma humana sin facciones y esperaba que él mismo ni siquiera fuera eso para el tipo largo.

—¿Y bien? —preguntó el de arriba del puente—. ¿Tenemos algo?

—No estoy seguro —dijo el rubio y dio un paso dentro del puente.

Sal apenas respiraba. Su mente sabía que era cuestión de tiempo, pero no cedería en su camuflaje hasta estar totalmente seguro. El grandote extendió el brazo que en ese momento para Sal era una interminable vara que podía alcanzar el filo del mundo. El brazo le pasó a escasos centímetros de su rostro. Evitó respirar para que su aliento no cayera sobre la piel y los vellos del hombre. Justo en ese momento, tan inoportuno como imposible de que

algo así sucediese, con su corazón latiendo sin control, a Sal se le cerraban los párpados. «¡No! —lanzó una súplica dentro de su mente—. Ahora no. No más muertes, por favor». Sabía que si fuera por él, no se dormiría por más que el agotamiento acunara a cada una de sus células obligándolas a tomarse un descanso. Era el ser del portal. La criatura que construía las carreteras dentro de él. *Si no cierras los ojos, te matarán Sal. Uno de estos tipos se ha empeinado en acabar contigo y no dudo de que lo logre. Si duermo, tú los usarás para tus carreteras y todo continuará destruyéndose. No seas ingenuo, Sal. Nada se destruye en realidad y lo sabes. Las cosas dejan de ser lo que eran. Incluso los ciclos. Se transforman en otros ciclos o en figuras de una complejidad que no podrías entender.*

El brazo tanteó el espacio a sus lados y chocó con la cabeza de Sal mientras este hablaba con la entidad del portal. Sal no lo advirtió. Volvió a asomar la cabeza a la vigilia cuando el tipo largo lo tenía sujeto de los cabellos con una mano y un brazo cruzando debajo de su pecho, de esa forma evitaba que su cuerpo se desplomara. Veía el mundo como si estuviese detrás de un muro de lagañas. No podría luchar mucho más con sus ojos.

—¿Estás despierto? —preguntó la voz que se había quedado sobre el puente. Para Sal era una forma borrosa que bien podía tratarse de cualquier cosa imaginable.

La forma borrosa de ese hombre ganó tamaño cuando se acercó y Sal pudo distinguir su cabello en un rostro carente de rasgos. Lo asoció con las hojas de un libro abierto y con las puntas dobladas hasta casi unirse. Así era el cabello de ese hombre sin rostro. Hizo algo porque su visión se distorsionó más aún por un instante. Luego repitió la acción dos veces. Le había dado cachetazos, claro. A Sal no le llegaba ninguna señal de dolor.

—Este gordito está borracho —dijo el hombre alto con una voz pesada y lenta—. O tan elevado como un globo de helio.

—Para mí es puro fingimiento —repuso el del cabello de libro abierto—. Veamos si despierta con esta alarma.

Esta vez sintió como si alguien le apoyara una taza de té tibio en la mejilla. Las formas diluidas, saltaban y volvían a ocupar su incierto lugar después de mezclarse en el aire. Quiso decirle que lo dejaran allí tirado y se fueran con rapidez pero le era imposible articular ninguna sílaba. Además parecía que lo estaban golpeando o algo de ese estilo para que diera señales de que estaba consciente. No tendría ningún resultado.

—Serás el primero, ¿me oyes? Luego seguirá esa puta escritora y su amigo el nerd.

Las palabras rebotaban en sus oídos y se derramaban hacia afuera como un líquido que no podía ingresar en su conducto auditivo.

—No hay caso —dijo el grandote—. Este bastardo no está con nosotros.

El rubio, Chuck, fue el primero en advertirlo. Justo en ese momento, el del cabello de libro abierto, Tyler, estaba escudriñando las distancias en busca de algún curioso que filmara todo en su celular para mostrarlo en vivo al mundo en su cuenta de alguna red social. El alto, Leonard, miraba a Tyler, esperando una orden que lo desembarazara de ese cuerpo inútil que colgaba de su brazo.

—¡Oh, mierda! —se asustó Chuck, señalando a Sal—. ¿Qué demonios le pasó?

Leonard estiró el rostro de Sal hacia atrás para poder verlo. Entonces se dio cuenta de que estaba sosteniendo un muñeco hecho de trapo y paja con la misma ropa que llevaba puesta el gordo borracho. Enseguida lo soltó y el cuerpo falso cayó al suelo como una bolsa de papas.

—Me cagó en todo. Miren, se ha convertido en un espantapájaros —dijo Leonard con una voz donde afloraba su incredulidad.

Tyler se había quedado atónito ante aquel muñeco del que no podía esperar más cooperación que la que había obtenido del original de carne y hueso. Leonard se alejó unos pasos, con las manos crispadas por el horror. Chuck miró en todas direcciones y otra vez más fue el primero en darse cuenta de que el gordo Sal Whitman no era lo único que había cambiado. Primero notó que los árboles se habían, a falta de otra palabra mejor en ese momento, “fundido”, formando un muro que cortaba todo paso por la zona este del parque y el pequeño arroyo, en el que hacía un momento habían encontrado a Sal, ahora había crecido alcanzando las dimensiones de un río correntoso que, junto al lago, los dejaban aislados en medio de un plato de tierra bajo un cielo donde las estrellas habían crecido y adquirido el aspecto de granos purulentos que colgaban de un espacio matizado con un tenue hálito de aurora boreal verde y azul. Los tres esperaban que alguien tuviera una explicación de qué carajos había pasado.

—¿Cómo hizo eso? —quiso saber Tyler.

—Te lo dije, maldita sea —lo acusó Chuck—. Te dije que meterte con estas cuestiones nos iba a costar caro. Seguramente ese gordo nos lanzó alguna brujería.

—O la Polson o el otro. Debe de estar protegido por su magia.

—No —rechazó Tyler pero sonaba tan seguro como si alguien le hubiese preguntado «¿Existen los fantasmas?»—. Esto no puede estar pasando. Esto...

—¿Estás ciego o qué? —le espetó Chuck—. Mira donde estamos. Mira los árboles y el río. Oh, dios mío. El lago...

Antes de que Tyler le respondiera que no estaba ciego y que si le gritaba de nuevo así lo lanzaría de cabeza al agua, sus ojos vieron lo que asomaba en las aguas del lago, las cuales parecían estar hechas de alquitrán. Nunca había visto unos ojos así más que en los zoológicos pero allí los separaban unos barrotes gruesos de hierro y unos cuantos metros de vacío.

—¿Son cocodrilos? —preguntó Leonard.

—Son demasiados cocodrilos —repuso Chuck—. Y vienen hacia aquí, demonios.

Las largas cabezas de reptil ya habían salido del agua y sus cortas patas hacían avanzar unos arietes revestidos de escamas hacia ellos. Siete fueron los que contó Tyler en la primera fila y detrás, en la superficie del lago, estaban asomando nuevos ojos. Tyler hizo números en su mente. Lanzarse al río o correr hasta el muro formado por los árboles y buscar alguna salida. La suerte estaba en su contra.

Los obligaron a acercarse a la orilla de un río que podía llevarse una casa de tres plantas en su corriente. Más de veinte cocodrilos avanzando con parsimonia, como si supieran que sus presas tenían que elegir una de las dos muertes y no les importara ser los rechazados.

—Los he visto llevarse a una persona al río mientras aún se debatía dentro de sus bocas —dijo Chuck, temblando como una espiga ante un vendaval—. Los mastican mientras están vivos. Oh, mierda, yo no quiero morir así.

—Tendrá que ser el río, entonces —afirmó Leonard, preguntándose si sus clases de natación en la adolescencia le podían servir en aquellas aguas furiosas.

—O pueden evitar dos muertes seguras si pueden hacer en sus mentes, lugar a una opción más.

No sabían de donde provenía la voz pero lo que los dejó atónito fue la inmovilidad de los animales. Habían dejado de caminar hacia ellos. Sus ojos verdes de pupilas verticales pestañaban, fijos en esos tres jugosos humanos.

—Por aquí, muchachos.

Los tres buscaron el origen de esa voz en cada lugar al que llegaban sus ojos. Tenía que estar cerca por la claridad con que entendían las palabras. El tono indicaba que podía estar a su lado, uno más de los acorralados por los cocodrilos, sin embargo allí no había más almas que ellos.

—Cerca de del muro. Por aquí.

Tyler entrevió una línea delante del muro fundido de árboles. La línea se hizo un centímetro más larga y comprendió que el hombre que les hablaba alzaba un brazo para que no cupiera duda de que allí estaba. Pero era imposible. Al menos cien metros los separaban de ese sector y el tipo se oía como si estuviera hablando frente a ellos. De repente, entendió que esa locura era el resultado de haberse metido con el viajero del portal. O eso era obra de un brujo, como decía el rumor popular, o ese tipo estaba embrujado. O los tres habían inhalado alguna sustancia que ya no recordaba y ahora estaban atravesando un viaje de rock and roll.

—Si aceptan mi ayuda, podrán salir indemnes de su pequeño problema —dijo el extraño—. Solo deben caminar hasta aquí y la salida se les abrirá.

—¿Quién puta eres tú? —gritó Leonard, haciendo bocina con las manos en su boca.

El extraño no respondió. Permaneció en su lugar, como un punto más del paisaje, casi desapareciendo con su entorno.

—¿Eres Sal Whitman? —preguntó Tyler sin necesidad de levantar la voz. Si ellos lo oían, hablando de un modo normal, entonces tenía que darse el mismo resultado con su voz.

Chuck hizo un ademán que señalaba lo inútil de aquel diálogo y corrió hacia el muro de árboles, pensando en que esos cocodrilos podrían romper su encantamiento en cualquier momento. Leonard lanzó una mirada interrogativa a Tyler y salió detrás de Chuck. A los pocos metros se detuvo y miró por encima del hombro a su amigo.

—Es mejor allí que aquí —dijo, justificándose por actuar antes de que a él se le ocurriese otra cosa.

Tyler quedó solo entre los animales y el río, como un sacerdote de una época perdida a punto de soltar un largo discurso a un auditorio de reptiles que lo contemplaban embelesados. Se dijo que era estúpido que permaneciera allí, por más que no conociese a aquel tipo, por más que todo el escenario hubiese cambiado de un modo absurdo. Sabía que lo que había ocurrido tenía que ver con el portal. Así como el tiempo se había quebrado y la realidad variaba debido al «síndrome del efecto mariposa» que alteraba la relación verosímil entre mente y realidad física, el entorno del paseo del lago se había transformado porque Sal Whitman había hecho algo con esa “magia” del portal, estaba seguro. Se unió al encuentro con el extraño a quien pudo ver de cerca cuando llegó al lado de sus amigos. Era increíble pero conocía a aquel sujeto. Lo conocía más que bien, pero la sensación de irrealidad se agudizó más cuando comprendió que un hombre muerto había vuelto a respirar. Se

llamaba Ned Randz, nombre que pocos conocían. Para los que ganaban su confianza, ese nombre podía ser usado con la mayor discreción, siempre y cuando él estuviese con la persona que lo usaba. Los demás lo llamaban Fire. Porque conducía su motocicleta como si un espíritu del aire se montara sobre una llamarada. Fire le había enseñado varios trucos para dejar su propia motocicleta como nueva, además de mostrarle que la velocidad podía vencer a las leyes físicas en la carretera y que las curvas más pronunciadas hacían de los hombres, auténticos conductores, amantes de los fierros con ruedas. Fue Fire quien lo introdujo en el mundo de las pandillas de las rutas, del viaje sin rumbo por las autopistas de los Estados del Norte, bajo un cielo tachonado de millones de estrellas, sin otra cosa entre él y uno que la velocidad y el viento nocturno. Fue un hombre al que Tyler admiró hasta que un accidente entre dos camiones se saldó con un pandillero y su motocicleta aplanados por el choque frontal de las cabinas. Sus dos amigos no lo conocían, ellos habían llegado a su vida después, unidos por la venganza que querían cobrar contra Samantha Polson y John Feraud. Algunos de muchos que habían ido cayendo como fichas de dominó. Sin embargo, tampoco le hubiese importado mucho si fuera el mismo Elvis quien estuviera ahí. Los dos estaban tan asustados que podían haber olvidado sus propios nombres.

—En este momento, tienen muchas preguntas y algo más importante. Miedo —dijo Fire, pronunciando la última palabra como si fuera un adorno delicado que la lengua que la nombraba pudiese romper.

—¿Fire? ¿Cómo demonios estás vivo? —Tyler no había encontrado nada en aquel rostro que desmintiera la identidad de su viejo mentor.

—Vivo, muerto. ¿No estás cansado de ese ciclo interminable al que tu especie está aferrado con cadenas que ni el poderoso ni el débil pueden romper?

—¿Es esto un sueño? —la voz tímida de Chuck vacilaba entre la amenaza todavía latente de los cocodrilos y la aparición de aquel extraño que les había prometido una salida.

El unánime tronco común que compartían todas las copas de los árboles detrás del extraño, no mostraba ninguna rendija por la que un cuerpo humano pudiese deslizarse. Leonard también lo había notado, de ahí que ambos comenzaran a preguntarse si el extraño no formaba parte de la trama demente que ahora estaban viviendo.

—¿Qué es la vida? —recitó Fire.

Una ilusión, una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño,

Que en la vida todo es sueño

Y los sueños, sueños son.

—¿Cómo llegamos aquí, Fire? ¿Fue ese gordo de Whitman? ¿Tú lo estás protegiendo?

—El pobre Sal estaba muy cansado. Solo quería venir aquí a aclarar un poco sus ideas con esto —como un ilusionista, extrajo de su espalda un libro. El título decía *Encuentro cercano con el ser del portal*, de John Feraud a secas. Y en medio, en letras más pequeñas pero con un color rojo que hacía casi imposible pasarlas por alto, *Segunda Edición*.

—Es increíble cómo se empecinan en llegar a un conocimiento que escapa al marco de su realidad ordinaria a través de los mismos símbolos con los que ni siquiera han podido llegar a comprender el funcionamiento de las dimensiones en las que se encuentran tan distraídamente estancados.

Cuando Leonard, a quien la piel se le tornó roja desde la coronilla hasta los dedos de los pies, pareció crecer en tamaño al tiempo que enviaba uno de sus puños mortíferos contra Fire, Tyler sabía que era una acción destinada al fracaso. Chuck estaba atento a los cocodrilos que tenían la vista fija en ellos. La ráfaga descrita por Leonard barrió el aire donde había estado la cabeza de Fire. Acto seguido, detrás del grandote, el resucitado motoquero lanzó un silbido y pasó su mano por la frente indicando que había esquivado por poco ese porrazo.

—Eso estuvo cerca, mi gigante amigo —dijo Fire—. Pero creo que los golpes no te van a sacar de tu problema. Inclusive, si tú esperabas dejarme tieso con esas manos que han noqueado a muchos a durante toda tu vida, tal vez los cocodrilos se alimentasen después de todo.

—Sácanos de aquí —Chuck sonaba como si estuviera a punto de mojar sus pantalones—. Tú dijiste que podías. No me gusta nada este lugar.

—Entonces estás dispuesto a aceptar mi ayuda.

—¿Tú que crees? —Chuck creyó ver un movimiento en los animales y su cuerpo era como el de un perro que huele el acercamiento de otro.

—Espera —intervino Tyler—. No podemos confiar en este tipo. Ni siquiera está vivo. Esa cosa del portal de la que hablan... Seguro ella está atrás de todo este ridículo sueño. Los cocodrilos no son reales. Nada de lo que está ocurriendo es real.

—Yo no confiaría mucho en las ideas de realidad que su especie ha creado, Tyler. Lo que ustedes llaman realidad es como un lado de la envoltura de un caramelo sin forma.

—¿De qué estás hablando?

—No importa. Lo importante es que yo estoy aquí, que Sal los llevó hasta aquí aunque él ni lo supiera, que cada momento de sus vidas los ha llevado hasta aquí. Ahora den el último paso y vivan como se merecen.

Por un momento, a Chuck le pareció más interesante lo que decía Fire que sus amigos embalsamados junto al lago. Leonard no había intentado golpearlo de nuevo, lo que significaba que ese sujeto estaba diciendo algo que debía oír.

—Nosotros no hemos venido aquí por ti, Fire, o quien quieras que seas —repuso Tyler—. Si tú hiciste esto, deshazlo y déjanos seguir con nuestras vidas.

—La negación es un rasgo tan extraño como natural en ustedes. Incomprensible para mí, como la conformación de su fisonomía y la incapacidad de utilizar las autopistas mentales con las que nacen. Está bien, haré el esfuerzo de desvelar ese doblez del envoltorio de caramelo que sus lindos ojos no pueden captar.

Por unos segundos, Fire no dijo nada y sus miembros perdieron toda movilidad, igual que los cocodrilos. Sin embargo, los tres sentían una corriente extraña a su alrededor. No la sentían en la piel, sino dentro de sus huesos, en las oscuridades más herméticas de sus carnes.

Tyler vio que lo rodeaban y atravesaban incontables hebras doradas que se estiraban, doblaban y enrollaban con cada movimiento de su cuerpo. Incluso cuando no lo hacía, estas hebras no dejaban de vibrar conectadas a cada dedo y cabellos de su cabeza. Chuck y Leonard también podían ver las hebras. Filamentos dorados hechos de luz o de algún gas formado por millones de partículas que giraban y se chocaban dentro del fino espacio que ocupaban. Las hebras emanaban de todas partes. De cada hoja de los árboles que había delante de ellos, de los cocodrilos que los observaban, del agua del lago y las corrientes del río, y de cada gota que saltara a la costa. Las hebras se movían siguiendo la oscilación de la hierba y ascendían hasta perderse en la noche teñida de verde y azul del cielo.

—Ahora pueden ver que no hablaba con símbolos. Realmente les estaba diciendo que cada acto de sus vidas los ha llevado hasta aquí.

—¿Qué son estas cuerdas? —preguntó Chuck. Cerrando sus manos en torno a ellas, esperando que ocurriese algo.

—Digamos que son las estelas y las rutas del movimiento de la existencia —dijo Fire, recuperando su voz enérgica y su pose de tipo que no esperaba nada interesante de uno—. Todo lo que haya en estas dimensiones está atado a ellas. Cada decisión que han tomado y que harán está en estos hilos. Si un volcán explota en alguna parte de este mundo, es porque las cuerdas han

vibrado, tensionado o cruzado para provocar esa explosión. Los músculos de sus caras que indican incredulidad han sido ejecutados por los movimientos de estas cuerdas. Por supuesto, como parte de la broma que es su existencia, ustedes no pueden verlas, de lo contrario la historia de su especie hubiese sido muy distinta.

—No puedo dar crédito a lo que veo. Es demasiado —Tyler se arrodilló en la tierra, intentando procesar información que no sabía si provenía de un sueño o de una ilusión preparada por la entidad del portal o una revelación contra la que no podía hacer otra cosa que asentir como un idiota.

—¿Quiere decir que el destino existe? —Chuck hacía una pregunta que nunca le había hecho a nadie. Su tono inseguro dibujaba palabras que nunca pensó que necesitaría pronunciar.

—¡Oh!, vaya Chuck —Fire sonrió—. Bueno, primero tenemos que echar un vistazo a esa palabra. En su lenguaje destino existe porque azar existe. Ambas vendrían a ocupar lugares opuestos en la línea semántica. Sin embargo, el binarismo de su sistema de signos es tan ficticio como su pretensión de pensar que con ellos están alumbrando algo.

—No entiendo —musitó Chuck—. No entiendo nada de lo que está pasando, de lo que está diciendo.

—¿Qué pasará con nosotros si aceptamos tu ayuda para salir de aquí? —preguntó Tyler y cada palabra le quemaba los labios.

Envueltos en la maraña de hilos dorados, los tres ya habían sentido saltar por los aires el rarometro personal que, desde la aparición del maniquí en brazos de Leonard, no había hecho más que subir sin pausas.

—Ya se los dije. No estoy interesado en hacerles la vida miserable. Todo lo contrario. Les entregaré el paraíso si me dejan conectar sus autopistas mentales con otros lugares inexplorados. Mi único propósito es extender los túneles blancos que necesito para vivir. En el lugar en que estaba antes, mi existencia era muy precaria. Viviendo de sobras que no duraban demasiado. Incapaz de ser dueño de mi propio destino.

—¿De qué te quejas? Por lo que puedo ver, nosotros tampoco hemos sido dueños.

—No es lo mismo, Tyler —dijo Fire y por un momento se notó un dejo de angustia en su voz—. Por más que estas hebras definan la parábola de la existencia, no quiere decir que ustedes no sean autores de las creaciones a las que les permite llegar el limitado acceso a las autopistas mentales. Que yo pueda ver los hilos y ustedes no, no quiere decir que yo esté exento de no percibir los míos. Tal vez haya otros hilos que mi nivel de percepción no

puede captar. Estoy seguro de ello. Sin embargo, desde que descubrí sus autopistas mentales estoy hambriento de algo que ustedes creen conocer muy bien. Libertad para crear mi propio universo. Algo que ustedes no pueden conseguir a causa de su brevedad. La inmortalidad es tenebrosa sin la creación infinita.

—Nos quieres para colonizar nuestras mentes —señaló Tyler—. Usarlas para extender tus dominios. Para escapar de tu ...

—Prisión, sí —terminó el enunciado, Fire—. Una prisión que me ha creado. El mismo alimento ha formado mi existencia por así decirlo, como la carne en descomposición sirve como nacimiento a las bacterias que se alimentarán de la misma.

—¿Y si no aceptamos? —preguntó Leonard y Chuck no pudo evitar de acordarse de sus amigos cocodrilos congregados más allá.

—Me temo que tendré que descartarlos. Me he dado cuenta que forzarlos a aceptar una nueva vida, tiene escaso éxito. O se suicidan o se vuelven tan locos que alguien termina sacándolos de su miseria y eso no me sirve de nada porque todo el proyecto de nuevas uniones de carreteras quedaría trunco. Necesito que entiendas los términos del trato, de esa manera me aseguro que vivan lo suficiente para finalizar los recorridos de los tramos de las autopistas.

—¿Descartarlos? —el tono de Chuck era ausente.

—Descartarlos —repitió Fire y señaló en la dirección que Chuck temía. El grupo de cocodrilos se puso en movimiento de nuevo.

Capítulo 26

No te quedes dormida al volante, se decía Gillian mientras sus manos lo aferraban como si este fuese un animal temeroso al que no le agradara el contacto humano y tratara de escurrírsele. Esa criatura no la había descubierto, de lo contrario, la detendría antes de que pudiera poner un pie fuera de su casa. Theresa, la mujer del oldsmobile, que no era otra cosa que la forma que la entidad adoptaba en su universo mental, no lo había sospechado cuando ella abandonó el descanso de su habitación. Había hablado con Theresa antes de quedarse dormida. Una palabra que no calaba dentro de aquel mundo. Aunque pensándolo bien, ¿quién no ha despertado a veces de un sueño para encontrarse en otro? Si hay niveles de realidad, ¿por qué no los habría de sueño? La pregunta era. ¿Lo sabía eso la criatura? Por lo que podía conjeturar, el ser podía hacerse pasar por un ser humano erudito si viviera en la dimensión real, bueno, la que comúnmente se conoce como real. Había aprendido en muy poco tiempo todo lo que alguien pudiera saber de la cultura y el conocimiento humano a través de hurgar en los universos mentales de sus anfitriones. Si Gillian había olvidado las lecturas de un manual de historia durante noches de estudio en el primer año de la prepa, la entidad tenía tan fresca aquella información que podía recitar cada fragmento de lo leído por ella sin titubear. Después de todo, era una criatura que Gillian llamaba «de naturaleza mental». Y a través de sus túneles, entrando en sitios de su mente que para ella misma se mantenían en la oscuridad, la entidad había absorbido todo. Sin embargo, no era un ser omnisciente, después de todo. Por más que pudiese leer la mente de sus anfitriones, había una manera de impedir que lo hiciera. Cuando lo había intentado, ella pensó que había fracasado. Theresa se limitó a mantener la mirada fija en ella, como una vieja chismosa que intentara sacar las bolsas de basura del vecino afuera para poder hurgar en ellas. Pero después de un rato, sonrió y dijo que volvería a sus asuntos porque las autopistas mentales a veces eran tan extensas que parecían no llegar a ninguna parte. Ese cambio repentino en su disposición hacia ella le llevó a pensar a Gillian que había podido bloquear su mente. Que después de todo, no

había quedado desamparada del todo en su propio universo. Lo único que había hecho fue negarse a ser leída. Un solo pensamiento que se repetía una y otra vez. Una idea abstracta que resonaba con la fuerza y la insistencia de un martilleo ensordecedor. Creyó que si la hubiera leído entonces hubiera actuado de una forma muy diferente a como lo hizo. No se hubiera marchado para ocuparse de sus dichosas autopistas, sino que le hubiese dedicado algunas palabras que indicaran su poder sobre ella, su vigilancia total. Porque para Gillian era incapaz de andarse con subterfugios cuando se trataba de alardear de su superioridad. Había pasado toda su existencia siendo el perro que se alimentaba de las sobras, a ser el gobernante de las sedes de donde se arrojaban esas sobras.

—No te duermas en el volante, estúpida —tomó el café que llevaba en el portavasos.

El automóvil, un honda Fit, gentileza de la editorial a la que hace unas semanas había enviado su manuscrito vía correo electrónico para que comenzara el proceso de edición, tenía tantos botones digitales en el panel, que Gillian se sentía dentro de una nave espacial a punto de despegar si tocaba por equivocación alguno que no debía. En su época, los autos tenían perillas y botones cuadrados y agujas detrás de paneles de cristal circular, que giraban y vibraban. Ahora todo era digital, o táctil. La radio había perdido cobertura o no sabía qué demonios había pasado porque la canción de *The tragically hip* que estaba escuchando se había vuelto una serie de ruidos de interferencia después de que el cantante terminara la parte de *I'm not Cordelia. I will not be there*^[1]. Y ella solo se concentraba en que sus ojos permanecieran atentos a la calle, a los semáforos y a los peatones. Voluntad. Lo que estaba exprimiendo en ese momento y lo que había usado para cerrarle el acceso a la entidad. Pensó, si ella estaba dentro de su mente, cómo era que continuaba manteniendo una individualidad, una consciencia de estar dentro de su mente. ¿No debería ser un estado pensante puro en vez de ser una consciencia viviendo dentro de su propia consciencia? ¿No debería fundirse con toda su creación en vez de conservar su autonomía, su independencia con respecto a aquella? Esas mismas preguntas la condujeron a intentar la negación contra el ser del portal. Y creía que había funcionado. Por favor, que funcionara. Por eso estaba conduciendo el Honda, intentando permanecer en la dimensión de la vigilia. Para decírselo a John Feraud. Para que él lo utilizara en sus estudios con toda esa tecnología que le servía para entender algo más sobre la forma de vida parasitaria que buscaba expandirse a través del nivel mental de los seres humanos. Por supuesto, esto lo había pensado

antes de salir en el auto y de un modo tan rápido y cortante que daba la sensación de no pensarlo realmente. Pero era para que la entidad no la leyera, para que no supiera lo que estaba por hacer. Creía que después de impedirle la lectura de su mente no se había marchado a ocuparse de sus tareas de ingeniería civil, sino que estaba escudriñándola, muy de cerca, sin llamar la atención para descubrir por qué le había impedido leerla, ¿como un desafío, como una burla o porque tramaba algo en su contra?

El pedal del freno se hundió y el cinturón de seguridad evitó que su cabeza se estrellara contra el parabrisas. Era un semáforo y estuvo a punto de cruzarlo en rojo, frente a una patrulla de policía que estaba en la esquina perpendicular a la de ella. Después de eso, intentó no traer ningún pensamiento de lo que iba a hacer hasta que hubiese completado las cinco cuadras que le restaban para llegar al apartamento donde vivía el exdoctor Feraud. Cuando descendió del auto y cerró los ojos para soltar un resoplido de caldera hirviendo, vio que el nudo de los túneles blancos donde se hallaba el universo al que ella regresaba cada vez que dormía, se agitaba con cientos de bultos y abolladuras que convertían ese sector en un huevo blando a punto de estallar. Sabía que Theresa estaba revolviendo los lugares donde ella había estado en las permanentes vacaciones que llevaba allí intentando dar con la razón de no haber podido atravesar la barrera de un universo que creía controlar con toda seguridad. Volvió a abrir los ojos y las puertas de vidrio, que daban acceso a los hogares verticales de cientos de personas, estaban abiertas en ese momento. El portero estaba afuera con una escoba de paja, juntando la mierda de un perro que no había hallado un lugar mejor para liberarse de su carga adicional. Antes de tocar el timbre, el portero la miró como quien se encuentra con un ser de lo más inoportuno y le preguntó a quién buscaba. Pero enseguida, su semblante cambió a uno de sorpresa y excitación constreñida.

—¿Es usted la mujer esa del portal? —su voz era la de un niño asustado que estuviera a punto de llorar.

Algo grotesco, que para Gillian solo podía deberse a que ese portal no había traído más que desgracias a la vida de aquel tipo.

—Vengo a ver al doc... a John Feraud.

Pero el portero no le contestó. La miró por unos segundos más, eternos segundos auspiciados por una mirada de desasosiego y entró con su escoba, su palita y la mierda del perro al edificio, dándole con la puerta de vidrio en las narices. No tuvo más que presionar el botón con el número y la letra que John le había indicado.

Capítulo 27

El John del pasado, como ella lo llamaba para sí misma, la hizo entrar con un ligero saludo de funeraria. Por el sonido de una voz femenina saliendo por una de las puertas abiertas del departamento, Gillian supo dónde la conduciría John, porque en la sala no había nadie más, excepto por todo un equipo de computadoras y visores que yacían en sillas, sillones y la mesa donde se triplicaba un monitor con un fondo de pantalla que mostraba un sol de color azul, rodeado de una nebulosa galáctica.

Estaban todos sobre la cama de dos plazas y media de John, mirando hacia el televisor LED que estaba empotrado en un mueble que a la vez servía de biblioteca.

—Siéntate aquí —le indicó John del pasado señalando una silla, después de que ella saludara a todos con un ademán para no romper el silencio de atención que todos guardaban ante un programa donde un hombre de cabello blanco y un bigote del mismo color que ocultaba sus labios hablaba con ojos que no miraban ni a la conductora del programa, una mujer con un vestido cárdeno, de cabello rubio muy corto y unos aros que se movían como péndulos automáticos al menor movimiento, ni a nadie en particular.

Todos le devolvieron el saludo, como si fueran los compañeros de una clase a la que ella hubiese llegado tarde, en donde el profesor estuviera disertando sobre un aspecto esencial de la asignatura.

—El suicidio en este caso está motivado por una razón un tanto particular —estaba diciendo el hombre del cabello blanco—. He hablado sobre ello repetidamente en mis conferencias en distintas universidades a las que he sido invitado. Y aún así me sorprende el enorme número de decesos provocados por lo que la prensa ha dado en llamar «síndrome del efecto mariposa». Sin embargo, mi teoría difiere en este punto. El deseo de cesar la vida, no deriva de la entropía sufrida en el plano físico de la existencia sino en la posibilidad de percibir tres variantes temporales en el plano mental. Las teorías de los multiversos o universos paralelos que siempre habían existido en el mundo conjetural de la física o en los relatos de ciencia ficción han sido demostradas

en la práctica diaria a partir de los acontecimientos del portal de la casa de Corin y Theroy. Esto produjo un cambio revolucionario en el modo, no solo en el que percibimos la realidad, sino más importante aún, en cómo nos ubicamos en ella. De repente, nos vimos multiplicados en tres versiones de la historia que se desarrollaban sin contratiempo dentro de nuestras mentes. De repente, dejamos de ser los seres especiales que, a pesar de cualquier miseria que estuviéramos atravesando, teníamos el certificado de nuestra autenticidad. La idea de que nuestra vida de algún modo tenía su importancia dentro del gran estofado del universo, se vino abajo. Creo que la visión de las copias de nuestras propias vidas nos produjo una angustia existencial de la que no podíamos escapar porque el mismo medio que usábamos para poner en juego mecanismos de evasión ahora nos proyectaba a cada instante, la irremediable verdad sobre una vida que no era otra cosa que una variable más en un número tal vez infinito de ellas. Por esta razón, pienso que el individuo que se pone fin a su existencia, es un romántico, un enamorado de la maravilla y el milagro de la vida que ve convertido los cimientos mismos de su ideario de existencia en un reflejo circunstancial y desprovisto de todo valor de exclusividad, de ver truncada la posibilidad de que su propio paso por este mundo fuese un aprendizaje para alcanzar una vida trascendental. El optimismo inconsciente de individuos que pocas veces se han indagado acerca de los materiales con los que está hecho este teatro que llamamos humanidad, recibe un disparo de muerte. Entonces... el hombre que se suicida, lo hace como un último recurso para evadirse de lo que él cree que es una vida desprovista de cualquier noción, por más inconsciente que estuviese arraigada, de que lo que hiciera o no hiciera estaba dirigido hacia un final en el drama del universo. El hombre que se suicida, se da cuenta de que ni siquiera tenía el protagonismo de su propia vida. Que tres o más como él también creían lo mismo en los niveles atemporales de su universo mental. Lo que provocó la formación del portal fue una dosis repentina y a gran escala de pesimismo existencial.

La pausa creó una línea imaginaria de tiempo que pasaba sin sobresaltos, como la que mide las pulsaciones de un cadáver. El hombre del cabello blanco que se llamaba Dr. Steven Volkinsky, de acuerdo a lo que informaban las letras blancas sobre franjas azules en la esquina inferior izquierda de la pantalla, bebió un largo trago de agua del vaso de cristal sobre la mesita negra a su lado. La conductora tenía un gesto similar al de los que estaban en el dormitorio de John del presente. Vacilando entre un interés que no admitía ni las interrupciones de sus propios pensamientos y una pre-duda que se

acrecentaba a medida que la exposición del hombre estaba más cerca de terminar. Gillian también tenía esa pre-duda, que no era otra cosa sino el escepticismo de una teoría que todavía no había tenido tiempo de analizar debido a la tajante abstracción con que escuchaba al especialista.

—¿Entonces qué seríamos los que todavía no escogimos ese camino? — preguntó la mujer rubia con el vestido del color del tuco.

—Bueno —dijo Volkinsky con el bigote alzándose en el sitio de la comisura izquierda—. Creo que somos pesimistas por naturaleza. Incluso la gente que me está escuchando ahora y cree que su vida es una lista interminable de frases que apuestan por las ventajas de estar respirando, de tener la compañía de sus mascotas o el amor de alguien, deberían mirar muy adentro suyo, hacer un examen más detenido de ellos mismos. No me sorprendería que encontrasen una alcantarilla con toda la peste que intentan mantener alejada de su artificial superficie.

—¿Me está diciendo que yo misma soy una pesimista que en realidad no ama estar viva? Me resulta algo difícil de entender. Si yo fuese así, no tendría ningún problema de admitirlo, no me evadiría como usted dice, doctor.

—Por desgracia, a veces cada acción de nuestra vida cotidiana desmiente esa posibilidad. Después de todo, tienes la energía suficiente para hacer este programa todos los días. De vestirme y maquillarte para hablar con invitados con los que tal vez tú no quieres cruzar palabra alguna. De continuar cumpliendo con el papel que decidiste representar en el escenario que te tocó vivir. Tal vez, tú también, Angie, necesites tomarte unas vacaciones para estar contigo sola y echar un vistazo a lo que está pasando en bastidores y debajo de las tablas.

La pantalla del televisor quedó negra y un punto de luz roja se encendió en medio del marco de plástico, en la parte inferior. Samantha, que estaba recostada boca abajo, movió el control remoto con la mano derecha y miró a Gillian.

—Bien, Gillian —dijo, esbozando una sonrisa que parecía esconder un chiste que estuviese repasando en su interior—. Ahora puedes contarnos lo que está carcomiéndote por dentro.

El semblante de todos indicaba una incierta seriedad ante un conocimiento que creían que Samantha guardaba con respecto a la visita de Gillian. Sin embargo, John del presente rompió con esa pausa antes de que Gillian empezara a hablar.

—Ella me había telefoneado hace un tiempo para saber si no tenía problema de que en algún momento pudiera visitarme para hablar al respecto

de cómo se sentía en cuanto a... la entidad del portal.

John emitió estas últimas palabras, observando disimuladamente a su alrededor y pronunciándolas casi en un susurro.

—¿Es eso, no Gillian? —John hizo la pregunta recuperando el ánimo de anfitrión servicial.

—Algo así, John. Tal vez me puedas ayudar en algo. Tal vez todos ustedes me puedan ayudar en algo. Me hubiese gustado que Sal Whitman estuviera conmigo, pero ya saben...

Y se los contó, sabiendo que al hacerlo, la entidad podría estar oyéndola y entonces cada uno de los que estaban allí correría peligro.

Capítulo 28

Estaba hablando con Theresa, las dos sentadas en sendas sillas playeras, al borde de la piscina. Ella usaba un bikini blanco y dejaba que el sol descendiera sobre su piel desnuda sin ninguna capa de protector solar, porque en ese universo no lo necesitaba. Su piel era tan inmune como infranqueable su sistema inmunológico. Theresa tenía puesto una malla enteriza y llevaba unas gafas para el sol que hundían sus ojos en dos círculos de café espeso.

—Sal Whitman no la está pasando tan bien como tú, querida —dijo Theresa estirando sus codos hacia atrás con las manos detrás de su cabeza—. Está preocupado por su, ¿cómo decirlo?, consciencia. Se adjudica la muerte de ese oficinista y ...

Theresa no estaba buscando la manera de seguir contando las desventuras de Sal. Su cabeza se inclinó hacia adelante como si el ruido de algo la pusiera en una actitud de alerta. Gillian no oía más que el silencio de una mañana organizada para su relajamiento. En el cielo no se veía ninguna nube, solo la pista turquesa y combada desde la que un sol diminuto pero concentrado le doraba su piel al grado que ella esperaba. Pasando las cercas que rodeaban el perímetro de aquella casa de descanso, estaba la ruta que en ese momento servía de traslado al viento y como punto de reunión ocasional de aves. Theresa se sacó las gafas. Sus ojos estaban abiertos como platos. De perfil, parecían que se hinchaban hacia adelante, empujados por las pupilas que querían liberarse. Se puso de pie y se disculpó, diciendo que tenía que ir a inspeccionar un problema que había surgido en el nuevo tramo de rutas. A Samantha le sorprendió porque la entidad del portal podía estar en dos lugares a la vez. Por eso, mientras trabajaba en comunicar los puntos inexplorados del universo mental de Gillian, podía estar cerca de ella, como en esa ocasión, como una casera metiche que no confiara en los hábitos de vida de sus inquilinos. Cuando desapareció de su campo visual, aquella zona rural apartada de la vida bulliciosa empezó a cambiar. Al comienzo, algunos automóviles arrastraron el ruido de sus motores por la autopista y minutos después hicieron su aparición camiones de todo tipo hasta que no volvió a

haber ningún intervalo de silencio entre transporte y transporte. Pero eso fue el comienzo. Gillian observó la cordillera, donde el cielo adquiriría un brillo espectral y hacia donde los rayos del sol se debilitaban hasta morir. Estaba más cerca que antes. Sus picos recortados contra un firmamento de atardecer tormentoso habían crecido y se podía ver con más nitidez las laderas escarpadas de roca pelada. Eso significaba que estaba ocurriendo lo mismo que cuando ella había dejado el autocinema y había hecho esa llamada telefónica a casa. De pronto la luz menguó su intensidad como si algunas nubes hubiesen decidido quitarle la vista al sol, pero no había arriba el menor rastro de cumulus ni de cirros. Su piel se enfrió a causa de una ráfaga helada que se adhirió a la misma. Cuando volvió a mirar, la cordillera casi se podía tocar con la punta de los dedos. Una distancia de unos cuantos cientos de metros separaban a Gillian de su base. Rápidamente entró en la casa. Ya no le apetecía permanecer en aquel lugar. Comprendió que sin la cercana presencia de Theresa, las fronteras entre el paraíso y aquel mundo de tinieblas se borrarían como si estuviesen hechas de tiza. Cerró todas las ventanas, puso el seguro a las puertas y se dispuso a hacer lo posible por despertarse. No volvería a entrar en su universo, al menos hasta que Theresa regresara. Una angustia que atenazó su estómago la indujo a pensar en su situación, que distaba mucho de ser agradable. Dependía de la entidad para mantener alejadas las fronteras, de lo contrario, el caos del sueño haría añicos toda existencia ideal en aquel plano. Sentía que el engaño estaba ahí, que al aceptar el ingreso de la entidad a su vida, ella sería un nuevo tipo de ser dependiente de la voluntad de otro que sí tenía el control maestro de su propio universo. Pensó en lo que significaba ser humano, entonces y lo imaginó como a una criatura a la que hubiesen brindado un baúl que contenía una magia increíble pero sin ningún tipo de llave que abriera la cerradura, ni instrucciones de cómo se usaba lo que había allí adentro. Entonces tenía que venderle el baúl a alguien que si tuviera forma de abrirlo y manipular su contenido, a cambio de escapar de un plano de existencia miserable y disfrutar de los beneficios de esa magia. Eso había hecho. Ahora podía entrar al mundo del baúl, siempre y cuando la entidad estuviera cerca para mantener a raya la influencia del mundo detrás de la cordillera. Suspiró y decidió que antes de volver, tenía que probar hacer algo por su cuenta, intentar imponer su voluntad en ese entorno. Aprovechar el momento en que la entidad se había ido para poner en juego otro truco parecido al que había hecho para impedir que Theresa le leyera la mente. Después de todo, ni siquiera le habían preguntado si quería todo aquello. La habían engañado con una botella de cerveza. Una botella de

cerveza que ni siquiera le habían ofrecido. Tenía que espiarla, como ella la había estado espiando desde el comienzo. Se acercó a un espejo que había en su dormitorio y pensó que era un buen lugar desde el cual observarla. Afuera se oyeron disparos y unos gritos distantes que respondieron a esos disparos. No quería asomarse pero intuía que las cordilleras habían desaparecido y que ella, con toda su casa de descanso, se habían trasladado al mundo de tinieblas. No dejó que eso la amedrentara. Se concentró, apuntando su voluntad hacia el espejo, viendo un punto laser que marcaba el lugar adonde ella quería disparar. Inevitablemente le habló al espejo, como la malvada reina del cuento de Blancanieves.

—Muéstrame dónde está Theresa. Muéstrame dónde está esa perra.

Del punto láser, se empezó a extender una forma circular cuyos bordes serpenteaban como los de una burbuja alterada por la fuerza y la velocidad. Lo primero que apareció dentro de ese círculo tembloroso fue un lago, cuyas aguas eran tan negras y viscosas como el alquitrán. Las aguas de ese lago lamían una costa que se extendía hacia el extremo opuesto hasta un río de aguas turbulentas y hacia la izquierda continuaba hasta toparse con un imposible muro formado por la unión de decenas de árboles. Entre el río y el lago, había tres hombres. Gillian pudo ver en sus rostros el mismo horror que la había invadido cuando las luces de la calle a la salida del autocinema empezaron a apagarse una por una después de que ella mantuviera una extraña llamada con un programa de radio desde un teléfono público. Un auto aparcó frente a su casa. Los frenos chirriaron para cortar de repente la alta velocidad que llevaba. Una puerta se abrió y no se cerró. Su nombre en la voz de un hombre anticipándose a unos pasos hacia su puerta y a los golpes contra la misma con unos puños que debían estar temblando de conmoción. Gillian había desviado la mirada del espejo para escuchar por tercera vez que la llamaban como si quien lo hiciera se estuviera ahogando, implorando su ayuda. ¿Quién podía ser más que alguna criatura venida del otro lado de la cordillera? El miedo le hizo doblar sus codos y rodear su cuerpo con los brazos. La imagen del espejo desapareció y su reflejo le enseñó cuán asustada estaba. Todas las puertas de su casa se abrieron y se cerraron al unísono y unos pasos en el piso de arriba le indicaron que ya no estaba sola.

—Gillian, abre por favor. Soy Sal... ¡Soy Sal, abre!

Corrió hasta la puerta con una mano en la boca y el humo negro del horror nublándole el juicio.

—Ahí afuera se desató el mismo infierno —fue lo primero que dijo Sal Whitman cuando Gillian cerró la puerta a sus espaldas y giró la llave en la

cerradura.

Por lo poco que ella había visto, infierno no sería el término adecuado. Más bien se podría hablar de pandemónium de la locura. Para empezar, el aire no era ni frío ni caliente, tampoco estaba balanceándose en los diferentes matices del tibio. Era otra cosa. Estaba cargado con una estática extraña, porque no ponía los pelos de punta, sino que la inundaba a uno con un terror que hacía imposible no gritar, como si de repente uno no fuera más que un cúmulo de nervios y carne apaleada por un némesis implacable. Y eso hizo Gillian. El grito le salió como un vómito de sonido. Un trozo de ella con vida propia que había preferido saltar a la nada que seguir formando parte de aquel cuerpo retorcido por el horror. Y eso solo había sido el aire. La calle se había llenado de un desfile de sombras y formas sugerentes cuyo solo movimiento convertía a Gillian en el blanco para una catástrofe que estuviera a punto de suceder.

—¿Cómo es que estás aquí, Sal? —preguntó Gillian luego de limpiarse las lágrimas que habían invadido sus ojos después del grito.

Sal espió a través de la persiana de una ventana. Pero enseguida la soltó y dio dos pasos rápidos hacia atrás mordiéndose los nudillos de su mano.

—Oh, por Dios, es él —afirmó con unos ojos que se habían hundido en sus cuencas.

—¿Él, quien? —Gillian deseó que Theresa se hallara muy ocupada con sus asuntos por el momento.

—El maldito chico. No puede ser. Él no había podido cruzar.

—El que tú mataste, hijo de puta. Tú mataste a Fred. Todos lo sabíamos. Tú mataste a Fred.

Sal no estaba allí en ese momento. Ni siquiera había oído la respuesta de Gillian. Su cabello estaba despeinado y su camisa por fuera de sus pantalones. Gillian vio que la cremallera del pantalón estaba baja. Nada de lo que era Sal estaba allí, porque cada gramo de él se había hundido en el horror de aquel mundo detrás de las fronteras. El mundo que había invadido su universo y que estaba sembrando la desesperación afuera de la casa. Una puerta que se abría arriba y unos pasos. Tímidos y suaves. ¿Solo afuera de la casa?

—¿Hay alguien más aquí? —un poco de color había vuelto al semblante pálido de Sal.

Si él también lo había escuchado, de alguna manera significaba que aquel lugar no era tan irreal como ella había pensado. Sal, otro habitante del mundo físico había llegado, quien sabía cómo trasladarse hasta el nudo de los túneles

blancos que ella habitaba. Visto desde cierta perspectiva, Sal había entrado en el mundo psíquico de Gillian, si es que eso era aquel lugar.

—Mamá, tengo hambre —la voz de un niño. De su niño. Charlie estaba arriba.

Gillian se repitió esto varias veces hasta que Sal interrumpió sus pensamientos.

—Es un niño. ¿Qué hace un niño aquí?

Ella lo miró de tal manera que él lo entendió a la perfección a pesar de que en su cerebro ofuscado apenas había sitio para ocuparse de otro.

—Maaaaamiiiiii —Charlie la llamaba como había hecho otras veces a la mañana, cuando ella tenía el día libre y solo quería seguir sus horas de sueño más allá de la hora del almuerzo.

Afuera no era una opción. Tan solo con asomarse, comprendió cuál era la verdadera naturaleza de ese lugar de pesadillas, sin control, hostil, sin ninguna posibilidad de salir bien parado. Pero Sal había llegado hasta ahí. Él debía conocer una salida.

—El auto se detuvo a unos doscientos metros de aquí —explicó Sal ante la pregunta de Gillian sobre si él podía sacarlos de esa zona de descanso—. Fue al mismo tiempo de que el sol desapareciera y las calles se llenaran de esas formas que ni siquiera podía mirar si no quería morir petrificado allí mismo. ¿Dónde estamos, de todas formas?

—En mi universo mental, pero Theresa... la cosa del portal, no está ahora. Cuando se marchó, la cordillera empezó a acercarse, entonces... las fronteras se difuminaron.

—No sé de qué diablos me estás hablando. —Sal había vuelto a tiritar del miedo ante los gemidos y risas que llegaban de afuera. El viento se había vuelto un canal para todo tipo de sonidos aterradores.

—Cuando estás en tu universo, ¿no puedes ver a la distancia, las montañas?

—Montañas —masculló Sal y su cabeza se movió de arriba abajo—. Sí, montañas. Las he visto muy a lo lejos. Como un fino cordón.

—Bueno —dijo Gillian—. Esa es la trampa de este lugar. Lo que solo ese ser puede mantener a raya. Si él desaparece mientras estamos aquí, las fronteras también. Entonces...

—¿Y qué diablos son esas fronteras?

—Maaaaamiiii, tengo haaaambreeeee —se quejó Charlie mientras descendía el primer escalón del piso superior.

—Creo que son pesadillas o sitios en los que no tenemos que estar — musitó Gillian con los labios temblando y las manos ascendiendo por sus mejillas rumbo a sus cabellos.

—Si fuesen pesadillas tendríamos que despertar —dijo Sal, apelando a una lógica que era una mota de insignificancia en medio de toda esa locura.

Charlie siguió bajando. Gillian primero vio sus piernas, recortadas en las rodillas por el pijama cuyas botamangas él mismo se subía mientras dormía. Sus pies descalzos hacían rechinar la madera de las escaleras. Luego sus manos deslizándose por la baranda. Y finalmente su rostro soñoliento, su cabello despeinado y una boca que se curvaba más hacia abajo en un intento de llanto que terminaba siendo expresiones de fastidio.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de su madre, Charlie hizo un ademán de volver a subir, pero prefirió sentarse a mitad de camino de las escaleras. En su rostro se leía una tristeza abundante. Una de sus manos cubrió la otra y uno de sus pies se apoyó encima del otro. Era la imagen viva de la fragilidad. De la soledad.

—Mami, ¿dónde estás?

Entonces rompió en llanto. No fue un llanto de niño malcriado, a todo pulmón. Fue el llanto de un ser indefenso que ha sido abandonado por la persona más importante en su vida. Su rostro se escondió entre sus piernas y dejó que sus lágrimas corrieran silenciosas dentro del caparazón al que había dado forma con su cuerpo. Gillian cayó de rodillas, invadida por un dolor paralizante. Su boca se abrió como la de un buzón sin tapa y se trabó para que pudieran salir una serie intermitente de carraspeos y suspiros de desesperación. Sal le decía algo pero ella no lo oía. Toda su memoria se había vuelto contra sus sentimientos para barrer todo indicio de esperanza o de calma. Ella quería correr hasta ese niño y abrazarlo pero sabía que no iba a poder. Charlie no estaba allí, pero sí la imagen que ella se había forjado de él, días después que lo hubiese abandonado para lanzarse a su viaje de escape de su vieja vida. Entonces Charlie desapareció, como si alguien hubiese cubierto la lente desde la cual se proyectaba su imagen. Cuando una parte de Gillian volvió a tener en cuenta de dónde se encontraba, pudo ver a Sal, forcejeando con el único de ellos que no había cruzado el portal pero que tampoco había vuelto a casa. Fred tenía un puñal clavado en el estómago y la piel de sus brazos y rostro, cruzada de venas violáceas que sobresalían en la superficie. Tenía a Sal agarrado del cuello y este ni siquiera hacía ningún esfuerzo para quitárselo de encima. Entonces, el «no tan difunto» Fred, extrajo la hoja de su estómago y la hundió en la boca de Sal, mientras este, con los ojos como

pelotas de ping pong, se ahogaba en un mar de hiriente oscuridad, antes de morir.

Tate hizo un gesto como de disculparse para ir al baño pero no fue. Se quedó allí, con el ceño fruncido, mirando las puntas de sus zapatos y levantando la cabeza en espasmos de una incredulidad que intentaba tomar alguna forma en su mente. Era la única de allí que no había tenido algún contacto con la entidad del portal. Era la única que solo podía imaginarse qué efectos podía tener la presencia de un ser extraplanar en la vida de los afectados. Bueno, también KillerMonkey, quien sorprendió a todos cuando con ojos brillando por una constelación de asombro, se puso de pie como alguien que está a punto de iniciar una ovación.

—Muy bien, muy bien. Esto es genial. Con este relato podemos profundizar en el proceso de cambio que sufre el mundo onírico mientras el individuo se adapta a él, es decir que pasa más tiempo en su universo que en este. Y las pesadillas son el caos primordial, la parte incontrolable, impredecible, la fuente de los horrores que han acompañado siempre a la humanidad.

Nadie respondió a su disertación. Gillian enarcó las cejas y sus labios casi se unieron con su barbilla en un gesto que era la consecuencia de unas primeras palabras que ella no esperaba.

—¿No lo ven? Estamos hablando del origen de la vida aquí. John lo debe saber mejor que yo. La naturaleza de lo real, de lo que existe. El sueño o la consciencia como motor de la materia. La capacidad que adquirió el ser humano de habitar sus realidades oníricas a voluntad y vivir en un entorno signado por su deseo.

—Sin olvidar la muerte, el horror y el dominio de un ser extraño en tu mente —dijo Tate cortando con un sablazo afilado el aire a su alrededor.

—Bueno —amainó KillerMonkey—, supongo que los efectos colaterales de un descubrimiento así...

—¿Efectos colaterales? ¿EFECTOS COLATERALES? —Tate rugió, emitiendo ondas de saliva que se cortaban a centímetros de su dentadura—. Todo se fue al demonio. La humanidad está en peligro. Qué digo la humanidad. La misma base de la existencia se ha alterado de un modo que no sabemos qué puede pasar al segundo siguiente.

—El lado positivo es que podemos usar esta nueva información en nuestro plan para acabar con la criatura —dijo John del presente.

KilleroMonkey y John del pasado giraron al unísono sus cabezas en la dirección del anfitrión.

—¿Acabar con él? —se pudo sentir un atisbo de cambio de humor en la pregunta de Tate.

—Es el postre de nuestro pequeño zafari de hoy. Con John y KillerMonkey ideamos algo para...

Se detuvo. Aspiró aire a través de su boca y miró a Gillian.

—Lo siento, pero tienes que irte. Eres la única que puede ser usada como micrófono para la entidad y no podemos correr ese riesgo. Te agradecemos que nos hayas contado esto y te aseguro que le daremos un buen uso a tus aportes pero tienes que salir de aquí cuanto antes.

Al principio, Gillian se puso roja como alguien que ha sido expulsado de una fiesta privada por un accidente que ella no ayudó a provocar. Pero después asintió con la cabeza evitando las miradas de todos y salió del dormitorio, dio largas zancadas hasta la puerta de salida y se escuchó el portazo cuando dejó el departamento.

—Intentaremos acabar con la criatura hoy mismo. John y yo. Con la ayuda de KillerMonkey. Creemos que tenemos un gran porcentaje de éxito en esta empresa...

—No lo sé —dijo Samantha. La comisura derecha de su labio creaba un pequeño hoyuelo en su mejilla mientras que con su dedo índice seguía el patrón de las costuras de la frazada de John.

—¿No sabes, qué? —la voz pétreo de John sonó como un bloque de hormigón al caer sobre el pavimento.

—Lo estoy pensando y no sé si intentar de frenar a la entidad sea lo más acertado que podemos hacer.

—Sam, ¿estás bien o necesitas tomar un poco de aire fresco? —preguntó Tate dejando destilar de sus dientes el mismo ácido con el que había usado para contestarle a KillerMonkey.

—Después de todo, creo que son más los aspectos positivos que trae a la vida de los seres humanos que los negativos. Hay que ampliar un poco el marco de nuestro análisis. Sí, los suicidios masivos que diezmo el mayor número de seres humanos en menos tiempo que una guerra mundial o una plaga en la antigüedad. Pero puede ser una respuesta exagerada al cambio drástico sufrido en la organización del espacio-tiempo. Claro, el factor humano sufrió más ese cambio pero no volvamos esto un drama del ego de la humanidad. Si hubiesen sido polillas o ratas quienes se hubieran suicidado, no estaríamos hablando de esto hoy. Y el acceso y el parcial control de nuestra mente que nos permite la criatura, no lo hubiésemos podido alcanzar con ningún medio en esta vida ni en ninguna otra. No estamos hablando de los

videojuegos de KillerMonkey aquí, sino de vivir como dioses en un plano del que todavía no sabemos nada. Claro, están las tierras detrás de las fronteras que todavía no podemos controlar como la entidad pero ya oyeron a Gillian. Ella pudo engañar a la criatura escondiéndole información e incluso espiarla. Creo que las potencialidades que tenemos sobre el universo mental escapan hasta para la misma entidad. Si ella ha empezado a entender esto, creo que va a actuar con más cautela, después de todo nos necesita.

John del presente dejó el dormitorio y todos supieron que había entrado al baño. Cuando salió, sin que se pudiera oír el ruido del agua del retrete caer o llenar de nuevo el depósito, supieron que solo había entrado para acomodar sus ideas en un ambiente cerrado y libre de presencias.

—Las ropas de Sal Whitman encontradas flotando en un río —dijo Tate, repasando la noticia que había visto— ¿dónde mierda está su cuerpo?

Nadie respondió a una pregunta que solo podía encontrar una respuesta en la zona recreativa de las conjeturas más disparatadas.

John volvió a entrar en el dormitorio, cambiado. Había perdido ese entusiasmo con el que las había recibido a Samantha y a Tate y que le había hecho pensar a su mejor amiga que allí estaba el humor estándar de John si el portal nunca se hubiese manifestado.

—Conozco el egoísmo de Samantha Polson desde que Louie se marchó, víctima de la influencia de esa entidad en su vida. La he educado lo mejor que pude, y he visto cómo ese egoísmo continuó allí, más oculto después, cuando Dixie llegó a su vida. Pero he aquí, que vuelve a la superficie, más fuerte que nunca. Hablas de beneficios Samantha y minimizas los destrozos que ha traído al mundo ese portal. Olvidas las vidas de aquellos que perdieron a alguien, no por alguna enfermedad ni por un accidente, sino por una angustia aplastante para la que no había ninguna posibilidad de cura. Y sin embargo, dices, acostada en una cama, sin ningún indicio de culpa, que dejemos a este extraño ser poblar nuestras mentes para escapar a los paraísos mentales mientras él dirige aquella realidad y la configura para asegurarse su propia existencia, convirtiendo a la realidad física en un páramo desprovisto de vida humana y quebrando cualquier armonía que hubiese.

—Piensa en lo que dijo Gillian, John —dijo Samantha, con una voz que John y Tate hubiesen esperado que sonara como la de alguien que admite el error del que se lo acusan y no como si lo que hubiese dicho su mejor amigo no fuera nada más que la constatación de un hecho evidente para todos—. La voluntad que ejercemos sobre nuestro universo mental ha sido subestimada

por la entidad. Tal vez deberíamos ocuparnos de eso en vez de exterminar a la criatura. Tal vez ni siquiera necesitemos hacerlo al final.

Capítulo 29

La semana que siguió a la reunión inesperada en casa de John, sucedieron algunos hechos que un historiador de lo insólito en la vida de cualquier ciudadano común, podría valorar como material de primera. Por ejemplo, la señora Holarson de la calle Gilmore al ciento veintisiete, salió de su casa, la única habitada de tres manzanas hacia el este y de dos hacia el oeste, vestida con una ropa de gimnasta que le quedaba como si su cuerpo se hubiese encogido tres talles. La señora Holarson había enterrado a su marido, a sus dos hijos, uno de estos, odontólogo de South Sherley y el otro, un supervisor de calidad en la fábrica de artículos para oficina Polter. Había viajado doscientos kilómetros hacia la costa este de los Estados del Norte para encargarse de identificar el cuerpo de su único nieto, hijo del odontólogo, que se había arrojado al vacío desde un avión cuyos dueños ofrecían la posibilidad de lanzarse en paracaídas a los osados que necesitaban echarle un poco de condimento a sus desabridas vidas. El nieto había escogido la opción sin paracaídas de una lista apócrifa de la pequeña empresa aeronáutica. Era la única superviviente de la familia que había permanecido respirando después de las tres tormentas temporo-dimensionales que alteraron la paz caótica o la caótica paz universal en la monótona realidad con sus consiguientes efectos ontológicos, perceptivos y psíquicos en la monotonía humana. La señora Holarson caminó, aprovechando el buen tiempo que ese día ofrecía un sol de calor picante pero cubierto con un aire fresco que mantenía la piel en un perfecto equilibrio de tibieza, hasta una mansión en la alta zona residencial de Pearce's Valley donde la recibieron sus amigos. Algunos llevaban sombreros de paja, otros de poliéster y otros tenían una bandana cubriéndoles la cabeza y que les servía como esponjas de sudor. El terreno que rodeaba la mansión, una soberbia porción de tierra dividida en rectángulos por unas estacas de madera y unos cordeles blancos que podían ser fácilmente detectados por la vista, había sido convertido en campo de cultivo. Papas, zapallos, zanahorias, lechuga, tomate y otras delicias naturales de cualquier mesa era el trabajo que algunos de los pocos habitantes de una ciudad comercial e industrial como

Pearce's Valley habían decidido llevar a cabo, luego de que la jornada laboral se había achicado a la mitad y los días hábiles habían pasado de seis a tres semanales. Ya no había necesidad de producir tanto. Ya no había necesidad de consumir tanto. La maquinaria había visto mermada colosalmente el elemento humano que la mantenía engrasada y en funcionamiento y los que quedaban no tenían pensado traer más vidas a un mundo que podía volverse una gelatina de un momento a otro. El hábito de la gente había cambiado hasta el punto de que lo único que no parecía alterar la fisonomía del mundo antes del portal, era la apariencia de una ciudad que por su número de habitantes entraba a clasificar en las listas más bajas de «pueblo fantasma», pero que si se la observaba de lejos, uno podía decir que allí el mundo no había cambiado. Otros decidieron que era una oportunidad para recorrer el mundo a la vieja usanza. Pidiendo aventones, lanzándose al vagón de un tren, limpiando los baños de un barco o dejando que la suerte guiara el paseo. Fue la semana de la rendición del viejo mundo. De los viejos relatos, de las viejas luchas, de las viejas rivalidades, de los viejos éxitos y fracasos. Negocios cerraron sus puertas, no por bancarota, sino porque los pocos encargados que quedaban habían decidido intentar responder a preguntas que siempre habían quedado aplazadas en la vorágine acelerada de las demandas de los bolsillos y las billeteras. El individuo se emancipaba de los grupos humanos. También fue la semana post ruptura de la amistad de Samantha Polson y John Feraud. Al día siguiente de su última visita a su amigo y tutor de toda la vida, Samantha visitó a Gillian en su apartamento, cargando toda la responsabilidad que eso pudiese significar para su propia vida.

—Quiere matarte —afirmó después de decirle sí al ofrecimiento de un vaso de soda que Gillian le trajo mientras corría una de las cortinas de sus ventanas para que Samantha se recreara con la vista del pequeño patio rodeado por un muro tapizado por una enredadera de la que brotaban flores violetas—. Tiene el respaldo del gobierno, quienquiera que sean lo que estén ahora. Los convenció de que todos los que aceptaron introducir a la entidad en sus mentes deben ser eliminados. Tú eres un «Elemento de suma peligrosidad para la vida en el planeta». Creo que esa es la clasificación recibida.

—Hoy encontré a Sal en mi universo mental —dijo Gillian, como si lo que hubiese dicho Samantha tuviera la misma gravedad que un comentario acerca de un nuevo video de un influencer de las redes sociales—. Me dijo que ha muerto pero que no se anima a dejar ese lugar porque no está seguro de si lo que encontrará después será mejor o peor que la existencia que

llevaba ahora. Le pregunté si era católico o de alguna otra religión. Me dijo que no pero que después de lo que estaban viviendo, ya no podía estar seguro de que cualquier creencia pudiera ser descartada como un disparate desde el punto de vista del mundo de las evidencias. Después de todo, lo que entendíamos por evidencia se ha convertido en un átomo, y no solo para nosotros.

—¿Has oído lo que dije, Gillian? En cualquier momento, alguien va a entrar por tu puerta o ventanas o te va a estar esperando en algún lugar de afuera y te va a eliminar sin ningún tipo de consecuencia.

—Me contó que la entidad le dijo que hiciera lo que le viniera en gana. Que si yo dejaba que se quedara, él o ella estaría de acuerdo. También dijo que ya había conseguido tres nuevos accesos a las autopistas mentales y que había pasado de ser bipresencial a ser tripresencial siempre y cuando accediera a los tres individuos desde el universo mental de otro. Por eso pudo atraparlos a los tres sin problemas. Pero que se cuida mucho de hacer que sus experiencias sean lo más placenteras posible porque no quiere más muertos. Theresa, que es como la entidad se presenta en mi mundo, me contó que le es más difícil conectar las autopistas ahora que el mundo se ha vaciado bastante de seres humanos. Los puntos de accesos están bloqueados y los pocos que puede encontrar necesitan un desgastante trabajo de ingeniería mental para convertirlos en puertas de enlaces por las que pueda construir autopistas. Si mueren más humanos de los que permanecen con vida, su expansión se va a ver complicada, cada vez más. Por eso ha tomado varios recaudos, como por ejemplo, manipular las cuerdas que señalan las parábolas de la existencia en nuestro mundo con más precisión. Hay una parte del ser humano que puede escapar a su lectura, como lo he comprobado yo misma, que no depende de esas cuerdas. De ahí que no haya contado con tantos suicidios como esperaba...

—Gillian, creo que no me estás entendiend...

—Esas cuerdas son las que convirtió a John en doctor, esas cuerdas son las que mantuvo al gobierno incapaz de acceder a tu casa después de los dos primeros incidentes, esas cuerdas son las que mandaron la fortuna heredada a tu padre, esas cuerdas son las que mantuvieron alejados a cada hombre o mujer que intentara justicia por mano propia contra John y contra ti. Esas cuerdas son las que te han mantenido con vida y la entidad ha podido dirigirlas de acuerdo a su designio. No con gran habilidad, por supuesto, pero sí con la suficiente para que el portal funcionara dos veces más después de su fortuita aparición.

¿Fortuita?, pensó Samantha. ¿Cuánto de fortuito había después de todo? En la versión original del tiempo, ella había adquirido la casa con lo que había ganado como escritora de libros de autoayuda. Sin embargo, la segunda versión lo pone a su padre como comprador gracias al dinero recibido por ese pariente desconocido de Europa. Entonces se supone que la criatura había empezado a redireccionar los hilos luego de que el tiempo cambiara por primera vez, es decir, con la aparición del portal en el Y/Z, cuando John Feraud era solo un camarero que ganaba la mínima más propinas. Pero... ¿y el mito apócrifo de Pearce y la primer apertura del portal? Si fuese verdad, ¿toda esta historia no se remontaría hacia esos inicios o más allá?

—La entidad lo sabe. Sabe que John quiere matarte —Samantha miraba las burbujas de su soda ascender hasta la superficie y formar un aro en los bordes del vaso.

—Si no es así —dijo Gillian—, entonces se ha vuelto muy descuidada y ya no le interesa su propia supervivencia.

Capítulo 30

Después de que Samantha y Tate abandonaran el departamento, los dos John y KillerMonkey se pusieron manos a la obra. Este último se tomó una taza de café bien cargada y usó el baño para una evacuación causada por la ansiedad. Ambos John tenían que quedar dormidos con el menor margen de diferencia posible. Con muchos ceros antes del resto de los números decimales. De esa unanimidad de la llegada a la dimensión mental dependía el inicio del plan y por lo tanto todo el resto. La no tan grata despedida de Samantha había generado un efecto de permanente intranquilidad en el ánimo de John, llenando su mente de boicots sobre el deseado y respaldado desarrollo de su plan de exterminio de la entidad. Por eso no había que dejar pasar un minuto más. Sentados en sendos sillones dispuestos juntos en el vestíbulo, los dos John cronometraron el momento en que sus ojos dejaron de moverse para permanecer fijos en algún punto detrás de KillerMonkey que estaba rígido para impedir que cualquier movimiento desviara la atención de los otros dos. El tic-tac del reloj de la pared se repitió tantas veces que en la cabeza de KillerMonkey había desaparecido todo, excepto esa hipnótica cadencia. Fue después de que su mano ascendiera para refregarse los ojos que le picaban cuando los dos John desaparecieron del departamento y el tic-tac del reloj se detuvo como si fuese un espasmo de asombro del tiempo mismo. KillerMonkey aguardó en su lugar, esperando que la presencia de la entidad se materializara en cualquier momento, bajo cualquier forma. Pero nada ocurrió durante lo que intuyó como cinco minutos. Acto seguido, salió del departamento y antes de dar otro paso se permitió una pausa para expresar el asombro de encontrarse en un mundo que no era el pasillo del edificio, sino un tubo transparente, como el túnel que conectara dos salas aéreas en alguna estación espacial. El suelo era blanco y parecía estar cubierto de una piel rugosa, parecida al de un gusano monstruoso. Había estrías negras que cruzaban la piel en todas direcciones formando polígonos de todas las formas posibles. A KillerMonkey le daba la impresión que caminaba sobre el lomo de un animal que podía sentir su insignificante peso como un ser humano

sentiría las patas de una hormiga moverse mientras se está en reposo. Del otro lado, se podían ver otros túneles, de la misma tonalidad blanco orgánico que el suelo donde él estaba. Era como estar en un acuario, observando a través de los cristales de los estanques, el hábitat de animales desconocidos para él. Ni abajo ni arriba se veía nada más que un vacío desprovisto de cualquier signo de vida. Ni formaciones de tierra, ni indicios de la existencia de un mar ignoto más abajo ni tampoco alguna estela de aire que moviera los pequeños filamentos de pelo que salían de alguna de las protuberancias de los túneles. KillerMonkey miró en las dos direcciones que le ofrecía su túnel y eligió una al azar. Hubiese preferido la interfaz del mundo real. Mejor dicho, esperaba que así fuese. Hasta lo daba por hecho. Pero no se podía quedar haciendo nada mientras los Johns se ocuparan de su parte en el plan.

Por supuesto, no había otro más que él. Sopesó la posibilidad de que el otro John no hubiese podido hacer contacto con la entidad pero enseguida la descartó ya que una parte de su mente, como si funcionara por sí misma, le envió el pensamiento de que estaba allí, y bromeó con que en esa proyección psíquica del cuerpo había espacio para los dos, así que mejor era que no se volviese avaro. Dos mentes en una. Dos tiempos reunidos en el mismo universo mental. Al menos eso había salido como ambos Johns esperaban. Estaban cayendo dando vueltas sobre el entramado inconmensurable de túneles blancos. Mientras descendía, no tocaba ninguno a pesar de que había una posibilidad en cien mil de que eso sucediese. De la vez que John del pasado estuvo ahí, no recordaba que ese no-lugar tuviera tantos túneles. O se habían multiplicado o sus recuerdos se habían falseado desde entonces. Después de un rato de caída libre, atravesaron uno de los nudos, cuya pared forrada de nódulos palpitantes no sufrió ningún quiebre o abertura cuando ingresaron al túnel.

No era el vivero de la tía Annette y el tío Eduard con el que John había imaginado encontrarse, sino la casa de Corin y Theroy. Todavía con algún resto del mobiliario que los dueños del Y/Z habían dejado abandonado para que el nuevo acreedor hiciera lo que le apeteciera con ellos. La única luz del lugar entraba por las grandes ventanas, cuyos postigos estaban abiertos. Una pista recta que unía el suelo con el cristal de una de las ventanas, mostraba cómo millones de partículas de polvo giraban entre ellas. En el lugar que antes ocupaban las mesas de los clientes, había un bulto que parecía estar formado por trapos o la ropa de algún vagabundo. John respiró el aire de mudanza reciente en el aire y de una humedad que afloraba libremente desde algún rincón. Caminó hasta el bulto. Era un cuerpo humano. Estaba en

posición fetal, con las dos manos unidas sobre el abdomen. Había sangre a su alrededor que salía de debajo de las manos. Era el chico Fred, que habían hallado muerto después de que los viajeros del portal iniciaran su periplo.

Un muchacho delgado, ahora con la piel hundiéndose en su esqueleto. Sus zapatillas estaban separadas de sus pies por un anillo de vacío. Fred ya no calzaba como antes. Por el aspecto, llevaba muerto demasiado tiempo. Quizás semanas. Sin embargo, el charco de sangre era tan fresco que podía haber empezado a manar de su cuerpo recientemente. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué la entidad había elegido ese escenario en particular? Recorrió la zona donde antes funcionaba la cocina. Se habían llevado todo. Sobre la mesada donde antes los cocineros picaban y trituraban los ingredientes de los platos quedaba un pequeño cenicero con el logo del restaurante. Tenía un montículo de ceniza en su interior y el filtro del cigarrillo algo apelmazado, como si lo hubiesen sumergido en agua. La puerta del baño para empleados estaba abierta y se podía ver el retrete en la penumbra, con la tapa y el asiento levantado. El perfil de una boca sonriente en la oscuridad. El piso superior, que después Louie y Samantha convertirían en dos habitaciones y en el que añadirían un baño más, servía para acumular trastos viejos y cajas de facturas, recibos y archivadores con los legajos de los empleados y una oficina desde donde Yuma y Zerín administraban su negocio. A través del vidrio de la ventana, John distinguió la vieja calle Theroy que continuaba hacia el oeste para salir a la autopista veintitrés que serpenteaba entre colinas y saltaba entre afluentes del río Jackson rumbo a las tierras altas de las montañas. Corin corría hacia el norte hasta una zona de residencias sociales, construidas para las familias con menos recursos gracias a los fondos del Departamento de Planeamiento Civil. John había caminado por esas calles en un tiempo que ya no existía. Le sorprendió ver el tránsito de gente y vehículos como cualquier día laboral de una ciudad que parecía haber rejuvenecido. El cuerpo de Fred le añadía una sensación de olvido al viejo edificio, como si de repente este hubiese sido lanzado a la soledad del espacio exterior, lejos de los recuerdos y pensamientos de cualquier cosa viva. Si pudiese, John quitaría el cuerpo de allí. Lo escondería para volver a ver el edificio como había sido antes de que todo empezara. Entonces lo pensó de otro modo. El cuerpo de Fred era un símbolo, las palabras de alguien que estaba comunicándole algo. Y él ahora estaba leyendo el mensaje. En su mente se dibujó lo siguiente para que los dos John lo vieran claro. «Este lugar no es cómo esperabas, pero puede ser mejor que cualquier cosa si tú quieres». Por supuesto, en esas condiciones, el Y/Z significaba el inicio de algo que podía tomar cualquier rumbo. La segunda

apertura del portal podía ser el punto de partida de algo positivo o negativo para la existencia. John sabía qué clase de rumbo había tomado en el mundo físico, pero allí estaba en su universo mental y el cuerpo de Fred era la incisión en la escultura de madera que transformaba la obra de arte en algo muy diferente a como se había visto siempre.

—Hubiese sido un buen punto de acceso —dijo una voz cansina que John identificó de inmediato—. Fred no se hubiese cansado de vivir embriagado de las posibilidades que le ofrece su universo, experimentado desde la seguridad de mis túneles blancos.

Pensó que estaba detrás de él pero la sala seguía desierta, si se exceptuaba el cadáver con un proceso de descomposición de dos tiempos. Al lado de la abertura que dejaba ver el espacio de la cocina, se había formado algo que a John le pareció un nudo de oscuridad o un sumidero vertical que parecía atrapar la poca luz que agonizaba a su alrededor. Antes no estaba ahí. Ese sitio no pertenecía a la casa. John caminó en esa dirección y la voz no tardó en surgir de nuevo, indicándole que Louie estaba más allá de ese nudo con la vaga forma de una puerta sin marco.

—Estoy aquí, John —la voz de su viejo amigo provenía de un cuerpo a punto de desplomarse o que sufría algún agudo dolor interno—. Ven, acompáñame.

John del pasado reforzó la barrera dentro de la mente de John del presente luego de que este le enviara una ligera señal de que iba seguir cualquier juego en el que lo quisiera meter la entidad. Al atravesar el agujero-puerta, John pisó el suelo en declive de un estacionamiento para vehículos subterráneo. Estaba iluminado con luces de un tono naranja y en la zona donde comenzaba la rampa que llevaba a la salida, John vio que la claridad de la luz artificial disminuía. Era de noche y los espacios vacíos que dominaban ese nivel del estacionamiento indicaban que la mayoría de los conductores ya se habían ido a casa. Unos pasos provenían de la derecha de John. Enseguida quedó definido que se trataban de dos personas que caminaban a intervalos de tiempo muy diferentes. En una de las columnas que sostenían la estructura del edificio, había colgado un cartel del Centro Comercial Strachy con las ofertas del último mes. Buscó a Louie o la forma de la entidad, entre los pocos vehículos aparcados y detrás de alguna columna. Los pasos se acercaron y John se ocultó detrás de una camioneta, agachado junto a la rueda trasera.

Los responsables no tardaron en aparecer. Un hombre que llevaba de la mano a un niño de unos diez años, como mucho. Cuando pasaron debajo de una de las lámparas pudo descubrir que el niño era él y el hombre que llevaba

una bolsa con las palabras *Gracias por su compra* era su padre, con un sobretodo de tela gris oscura con enormes botones negros. El cabello peinado hacia la derecha, húmedo y brillante y la nariz recta, que mirada de frente, le daba al rostro el carácter de un hombre parco de palabras y tajante en sus decisiones. Un hombre que no necesitaba consultar con nadie lo que era mejor o peor para su familia. John intentaba recordar alguna vez que había ido con su padre al centro comercial Strachy y la memoria formaba un solo día que era el arquetipo de todas las veces que había salido de compras con su familia. Quería viviseccionar ese arquetipo para discriminar una noche que fuese la que estaba viendo ahora. A mitad de camino, el niño le dijo al padre que se detuviera, porque había visto un hombre sentado con la espalda apoyada en una columna. Al principio, John pensó que lo había visto pero se dio cuenta de que el niño señalaba en una dirección opuesta a la que él estaba. Su padre le dijo que lo dejara en paz pero el niño se soltó de su mano y corrió dando un rodeo a la columna donde estaba el hombre. Un vagabundo con la barba y el cabello del mismo color del óxido cubierto por una tela de polvo. Llevaba puesta una serie de camisas y camisetas igual de mugrientas y rotas. El padre hizo un intento de caminar hasta su hijo y hundirle los dedos en el brazo para continuar el camino, pero antes de dar el primer paso, lo volvió a su sitio. El niño contemplaba al vagabundo con la misma fascinación que si fuese un animal exótico que por primera vez en todo el mes se dejara ver por los ojos de los curiosos.

—Bienvenido a una de mis cenas, John —dijo la voz gastada de Louie—. Tal vez te cueste recordar cada aspecto de este encuentro o ahora que lo ves te haya refrescado la mente como una epifanía.

El niño saludó al vagabundo y este abría y cerraba los ojos con la lentitud de una gota de agua que se desliza por la franja seca de un vaso. El niño se acercó y tocó uno de los zapatos abiertos en los bordes con su zapatilla. El vagabundo abrió los ojos como platos y de su boca desdentada brotó un hilo de voz semejante al que hace el freno de una motocicleta falto de aceite. El niño se apartó dos pasos y miró a su padre. El semblante de piedra del padre, su postura que lo ubicaba a kilómetros de distancia a pesar de encontrarse al alcance de la mano.

Una parte del arquetipo de los días de compra con su familia se iluminó más y John pudo distinguir la diferencia de ese día en la unidad del conjunto.

—Ya ha perdido el sabor de tantas veces que me he alimentado de él. En palabras de ustedes, «queda pocos nutrientes de los que alimentarse» en este

recuerdo a la deriva. Sin embargo, quería que vieras como funciona esta cadena alimenticia que involucra a sus universos mentales.

El vagabundo dijo que estaba desapareciendo. Lo hizo en un tono que lo obligó a repetir las palabras para que el niño pudiera oírlas. Le dijo, además, que él también estaba desapareciendo y que su padre seguía el mismo camino. El vagabundo se llevó una mano al corazón y tosió con un ruido ronco de rocas chocando en las profundidades de un pozo, lo que hizo sobresaltar al niño. El padre del niño miró su reloj y le dijo que dejara al hombre en paz y que tenían que irse a casa. El niño le dijo que el vagabundo olía muy mal, a orín y mierda de perro y que parecía estar enfermo o algo.

—Ojalá pudieras sentir esto de lo que hablo. La curiosidad y las preguntas que tú le querías hacer a tu padre en ese momento pero que él no respondía o te decía que después y nunca volvía a tocar el tema. El dolor del vagabundo, su certeza de que la muerte lo hallaría en un aparcamiento tan solo como el día que había decidido dejar a todos para ser arrastrado por aquella vida. El hambre y la mugre que ya no le atosigaban con sus quejas constantes. El deseo de tu padre de dejarte allí como un castigo por tu impertinencia. Y el último ingrediente de este plato. El que le da razón de ser. Por el que vuelvo siempre a alimentarme de este recuerdo en las despensas de mis túneles bancos.

El vagabundo le tendió la mano. Le dijo que no quería morir solo. Que quería cerrar los ojos por última vez sintiendo el contacto con otro ser humano. Lo decía con esa tos explosiva intercalándose entre sus palabras. Pero el niño guardó sus manos en los bolsillos y concentró su atención en la incapacidad del vagabundo para hacer nada más que toser y apretar con su encallecida mano el corazón. Y de repente la tos terminó, aunque la boca siguió entreabierta. La mano que sostenía el corazón cayó sobre su *jean* mojado deshilachado. Sus ojos continuaron viendo al niño. El padre volvió a mirar el reloj y le dijo al niño, así como si fuese lo más natural del mundo, que el hombre ya estaba muerto y que si no quería oler algo más que orín y mierda de perro se fueran a casa de una buena vez.

Capítulo 31

KillerMonkey estaba corriendo en medio de una calle y un camión que transportaba pollos congelados *Stacy's* le tocó bocina a cinco metros de distancia, que sirvió para que él esquivara el vehículo poniéndose de perfil antes del impacto, lo que permitió ver el rostro del conductor, que todavía tenía la imagen de KillerMonkey delante de él, algo que se deducía por la expresión pétrea en su rostro. Otro auto clavó los frenos en el carril contrario y él pudo dar un salto entre la parte delantera y la trasera de dos vehículos estacionados en el borde de la acera. Ya no estaba en los túneles blancos, sino en la ciudad de Pearce's Valley. Por supuesto, tenía que ser la versión mental de la ciudad que se había activado sobre el telón verde de los túneles. El trabajo era magnífico, sin ningún detalle que delatara su naturaleza artificial como un observador podría hallar en un escenario virtual, por más realista que fuera la definición y profundidad de los objetos e imágenes. Detrás de él había dos tiendas. Una joyería y una pastelería en cuya vidriera se exhibía el Pastel de la Semana, un *cheecake* con frutos rojos en una bandeja roja con un cartelito en donde en vez del precio, se leía «Deja de pensar en él, entra y llévatelo a casa». Muy bien, pensó, esto es lo que querías. Temía haberse perdido en los pasillos transparentes de los túneles blancos y no hacer nada más que andar durante horas y horas mientras el plan de John se iba al traste. Desde ahora podía seguir los pasos del itinerario que habían trazado. Lo primero, era buscar en el celular la dirección del departamento de vialidad. Claro, si esa ciudad era una imitación de la original, entonces no hacía falta pero no había que dejar nada librado a las conjeturas. Buscó su celular en los bolsillos de su pantalón. Su vestimenta era la misma que llevaba en casa de John. No halló nada. Bueno, no importaba. Necesitaba una guía de teléfonos o una computadora con internet. No quería preguntarle a nadie la dirección por temor a alertar a la entidad. Cada una de las personas de esa ciudad debía estar conectada como hebras de una telaraña a la entidad, avisándole que una araña más pequeña se paseaba por su obra. Entró en una cafetería muy concurrida lo que le permitiría no llamar demasiado la atención. Sabía que en

ese lugar había una cabina de teléfonos cerca del baño. Allí había visto, en otras ocasiones, una guía con la tapa cercenada a la mitad y llena de grafitis de todo tipo entre la primer hoja y lo que quedaba de tapa. Agradeció la meticulosidad de la entidad a la hora de no olvidar de reproducir el objeto más nimio en ese caso. Entró en la cabina y buscó la dirección pasando las páginas con rapidez. El olor de las hojas manoseadas y viejas de la guía ascendió por su nariz y casi lo hizo estornudar. ¿Qué clase de ilusión era aquella que casi lo hacía estornudar a uno? Después de corroborar que el departamento estaba ubicado en el lugar de siempre, dejó la cafetería y se apresuró a encaminarse hasta allí. Cruzó las sendas cuando los semáforos lo indicaban, esquivó a los transeúntes evitando tocar a ninguno y al llegar al departamento de vialidad, se dirigió a una puerta que no era la principal, sino la que usaba el personal obrero y técnico del departamento. Al primer intento, el picaporte pareció no girar, lo que significaba que tenía que buscar otro modo de entrar al taller que involucraba la posibilidad de que lo identificaran como sujeto no autorizado y de allí su futuro sería incierto. Pero ejerció más fuerza a su mano y el picaporte giró con un chasquido similar a la ruedecilla de un encendedor. Adentro, lo recibió el estruendo de un ambiente sonoro en el que convivían hierros arrastrándose sobre el suelo de cemento, motores de camiones, camionetas y otras máquinas usadas para calentar y mezclar el asfalto. La mayoría de la gente que había allí, unas treinta al menos, distribuidas a lo largo y ancho del galpón, llevaba el casco amarillo de seguridad. KillerMonkey ya había estado un par de veces allí, en el mundo real, ensayando su parte del plan, sintiéndose un espía en la primera etapa de su golpe, que consistía en el reconocimiento del terreno y sus actores. Sus movimientos, el grado de vigilancia, el modo en que los vehículos salían por la parte trasera del galpón rumbo a los respectivos puntos de obra en la ciudad o en las afueras. Y principalmente, el vehículo que a él más le interesaba. La retroexcavadora con martillo hidráulico. Lo primero que hizo fue hacer contacto visual con ese vehículo estacionado en el mismo sitio de siempre. Delante del mismo, un obrero con un plano azul le estaba dando indicaciones a otro, moviendo el índice sobre diferentes zonas del plano. Aquí comenzaba la parte alocada del plan, cuyo derrotero podía volverse una caída de montaña rusa con la foto final del rostro deformado por una alegría terrorífica o la misma caída pero con el carrito saliéndose de su eje y cayendo entre perfiles y columnas de hierro hacia el suelo a doscientos kilómetros por hora. KillerMonkey se calzó el casco amarillo y se tiznó el rostro con el polvo de un balde lleno de gravilla que algunos empleados llevaban a casa para

pavimentar algún estrecho camino en la parte trasera o delantera de la misma. Eran sobras, que de otra manera, terminaban desperdiciadas al costado del camino. Luego anduvo sin mirar a nadie hasta la retroexcavadora. Antes de que llegara, los dos hombres que estaban delante con el plano, miraron la cabina del vehículo, y el que sostenía el plano señaló a su interior. Enseguida, el otro subió los dos peldaños debajo de la puerta y se sentó en el puesto del conductor. KillerMonkey se quedó parado unos segundos observando al obrero que con una mano al volante parecía estar a punto de poner en marcha el vehículo. Dos obreros pasaron conversando a su lado y uno de ellos le lanzó una rápida mirada por encima del hombro, luego continuó su camino, pero a los tres pasos se detuvo y obligó a su amigo a hacer lo mismo. Los dos se dieron vuelta, pero KillerMonkey ya no estaba allí. Se había apartado hasta ocultarse detrás de un camión cuyo acoplado se elevaba a cuarenta y cinco grados de su base. El hombre que había advertido su presencia giró la cabeza en ondas de rastreo que abarcaron todo el recinto. El otro, con las manos en jarra le decía algo, seguramente referido a qué era lo tan interesante que había captado en un lugar como ese. KillerMonkey estaba preocupado, no solo por ese curioso, sino por cualquier otro que lo viera en actitud pasiva en un sitio donde no había más que hacer que no estar allí. En la retroexcavadora, el obrero había puesto en marcha el motor y una bola de saliva bajó pausadamente por su faringe. Después miró al del plano que estaba delante del vehículo y levantó las dos manos en actitud «no hay nada que pueda hacer», acto seguido, el motor se detuvo cuando el obrero volvió a girar la llave. Antes de descender, buscó algo en el suelo de la cabina y de un salto aterrizó en el cemento. El obrero que lo había intentado encontrar ya se había marchado con su compañero, que reía doblando su cabeza y con una mano sobre el hombro del otro. El del plano y el obrero que había encendido la retroexcavadora, se dirigieron hacia un grupo de tres obreros que descansaban en un banco de madera. KillerMonkey no perdió un segundo más. Dio zancadas suaves hasta la retroexcavadora y se sentó por segunda vez en su interior. La primera, había sido en su tarea de vigilancia en la fase de espía. La puso en marcha. Por suerte la llave estaba allí y comenzó a mover el vehículo hacia la abertura del portón. Esta parte estaba servida para el azar. El plan era no llamar la atención hasta estar dentro del vehículo, lo que ocurriera después, dependía de John y de que la entidad estuviese concentrada totalmente en él. Después de todo, aquel era el universo de John. Cada uno de los seres que lo habitaban eran productos de su imaginación, puesta en piloto automático y con una desconocida IA, por así decirlo, pero guiados por los

procesos mentales de John, tanto conscientes como inconscientes, o eso era lo que él y John querían creer. Pero el obrero que se había girado para observarlo... tal vez la entidad tenía alguna manera de esconder algún espía allí. Además, la entidad no había atrapado a John, o eso creía. Todavía estaba en la etapa de negociación. A pesar de tomar todas las precauciones, KillerMonkey sintió que ese obrero no tenía por qué haberse detenido de esa forma para saber de quién se trataba él. La retroexcavadora siguió avanzando entre vehículos y obreros que entraban y salían. Nadie se fijó demasiado en él. El que llevaba el plano incluso lo saludó cuando pasó en su campo de visión y KillerMonkey le devolvió el saludo. Antes de que el morro del vehículo llegara a la linde del galpón, una voz grave se alzó por encima del ininterrumpido ruido. KillerMonkey escuchó entre nervios y adrenalina: «... ¡momento... retroexcavadora!...».

Era el tipo que se había detenido para corroborar que su visión no le había engañado al verlo. Sus ojos estaban al ras de la línea de la visera del casco protector. KillerMonkey seguía avanzando pero había disminuido la velocidad de la retroexcavadora. El sujeto caminaba aferrándose al borde de la curva que formaba la puerta del acompañante. KillerMonkey sonreía, como si la presencia del sujeto fuese algo de rutina. Un chiste verde de último momento antes de empezar un trabajo, una pregunta técnica o un consejo del mismo calibre. Él sonreía, desterrando toda posible situación extraña que estuviera por revelar el obrero.

—¿Eres el nuevo, no? —preguntó el obrero y KillerMonkey bajó aún más la velocidad a causa de la rapidez intercalada con que el sujeto giraba la cabeza hacia la salida y hacia él, intentando otorgarle a la negación de detener el vehículo de KillerMonkey, otro significado que no fuese el de «aléjate, tengo prisa», que era lo que más saltaba a la vista.

—Soy el nuevo, sí —KillerMonkey se golpeó internamente con un martillo gigante porque su voz sonaba tan segura como verídica su respuesta.

—¿Dónde te han enviado con la vieja Betty?

KillerMonkey estuvo a punto de decir algo cortante, interpretando el papel de antipático que en ese momento le parecía la idea más brillante del mundo para librarse de aquel pesado, pero se dio cuenta de que todavía no había abandonado el edificio de vialidad y tal vez eso significara una serie de contratiempos con ese sujeto que podría desembocar en un enredo mayor con sus compañeros y luego con el supervisor que se acercaría hasta él y le pediría una información más contundente que la solicitada por su curioso amigo.

—A la salida de la ciudad. Hay un problema con el pavimento que necesita que... la vieja Betty deshaga para que se vuelva a hacer como se debió hacer desde el comienzo.

Era lo que se le había ocurrido en una repentina absorción de ráfaga de improvisación mientras pensaba en grietas sobre el asfalto, baches en medio de la ruta y vehículos con la parte baja del chasis rayada o abollada por los golpes de automóviles a velocidades hiperbólicas.

El obrero pasó de la sonrisa a una abertura de boca, donde los dientes ocuparon el espacio de los labios que se convirtieron en dos finas líneas elásticas encima de las encías. La risa sonaba desde la mitad de su garganta, como una cadena de espasmos que se parecían a fragmentos de notas de aves de diferentes especies sonando al unísono.

—Creo que vas a estar bien. Mira, los muchachos estamos organizando un partido de básquetbol en la pista del parque para este sábado a la tarde. Siempre nos hace falta alguien, porque son más lo que dicen que irán que los que realmente van.

—Por supuesto —respondió KillerMonkey ahora más animado, exhalando en una deformación de su rostro, que no podía ver pero que se imaginaba grotesca, las respuestas que tenía torpemente preparada para el caso de que lo descubrieran—. Se me da bien el básquet. Cuenten conmigo.

Y el acelerador se hundió como si su pie manifestara la falta de paciencia que él no podía mostrar al obrero, dadas las delicadas circunstancias del robo que estaba efectuando de una herramienta que era propiedad del Estado.

Condujo a la máxima velocidad de cuarenta kilómetros por hora. KillerMonkey había ascendido en la escala de los ladrones profesionales. Tarareaba una canción que servía de fondo a su audacia, o mejor dicho a su suerte. De vez en cuando, miraba por el retrovisor para ver si algún vehículo sospechoso lo perseguía. Era impresionante el grado de realismo de un mundo que suponía, no era otra cosa que la representación del mundo real que había en la mente de John. Ideas con consciencia. Nada de personajes con un guión como en el caso de los escenarios virtuales. La gente que habitaba ese lugar no actuaba de una manera extraña, como se podía esperar de su condición de creaciones dispuestas en el segundo plano de la consciencia o como le gustaba llamar a KillerMonkey, la consciencia minimizada, como si esta se tratara de ventanas interactivas de un entorno de sistema operativo. Se guio por los carteles viales para dirigirse a su destino. Cuando salió a la ruta, el ruido que hacía la retroexcavadora dominó el relativo silencio suspendido en las llanuras que empezaban a encrestarse en suaves colinas hacia el oeste. Los

carteles que informaban la distancia de los lugares señalaban que si uno seguía en esa dirección, podría encontrarse con Blue Camp a trescientos kilómetros, Garry Creek a cuatrocientos cincuenta y el pequeño pero siempre atento con los viajeros, poblado de Panotsky, donde uno podía comprar tarta de manzana en cada sitio donde vendieran artículos remotamente relacionados con alimentos. Nombres que tenían sus homónimos en el mundo real. KillerMonkey indagó acerca de qué nuevo manual de referencias se debía utilizar ahora, sabiendo que el universo mental podía ser tan tangible y profundamente complejo como el universo físico. Inclusive se preguntó si sería acertado desde un punto de vista semántico, seguir usando las palabras “físico” y “mental” para designar realidades que desde cierto contexto sonaban antagónicas. El ronroneo del motor era reconfortante, llevándole oleadas de vibrantes masajes que producía tanto un efecto narcótico como vivificante. Durante un tiempo, que su mente sostuvo como un par de horas, KillerMonkey condujo la retroexcavadora con el martillo hidráulico alzado al frente, como el cuerno de un rinoceronte solitario que avanzara por el pavimento en busca de un lugar donde echarse a descansar. Se detuvo delante del cartel verde que anunciaba los mismos tres lugares de siempre. Sin embargo, a una distancia de diez metros, había otro cartel, más pequeño y de color blanco con letras negras. En este, había escrito el irregular mensaje de *Posible desvío John-Samantha* y debajo del cartel había una línea marcada con pintura blanca, del mismo color de los túneles, pensó KillerMonkey. La entidad ya había estado sondeando a John y se tomó el atrevimiento de señalar el sitio por el que debería extender un nuevo tramo de autopistas. Hacia Samantha. Por supuesto, era el universo mental más cercano del introvertido y antisocial John. Otra parte de la teoría de John era cierta. La influencia de la entidad que ya habitaba la mente de un individuo, tendía a conquistar la mente que en el plano físico se hallara más cerca. La relación entre materia y actividad psíquica para las que John había elaborado los extensos cálculos en las publicaciones de la universidad, podían ser puestas a prueba en este lugar, si hubiese alguna forma de proyectar lo de aquí hacia afuera, pero los avances científicos continuaban en la etapa primitiva con respecto al estudio de la consciencia. ¿De qué manera la entidad había entrado en el universo mental de John sin que este se lo hubiese permitido? Era la parte escalofriante que a KillerMonkey le parecía que contaminaba el mismo aire de campo, que a cielo abierto y sin ninguna barrera de concreto, llegaba en ráfagas salvajes. Preparó el armatoste que tenía en su control. Se puso delante del cartel verde con las palabras de los tres destinos escritas en blanco

y después de infructuosos intentos de *amateur* para colocar el martillo en la posición deseada sobre la autopista, esperó. Se dio cuenta de que estaba sudando y se preguntó cómo era posible que una proyección psíquica tuviera las mismas debilidades orgánicas que su versión real. Porque eso era él en ese lugar, ¿no? ¿Un yo mental con delirios de masa?

Capítulo 32

KillerMonkey estaba corriendo en medio de una calle y un camión que transportaba pollos congelados *Stacy's* le tocó bocina a cinco metros de distancia, que sirvió para que él esquivara el vehículo poniéndose de perfil antes del impacto, lo que permitió ver el rostro del conductor, que todavía tenía la imagen de KillerMonkey delante de él, algo que se deducía por la expresión pétrea en su rostro. Otro auto clavó los frenos en el carril contrario y él pudo dar un salto entre la parte delantera y la trasera de dos vehículos estacionados en el borde de la acera. Ya no estaba en los túneles blancos, sino en la ciudad de Pearce's Valley. Por supuesto, tenía que ser la versión mental de la ciudad que se había activado sobre el telón verde de los túneles. El trabajo era magnífico, sin ningún detalle que delatara su naturaleza artificial como un observador podría hallar en un escenario virtual, por más realista que fuera la definición y profundidad de los objetos e imágenes. Detrás de él había dos tiendas. Una joyería y una pastelería en cuya vidriera se exhibía el Pastel de la Semana, un *cheecake* con frutos rojos en una bandeja roja con un cartelito en donde en vez del precio, se leía «Deja de pensar en él, entra y llévatelo a casa». Muy bien, pensó, esto es lo que querías. Temía haberse perdido en los pasillos transparentes de los túneles blancos y no hacer nada más que andar durante horas y horas mientras el plan de John se iba al traste. Desde ahora podía seguir los pasos del itinerario que habían trazado. Lo primero, era buscar en el celular la dirección del departamento de vialidad. Claro, si esa ciudad era una imitación de la original, entonces no hacía falta pero no había que dejar nada librado a las conjeturas. Buscó su celular en los bolsillos de su pantalón. Su vestimenta era la misma que llevaba en casa de John. No halló nada. Bueno, no importaba. Necesitaba una guía de teléfonos o una computadora con internet. No quería preguntarle a nadie la dirección por temor a alertar a la entidad. Cada una de las personas de esa ciudad debía estar conectada como hebras de una telaraña a la entidad, avisándole que una araña más pequeña se paseaba por su obra. Entró en una cafetería muy concurrida lo que le permitiría no llamar demasiado la atención. Sabía que en

ese lugar había una cabina de teléfonos cerca del baño. Allí había visto, en otras ocasiones, una guía con la tapa cercenada a la mitad y llena de grafitis de todo tipo entre la primer hoja y lo que quedaba de tapa. Agradeció la meticulosidad de la entidad a la hora de no olvidar de reproducir el objeto más nimio en ese caso. Entró en la cabina y buscó la dirección pasando las páginas con rapidez. El olor de las hojas manoseadas y viejas de la guía ascendió por su nariz y casi lo hizo estornudar. ¿Qué clase de ilusión era aquella que casi lo hacía estornudar a uno? Después de corroborar que el departamento estaba ubicado en el lugar de siempre, dejó la cafetería y se apresuró a encaminarse hasta allí. Cruzó las sendas cuando los semáforos lo indicaban, esquivó a los transeúntes evitando tocar a ninguno y al llegar al departamento de vialidad, se dirigió a una puerta que no era la principal, sino la que usaba el personal obrero y técnico del departamento. Al primer intento, el picaporte pareció no girar, lo que significaba que tenía que buscar otro modo de entrar al taller que involucraba la posibilidad de que lo identificaran como sujeto no autorizado y de allí su futuro sería incierto. Pero ejerció más fuerza a su mano y el picaporte giró con un chasquido similar a la ruedecilla de un encendedor. Adentro, lo recibió el estruendo de un ambiente sonoro en el que convivían hierros arrastrándose sobre el suelo de cemento, motores de camiones, camionetas y otras máquinas usadas para calentar y mezclar el asfalto. La mayoría de la gente que había allí, unas treinta al menos, distribuidas a lo largo y ancho del galpón, llevaba el casco amarillo de seguridad. KillerMonkey ya había estado un par de veces allí, en el mundo real, ensayando su parte del plan, sintiéndose un espía en la primera etapa de su golpe, que consistía en el reconocimiento del terreno y sus actores. Sus movimientos, el grado de vigilancia, el modo en que los vehículos salían por la parte trasera del galpón rumbo a los respectivos puntos de obra en la ciudad o en las afueras. Y principalmente, el vehículo que a él más le interesaba. La retroexcavadora con martillo hidráulico. Lo primero que hizo fue hacer contacto visual con ese vehículo estacionado en el mismo sitio de siempre. Delante del mismo, un obrero con un plano azul le estaba dando indicaciones a otro, moviendo el índice sobre diferentes zonas del plano. Aquí comenzaba la parte alocada del plan, cuyo derrotero podía volverse una caída de montaña rusa con la foto final del rostro deformado por una alegría terrorífica o la misma caída pero con el carrito saliéndose de su eje y cayendo entre perfiles y columnas de hierro hacia el suelo a doscientos kilómetros por hora. KillerMonkey se calzó el casco amarillo y se tiznó el rostro con el polvo de un balde lleno de gravilla que algunos empleados llevaban a casa para

pavimentar algún estrecho camino en la parte trasera o delantera de la misma. Eran sobras, que de otra manera, terminaban desperdiciadas al costado del camino. Luego anduvo sin mirar a nadie hasta la retroexcavadora. Antes de que llegara, los dos hombres que estaban delante con el plano, miraron la cabina del vehículo, y el que sostenía el plano señaló a su interior. Enseguida, el otro subió los dos peldaños debajo de la puerta y se sentó en el puesto del conductor. KillerMonkey se quedó parado unos segundos observando al obrero que con una mano al volante parecía estar a punto de poner en marcha el vehículo. Dos obreros pasaron conversando a su lado y uno de ellos le lanzó una rápida mirada por encima del hombro, luego continuó su camino, pero a los tres pasos se detuvo y obligó a su amigo a hacer lo mismo. Los dos se dieron vuelta, pero KillerMonkey ya no estaba allí. Se había apartado hasta ocultarse detrás de un camión cuyo acoplado se elevaba a cuarenta y cinco grados de su base. El hombre que había advertido su presencia giró la cabeza en ondas de rastreo que abarcaron todo el recinto. El otro, con las manos en jarra le decía algo, seguramente referido a qué era lo tan interesante que había captado en un lugar como ese. KillerMonkey estaba preocupado, no solo por ese curioso, sino por cualquier otro que lo viera en actitud pasiva en un sitio donde no había más que hacer que no estar allí. En la retroexcavadora, el obrero había puesto en marcha el motor y una bola de saliva bajó pausadamente por su faringe. Después miró al del plano que estaba delante del vehículo y levantó las dos manos en actitud «no hay nada que pueda hacer», acto seguido, el motor se detuvo cuando el obrero volvió a girar la llave. Antes de descender, buscó algo en el suelo de la cabina y de un salto aterrizó en el cemento. El obrero que lo había intentado encontrar ya se había marchado con su compañero, que reía doblando su cabeza y con una mano sobre el hombro del otro. El del plano y el obrero que había encendido la retroexcavadora, se dirigieron hacia un grupo de tres obreros que descansaban en un banco de madera. KillerMonkey no perdió un segundo más. Dio zancadas suaves hasta la retroexcavadora y se sentó por segunda vez en su interior. La primera, había sido en su tarea de vigilancia en la fase de espía. La puso en marcha. Por suerte la llave estaba allí y comenzó a mover el vehículo hacia la abertura del portón. Esta parte estaba servida para el azar. El plan era no llamar la atención hasta estar dentro del vehículo, lo que ocurriera después, dependía de John y de que la entidad estuviese concentrada totalmente en él. Después de todo, aquel era el universo de John. Cada uno de los seres que lo habitaban eran productos de su imaginación, puesta en piloto automático y con una desconocida IA, por así decirlo, pero guiados por los

procesos mentales de John, tanto conscientes como inconscientes, o eso era lo que él y John querían creer. Pero el obrero que se había girado para observarlo... tal vez la entidad tenía alguna manera de esconder algún espía allí. Además, la entidad no había atrapado a John, o eso creía. Todavía estaba en la etapa de negociación. A pesar de tomar todas las precauciones, KillerMonkey sintió que ese obrero no tenía por qué haberse detenido de esa forma para saber de quién se trataba él. La retroexcavadora siguió avanzando entre vehículos y obreros que entraban y salían. Nadie se fijó demasiado en él. El que llevaba el plano incluso lo saludó cuando pasó en su campo de visión y KillerMonkey le devolvió el saludo. Antes de que el morro del vehículo llegara a la linde del galpón, una voz grave se alzó por encima del ininterrumpido ruido. KillerMonkey escuchó entre nervios y adrenalina: «... ¡momento... retroexcavadora!...».

Era el tipo que se había detenido para corroborar que su visión no le había engañado al verlo. Sus ojos estaban al ras de la línea de la visera del casco protector. KillerMonkey seguía avanzando pero había disminuido la velocidad de la retroexcavadora. El sujeto caminaba aferrándose al borde de la curva que formaba la puerta del acompañante. KillerMonkey sonreía, como si la presencia del sujeto fuese algo de rutina. Un chiste verde de último momento antes de empezar un trabajo, una pregunta técnica o un consejo del mismo calibre. Él sonreía, desterrando toda posible situación extraña que estuviera por revelar el obrero.

—¿Eres el nuevo, no? —preguntó el obrero y KillerMonkey bajó aún más la velocidad a causa de la rapidez intercalada con que el sujeto giraba la cabeza hacia la salida y hacia él, intentando otorgarle a la negación de detener el vehículo de KillerMonkey, otro significado que no fuese el de «aléjate, tengo prisa», que era lo que más saltaba a la vista.

—Soy el nuevo, sí —KillerMonkey se golpeó internamente con un martillo gigante porque su voz sonaba tan segura como verídica su respuesta.

—¿Dónde te han enviado con la vieja Betty?

KillerMonkey estuvo a punto de decir algo cortante, interpretando el papel de antipático que en ese momento le parecía la idea más brillante del mundo para librarse de aquel pesado, pero se dio cuenta de que todavía no había abandonado el edificio de vialidad y tal vez eso significara una serie de contratiempos con ese sujeto que podría desembocar en un enredo mayor con sus compañeros y luego con el supervisor que se acercaría hasta él y le pediría una información más contundente que la solicitada por su curioso amigo.

—A la salida de la ciudad. Hay un problema con el pavimento que necesita que... la vieja Betty deshaga para que se vuelva a hacer como se debió hacer desde el comienzo.

Era lo que se le había ocurrido en una repentina absorción de ráfaga de improvisación mientras pensaba en grietas sobre el asfalto, baches en medio de la ruta y vehículos con la parte baja del chasis rayada o abollada por los golpes de automóviles a velocidades hiperbólicas.

El obrero pasó de la sonrisa a una abertura de boca, donde los dientes ocuparon el espacio de los labios que se convirtieron en dos finas líneas elásticas encima de las encías. La risa sonaba desde la mitad de su garganta, como una cadena de espasmos que se parecían a fragmentos de notas de aves de diferentes especies sonando al unísono.

—Creo que vas a estar bien. Mira, los muchachos estamos organizando un partido de básquetbol en la pista del parque para este sábado a la tarde. Siempre nos hace falta alguien, porque son más lo que dicen que irán que los que realmente van.

—Por supuesto —respondió KillerMonkey ahora más animado, exhalando en una deformación de su rostro, que no podía ver pero que se imaginaba grotesca, las respuestas que tenía torpemente preparada para el caso de que lo descubrieran—. Se me da bien el básquet. Cuenten conmigo.

Y el acelerador se hundió como si su pie manifestara la falta de paciencia que él no podía mostrar al obrero, dadas las delicadas circunstancias del robo que estaba efectuando de una herramienta que era propiedad del Estado.

Condujo a la máxima velocidad de cuarenta kilómetros por hora. KillerMonkey había ascendido en la escala de los ladrones profesionales. Tarareaba una canción que servía de fondo a su audacia, o mejor dicho a su suerte. De vez en cuando, miraba por el retrovisor para ver si algún vehículo sospechoso lo perseguía. Era impresionante el grado de realismo de un mundo que suponía, no era otra cosa que la representación del mundo real que había en la mente de John. Ideas con consciencia. Nada de personajes con un guión como en el caso de los escenarios virtuales. La gente que habitaba ese lugar no actuaba de una manera extraña, como se podía esperar de su condición de creaciones dispuestas en el segundo plano de la consciencia o como le gustaba llamar a KillerMonkey, la consciencia minimizada, como si esta se tratara de ventanas interactivas de un entorno de sistema operativo. Se guio por los carteles viales para dirigirse a su destino. Cuando salió a la ruta, el ruido que hacía la retroexcavadora dominó el relativo silencio suspendido en las llanuras que empezaban a encrestarse en suaves colinas hacia el oeste. Los

carteles que informaban la distancia de los lugares señalaban que si uno seguía en esa dirección, podría encontrarse con Blue Camp a trescientos kilómetros, Garry Creek a cuatrocientos cincuenta y el pequeño pero siempre atento con los viajeros, poblado de Panotsky, donde uno podía comprar tarta de manzana en cada sitio donde vendieran artículos remotamente relacionados con alimentos. Nombres que tenían sus homónimos en el mundo real. KillerMonkey indagó acerca de qué nuevo manual de referencias se debía utilizar ahora, sabiendo que el universo mental podía ser tan tangible y profundamente complejo como el universo físico. Inclusive se preguntó si sería acertado desde un punto de vista semántico, seguir usando las palabras “físico” y “mental” para designar realidades que desde cierto contexto sonaban antagónicas. El ronroneo del motor era reconfortante, llevándole oleadas de vibrantes masajes que producía tanto un efecto narcótico como vivificante. Durante un tiempo, que su mente sostuvo como un par de horas, KillerMonkey condujo la retroexcavadora con el martillo hidráulico alzado al frente, como el cuerno de un rinoceronte solitario que avanzara por el pavimento en busca de un lugar donde echarse a descansar. Se detuvo delante del cartel verde que anunciaba los mismos tres lugares de siempre. Sin embargo, a una distancia de diez metros, había otro cartel, más pequeño y de color blanco con letras negras. En este, había escrito el irregular mensaje de *Posible desvío John-Samantha* y debajo del cartel había una línea marcada con pintura blanca, del mismo color de los túneles, pensó KillerMonkey. La entidad ya había estado sondeando a John y se tomó el atrevimiento de señalar el sitio por el que debería extender un nuevo tramo de autopistas. Hacia Samantha. Por supuesto, era el universo mental más cercano del introvertido y antisocial John. Otra parte de la teoría de John era cierta. La influencia de la entidad que ya habitaba la mente de un individuo, tendía a conquistar la mente que en el plano físico se hallara más cerca. La relación entre materia y actividad psíquica para las que John había elaborado los extensos cálculos en las publicaciones de la universidad, podían ser puestas a prueba en este lugar, si hubiese alguna forma de proyectar lo de aquí hacia afuera, pero los avances científicos continuaban en la etapa primitiva con respecto al estudio de la consciencia. ¿De qué manera la entidad había entrado en el universo mental de John sin que este se lo hubiese permitido? Era la parte escalofriante que a KillerMonkey le parecía que contaminaba el mismo aire de campo, que a cielo abierto y sin ninguna barrera de concreto, llegaba en ráfagas salvajes. Preparó el armatoste que tenía en su control. Se puso delante del cartel verde con las palabras de los tres destinos escritas en blanco

y después de infructuosos intentos de *amateur* para colocar el martillo en la posición deseada sobre la autopista, esperó. Se dio cuenta de que estaba sudando y se preguntó cómo era posible que una proyección psíquica tuviera las mismas debilidades orgánicas que su versión real. Porque eso era él en ese lugar, ¿no? ¿Un yo mental con delirios de masa?

Pero el pequeño John desobedeció a su padre. Para él, la muerte de ese vagabundo le estaba mostrando algo tremendo, que le agarrotaba todo movimiento que no fuera el de sus pensamientos y giraba como un torbellino para formar algo en el centro. Lo único que quería hacer era esperar para ver lo que había en el centro, cuando de pronto, el aire recorrió con una vida extraña, el tramo de descenso y ascenso hacia sus pulmones. Fue como si una válvula en su interior saltara por los aires y John pudo volver a bañarse en aquel lago subterráneo del pasado, sintiendo lo que había sentido. La experiencia en bruto, sin palabras que pudieran servir de soporte al entendimiento de ese evento humano para el que todos parecían seres mudos. Entonces su padre lo miró, no a su hijo que se hallaba en un momento de embelesamiento *post mortem* del vagabundo, sino a John del presente, que asomaba la cabeza por detrás de la parte trasera de la camioneta.

—Apenas es el equivalente de ustedes a probar un plato de sopa desabrida como primer plato y que luego se cancele el resto de la comida —dijo el señor Ferraud—. Sin embargo todavía vengo a veces, más para contemplar la escena que para alimentarme con lo poco que queda. A estas alturas es como ver una película de la que ya te sabes todos sus secretos y puedes anticipar todo en tu mente.

John se puso de pie y caminó hasta su padre. Tenía que seguir con el plan y parte de ese plan significaba no aparentar sorpresa.

—Aunque preferiría que adoptases otra forma —dijo John hinchando su diafragma antes de hablar—, creo que venir aquí para de algún modo decirle que tenías razón a la imagen de mi padre, es un punto de ironía a tu favor.

—Creo que tus objetivos son otros, ¿no, John? —la entidad frunció el ceño, como cuando su padre estaba a punto de decirle que estaba equivocado en algo y que si seguía en esa posición ya sabía quién iba a salir perdiendo—. Tantos años intentando desentrañar el funcionamiento del portal por medio de tus cálculos, de tus teorías que intentaban engancharse en algún punto de los

trabajos de los sabios que te precedieron en tu campo. ¿Y con qué te has encontrado al final?

—De eso mismo quería hablarte. Creo que puedo resolver el enigma del portal y brindar al mundo un conocimiento que podría cambiar radicalmente las cosas para todos. Lo único que necesito es lo que nadie puede darme.

—Tiempo —la entidad asintió y los ojos de su padre se relajaron en aquel rostro que a esas alturas no debía ser otra cosa que un montículo de polvo en la oscuridad hermética de la tumba—. Tiempo para que la persecución de tu inteligencia no quede truncada por el final absurdo de tu especie.

—Indefinido. ¿Puedes hacer eso?

Su padre puso una mano sobre su hombro y sonrió. El perfume era el mismo que inundaba el auto cuando las ventanillas estaban bajas, la forma de inclinar la cabeza, la dirección a la que apuntaban las puntas de sus pies marcando las tres en punto. El nivel de réplica dejaba obsoleto el concepto de autenticidad.

—Se puede arreglar, John. Eso sí, la cáscara no nos puede seguir. Cuando llegue el momento, tendrás que abandonarla.

—Eso es imposible. De lo contrario, mi trabajo quedaría inconcluso aunque yo habitara este plano.

—De eso me encargaré yo. Si encuentras alguna salida a tu trabajo, yo mismo me encargaré de exportarlo a la realidad física.

John del pasado se encontraba tan dubitativo como él. Todavía mantenía asegurada la barrera que impedía todo traspaso de la entidad al registro de pensamientos de John, o sea a los de los dos que en ese lugar formaban una única proyección psíquica. John del presente se permitió pensar en KillerMonkey y el otro John atrapó ese pensamiento con la misma rapidez que un gato atrapa un ratón desde las alturas y lo colocó detrás de la barrera. Se preguntó si había una forma de comunicarse con él. Tal vez si imaginaba un teléfono pudiera llamarlo pero sería muy peligroso. La señal podía ser interceptada por la entidad, después de todo, fuera de la barrera todo estaba a merced de esa criatura. Tenían que confiar en KillerMonkey y aparentar por todos los medios, que no existía para ellos, de esa manera, para la entidad, tampoco.

—¿Qué pasa contigo, Johnny? —el tono de voz de su padre casi le hizo dar un salto—. ¿Qué estás guardando detrás de esa cabecita tuya?

Nunca lo había escuchado de esa forma. Una voz aguda como la de una mujer vieja intentando sonar parecido a una bruja de caricatura. Su rostro no había cambiado, lo que otorgaba a esa voz un carácter más siniestro todavía.

—No estarás intentando engañar a tu viejo, ¿eh?

Por dentro y por fuera, John era puro silencio. ¿Sabía algo entonces? ¿Había visto al John del pasado dentro de su mente? Con seguridad se había topado con la barrera, y entendió que no podría captar sus pensamientos.

—No te voy a mentir —afirmó, haciendo su mejor actuación de «no le temo a nada y por eso puedes reaccionar como te parezca»—. He tomado ciertas precauciones antes de llegar aquí. Creo que entenderás qué es lo más adecuado, dado el engaño con el que atraes a tus huéspedes.

—Todos han decidido por voluntad, mejorar sus experiencias existenciales.

—Tampoco es que tú le brindes una difícil elección —John sintió la fuerza de la entidad, golpeando la barrera de John del pasado. Se sentía como un *bong* aporreado por una enorme maza.

La envoltura de su padre hizo presión con sus dedos sobre su hombro. Su clavícula empezó a enviarles, a ambos Johns, oleadas de dolor, del tamaño de los círculos formados en una fuente al caer la hoja mustia de un árbol.

—Gillian —dijo John—. Ni siquiera le advertiste sobre la cerveza que bebió. Tampoco le diste una oportunidad para que se detractara.

—Ella no la pasa nada mal, John. Pasa más tiempo accediendo a su universo mental que ocupándose de su carrera de escritora *amateur*.

La presión no remitía y el dolor creaba ondas más definidas y circunferencias más amplias.

—Sácame la mano de encima, parásito —arremetió John, en palabras masticadas por dientes rabiosos.

—¿Cómo haces eso? No es la primera vez que me pasa algo así. Pensé que con Gillian se trataba de una chispa de voluntad demasiado intensa activada por algún miedo relacionado con problemas personales. Pero aquí me encuentro con un problema similar. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo impides que atravesase esa cosa que pusiste entre mí y tus pensamientos?

—Yo habré subestimado el grado de complejidad que trajo este cambio en la estructura de la realidad al que le he dedicado casi toda mi vida, pero tú te sobreestimaste a ti mismo. ¿Quién es el estúpido ahora?

La criatura puso la mano libre en el otro hombro de John y el rostro de su padre se partió a la mitad a la altura de la boca. El trozo superior salió disparado hacia arriba como una máscara arrancada por una mano invisible. Lo que había abajo, John pudo percibirlo como una sensación similar a la que uno tiene cuando está leyendo mentalmente con la vieja y conocida voz de narrador que siempre ha venido con el kit de personalidad, y de una línea a

otra esta voz se convirtiera en el chillido de una hiena intentando articular las palabras. John rugió de terror al tiempo que una de sus manos, movida por la voluntad de John del pasado, atinó, a una envidiable velocidad de combate cuerpo a cuerpo, en plena mandíbula donde la otra parte del semblante de su padre todavía seguía allí. La entidad salió disparada hacia la izquierda con un giro de cuerpo entero de unos ciento ochenta grados. Antes de que contraatacara, John intentó correr hacia la salida, pero la entidad se recuperó casi al instante de la caída al suelo y alcanzó a John a la carrera para barrer sus piernas con un arco de guadaña de una sola de las piernas de su padre, lo que hizo que John se estrellara contra una columna, ocasionando que su hombro se doblara contra su tetilla izquierda como si fuese el pico plegable de un envase de cartón de jugo. El dolor lo cegó y al mismo tiempo sirvió para dejar entrar un poco del aire fresco del mundo de nervios y carne del que pensó que se había ausentado totalmente.

Capítulo 33

La demora se había vuelto un motivo de preocupación que mantenía a KillerMonkey en un insufrible estado de ansiedad que alivianaba tamborileando con sus manos los muslos y los bordes del asiento. Se suponía que la negociación no sería cosa de horas, sino de segundos. Claro, no podía tener certeza de cómo funcionaba el tiempo en el universo mental de John, después de todo, obviando la apariencia similar al mundo real, debía de regirse por leyes o patrones diferentes en aspectos en los que uno ni siquiera se imaginaba. Esto agravaba más su situación. Se preguntó si todo estaba saliendo con la precisión de reloj con la que él había contado al comienzo del plan. Si la criatura no sabía de su existencia, o si sí lo sabía, pero se lo ocultaba a John mientras accionaba sus propósitos para anular la misión que ellos habían preparado. Se preguntó si no había terminado en otro sitio al correr por la extensión del túnel blanco cuya dirección había elegido al azar. Preguntas nacidas de su afición a la narrativa de intriga, suspenso y misterio, donde un estado propicio para el personaje terminaba cambiando radicalmente al dar vuelta la página. Intentó concentrarse, más para dejar de lado las elucubraciones de su ansiedad ociosa que para hacer algo que pudiera servir. Tal vez, John le estuviera hablando pero él estaba pensando tanto en que las cosas habían terminado mal, que no podía oírlo. Vamos, John, dime algo, ¿está todo bien por allí? ¿Ya está cerrado el trato? Un simple sí o no bastará. No tienes que emitir una oración de dos o más palabras. Un monosílabo servirá de mucho. La mano levitaba sobre el botón que accionaba el martillo hidráulico. Por supuesto, también tenía que descenderlo para comenzar la escisión de la autopista, pero la mano allí adelantaba el tiempo filtrando todos los pensamientos negativos que soplaban entre sus intentos de dar con John a través de un canal telepático, algo que podría funcionar en las condiciones de aquel sitio. De la misma manera que a veces creaba objetos en tres dimensiones para sus escenarios virtuales, sin que al momento de crearlos supiera bien qué lugar ocuparían o qué propósito cumplirían, pero que a punto de terminar su trabajo hallaba ese lugar o ese propósito en algún ángulo del

escenario, así también la mano sobre el botón que daba vida al martillo, actuaba como esos objetos cuyo sentido ulterior servía para quitarse obstáculos de su proceso creador, de esta manera, le parecía que el tiempo se agilizaba sin demoras en su fluir. Pero el canal telepático estaba tan muerto como vivo el silencio que lo rodeaba. Entonces KillerMonkey se dio cuenta que ya no estaba más solo en aquel tramo de la carretera que decía conducir a tres pueblos, pero que en realidad a él le sonaban como fachada para ocultar un destino para el que ningún amante de los viajes estaba preparado. Justo al lado del cartel de desviación *John/Samantha*, había un hombre. Vestía una camiseta roja enfundada en *jeans* cuya tela se hacía más clara a medida que se acercaba a las rodillas. No podía saber de quién se trataba y de qué hacía allí, de pie, en postura «estoy haciendo autostop, y como no hay nadie más, y tú me ves, es innecesario que extienda mi mano para apelar a tu sentido de solidaridad de autopista». El hombre caminó hasta él. KillerMonkey retiró su mano de su posición suspendida sobre el botón y buscó en el interior de la cabina del vehículo, sin dar señales de lo que estaba haciendo, para evitar cualquier precipitación por la otra parte. Ni una barra de hierro, ninguna llave francesa, ni siquiera un pedazo de tabla al que se le pudiera añadir algún clavo. Solo sus manos, si es que en esa realidad sus manos eran realmente como sus manos y actuaban de la manera esperada si las sometía a una pelea de último momento. El hombre se detuvo a unos pasos de la puerta del conductor. Tenía un aire de confusión en la mirada. Sus ojos extraviados variaban de KillerMonkey a la autopista y a las ondulaciones del terreno sobre las cuales estaba asentada.

—Hola —saludó KillerMonkey— ¿está usted...

Lo reconoció antes de terminar su pregunta. Lo había visto en las fotos que le había mostrado John y que había utilizado para configurar su diseño en el escenario digital que había preparado para Samantha. Louie Polson no lucía como alguien lanzado a continuar en una empresa de lo desconocido, llevado por el afán de aventura, que era como John lo había caracterizado. Allí, KillerMonkey veía a un hombre perdido, solitario, moviéndose como un fantasma que chocara constantemente con los mismos límites de las paredes de la casa abandonada dentro de las cuales habitaba.

—¿Sabe dónde estoy? —preguntó Louie.

—Bueno, pues... a la salida de Pearce's Valley —KillerMonkey no iba a añadir «del universo mental de su mejor amigo» para no echar más leña a la pena del hombre.

—Pearce's Valley —Louie repitió las palabras intentando encontrar su correspondiente entre los desordenes de su memoria—. Entonces... me he perdido de nuevo... ya van... ¿cuántas con esta vez...

—Louie Polson —KillerMonkey pronunció las palabras con la precaución de estar conjurando algo tan extraño como peligroso.

Louie contempló a KillerMonkey. Para el padre de Samantha, ese extraño de repente era el portador de una respuesta por la que había deambulado quién sabía hacía cuánto tiempo.

—¿Cómo está mi hija? ¿Cómo está Samantha?

—Hasta donde sé, a salvo —respondió KillerMonkey—. Sin embargo...

—¿Qué pasa? ¿Es la entidad, verdad? Algo le ha hecho.

—No es eso —KillerMonkey se frotó la nuca y hundió sus labios como hacía siempre que tenía que comunicar malas noticias—... Verá, ella y John no se pusieron de acuerdo en algo y ahora se han distanciado...

Louie hizo vacilar su cabeza hacia ningún punto en particular. Su barbilla se arrugó un poco y sus ojos adquirieron el brillo de las lágrimas, pero descartó todo eso con un grito de frustración que ascendió con la fuerza de un trampolín desde sus entrañas.

—Me he perdido... he seguido todas las indicaciones de ese mago...

—¡Pearce! —lo interrumpió KillerMonkey.

—Sí, Pearce —Louie atravesó con los ojos a KillerMonkey, como si detrás de este, se desarrollara un episodio de su pasado—. Me dijo que lo hiciera tal como me lo indicaba si no quería extraviarme... pero aquí estoy... siempre regreso a este maldito lugar.

—El mito es real, entonces. Realmente sucedió como dicen los documentos apócrifos. Pearce, las piedras, los mundos paralelos. El portal tiene su origen allí y no cuando Samantha ubicó la mesa en ese lugar.

—Las piedras redondas, como la mesa, son llaves que al unísono producen la conformación del portal. Si una se conecta en un punto de la simultaneidad espacio-temporal es porque otra de esas llaves se está activando en otro punto.

—Mil novecientos ochenta y cinco y dos mil dieciocho —manifestó KillerMonkey—. No fue casualidad. Una acción no pudo producirse sin la otra.

—Así, Pearce abrió el portal por primera vez. Solo que el otro punto se produjo en otro lugar, la otra llave giró al unísono para activar el túnel temporal. Él me explicó que era una magia que usaba las acciones recíprocas

y simultáneas que existen siempre en la trama de la realidad. Por supuesto, la explicación es más compleja...

«Corta la maldita calle, KillerMonkey... ¡Ahora mismo!». El pensamiento lo asaltó como si de repente viera el frente de un camión acercarse a una velocidad implacable. Por un par de segundos, quedó desorientado, como Louie, antes de que comenzara a hablar. Era John, su voz le había sonado como alguien que está a punto de perder la última cuerda de cordura que lo ata a la mundanidad. KillerMonkey bajó el martillo hidráulico y Louie dio un salto cuando la herramienta empezó a perforar el pavimento, produciendo una vibración y estruendo que ablandaba los huesos.

Capítulo 34

Lo había dejado al borde de la inconsciencia. Temía que si se desmayaba en ese lugar volvería al mundo real o terminaría convirtiéndose en huésped voluntario bajo efectos narcóticos o algún truco del que la entidad podía valerse, similar al que había usado con Gillian. El dolor era real, tanto como afuera de su mente. Después de todo, en algunos sueños también se experimentaba dolor, y si este era intenso terminaba despertándolo a uno. Pero allí, tirado en el suelo después de recibir una paliza que solo le llevó a la criatura nada más que una patada, intentaba contener los eslabones de la cadena de su plan en su sitio para mantener las luces de su mente encendidas. Vio el rostro de la entidad encima de él. Mitad su padre, mitad asociaciones de ideas y sensaciones que iban de lo repugnante a lo aterrador.

—Suponía que no eras tan estúpido para venir aquí con las defensas bajas, John —la voz era la de su padre desintegrándose y volviéndose a unir dentro de una mezcladora de cemento que crujía con el repiqueteo de las piedras en su interior—. Pero no digo que seas un mentiroso. Eres un maldito maniático que no te importaría que yo me convierta en tu huésped si eso te permitiera hallar la manera de comprenderme y a la larga destruirme con algún invento creado a partir de tu sistema de medidas, ecuaciones y la manipulación química de las sustancias a las que su atrofiada visión les permite llegar.

John no respondía, a pesar del aliento que recibía de John del pasado, quien parecía la operadora de señales telefónicas trabajando desde un búnker plantado en medio de explosiones de todo tipo, a punto de sucumbir ante toneladas de dinamitas o lluvia de lanzallamas, lo que ocurriese primero. Mientras intentaba ponerse en contacto con KillerMonkey, le inyectaba a John del presente toda clase de sustancias psíquicas para mantenerlo despierto y más aún, para que se pusiera de pie y volviera a enfrentar a la criatura. Si se convertía en su huésped, de nada valdría la barrera mental y pronto se vería con la entidad cara a cara en la sala de control y operaciones que se había montado en su universo mental.

—Me interesaría saber cómo has logrado mantener tus defensas incluso hasta ahora, cuando es evidente que estás desecho y lo único que puedes hacer es desear levantarte para jugar al boxeo conmigo. Me inclino a pensar que estás recibiendo un poco de ayuda y saber el modo en que lo haces sería de gran ayuda para mí en el futuro. Mírame —dijo la entidad, emitiendo una risa que sonaba como si alguien hubiese metido una enorme roca de concreto a la mezcladora y los engranajes de la misma estuvieran torciéndose y saliéndose de sus ejes al intentar hacer girar el tanque—, usando tus palabras para dividir algo que es indivisible.

John quería decir algo pero el dolor que sentía en la espalda, columna y cabeza era tan intenso que lo dejaba como un desecho aplastado en el suelo de un olvidado almacén que había dejado de funcionar. Sentía la barrera de John del pasado detrás de su espalda. Se había arrastrado hasta ella y podía oír las palabras de su yo de los ochenta que lo estimulaban a no dejarse vencer y quién sabe qué otras alentadoras palabras de entrenador a un equipo que después de ese deplorable partido quedaría fuera del circuito anual. «Vete a la mierda, John», no sabía si lo pensó o lo dijo. De cualquier manera, al chico le llegaría el mensaje.

—Ahora es necesario que te diga dos cosas —dijo la entidad con la mitad del rostro de su padre—. Si te doy el golpe de gracia, no despertarás en el sillón de tu casa como una parte de ti lo cree. Estás en tu universo mental, pero este es uno de mis escenarios y por lo tanto tu mente quedará atrapada en sus contornos como en una jaula hasta que decidas cooperar conmigo, entonces te liberaré. Está bien, puedes no creerme y elegir escupirme antes de que aplaste tu cabeza con el zapato de tu padre. Yo no soy el que se quedará en este apestoso aparcamiento con el hedor del vagabundo muerto como aromatizante eterno del lugar.

—Ahora déjame hablarte de la segunda cosa —prosiguió la entidad—. Esta, tal vez, te parezca graciosa. ¿Te acuerdas de Matilde? ¿La loca que se volvió famosa por su viaje de ida vuelta a Persépolis y que ahora tiene más seguidores que una estrella del cine? Bueno, digamos que gracias a ella me hice de otro acceso a las autopistas mentales. Un tipo al que le decían “El látigo”, en su época de gangster de poca monta. Bien, Marc “El látigo” Terini, puso fin a la prodigiosa Matilde. Muy a mi pesar, tengo que admitirlo. No puedo controlar las pasiones humanas, una vez que entran a su etapa de “negación” de su nueva condición. Sin embargo, Marc, me ha sido de mucha utilidad. Resultó ser un negociante de primera y un tipo de palabra. Tiene los huevos de hierro ese Marc y alguien así resulta muy útil en situaciones en las

que los anfitriones son todos unos sabelotodo que buscan revelarse a corto plazo. Bueno, previendo que tú y tus amiguitos me la querrían jugar en algún momento, pedí ayuda a Marc.

Los ojos de John, dos ranuras por la que apenas podían entrar un hilo de agua, se abrieron como dos pesadas puertas elevadizas movidas por la suma de las fuerzas de todos sus miedos.

—Eso es, John. Puedo ver que lo comprendiste. Te estoy hablando desde el acceso de Marc “el Látigo” Terini. Y su radio de influencia abarca todo tu departamento, excepto una pequeña porción en el lugar justo donde está ubicado el retrete, por razones del funcionamiento entre mente y materia que no serviría de nada tratar de explicarte. Por lo tanto mi bilocación, pasó a ser trilocación.

—Oh, por dios —dijo John del presente.

Detrás de la barrera mental, John del pasado hizo eco de las palabras de su homónimo del futuro. Y enseguida mandó una alerta roja a KillerMonkey. «Corta la maldita calle, KillerMonkey... ¡Ahora mismo!».

—Tu amigo cree estar junto al viejo Louie, que camina a la deriva entre realidades desde su encuentro con el hechicero Pearce, el de la leyenda. Veamos qué tipo de defensas psíquicas tiene él.

—No durarás demasiado, hijo de puta. Vamos, ¿qué esperas? Entra a mi maldito mundo, ahora.

Hizo oídos sordos a John del pasado, que desde su búnker le manifestaba con todos los epítetos peyorativos que el estruendo de las bombas cada vez más cercanas le obligaban a soltar, que si permitía eso, él mismo podía pagarlo muy caro.

—Piensa en una galaxia, John. Piensa un instante en una galaxia. Con un tamaño de dos ceros en el número exponencial al que se eleva el diez, que representa a tu galaxia. La galaxia colosal que se acerca a tu pequeña isla para engullirla. Tu galaxia ahora sería parte de un universo más extenso, con incalculables dosis de energías que podría utilizar para mejorar su vida y perpetuarla hacia un horizonte más prometedor que el que tenía. Eso es todo, John. Yo soy esa galaxia de tamaño exponencial y estoy aquí para otorgarte una calidad de existencia que nunca hubieses podido alcanzar en tu pequeña isla de tamaño diez, rodeada de un océano frío y destructivo. Ahora, aprecio tus cálidas palabras de bienvenida.

Capítulo 35

No le fue sencillo maniobrar el martillo hidráulico de un mundo mental, pero KillerMonkey supuso que en la dimensión material le habría resultado cien veces más complicado. La herramienta perforaba el asfalto y dibujaba una línea, cuya profundidad, llegaba hasta la tierra ennegrecida de abajo. Cuando llegó a la mitad de su trabajo de dividir la carretera, Louie le dijo que se detuviera. KillerMonkey levantó un tanto el martillo para escucharlo. No lo hubiese hecho si la sorpresa que le provocó la voz de aquel tipo imponiéndose al ensordecedor ruido del martillo, hubiera sido un movimiento de labios con un mensaje que él hubiese tenido que inferir.

—¿Qué quieres? —preguntó en un tono con el que esperaba que se sintiera inoportuno por ser un obstáculo a un acto de lo más trascendental.

—Decirte adiós, ya que esta puede ser la última vez que nos veamos.

—¿De qué estás hablando? Quédate de este lado y estarás bien. Tendremos tiempo para pensar en cómo podremos ayudarte en tu viaje.

Louie caminó hasta detrás de la línea a medio hacer de la autopista. Si se quedaba del otro lado, podía quedar atrapado en un limbo de tiempo-espacio. Lo más parecido a la nada, que se podía imaginar KillerMonkey.

—¿Qué estás haciendo? Vuelve aquí, idiota —KillerMonkey no oía la voz de John del pasado. O la comunicación se había cortado por la escasa destreza que ambos tenían para establecer un canal en aquel lugar o la segunda opción era mejor no pensarla en ese momento.

—Dale un mensaje de mi parte a John —dijo Louie con los brazos pegado a su cuerpo y los pies marcando las diez y diez.

El martillo se dobló hacia arriba de un forma que era imposible, si se tomaba en cuenta la ausencia de flexibilidad que poseía para hacer ese movimiento en particular. Era como la punta del aguijón de un escorpión que se enderezara para defenderse de un ataque que el instinto podía olfatear. Fue inútil cualquier intento de maniobrar los controles para volverlo a su posición anterior. KillerMonkey se sintió como un pelele jugando al obrero dentro de una caja de metal con la forma de retroexcavadora.

—Ah, espera —prosiguió Louie—, creo que no podrás hacerlo, después de todo.

El cuerpo de Louie estalló como una piñata rellena de oscuridad. Era oscuridad lo que KillerMonkey oyó como una música de violín que despedía los buenos tiempos para abrir una temporada de terror. Era oscuridad lo que KillerMonkey olió como un perfume de concavidades pedregosas donde la vida encontraba su punto final sin más revoluciones que la hicieran renacer. Oscuridad que traía un frío de noche de tormenta en medio de un océano encrespado. Oscuridad, lo que ante sus ojos cubrió todo el espacio del descampado de colinas, arbustos y maleza que servía de fondo relajante para la mente del conductor que abandonaba la ciudad. Y finalmente, oscuridad lo que su mente luchó en vano por dar identidad, para evitar que el pánico ganara la pulseada entre la consciencia cuerda y el corte definitivo con la realidad. Poco antes de perder de forma humillante el último baluarte de su voluntad, KillerMonkey se describió a sí mismo como un trozo de carne inanimada siendo engullida por una boca lóbrega de dientes como barrotes bajo unos ojos que lo contemplaban desde su propio interior. La anatomía de lo que fuera eso, le pareció lo más complicado para que el más hábil de los artistas gráficos lo reprodujera.

Capítulo 36

John del pasado despertó dando boqueadas de ahogado, después de emerger de una profundidad de presiones líquidas envueltas en un calor sofocante. Ni John del presente ni KillerMonkey habían vuelto, y no creía que eso ocurriese por el momento. O quizás nunca, le dijo esa voz interior que no tenía problemas en dar las malas noticias. Salió afuera del departamento, llevando una Glock de nueve milímetros que John del presente había comprado como un extintor, en caso de que se presentara un incendio de aquella naturaleza y como si se tratara de un tipo poseído por deseos psicópatas espontáneos, empezó abriendo la puerta del vecino que tenía a la derecha. Adentro, un hombre gordo en calzoncillos y con un tazón de sopa en la mano, dejó caer esta última cuando vio entrar a un chico cargando el arma que podía ser el dedo de la parca con el que se cerraría su ciclo en esta vida. Miró el arma con desencajada confusión y luego al chico que inspeccionaba con rapidez todos los cuartos, para luego marcharse con el mismo silencio carente de explicaciones con el que había entrado. John probó con la puerta de la izquierda. El hecho de estar cerrada con llave, no fue problema para la bala maestra que hizo saltar la cerradura, llevándose de paso, parte de la pintura de la puerta blanca y dejando un agujero en el apoya brazos de un sillón forrado con motivos geométricos de ajedrez. El lugar estaba vacío, y la única luz era la que provenía de una bombilla pequeña y moribunda del baño. Lo mismo ocurrió con otros dos departamentos que allanó al estilo de policías de película de acción. Cerrados y sin sus dueños. Pocos inquilinos vivos quedaban en ese departamento, como debía ocurrir en todos los departamentos del mundo. No había señales de su amigo “El látigo” Terini. John se quedó respirando con resuello en medio del pasillo del piso del departamento de su yo del futuro, pensando desde dónde los habían estado espionando a él y a sus amigos, cuando escuchó el tintineo doble del ascensor a su espalda. La puerta se abrió y antes de que él pudiera enfrentar con el cañón a cualquiera que estuviera detrás, una mano nervuda con dedos que apretaban como pinzas metálicas aferró la de él, justo debajo del arma y otra mano

atenazó su cuello y lo empujó contra la pared que ahora estaba en su retaguardia. Tenía el rostro bañado en sudor, los dientes algo amarillos se dejaban ver entre labios morados y resecos. Un rubor rojo resaltaba los pómulos de sus mejillas. Marc “El látigo” Terini no estaba en su mejor forma y se veía que estaba haciendo eso muy a su pesar.

—Lo siento —le dijo a John, haciendo que el arma cayera de su mano abierta por el dolor.

La pistola rebotó una vez al tocar el suelo con la punta del cañón y otra vez más con la culata, hasta quedar tendida, tan inservible como una radio vieja sin baterías.

—Lo siento —repitió por si la primera vez no lo había escuchado o tal vez se lo estuviera diciendo a sí mismo—. Esa cosa me dijo que ya eres prescindible y que ya puedes... —estreñimiento de los músculos faciales intentando reproducir con precisión un recuerdo— «salirte de la historia».

Las palabras fueron lentas y enfáticas para resaltar que no eran de su propia cosecha. Lo último que vio John del pasado fue el rostro de un hombre quebrado por un sentimiento de culpa y rabia inútil. Lo último que sintió ese muchacho de los años ochenta fueron dos manos que impedían al aire llegar a sus pulmones. El último pensamiento que tuvo ese joven de otra época fue: «¿Qué ocurrirá ahora?».

Capítulo 37

—Hay algo que quiero preguntarte, Samantha —Tate se había lavado el rostro y tenía ese color entre rosado y lívido que quedaba en la piel después de refregarla con una toalla.

Samantha se limpiaba la boca con una servilleta de papel. Había comido una porción de torta de durazno cuya azúcar se había acumulado en la parte superior, en una capa color café, que tenía un sabor delicioso pero empalagoso luego del segundo bocado.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Tate y luego hizo una pausa en la que buscaba la mejor manera para reformular la misma pregunta dotándola de más concisión—. ¿Cómo haces para seguir viviendo luego de saber que la autoaniquilación masiva de seres humanos fue causada por la apertura del portal? Hablando contigo, escuchándote creo que no te ha afectado de una manera...

La palabra la esquivaba, más por voluntad de ella que por algún fallo en la memoria. Quería decirlo pero a la vez tenía problemas con el sentido que iba prendido en el nivel convencional de esa palabra.

—¿Normal? —la ayudó Samantha—. No tengo pesadillas de noche ni he buscado asistencia religiosa de algún tipo. Tampoco sufro ataques de pánico ni hago videos virales hablando sobre lo dolida y arrepentida que estoy por provocar algo por puro accidente. El olor de muerte que invadió la ciudad en la primera ola de suicidios no me hizo regresar el alimento semidigerido al mundo de donde había salido. Lo único que sentí con respecto al nuevo cambio experimentado por el vaciamiento de homo sapiens en el mundo, fue similar al que se siente cuando uno se muda a un sitio remoto donde la densidad poblacional es tan pequeña que la anterior vida en la gran ciudad parece que fue producto de una alucinación con fantasmas.

—¿No te parece extraño eso? —había un hálito de súplica en la pregunta de Tate, como si deseara de Samantha una respuesta que no pudiera obtener por su cuenta o que no se animara a hacerla asomar.

—¿Extraño que tú tampoco lo sientas, Tate?

Tate sonrió mientras que sus ojos intentaban desalojar esa expresión de su boca como si fuera un levantamiento irreverente de un sector de las facciones ante una cuestión cuyo nivel de seriedad era muy dudoso.

—Lo único que empieza a afectarme es la escasa importancia que ahora tiene mi trabajo. Sin embargo, sé que nada puedo hacer para remediar eso. En cuanto a los demás, todas esas muertes... para mí solo es la muerte de un desconocido.

—Todavía no tenemos un punto de no retorno, Tate. No, mientras la entidad esté entre nosotros, no si el portal no ha agotado sus apariciones. El tiempo ahora es un ida y vuelta en las manos de una forma de vida extraña.

El silencio fue poblado por un suspiro ligero de Tate y un repiqueteo de la cucharita de metal sobre la porcelana del plato que contenía el pastel de manzana de parte de Samantha.

—Creo que ocurrió así con muchos de los que todavía estamos vivos porque nunca nos comimos realmente el cuento de la deuda sentimental que debemos sobrellevar ante las desgracias humanas. No me siento mal porque el grupo de organismos al cual pertenecemos se haya puesto al borde de la extinción, aunque esta palabra por ahora me parece exagerada, porque me niego a usar cualquier disposición de ánimo por defecto que la convención, ese metal duro de nuestra cultura, nos manifiesta continuamente mediante los medios y los productos nacidos en nuestro seno social. Es todo tan ilusorio y forzado que la misma consciencia de esto anula la consciencia de que pude o no haber tenido algo que ver en esta calamidad. A decir verdad, Tate, no me importa.

Tate bajó la mirada, al ver que los ojos de Samantha le decían en secreto: «Y a ti, tampoco».

—No me importa que nuestra vida se agote —prosiguió Samantha—, no me importa que la entidad nos haya invadido, permitiéndonos vivir en otro universo donde ya no estemos a merced de las mezquindades que continuamente nos golpean en este mundo. Si la entidad hubiese invadido la mente del Quijote, este jamás hubiese dejado de viajar y tener aventuras, y nadie lo hubiese llamado loco y creo que ni la muerte lo hubiese alcanzado. Pero sobre todo, debo confesar, Tate, que no me importa que todo este teatro agotado baje su telón para un público que ya escasamente cree en él. Algo obtuvimos de todo esto, a pesar de todo. Hay otros universos cerca de nosotros, y nuestras percepciones no se agotan en las que ya conocemos. Pero el mundo que creamos en esta dimensión ha convertido lo que antes eran

barrotes, en un muro macizo levantado con el material adictivo de nuestro ego. No me importa que todos estos muros queden hechos añicos.

Alguien golpeó la puerta con un compás medido y una fuerza que tenía la misma potencia en cada golpe. Las dos mujeres intercambiaron una mirada en la que faltaba toda expresión, excepto la de una idea compartida de que esa visita podía llegar a cambiar sus signos vitales de un modo contundente. A la negativa tácita de atender al llamado, prosiguió la de una repetición sin modificación en el factor rítmico de unos nudillos imaginarios sobre la madera de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Samantha.

Y como para responderle antes de que Tate tuviera oportunidad de hacerlo, las dos oyeron un zumbido como el de un insecto veloz pero de alas vigorosas que pasara por el lóbulo derecho de la oreja de una y la curva superior de la oreja de la otra. El insecto fue a estrellarse contra el marco de madera escalonada de la fotografía de un cisne a punto de remontar el vuelo desde un lago plateado que reflejaba los juncos de alrededor y algunas nubes partidas bajo los efectos de las ondas acuáticas.

Las dos mujeres se tiraron al suelo antes de que otro insecto pasara por el sitio donde antes habían estado sus cabezas. Y enseguida, otro más siguió al segundo para esconderse en un agujero practicado la pared por los mismos insectos. El hecho de considerar a las balas insectos, fue una licencia poética que la mente de Samantha se tomó antes de que el miedo animal por la cercanía de la muerte la impulsara a buscar un lugar para conservar su existencia biológica.

—¿Puedes marcar el novecientos once? —preguntó Samantha, mientras agachada, avanzaba hasta la puerta del dormitorio de Tate.

Con las manos temblando, Tate sacó su celular y presionó el botón de llamado de emergencia. Por supuesto, la señal de su móvil estaba muerta. «Como yo lo estaré si no cambio de lugar, ahora mismo». Imitó a Samantha, escurriéndose hasta el dormitorio, donde la ventana daba a un vacío al que no convenía llegar por el único medio de la gravedad. Una patada hizo saltar un pedazo de madera de la puerta, pintura de la pared y el pestillo que también se dobló por la fuerza del impacto. Atrás, había un hombre con una pistola con silenciador y la sonrisa más radiante en su rostro, como si recién se hubiese enterado de que había ganado por primera vez en un programa de concursos en el que solo había tenido que dejar su número de documento y responder a la pregunta «¿Recomendaría a sus amigos nuestros productos?». La puerta del

dormitorio se cerró con un estruendo y el vástago del pasador quedó fijo en el orificio.

—Bueno, este debe ser el trabajo más fácil que he realizado, sin necesidad de recurrir al sigilo —el hombre con el arma con silenciador se paseó por toda la casa. Samantha había intentado telefonar a la policía, pero su celular estaba incapacitado para tal tarea. Entonces, hizo una ecuación simple en su mente y se dio cuenta de que el asesino tenía grandes amigos en el gobierno. Aquello era una operación de limpieza de la que el mundo no se enteraría. Tate había abierto la ventana y se había apeado del otro lado, sobre la plataforma de malla metálica y le hacía señas a Samantha para que descendieran por la escalera de emergencia. Pero enseguida se arrepintió, cuando abajo vio a otro tipo de lentes negros que miraba hacia su departamento. No vio nada sospechoso como un arma sobresaliendo de su saco o una mano puesta sobre una culata en la parte trasera de la cadera, pero el modo en que miraba fijamente hacia donde ella estaba la amedrentó de tal modo que la hizo recular hacia el interior, como si la muerte en el hogar pudiese ser menos terrible o bochornosa que en el exterior.

—Abajo hay otro —dijo Tate y evitó que su rostro se arrugara con la presión de las lágrimas.

Samantha se sentó en el borde de la cama y se recostó con las piernas colgando. Tate no comprendía cuál era el plan de Samantha al dejarse caer de ese modo, pero de inmediato comprendió que la escritora no tenía ninguno. Estaban solas e indefensas contra un asesino a sueldo. Y lo único que las resguardaba era el tiempo que el tipo de afuera estaba haciendo al recorrer con paso lento cada ángulo del departamento.

—Bueno, señoritas —dijo el tipo con el arma—. ¿Saldrán por su cuenta o quieren algo al estilo película de acción con más puertas rotas, más balas desperdiciadas en muros y una tensión que produce la impresión en el espectador de que la cosa podría darse vuelta en cualquier momento?

Justo al terminar de hablar, la puerta de entrada anteriormente arruinada volvió a ser víctima de una patada violenta que hizo que el picaporte hundiese una porción de madera de la pared que separaba al departamento del pasillo. El tipo con el arma con silenciador se agachó, girando a su vez hacia la parcial cobertura que ofrecía un sofá cama al tiempo que el arma del nuevo visitante disparaba con tanta precisión que la bala atravesó la parte posterior de la pantorrilla antes de que esta quedara a cubierto como el resto del cuerpo. Se oyó un gemido apagado, gutural, antiescándalo. El arma del visitante volvió a disparar repetidas veces contra el respaldo del sofá hasta que el

relleno sintético empezó a saltar por fuera de los huecos dejados por las balas. El tipo con el arma con silenciador respondió con ese pitido sordo de su pistola dos veces. La segunda bala se incrustó en el hombro izquierdo del visitante, que lo obligó defenderse con nuevos disparos, que a su vez fueron contraatacados con otros más discretos y con tendencias a la precisión. Un grito que fue descomponiéndose en una tos mezclada con intermitentes espasmos agudos de chillidos atrapados debajo de la campañilla, puso punto final a la lluvia de proyectiles. En la puerta del dormitorio se había dibujado un rostro con dos ojos y una boca, o dos ojos y una nariz, dependiendo del nivel de prioridad que el espectador diera a cada elemento del rostro. Samantha abrió la puerta del dormitorio y sobre el sillón agujereado estaba sentado el mismo tipo que había orquestado la muerte del ternero en casa de Dixie. Tenía una mano sobre el estómago, del que manaba abundante sangre. El hombro izquierdo era otro punto de fuga de sangre, como también su boca, que aún cerrada, no podía impedir que la hemorragia fluyera al exterior. Por un par de segundos miró a Samantha y una trémula sonrisa se perfiló en sus comisuras. Después, su cabeza rebotó contra su pecho y su boca quedó entreabierta para liberar el último reguero de vida. Tate estaba asomando la cabeza por la ventana, luego se enderezó y se mordió la uña de su pulgar derecho.

—El tipo de abajo está muerto —informó—, alguien le disparó en la cabeza.

El tipo del arma con silenciador también había hallado el mismo destino. La bala había entrado por su ojo derecho mientras que el izquierdo había quedado congelado en el momento en que intentaba afinar su puntería. Un párpado entrecerrado, de concentración pura.

El celular de Samantha sonó. Era Dixie. Le dijo que la había llamado el oficial Sawyer porque no había podido comunicarse con ella. Tenía que pasarle el mensaje de que debía llamarlo ni bien pudiese. Era sobre la casa de Corin y Theroy. Dixie esperaba que fuesen buenas noticias.

—Ah, y algo más —dijo Dixie terminando sus palabras con unos puntos suspensivos para crear un suspenso que contenía su alegría hasta que Samantha decidiera participar del juego. ¿Adivina qué?—. ¿A que no sabes quién ha venido solito y con un humor para nada antipático a visitarte o a visitarnos?

—¿Quién Dixie? —el tono seco de Samantha desinfló el entusiasmo de Dixie.

—El exdoctor Ferraud ha desembarcado en la isla de monos de Dixie.

—No volveré a casa, mi amor —afirmó Samantha con una determinación que enmudeció a Dixie y cortó su respiración—. Hasta aquí hemos llegado, Dixie. Saluda a John y sé feliz.

Se desconectó de la llamada y apagó el celular.

—Debo marcharme, cuanto antes —le dijo a Tate—. Más tarde te llamaré de donde me encuentre. Si te llama Dixie, no le digas que me viste. Ahora... adiós.

Y salió del departamento saltando los charcos de sangre en el suelo y con la mirada de consternación de Tate siguiéndola, como una estela que se cortó al desaparecer de su vista.

Epílogo

Louie Polson estaba sentado dentro del fulgor de la lámpara a baterías que se había llevado para pasar el día y la noche en la casa de Corin y Theroy. Las investigaciones policiales ya habían terminado, el cadáver de ese chico ya había sido incinerado y sus cenizas esparcidas por el río Jackson en una emotiva despedida organizada por los padres y el canal cincuenta y dos. Hacía frío y la caja con la *pizza* había perdido tres de sus ocho porciones. Una gotera era su único entretenimiento después de guardar su libro sobre agujeros negros y teorías sobre el tiempo. Samantha dormía custodiada por una niñera con importantes y numerosas credenciales en la casa que antes había compartido con su esposa. Louie esperaba. Sin que su pensamiento se perturbara sobre el después y el antes. Mascaba los restos de *pizza* que se desprendían de sus dientes, con asistencia de la lengua. Además de frío, también tenía sueño. Eran las tres de la madrugada, cuando se dio cuenta de que se había quedado dormido. Se sobresaltó cuando vio que la luz de la lámpara ya no lo alcanzaba porque esta se había desviado en una extraña circunferencia para después desvanecerse en espirales en torno al portal con el interior de nubarrones escalonados y ese pulso azul y blanco hacia el centro. Allí estaba, en el mismo lugar que las otras veces. Louie respiró un aire imaginario que provenía del interior de ese túnel misterioso. No pensó en nadie, no pensó en nada. Avanzó, con las manos por delante, con el sonido de la gotera como un reloj antiguo marcando el tiempo. En el interior de la casa de Corin y Theroy, el tiempo se revolvía, se enredaba y se estiraba. A los pies de una silla vacía, había una corteza de *pizza*, al lado de esta, un libro abierto en alguna página a la mitad de su extensión. Y una lámpara, cuyas baterías se iban agotando deprisa.



ALEJANDRO FERNÁNDEZ: Nacido en Paraná, ciudad de Entre Ríos en Argentina el 22 de abril de 1984. Es Profesor en lengua y literatura. Ha escrito poemas, cuentos y novelas. Actualmente está cultivando el cuento de terror, que es su género predilecto y la novela de fantasía. Ha escrito el primer volumen de una saga de fantasía y ciencia ficción intitulada *Las Grietas del Multiverso: Las Raíces del Grenmesslit* y la novela *Túneles Blancos* del género ciencia ficción y terror. Ha obtenido el primer premio en el Concurso Literario Biblioteca Popular del Paraná del 2015, en el que participan anualmente autores de todo el mundo, con el cuento corto «Trabajo de Jardinería» y una mención de publicación en el libro *Ejercicios de Libertad* publicado por la Biblioteca Popular de Paraná en el año 2013.

Notas

[1] The Tragical Hip. (1990). Cordelia En Road Apples (Cass, Album, Promo)
US, MCA Records. <<